

Contribución Histórica a los Bicentenarios de Bolivia

Cochabamba
Santa Cruz
Potosí


FUNDAPPAC
FUNDACIÓN DE APOYO AL PARLAMENTO
Y A LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA

 Konrad
Adenauer
Stiftung

Diciembre 2010

Primera edición 1º Enero de 2011

FUNDAPPAC

Dirección:
Av. Ecuador N° 2523
entre Belisario Salinas y Pedro Salazar
Edificio Dallas, Piso 2
Telfs.: (591)(2) 2421655 - 2418674
Fax: (591)(2) 2418648
Email: fundappac@entelnet.bo
Web: www.fundappac.org
La Paz - Bolivia

ISBN: 978-99905-2-510-0

Depósito Legal: xxxxxxxxxxxxxxxxx

Mi agradecimiento imperecedero
a los dilectos amigos Luis Ossio Sanjinés
y Armando de La Parra Soria,
Presidente y Director de FUNDAPPAC.

Para mi esposa Alcira Leigue Paz,
cuya inmensa virtud el cielo adorna
en sus desvelos y su generosidad con
nuestros hijos y tres nietas bellas:
un poema viviente que Dios nos dio.

COCHABAMBA

Bicentenario
14 de Septiembre de 1810
Presidentes
Cochabambinos
1810 - 2010



ENRIQUE ROCHA MONROY

BLANCO



El Cristo de la Concordia



General Esteban Arze
Héroe máximo de Cochabamba



Las Heroínas de la Coronilla



PRESENTACIÓN

La adhesión de FUNDAPPAC a la conmemoración de los doscientos años transcurridos desde los críticos 1809 y 1810, en los que se proclamó la autodeterminación y la libertad del Alto Perú, hoy Bolivia, está inscrita en el ejercicio de las libertades ciudadanas, el acceso a conocer la verdad, fomentar el perfeccionamiento de la democracia, el Estado de Derecho, la inclusión y el respeto a la dignidad humana.

Todo lo dicho tiene una historia, un suceder que construye, o también destruye, el desarrollo humano.

Como lo óptimo es construir el desarrollo humano, es bueno conocer, reflexivamente y desde distintos puntos de vista, aquella historia o suceder en sus múltiples expresiones, proyecciones y contenidos.

Así, la historia -o suceso humano de determinados períodos- es investigada y expuesta por historiadores, que nos dan sus propias versiones, mediante la palabra escrita o -antes- transmitida oralmente.

Corresponde al sujeto de la historia, que es la persona humana y su colectividad, enterarse de sí mismo, hallándose por el fruto de las investigaciones históricas, sociológicas y económicas, plasmadas en instrumentos de comunicación, a los que se debe acceder con un espíritu crítico-constructivo.

Esos instrumentos para la comunicación de la palabra escrita son los libros, los periódicos y los medios informáticos; y la combinación de unos y otros da lugar a las formas de expresión literaria histórica.

En el campo del recuerdo escrito de nuestro pasado, están los tratados, las monografías, los ensayos, los anales, las memorias, las biografías, las crónicas, los artículos, las reseñas; también las noticias escritas.

Cada forma está caracterizada por su presentación, su objeto, su alcance y su pretensión. Hay, también, combinación de formas que poseen un hilo conductor que las racionaliza en lo posible.

El libro de 2 tomos, del historiador Enrique Rocha Monroy, que ahora presentamos, es una narración histórica -a ratos novelada-, de los últimos doscientos años de Bolivia, desde los pronunciamientos libertarios e independentistas de 1809 y 1810 en los principales centros urbanos del país. ¿Cuál es la modalidad de trabajo histórico que enmarca al libro de Enrique Rocha Monroy? Básicamente es una combinación de algunas monografías, varios ensayos, no

pocas biografías sintetizadas, crónicas y noticias periodísticas, que, con gran riqueza expositiva, dan cuenta de la propia visión del autor acerca de los acontecimientos que narra, describe y comenta; cita fuentes tradicionales y otras no muy conocidas.

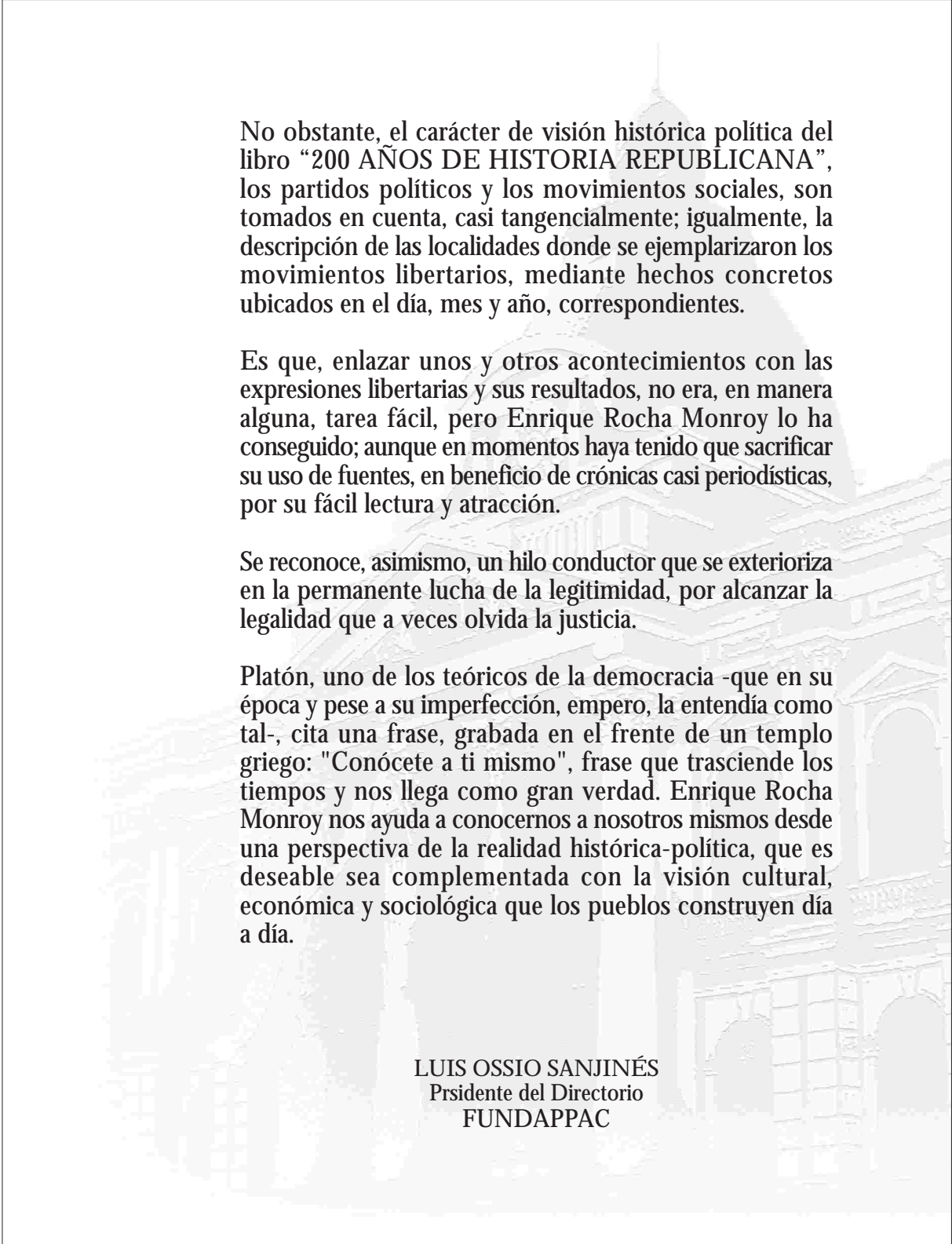
La lectura es fácil, Rocha Monroy tiene gran capacidad de comunicador, su técnica es espontánea y no muy formal; más bien, en algunos casos, repetitiva de acontecimientos, pero desde otros ángulos.

El énfasis de la narración está en la historia política que, con la anotación biográfica de la vida, principalmente política de los Presidentes de Bolivia involucrados en los acontecimientos de los últimos doscientos años, marca momentos de suspenso lindantes en la mejor novelística, pero, ciertamente basada en hechos reales.

La descripción sintética pero monográfica de las batallas de Ayacucho, Tumusla e Ingavi, muestran el talento narrativo de Enrique Rocha Monroy.

En definitiva, los dos tomos del libro, pese a su extensión, no pretenden escribir la nueva historia de Bolivia, pero sí demostrar que hay suficientes elementos para afirmar la vigencia de la Bolivia histórica, cuando conmemoramos los doscientos años de los simbólicos movimientos emancipadores, con sus luces y sombras.

Fueron motivos suficientes para que FUNDAPPAC haya decidido auspiciar la publicación de dicha obra, que, además, es un aporte patriótico, del autor, al conocimiento de lo que éramos, de lo que somos y de lo que -pretendemos- seremos, desde una perspectiva atrayente, comprometida y sincera, aunque también debatible, como debe ser.



No obstante, el carácter de visión histórica política del libro “200 AÑOS DE HISTORIA REPUBLICANA”, los partidos políticos y los movimientos sociales, son tomados en cuenta, casi tangencialmente; igualmente, la descripción de las localidades donde se ejemplarizaron los movimientos libertarios, mediante hechos concretos ubicados en el día, mes y año, correspondientes.

Es que, enlazar unos y otros acontecimientos con las expresiones libertarias y sus resultados, no era, en manera alguna, tarea fácil, pero Enrique Rocha Monroy lo ha conseguido; aunque en momentos haya tenido que sacrificar su uso de fuentes, en beneficio de crónicas casi periodísticas, por su fácil lectura y atracción.

Se reconoce, asimismo, un hilo conductor que se exterioriza en la permanente lucha de la legitimidad, por alcanzar la legalidad que a veces olvida la justicia.

Platón, uno de los teóricos de la democracia -que en su época y pese a su imperfección, empero, la entendía como tal-, cita una frase, grabada en el frente de un templo griego: "Conócete a ti mismo", frase que trasciende los tiempos y nos llega como gran verdad. Enrique Rocha Monroy nos ayuda a conocernos a nosotros mismos desde una perspectiva de la realidad histórica-política, que es deseable sea complementada con la visión cultural, económica y sociológica que los pueblos construyen día a día.

LUIS OSSIO SANJINÉS
Prsidente del Directorio
FUNDAPPAC

COCHABAMBA: ESCENARIO PARA LA LUCHA EMANCIPADORA

El Alto Perú y, en especial, Cochabamba, eran territorios equidistantes entre los Virreinos de Lima y de Buenos Aires, que tenían intereses comerciales contrapuestos. Los criollos limeños eran agentes de la Casa de Contratación, del Consulado y la Audiencia, es decir, de los intereses comerciales de Sevilla y Cádiz, que se beneficiaban con las leyes monopolistas de la Corona española y que no permitían el comercio libre. En cambio, los bonaerenses comerciaban libremente con los ingleses, gracias a un acuerdo –de España con Inglaterra– que los beneficiaba y atraía la producción altoperuana hacia el puerto de Buenos Aires, consolidando lazos comerciales, políticos e ideológicos entre Alto Perú y Buenos Aires, en los 34 años que duró ese Virreinato. Cuando Napoleón invadió España, se formó una Junta Provisional de gobierno español en Sevilla. A ese gobierno apoyaban el Virrey y los comerciantes de Lima. En ese escenario, Cochabamba se adhirió más bien a la Junta de Buenos Aires.

Vísperas del Grito Libertario Cochabambino

En vísperas del grito libertario cochabambino, pronunciado el 14 de septiembre de 1810, era gobernador de Cochabamba José Gonzales Prada, criollo arequipeño designado por el virrey Abascal, en reemplazo de Francisco de Viedma. Semanas antes se había producido una insurrección indígena en Oruro, encabezada por el cacique de Toledo Victoriano Titichoca. Por esa razón, Gonzales Prada envió a Oruro un batallón de 300 soldados, a órdenes del Coronel de Milicias Francisco Del Rivero, a quien acompañaban los oficiales reales Esteban Arze y Melchor Guzmán “El Quitón”. El Presidente de la Audiencia de Charcas, Vicente Nieto, ordenó concentrar tropas altoperuanas en Potosí. Para hacer frente a los revolucionarios que venían de Buenos Aires, el Cabildo de Oruro debía desplazar el batallón de Del Rivero a Potosí, pero por simpatía con la causa de Buenos Aires, cabildo y batallón desobedecieron la orden y regresaron a Cochabamba. Con esa tropa, más refuerzos provenientes de todo el valle de Cliza, los patriotas cochabambinos se pronunciaron el 14 de septiembre. No obstante, Gonzales Prada siguió presidiendo la Junta de Gobierno que se adhirió a la de Buenos Aires.

De boca para afuera, reclamaban el cautiverio del rey Fernando VII, quien había sido trasladado a París por órdenes de Napoleón, que había puesto a su hermano José Bonaparte en el trono de España. Pero es necesario conocer otras razones para entender en toda su magnitud los alcances del 14 de septiembre.

Cochabamba se Pronuncia el 14 de Septiembre de 1810

El pronunciamiento del 14 de septiembre mantuvo solidario el destino de criollos y labriegos por el táctico acuerdo de la capital con sus valles, con objeto de que la revolución no asumiera el carácter de un

alzamiento de una sola clase favorecida, y llevara la confirmación de la voluntad unánime del pueblo cochabambino.

La capital del valle respondió con largueza al requerimiento de la independencia patria. Los fusiles olvidados en los domésticos arsenales, las rústicas lanzas para la caballería, los reclutas de los cuadros en formación, los pesos fernandinos para las vituallas y el oro vivo de las mieses, salían de esta tierra inagotable en recursos, para sus generosas contribuciones.

En Cabildo Abierto, se organizó la Junta de Guerra, presidida por Francisco Del Rivero e integrada por Esteban Arze, Isidoro Marzana, Melchor Guzmán Quitón, Antonio Allende, Bartolomé Guzmán y otros miembros notables del vecindario, que designaron a Del Rivero como Jefe Político de la revolución, y a Esteban Arze como Jefe de armas.

El día 23 de septiembre, en una concentración popular que colmaba la plaza mayor, Cochabamba reconoció la autoridad de la Junta de Buenos Aires, que gobernaba desde el 25 de mayo de 1810.

El cura y orador Juan Bautista Oquendo arrebató a la multitud, exaltando la predestinación cívica de Cochabamba para rematar la obra redentora que iniciaron los próceres de Chuquisaca y La Paz, presagio que hubo de cumplirse cuando el Coronel José Moldes, nacido en Salta, y el patriota Lemoine fueron testigos de la insurrección valluna, promoviendo el levantamiento de Santa Cruz, el 24 de septiembre de 1810, actitud solidaria que provenía de la resonancia del grito insurgente de los pueblos andinos de Alto Perú. El pronunciamiento del 14 de septiembre fue celebrado con júbilo en la capital porteña, porque expresó una franca y leal adhesión al gobierno revolucionario del Plata, cuya autoridad abarcaba todas las

provincias que habían compuesto un solo cuerpo político durante la Colonia.

A ello pudo obedecer el énfasis laudatorio de la Gaceta de Buenos Aires, que se refirió a la insurrección septembrina con los siguientes conceptos: “La publicación del extraordinario de Cochabamba no nos deja lugar para discursos políticos. Ahora podemos decir francamente: EL ALTO PERÚ SERÁ LIBRE PORQUE COCHABAMBA QUIERE QUE LO SEA; y los bravos cochabambinos cuyos brazos no tuvieron antes otro ejercicio que el cultivo de la tierra, se emplearán en destruir a los tiranos. Congratúlense los patriotas de ver a Cochabamba compitiendo en gloria y heroísmo con la misma capital y fundando la igualdad que debe haber entre todos los pueblos. Los ilustres hijos de Cochabamba, siempre firmes en la energía que hasta ahora han desplegado, serán un seguro apoyo de la libertad”.

Buenos Aires, la metrópoli que vino a irradiar las expediciones militares a las provincias que pertenecieron al gran Virreinato, tomó conciencia del rol político que correspondía a su condición de capital, merced a los tribunos que participaban de la inquietud revolucionaria, difundida por la Academia Carolina de la Universidad de Charcas. El fogoso orador Juan José Castelli reiteraba la ideología académica en este pensamiento: “El poder de España ha caducado para gobernar América. Al pueblo le corresponde reasumir la soberanía ejercida por el monarca e instituir un gobierno que vele por la seguridad popular”.

De acuerdo a estos principios, el Presidente de la Junta Gubernativa, don Cornelio Saavedra, junto a Castelli, Juan José Paso y Mariano Moreno, que fueron el numen del ideario democrático, decidieron extender el flujo bélico del Plata al Alto Perú.

Pero, mantuvo la decisión de la Junta Gubernativa a influencia del general Manuel Belgrano, cuya patriótica obsesión trataba de sostener intangible la herencia territorial del Virreinato del Plata.

Castelli y el Ejército Auxiliar Argentino - Desavenencias entre Argentinos y Patriotas

Dijimos, en principio, que los intereses de Alto Perú coincidían con los de Buenos Aires; pero muy pronto, los patriotas cochabambinos percibieron que los ejércitos auxiliares argentinos, llegados después del 14 de septiembre de 1810, tenían el oculto propósito de apoderarse de las riquezas de Potosí y someter a estas provincias altoperuanas, como un apéndice sometido al control de Buenos Aires.

Qué grave disyuntiva debieron enfrentar Francisco Del Rivero y Esteban Arze, cuando se dieron cuenta de esos propósitos. Y cómo crecerían las desavenencias entre los patriotas altoperuanos y los jefes militares argentinos, quienes impusieron, al final y del modo más injusto, medidas disciplinarias contra Francisco del Rivero y Esteban Arze, tendiendo sobre ellos la sospecha de no ser patriotas, nada más porque defendían la autonomía de las provincias altoperuanas frente a Lima o Buenos Aires, para crear una República independiente, que sólo pudo lograrse en 1825.

El Ejército Auxiliar argentino, al mando de Juan José Castelli, pudo ocupar Chuquisaca y Potosí gracias a la determinación con que actuaron los patriotas cochabambinos. Días después del 14 de septiembre, Francisco Del Rivero, jefe y caudillo de la revolución cochabambina, había dispuesto la ocupación de Oruro, otro punto estratégico, a mitad de camino entre Potosí y La Paz. Gracias a ello, los jefes argentinos, Balcarce y Castelli, pudieron derrotar a las milicias reales de Chuquisaca y Potosí, así como conseguir la victoria de

Suipacha, el 6 de noviembre de 1810. Pero los patriotas cochabambinos no sólo ocuparon Oruro, sino que, días después, el 14 de noviembre, derrotaron a las tropas realistas, en la célebre batalla de Aroma.

Aroma: 14 de noviembre de 1810

La Junta de Guerra de Cochabamba, integrada por los promotores de la insurgencia que les dio el dominio de los valles, formuló un plan de campaña con el fin de que sus milicias extendieran la insurrección a las ciudades de Oruro y La Paz, que pertenecían a una parte vital del Altiplano. Al mismo tiempo, este flujo militar, llevado al Norte del país, prestaría apoyo estratégico al ejército argentino, enviado por el gobierno de Buenos Aires para desplazar, definitivamente, a las fuerzas de la Corona que tenían el resguardo del Alto Perú.

Salió hacia Oruro la expedición que comandaba Esteban Arze, con la compostura y el porte de una milicia organizada, aunque dejaba traslucir, en los ejercicios de guerra, más improvisación que pericia. El Jefe de Armas patriota debía imponer reflexión y disciplina a ese informe amasijo de voluntades que, no obstante de haberse entregado con generosidad a las peripecias de la campaña, se inclinaba más a la ostentación del ímpetu personal que a la lucha organizada.

Don Esteban impartía las órdenes con serena medida y sus lugartenientes las hacían cumplir, recorriendo las columnas al desazonado galope de las caballerías de nervio criollo, que carecían de ejercicio en los aprestos militares.

Los escuadrones de Guzmán Quitón iniciaron la ruta de la cordillera, seguidos por los infantes armados de fierros, chuzos y mosquetes, de los depósitos caseros. Repecharon los altos lomos de la serranía para evitar las quebradas de Arque y Tapacarí, cuyos naturales se fueron agregando con su propia impedimenta.

El trayecto de la puna habría deprimido a las tropas colecticias, extrañas al panorama desolado de la meseta andina, de no haber recibido la noticia de que la población de Oruro se adhirió al pronunciamiento de septiembre, a instancias del patriota don Tomás Barrón, quien tenía unánime ascendiente sobre la voluntad del pueblo orureño.

La jubilosa acogida del vecindario de la ciudad minera que, de antemano, había decidido participar en la revolución autonomista, levantó el espíritu combativo de los expedicionarios, no bien provistos de pertrechos de fuego. Pero, la presencia de Arze pudo elevar el fervor cívico, que infundía aliento y coraje a las milicias vallunas, reforzadas por el contingente orureño que podía emular en épico entusiasmo.

Las tropas abandonaron Oruro el 12 de noviembre de 1810, animadas por la energía de don Esteban que, durante la marcha, irradió la capacidad de su instinto conductor, tratando de no dejarse sorprender por las fuerzas del Brigadier realista Fermín Piérola, en la escueta extensión de la altiplanicie que se abría como una playa endurecida y trepidante.

Por disposición de Goyeneche, estacionado en Guaqui, se había movilizadado desde Viacha el destacamento realista de Piérola, con el cometido de contener el avance del ejército auxiliar argentino, que pasó la frontera para tomar posesión de Potosí y Chuquisaca. Contra la división de Piérola, que venía del Norte, debían combatir las milicias de Arze, con el objetivo estratégico de impedir todos los obstáculos que se opusieran a la marcha acelerada de los porteños, dirigidos por Castelli y el comando divisionario de Balcarce.

Desde la salida de Oruro, anduvieron dos jornadas más las tropas de Arze, hasta las cercanías de Sica-Sica.

Iniciado el combate con la provocación de las guerrillas de Piérola, los patriotas observaron que no podrían salir airosos en este duelo a distancia, debido a la inferioridad de sus armas, y, a fin de eludir la siembra del fuego enemigo, acudieron a la táctica, creada por la astucia campesina, de tenderse y avanzar a rastras, apegándose a las madrigueras y a los chaparrales de la thola andina, hasta hallarse muy cerca de los realistas y saltar de improviso, blandiendo contra ellos los garrotes vallunos, al grito de guerra “wajtay huauke”, que los enloquecía de furia y desahogaba el odio ancestral de su raza oprimida.

Los jinetes de Quitón, trenzados con los granaderos del Cuzco que los recibían erizando sus bayonetas, debieron repetir el tropel impetuoso de sus cargas, para arrollar los flancos del destacamento realista que se dio a la fuga, abandonando a sus muertos, prisioneros y heridos, con todo su parque de guerra.

Aquella repentina improvisación de las turbas de la Patria, en fogosos lanceros y temerarios infantes sin armas de fuego, dirimió la contienda en la altipampa de Aroma, el 14 de noviembre.

En un manifiesto de los patriotas del Perú, se dijo que el triunfo (de Aroma) tenía la arrogancia de los hombres armados de palos y hondas, que defendieron la nueva idea de justicia que asomó a sus mentes.

Cochabamba celebró el triunfo de Aroma con sus bronces más graves, hasta que se rajara la campana Mayor de San Francisco, reconociendo, con este júbilo, la bizarría de los vencedores.

Castelli: Amo de la Lucha Independentista

La victoria de Aroma permitió que Castelli elaborara su plan del 28 de noviembre, que consistía en avanzar hacia el río Desaguadero, ocupar las provincias de Puno, Cuzco y Arequipa, y sitiar Lima. Para ello, tenía una fuerza de 5'000 hombres, dotada de 26 piezas de artillería. Su ambición no se detenía ahí, pues soñó, también, con ganar la frontera con Brasil, por territorio cochabambino y paceño, e inclusive enviar destacamentos por el Chaco, hasta Corrientes, para ampliar fronteras y penetrar al Brasil.

Castelli avanzó sus tropas hasta Laja y, luego, hasta Guaqui, muy cerca del ejército enemigo, pero allí comenzó a manifestarse el desentendimiento que había entre los jefes argentinos y las tropas cochabambinas, comandadas por Francisco Del Rivero. Para empezar, Castelli no integró a Rivero a su Estado Mayor, no le confió en absoluto su plan de batalla ni la tregua que firmó con Goyeneche, y ordenó, más bien, que la tropa cochabambina se ubicara en la retaguardia, en Jesús de Machaca, a seis leguas del cuartel general de Guaqui.

La codicia de Castelli comenzó a manifestarse durante el primer semestre de 1811, pues retornó a la ciudad donde estudió, Chuquisaca, como Libertador y Conquistador, y exigió, en Potosí, contribuciones a la Junta de Buenos Aires. En abril, envió la primera remesa de 200'000 pesos de plata y anunció que otros 300'000 irían en camino. Luego de permanecer cuatro meses en Chuquisaca, a principios de abril, trasladó su cuartel general de Oruro a Laja, población importante porque tenía herrerías y forja para fabricar armas. Allí comenzó a hacerse patente la indisciplina de su ejército, la disipación y las continuas francachelas de su tropa. A ello se sumó su conducta antirreligiosa, que generó recelo y odio entre la población en general.

¿Pero a qué se debía, en el fondo, el recelo de Castelli con Francisco Del Rivero y las tropas cochabambinas? Sucede que, desde los inicios de la independencia, aparecieron dos partidos rivales que luchaban por el poder en la Junta de Buenos Aires: saavedristas y morenistas, unos presididos por el potosino Cornelio Saavedra, que era moderado, y los otros, por el argentino Mariano Moreno, que era muy radical. Castelli era morenista, en cambio Del Rivero era saavedrista. Los sueños de poder de Castelli, lo llevaron a organizar un gran evento en Tiwanaku, donde, frente a miles de indígenas, proclamó el fin de la servidumbre y la igualdad de todas las razas, hecho que provocó el odio de las clases altas de La Paz.

Discrepancias entre Castelli y Del Rivero

Como dijimos antes, Castelli marginó a Del Rivero de su Estado Mayor, avanzó a Guaqui y lo dejó en la retaguardia, en Jesús de Machaca, con 1'800 a 2'500 hombres, distribuidos también en las poblaciones de Viacha, Laja y Achocalla. Luego le instruyó que cruzara el Desaguadero y se ubicara cerca del enemigo para cortarle la retirada, y aislarlo de eventuales refuerzos. Le asignó, además, la peligrosa tarea de construir un puente, porque el único que había, llamado Puente del Inca, estaba controlado por las tropas de Goyeneche. Una vez estrenado el Puente Nuevo, movió a su división de Jesús de Machaca a espaldas del enemigo, atacó a un destacamento peruano de 300 hombres, en el pueblo de Pisacoma, porque ignoraba el armisticio, y dio muerte a 15 hombres, tomó prisioneros a oficiales e incautó armas, caballos y mulas.

Goyeneche protestó ante Castelli y Del Rivero se vio obligado a devolver prisioneros y retornar a Jesús de Machaca, en lugar de aprovechar la superioridad que los patriotas habían conseguido, frente a los realistas. Castelli tenía buen ejército, en La Paz se fabricaban

piedras de chispa y fusiles. En Laja, había fundiciones que producían granadas y balas de cañón; le era posible alistar 800 cañones. Tenía, en suma, un ejército bien equipado, al cual se plegó un destacamento de patriotas paceños, encabezados por Clemente Diez de Medina. Pero, una vez más, Castelli cometió el error de no incorporar a este jefe a su Estado Mayor, como antes hizo con Rivera. Entretanto, Goyeneche se había apostado en una posición más ventajosa, con un ejército más numeroso y férreamente disciplinado, con el cual atacó en la madrugada del 21 de junio, 5 días antes de la expiración del armisticio. Del Rivero fue enviado a San Andrés de Machaca, para vigilar, otra vez, la retaguardia peruana, en lugar de integrar la vanguardia. De ese modo, precipitó la victoria de Goyeneche.

Fin del Teniente Coronel Francisco Del Rivero

A Goyeneche le quedó expedita la ruta hacia Cochabamba, donde se dirigió para proseguir su campaña. Luego del desastre, Del Rivero se fue a Cochabamba para, al lado de Arze, enfrentar a Goyeneche. Castelli fugó desordenadamente a Chuquisaca. De ese modo, sobrevino un nuevo desastre en Amiraya, el 13 de agosto de 1811. Con todo, Del Rivero logró negociar, en términos pacíficos, con Goyeneche, quien se mostró tolerante y magnánimo al entrar a Cochabamba, donde nombró gobernador a Allende. Pero Esteban Arze se insurreccionó nuevamente, intentó la toma de Oruro, pero tuvo que replegarse a Chayanta y, de allí, trasladarse a su hacienda de El Paredón (hoy Anzaldo), donde comenzó nuevamente de cero. Con esas fuerzas retomó Cochabamba, depuso a Allende y nombró gobernador a Mariano Antezana. Manuel Belgrano, para entonces jefe del Ejército Auxiliar Argentino, ordenó a Antezana que trasladara a Del Rivero a Buenos Aires para enjuiciarlo, pero él se encontraba muy enfermo y deprimido. A los pocos días, este gran patriota falleció.

Era mayo de 1812 y Goyeneche inició una ofensiva para recuperar Cochabamba, con fuerzas muy superiores a las comandadas por Arze, quien apenas había logrado fundir pequeños cañones en Tarata, con proyectiles de vidrio fragmentario. Así sobrevino el desastre del Kehuiñal, en las alturas de Pocona, y la brutal irrupción de Goyeneche en Cochabamba, el 27 de mayo de 1812, donde opusieron heroica resistencia las mujeres de la Coronilla.

Ahora y Siempre, la Heroica Cochabamba

Es Cochabamba que otra vez se reincorpora, en un imperativo de conciencia, a la aspiración suprema de libertad. Crece la tormenta en todos los ámbitos sociales, desatada por el Gobernador Mariano Antezana y el Comandante Militar don Esteban Arze, quienes, con los patriotas que los siguen y su prestigio, se ponen al frente de la insurrección y se apoderan de las armas y de la reducida guarnición que allí dejara Goyeneche.

Y el movimiento repercute en las zonas vitales de La Paz, Chayanta y Oruro, llegando la conmoción hasta Charcas y Santa Cruz de la Sierra. Pero Cochabamba caerá otra vez. Son 2'500 hombres, del grueso de Goyeneche, los que se dirigen contra ella, por un lado; mientras que otras columnas operan una marcha concéntrica, desde distintas direcciones, sobre la ciudad rebelde, siendo la principal de ellas la del coronel Lombera, con 1'200 hombres.

Cochabamba está en pie, presta a la defensa de sus ideales, por los que tanta sangre ya derramara en las sublevaciones anteriores. Por otra parte, sus caudillos Arze y Antezana, en desacuerdo, debilitan la cruzada emancipadora, al no rectificar sus errores personales, celosos del mando. De ahí que no operan la reunión de sus fuerzas, para el duro encuentro que se avecina. Arze sale a oponerse a

Goyeneche y Antezana queda a la espera de Lombera. Muy pobres eran sus armas para combatir contra tropas organizadas y bien armadas. Situado ventajosamente a las alturas de Pocona, Esteban Arze es atacado el día 24 de mayo de 1812, a las siete de la mañana. Sus hombres pelean con ardor, pero, mal armados, reciben el certero, recio golpe que asesta el enemigo, derrotándolos.

Todo está terminado. Tan levantado esfuerzo yace en escombros sobre los altos de Pocona, y Arze consigue salvarse, retirándose con los dispersos a Chuquisaca, para tomar después el camino del despoblado, por el que baja al sud, buscando incorporarse al Ejército Auxiliar del Perú.

Por su parte, Lombera se acerca a la ciudad de Cochabamba, sembrando estrago y muerte a su paso. Saqueos e incendios de pueblos son su dura reprimenda por el camino, su conducta admonitoria, llenando de dolor. Hitos definitivos que así se clavan en el Alto Perú, para su separación de la metrópoli.

El enemigo está al llegar a la ciudad heroica, cuando sus autoridades pretenden evitar la catástrofe de las represalias realistas, enviando, resueltas a someterse, una pacífica diputación. Pero ésa es una resolución exclusiva de las autoridades, mientras que el pueblo todo, está dispuesto al sacrificio que impone la defensa. Son 5'000 hombres los que se reúnen en la plaza pública, en la que se hace presente la mayoría de las mujeres, dispuestas a defender el sentido y dimensión de su tierra propia. Un empuje vital las anima y, movidas por el ideal de hermandad americana, gritan a viva voz que si no hay hombres para morir por la patria y en defensa de la Junta de Buenos Aires, ellas saldrán a hacer frente al enemigo... Ya no son únicamente mujeres que pretenden cobijar a sus hijos, sino simbólicas raíces madres que se levantan fieras en defensa del solar patrio, a las que

un vendaval de impulsos enardece en ansias de libertad. En sus ojos centellea la cólera, al pensar en la rendición. Conmovidos, arrastrados por el torrente de esa decisión abrasadora, los hombres juran morir antes que rendirse.

27 de Mayo de 1812: Gloria a las Mujeres de Cochabamba

El pueblo entero, varones y mujeres, corre a las armas. Y los cochabambinos, arrogantes en su voluntad de vencer o morir, toman posiciones en el cerro San Sebastián, próximo a la ciudad. Desde esa altura se contemplan, en la serenidad de la ciudad, las calles desiertas, los hogares vacíos y esos íntimos rincones de siempre, que ahora defenderán con sus vidas; esa ciudad que condensa la historia de ayer y de hoy, junto a la profecía de un mañana.

Al fin, aparecen los realistas, con su fuerza cohesiva y sus eficaces armas, como en una oleada de furor. Con un fuego terrible se inicia el asalto del cerro San Sebastián, el día 27 de mayo. Y se sienten los estragos de la metralla, pero las mujeres cochabambinas, en una cruzada realmente admirable, crecen en valentía a medida que aumenta el peligro; y combaten al lado de sus maridos, de sus hijos, de sus hermanos, a los que animan con su ejemplo y con las rotundas palabras que manan de su corazón entero, o acaso del fondo de la continuidad histórica de esa tierra americana. Sin desmayos, se mantienen en lo más duro del combate. Junto a ellas, van cayendo los seres queridos, sus hombres, sus amigas; pero siguen con tenacidad temeraria en su puesto.

La metralla enemiga hace estragos en el cerro San Sebastián, donde se resiste con enaltecedor frenesí, en medio de las dolorosas agonías de los caídos. Y ese cerro, donde los sacrificios cochabambinos levantan un pedestal de gloria, se vuelve un volcán de gesta patria.

Fusiles y cañones concentran sobre él su fuego, hasta despedazar esa resistencia prócer allí ahincada, consumándose la derrota.

Ejemplo perdurable, el de Cochabamba con sus valerosas mujeres, que cae otra vez bajo los bárbaros pendones del opresor. Y, mientras en lo alto de esas posiciones se entremezclan los cadáveres y los heridos durante la lucha, los realistas entran a sangre y fuego por las calles de la ciudad, saqueándola durante tres horas. Emigran ya sus pobladores a los altos desiertos de la montaña, en tanto que Antezana y varios de sus compañeros son tomados por el enemigo, siendo pasados por las armas.

Pero con la sublevación de Cochabamba, expresión elocuente y tenaz como el valor de sus mujeres, se inicia, en las entrañas del Alto Perú, “una guerra sangrienta y feroz” que debía durar cuatro años, en la que el terror será el medio elegido por los realistas para la pacificación. Cuatro años de sangre, de dolor y muerte; de expolios, humillaciones y de lágrimas; de persecuciones que estremecen a la crónica de estos tiempos. Crueles, duras represiones sufren esos patriotas altoperuanos; pero ni aun así se podrá despojarlos del derecho inalienable de escoger su destino, ni arrebatárles su tradición.

Muerte del General Don Esteban Arze

Curiosamente, la Junta de Buenos Aires ordenó la captura de Esteban Arze y de Manuel Blanco, otro patriota cochabambino, para someterlos a proceso y condenarlos con las firmas de los jefes Arenales y Warnes. Debido a ello, Arze fue confinado a un lugar malsano de Santa Cruz, de donde apenas pudo huir a Santa Ana del Yacuma, donde llegó muy enfermo y murió, en febrero de 1815.

Decimos “curiosamente” porque el distanciamiento común contra Buenos Aires era común no sólo en territorio alto-peruano, sino también entre salteños, tucumanos, entrerrianos y santafesinos. Nuestros patriotas se separaron de Buenos Aires por no seguir sus intereses. Ellos querían formar una entidad política autónoma de Buenos Aires y de Lima, que, en realidad, estaba impedida de surgir, por estar en medio de dos ciudades tan importantes, en medio de intereses contrapuestos. Por eso, el historiador José Luis Roca afirma que “Bolivia se hizo república gracias, fundamentalmente, a Cochabamba”.

Doña Manuela Rodríguez y Terceros de Arze

Esteban Arze contrajo matrimonio el 26 de julio de 1793, en la Iglesia Matriz de San Pedro de Tarata, con Doña Manuela Rodríguez y Terceros. Ofició la boda el licenciado Adrián Salazar, teniente cura y vicario de ese beneficio. Esteban era nieto de Vicente Arze de Ruiz y Castro, oriundo de Arequipa, afincado a comienzos de 1700 en Tarata, y Manuela era hija de María Sanzuste y de Francisco Rodríguez Terceros.

Esteban Arze, primer general del Alto Perú, como dice Casto Rojas, sufrió las represalias de Goyeneche, quien ordenó que le confiscaran sus propiedades de La Loma, Paccha, Tolata, El Potro, Guaricaya y El Caine, y su casa de Tarata, pero, en 1826, el Libertador Bolívar decretó la restitución de su patrimonio. Fue ése, signo de aquellos tiempos, en los cuales, o se participaba en la lucha, como Juana Azurduy de Padilla, o se sufría estoicamente, tratando de guardar la integridad del hogar y de los hijos, como fue el caso de doña Manuela, quien sobrevivió algunos años la ausencia y la muerte de su esposo, Don Esteban Arze.

La insurgencia de Cochabamba estampó la cruz de una rebeldía insistente sobre la sensibilidad femenina. Lo demuestra el tumulto popular del 27 de mayo de 1812, que fue inspirado por la obstinación combativa de una descendiente del caudillo Alejo Calatayud, la Abuela patriota que infundió el soplo de su temple irreductible para transformar a las mujeres del pueblo alzado, en aquellas heroínas que inmortalizaron su reto en la inmolación de la Coronilla.

Siempre asociada al sino de su esposo y de sus hijos, la criolla también buscó un lugar de repentina colaboración para asomarse a los hechos como actora o como intérprete, con el desborde de su pasión contenida. He ahí doña Juana Azurduy, envuelta por la llama de la aventura, junto a Manuel Ascencio Padilla, en las bravas escaramuzas del guerrillero. Al lado de Arze, aparece doña Manuela Rodríguez y Terceros, con el entendimiento de la misma obra redentora, de modo que el aura de la rebeldía pudo nimbar la figura de ambos personajes. Revela leal sumisión a todo lo que dimanara de su consorte: propósitos, arrebatos, acciones. Ejerce doméstico señorío en ausencia de aquél, para gobernar los fundos más alejados de su patrimonio, adaptándose con energía al trabajo de las cabeceras del valle, al que estaban familiarizados únicamente los indios de labrantío que habitaban la puna. Respalda el prestigio de su esposo, defendiéndolo de las expresiones cambiantes y tornadizas de la masa. Toma conciencia de la parte que le corresponde en la insurgencia, abriendo pródigamente las despensas de su hacienda para mantener a los reclutas; y, finalmente, concierta sus afanes, por golpe de intuición, con los planes de la Patria.

Domina con su voz el descontento de una sociedad pequeña que, aglutinada en su órbita personal, manifiesta fatiga y voluntad imprecisa. Y también, en la frecuencia del trato hogareño, es atajo de ternura, caudal sedativo para el gesto nervioso del Caudillo, exacerbado por las alternativas de la insurrección.

Repuesta de la pesadumbre que le produjo el incendio de su casa, víctima calcinada de la guerra, miró con derrame de estoico valor el despojo de sus bienes que dispuso Imaz, el brazo fuerte de Goyeneche, a instancias de Pedro Antonio Arandia, quien, por apropiarse de esos intereses, cometió una doble traición a la causa del pueblo y a su jefe.

Doña Manuela Rodríguez y Terceros tuvo que soportar, después, el repudio de su propia gente, que empezó a considerar su trato peligroso para la existencia de los que se le acercaran; pero, no fue abatida por el desafuero ni por los atropellos que encubría la ley, así hubiera de medrar el sustento para los suyos, vagando por caseríos y rastrojales, hasta ir a dar a la rinconada de la Pajcha, donde se refugió de la infidencia de sus familiares y amigos. Más tarde, desconfiando siempre de la seguridad de sus hijos, hurtó su rastro a los ojos de los labriegos de la comarca, suponiéndose que se hubiera escondido al amparo del monte que se desgarran en los faldeos del Caine y cuyo silencio fuera incompatible con toda relación humana.

Ese aliento para hacer frente a la predestinación a un martirio espiritual, era engañosa apariencia destinada a conservar la firmeza de los suyos; reserva de coraje interior que se rompía para desahogarse en lágrimas, durante las prolongadas ausencias del Guerrillero o cuando la tímida claridad del amanecer la sorprendía con su pesadumbre solitaria, vigilando el sueño de sus hijos, arrojados del mundo que conocieron.

Criolla de la más calificada abnegación, busca en su conducta un paralelo al renunciamiento de su esposo, a quien le concede la compañía de sus hijos mayores, para que le sigan en las jornadas de Santa Cruz, que fueron los últimos pasos del prócer recorrido. Si hay en Arze un ademán perpetuo de altivo desprendimiento a las ligaduras de la dicha, tal como se la concibe en su sentido temporal, hay en su mujer aceptación serena del dolor, al consentir que los suyos compartan la suerte distribuida por la vida bronca de las guerrillas.

Presidentes nacidos en Cochabamba



General Pedro Blanco Soto



Gral. José María Achá



Gral. Mariano Melgarejo Valencia



Abog. Mariano Baptista



Abog. Eliodoro Villazón



Gral. Carlos Blanco



Abog. Daniel Salamanca



Gral. Carlos Quintanilla



Coronel Gualberto Villarroel



Gral. René Barrientos



Gral. Juan José Tórrez



Abog. Walter Guevara Arze



Contadora Lidia Gueiler Tejada



Lic. Jaime Paz Zamora



Ing. Jorge Quiroga Ramírez



Dr. Eduardo Rodríguez Veltzé

5º Presidente

Pedro Blanco Soto
26-12-1828 / 1-01-1829

EL Gral. Pedro Blanco Soto nació en Cochabamba, el 19 de octubre de 1795, y murió en Sucre –trágicamente–, el 1º de enero de 1829.

Es el Mandatario que gobernó menos tiempo la República, apenas 6 días. Probablemente, como muchos otros, sirvió en las milicias reales antes de enrolarse en las filas independentistas.

Siendo Presidente, el Mariscal Sucre dejó varios testimonios sobre el buen concepto que tenía de Blanco. Incluso, al llegarle la noticia del motín del 18 de abril de 1828 –en el cual Sucre fue herido en el brazo derecho–, Blanco se apresuró en enviarle una carta de apoyo desde Potosí.

Sin embargo, producida la invasión del ejército peruano, comandado por el general Agustín Gamarra, el entonces Coronel Pedro Blanco tomó la ciudad de Sucre, el 3 de agosto de ese año, comandando un escuadrón del Perú, y capturó, en su retiro de Ñujchu, al Mariscal de Ayacucho, donde era sometido a dolorosas curaciones por parte de los cirujanos Miguel Carpio y Torrelly, para llevarlo al cuartel general de Gamarra y controlar así que no se opusiera al Tratado de Piquiza ni a las presiones de Gamarra en la Asamblea Convencional (apodada entonces como “Asamblea Convulsional”), que culminaron con la designación de Pedro Blanco como Presidente de la República, el 17 de diciembre de 1828, y con su ascenso a general. Santa Cruz era el verdadero Presidente provisorio y se hallaba en territorio peruano, pero tuvo que conformarse, de momento, con el ascenso de Blanco. Junto a Gamarra había llegado el coronel boliviano Mariano Armaza,

debido a que se oponía a la presencia de tropas colombianas, tanto en Perú como en Bolivia; pero impuesto de los planes de Gamarra de anexas el territorio boliviano al Perú, se levantó contra el Presidente Blanco y, secundado por el entonces teniente coronel José Ballivián, consiguió capturar a Blanco y conducirlo preso al Convento de la Recoleta, en Sucre, donde murió misteriosamente en manos de sus guardias, cuyo comandante era el capitán Prudencio Deheza.

Los ilustres descendientes del Presidente Blanco, entre ellos el Gral. Blanco Galindo, más tarde Primer Mandatario, publicaron alegatos en defensa de su antecesor; pero hay nutrida correspondencia de Gamarra, al jefe boliviano, que constituye prueba de cargo, además de la exposición de motivos que escribió Ballivián y el comentario de Santa Cruz, quince días después del asesinato: “la pena fue tan pronta como la traición”. Más tarde, Gabriel René Moreno pronunció un veredicto que encara a Blanco el error histórico de haberse aliado con el invasor.

14º Presidente

José María Achá
4-05-1861 / 28-12-1864

El Gral. José María Achá Valiente nació en Cochabamba, el 8 de julio de 1810, y murió en la misma ciudad, el 29 de enero de 1868. Inició su carrera militar en las campañas de la Confederación Perú-Boliviana. Se levantó, más tarde, contra Belzu, pero fue derrotado en Sutimarca. Era ministro de Guerra de Linares, pero se coludió con los generales Manuel Sánchez y Ruperto Fernández, para derrocar al célebre dictador, en 1861, y constituir un triunvirato que sólo duró cuatro meses. Sánchez murió en ejercicio del triunvirato y, poco después, el general Achá consolidó el ejercicio único de la Presidencia. Medida precursora de la justicia social fue el decreto de Achá, que otorgó parcelas a los campesinos sin tierra y el derecho propietario sobre ellas, si se acreditaba una posesión continua de 10 años. En su gobierno fueron descubiertos los ricos yacimientos de guano y salitre del Litoral y se iniciaron las tensiones con Chile, que condicionaron la autorización de declaratoria de guerra, pronunciada por el Congreso boliviano. La inestabilidad interna determinó que Achá se apoyara en la mano rígida del prefecto de La Paz, Agustín Yáñez, el tristemente célebre autor de las “matanzas de Yáñez”, en el cuartel del Loreto, ubicado en la actual Plaza Murillo de La Paz, donde murieron, en una sola noche, 50 connotadas personalidades, entre ellas Francisco de Paula Belzu, hermano del caudillo, y Jorge Córdova, ex Presidente. Convocó a elecciones en 1862 y él mismo salió electo; pero arreció la oposición. Uno de sus puntales era su paisano el general Mariano Melgarejo, de sólido prestigio militar. Achá cometió el error de postergar las ambiciones presidenciales de Melgarejo, designando a Sebastián Ágreda como su sucesor. No lo permitió el caudillo tarateño y, esgrimiendo el nombre de José Ballivián, quien había sido su protector, derrocó al Presidente Achá, en 1864. Se retiró a Cochabamba donde falleció el 29 de enero de 1868.

15° Presidente

Mariano Melgarejo
28-12-1864 / 15-01-1871

Mariano Melgarejo nació en Tarata, Cochabamba, el 13 de abril de 1820 y fue victimado en Lima el 23 de noviembre de 1871. Hijo natural de Ignacia Melgarejo y de Lorenzo Valencia, contrajo matrimonio con Rosa Rojas, pero otra mujer signó su destino: Juana Sánchez Campos. Desde muy joven se distinguió en el ejército de la Confederación Perú-Boliviana y en las fuerzas victoriosas de la batalla de Ingavi. Fue su protector el General José Ballivián, a quien sirvió con coraje y lealtad, hasta que oyó el llamado de su destino.

A sus 18 años, fue ascendido a sargento, en la victoria de Montenegro, bajo el mando del Mariscal de la Confederación Felipe Otto Braun. Cayó prisionero en Yungay y sufrió cautiverio en Puno, incorporado al batallón Ancash. Logró amotinar a los prisioneros y huir. A los 20 años, se alistó en el Batallón Legión, acantonado en Oruro, y lo sublevó en 1840, a favor de José Ballivián. Conjurado el motín, huyó al Perú, donde vivió bajo la protección del caudillo.

Muerto Ballivián, persistió en él una rivalidad contumaz con el general Manuel Isidoro Belzu. Se enlistó en las fuerzas de Linares y consolidó la presidencia de José María Achá, tras la batalla de San Juan, ligado por parentesco espiritual con la esposa de éste, Gertrudis Antezana, nombrada la Diosa de Calliri por su belleza. Achá lo nombró primer jefe de un batallón, lo ascendió a General de Brigada y fue la base más firme para el sostenimiento del gobierno, entre belcistas y rojos.

La Causa Decembrista

Por fin, al amanecer del 28 de diciembre de 1864, sonó la hora de Melgarejo. Logró sublevar varios regimientos de Cochabamba, usando la imagen de Ballivián para camuflar sus pretensiones. Pero cuando el coronel Juan Mariano Mujía le preguntó “¿Y quién es el caudillo que proclamamos?”, Melgarejo le contestó: “¡Qué bruto eres! ¿Quién ha de ser sino yo?” Así depuso al presidente Achá.

Designó Ministro General a quien sería su leal y estrecho colaborador, Mariano Donato Muñoz, abogado cochabambino, y, una vez ocupada La Paz, no dejó dudas sobre su voluntad de mando, al declarar: “Mandaré en Bolivia hasta que me dé la gana y al primero que me la quiera jugar, lo hago patalear en media plaza”.

Partió en campaña de pacificación al interior. Pero, en Oruro, le llegó una noticia inquietante: la presencia de Belzu en el país y, aun más, su ingreso al Palacio de Gobierno, el 22 de marzo. De inmediato, ordenó la contramarcha y allí es donde la historia registra dos de sus gestos de audacia y heroísmo: el primero, encabezando una carga del batallón Coraceros a la barricada de las Cajas, y, el segundo, su ingreso intempestivo al Palacio y la muerte de Belzu, que se debió, según rumores, a un pistoletazo del propio Melgarejo, y, según el testimonio de Narciso Campero, al disparo de un riflero de apellido Vega.

De inmediato, sintió el aislamiento de las personalidades que quiso invitar a colaborarle y tuvo que amenazarlos con elevar a ministros a sus camaradas sargentos si no conseguía otra gente para su administración. Sólo Mariano Donato Muñoz se mantuvo leal y obsecuente como su Primer Ministro.

El país sufrió una serie de levantamientos, antes que Melgarejo se consolidara en el poder tras la victoria de la Cantería, una prolongación del Cerro Rico de Potosí, donde batió a milicias conformadas por la juventud más granada del sur, entre otros por el poeta Néstor Galindo (hijo del héroe colombiano León Galindo), fusilado en el acto, no obstante que Melgarejo le debía a su madre, doña Antonia Argüelles, el indulto de Belzu cuando había sido condenado a muerte por un Consejo de Guerra.

La Cantería y, luego, la victoria en Letanías, cerca de Viacha, diezmaron a la oposición. Melgarejo se mostró durísimo con sus rivales políticos, declarando, por decreto de 6 de diciembre, traidores a la patria a quienes tomaren armas o se negaren a prestar servicios a su causa.

Para costear los gastos de campaña optó por confiscar remesas privadas y acuñar Melgarejos, moneda feble de 400 gramos, consagrada “A los pacificadores de Bolivia Melgarejo, Muñoz”; y, en el reverso: “Cantería de Potosí, Septiembre de 1865. Al valor y al talento”.

Retrato

Alcides Arguedas es responsable de haberlo reducido a personaje de ópera bufa, de comedia del absurdo, por su afán confeso de exacerbar su atención sobre lo anecdótico: “Hasta aquí, en la Historia General de Bolivia, la anécdota ha suplido la mención de hechos positivos. Ahora lo ocupa casi todo”. Campero le reprocha, en sus memorias, no haber tenido la menor formación académica militar. Sin embargo, fue un guerrero astuto, aguerrido, audaz y con una vocación de mando indiscutible, por el magnetismo que ejercía sobre sus tropas.

Pero hay dos elementos que no dejan lugar a dudas sobre la índole negativa de su paso por el gobierno: el despojo a los indígenas, por

decreto, cuya propiedad comunitaria sobre la tierra habían respetado, hasta entonces, los gobiernos republicanos; y la conducta arbitraria y exenta de toda cautela, que siguió en los tratados de límites con Chile y Brasil.

Socapado por una clase ascendente, basó su poder en la fuerza de las armas, en una época en que el ejército era considerado “polilla de Bolivia”, por cuanto disponía, a su libre arbitrio y a su paso, de fondos públicos, empréstitos forzosos y confiscaciones de ganado y vituallas.

Le gustaba el boato, las paradas militares y los ruidosos festejos en Palacio, en una época en que el artículo de consumo más caro era la cerveza Stout, producto ultramarino que Melgarejo consumía por fardos. Dicen que perdía toda compostura cuando se embriagaba, tal como lo retrata el diplomático chileno Ramón Sotomayor Valdés: “Nunca habíamos visto a Melgarejo en aquel estado, no obstante su costumbre de embriaguez. Su aspecto era feroz y, a pesar de la compostura y circunspección que violentamente se impuso, su voz entrecortada y ronca, su pronunciación tartajosa, sus ojos inyectados de sangre, su rostro ceniciento, acusaban en él una de esas agitaciones coléricas que, sin privarle de la razón, le hacen cometer tantos y tan terribles desmanes”. A ese estado de euforia se le atribuyen muchos crímenes. Un comentario típico sobre los desmanes de Melgarejo y de sus favoritos, como el General Leonardo Antezana, su pariente, o el Coronel José Aurelio Sánchez, su cuñado y yerno, es el siguiente: “Estaba ebrio y en Bolivia, bajo el actual gobierno, semejante estado es la absolución anticipada de todo delito para los familiares del poder.” Poco antes de su caída, las personalidades más salientes del país se habían refugiado en el exterior: “Frías andaba por Italia, Ballivián por Inglaterra, Aramayo por Francia, Baptista por España, Arguedas, Muñoz Cabrera, Corral, Morales, Reyes Ortiz y otros, malvivían diseminados en las playas del Perú y Chile”.

Sin embargo, gozó de “adulación sin aliño ni cocimiento, que salta cruda en olla de barro al fuego de taquia fétida”, según diría Gabriel René Moreno. El prócer minero Félix Avelino Aramayo escribía: “Su fuerza es hija de la barbarie sostenida por los especuladores, que hacen ostentación de su poder; por todos esos agiotistas sin pudor... que últimamente se han dedicado a comprar los bienes nacionales y los de comunidad, a la manera de los mercachifles del siglo XV, que cambiaban un pedazo de oro por un botón de peltre”. Oigamos el juicio de Montenegro: “La historia escrita de Bolivia no meritúa esas revelaciones honorables, decidiéndose, más bien, por execrar exclusivamente a Melgarejo. Así ha llenado la época toda con la solitaria imagen de éste, emboscando tras ella a quienes fomentaron tropelías y socaparon crímenes por tener a la nación aterrada y muda”.

Política Interior

Hace falta un estudio en fuentes primarias sobre la obra de gobierno de Melgarejo, cuyo examen ha quedado, por lo general, en la pura anécdota o en el dato episódico. Dicen que Melgarejo trabajaba –personalmente– despejando los caminos para el paso de la artillería: “El General Presidente, bañado en copioso sudor, sigue combatiendo cuerpo a cuerpo con un gigante pedrón que es el más grande obstáculo que hace resistencia; pero coadyuvado de soldados, indios y amigos, lo descuaja y hace rodar por la pendiente, dejando libre el tránsito”. Cierta vez se le ocurrió demoler el cerro de Santa Bárbara, en La Paz, para abrir el acceso al valle de Potopoto (hoy Miraflores), y lo consiguió, a pala y pico, en cinco meses. Sus panegiristas consideraron, el abra cercana a Laikakota, similar, en magnitud, a la construcción de las pirámides de Egipto.

Los cronistas chilenos dicen que, a un sitio llamado tradicionalmente La Chimba, Melgarejo le puso el nombre de una finca que poseían

sus hermanos en el norte argentino: Antofagasta. Dicen también que encargó al ingeniero chileno Hugo Reckque la planeación urbana de Mejillones, para reemplazar al puerto de Cobija, que fue abandonado por la peste amarilla y el terremoto de 1868. Se dice también que respaldó a los grandes productores mineros, eliminando el monopolio estatal, creó el banco de hipotecas y adoptó el sistema decimal. Los filatelistas lo recuerdan porque lanzó las primeras estampillas postales, llamadas “Cóndores”.

El prócer minero Félix Avelino Aramayo hizo gestiones ante Melgarejo para contratar empréstitos, explotar yacimientos de guano y minas, y establecer un ferrocarril; pero el gobierno optó por deshacerse de su insistencia por el destierro. “El gobierno y todos se dan la mano con admirable prontitud cuando se trata de aplastar al que pretende elevarse por medio del trabajo”, comenta Aramayo.

La continua política de empréstitos forzosos, que decretaba al paso de su ejército “pacificador”, le valió la animadversión de muchas ciudades, en especial Cochabamba. Pero recompensó la adhesión de sus paisanos, creando el Departamento de Tarata, capital Melgarejo, por decreto de 5 septiembre de 1866, y pronunciando sentidas proclamas para tarateños y cliceños: “Nací entre vosotros y en esto fundo mi orgullo. Mi condición de Jefe de la República me obliga a no poder permanecer a vuestro lado; pero ¿dudaréis del profundo cariño que os profeso? Nunca; aunque me hallase en las playas más remotas, siempre estaría acordándome de mis compañeros de infancia, de mis camaradas de batalla”.

Pacificado el país, tras una veintena de alzamientos, convocó a elecciones legislativas en junio de 1868 y ganó en el Congreso “una absoluta totalidad”, pues era un acto suicida oponerse a sus designios. Aprobó la Constitución de 1868, que era copia de las leyes más

liberales de la época, pero Melgarejo no dejó dudas sobre la importancia que daba a la Ley Fundamental en la respuesta a un brindis: “Sepa el doctor que acaba de hablar y sepan todos los honorables señores diputados, que la Constitución de 1861, que era muy buena, me la metí en este bolsillo (el izquierdo de su pantalón) y la de 1868, que es mejor, según estos doctores, ya me la he metido en este otro (señalando el derecho), y que nadie gobierna en Bolivia más que yo!...”

Subasta de Tierras Comunitarias

Melgarejo ordenó, por decreto, que en un plazo de 60 días, los indígenas comunarios consolidaran su derecho propietario, pagando un módico gravamen, advirtiendo que las tierras no perfeccionadas serían vendidas por el Estado en pública subasta. El decreto no fue publicado oportunamente y los comunarios fueron, automáticamente, despojados de la propiedad ancestral sobre sus fundos y sayañas. Sólo en La Paz fueron rematados 800 fundos. Arguedas cita una lista de los beneficiarios: “Los Tamayo, los Valdivia, los Burgoa, los Más, los Dalens Guarachi, los Camacho, los La Viña, los Suazo, los Sanz Guerrero, los Escobari, los Machicao, los Benguria, los Soliz, los Sánchez Bustamante, los Guachalla, los Peñaranda, los Aliaga, los Santos Machicao, los Villanueva, los Gamarra, los Bilbao La Vieja, los Tejada, los Arce, los Elíos, los Maidana...” “Doña Juana Sánchez...resultó con más de ochenta fincas de primera clase, sin otro título que haber sido la favorita de Melgarejo; Antezana resultó con más de cien leguas de terreno situadas en las fértiles orillas del Titicaca, sin más capital que sus demasías y borracheras; Crespo, con ocho hermosas propiedades arrancadas a viva fuerza a los miserables indígenas; el negro Vera con una propiedad más vasta que el condado de York”, comentó El Republicano, a la caída de Melgarejo. Manuel Lastra, ministro de hacienda de Melgarejo, comentó más tarde: “El valor de las 356 comunidades vendidas hasta el 31 de diciembre de

◀ Enrique Rocha Monroy

1869 ascendía a 856'550 bolivianos, 17 centavos, de los que únicamente se empozaron en dinero en tesorería 177'537 bolivianos, 52 centavos...”.

Los comunarios de Taraco, Ancoraimes y Huayco se sublevaron para evitar el despojo, pero fueron diezmados por los bravos de Melgarejo. Tan sólo en La Paz, el general Leonardo Antezana y el coronel José Aurelio Sánchez, victimaron a 2'000 indios.

A la caída de Melgarejo, se abolió el decreto de exvinculación de tierras, pero los nuevos propietarios ya habían consolidado su posesión sobre las tierras comunitarias.



Política Exterior

El decreto de 18 de marzo de 1866 declaró que las fronteras de Bolivia eran “líneas matemáticas”, contraviniendo una tradición que se remonta a 1810 y que usó ríos y otros accidentes geográficos para demarcar las posesiones de España, frente a las pretensiones de Portugal. Declaró, también, que cualquier americano, por el sólo hecho de pisar territorio boliviano, tendría los mismos derechos que los nativos, con la excepción de la habilidad para ejercer la Presidencia. No eran aislados estos arranques de Melgarejo, pues, hasta hoy, se honra su memoria en Paraguay porque ofreció tropas para defender a Francisco Solano López, en la Guerra de la Triple Alianza; como también se le atribuye la intención, o la humorada, de querer comandar sus tropas para irse “a Francia por el deshecho”. Tal disposición fue naturalmente bien recibida por la diplomacia chilena y brasilera, debido a problemas limítrofes que nunca antes habían sido encarados. Entusiasmado por su popularidad “continental”, Melgarejo declaró traidores a la causa americana a quienes se rebelasen contra los gobiernos de Chile, Perú y Bolivia”, cuando recibió de manos del embajador Aniceto Vergara Albano, el grado de General de División del Ejército Chileno.

Mientras los bolivianos sofocábamos cientos de revoluciones, Chile avanzaba, a paso seguro, en su política de expansionismo. ¿Cómo encaró Melgarejo las divergencias limítrofes que teníamos con Chile, desde 1842, cuando se descubrieron yacimientos de guano y salitre en nuestro Litoral? Sin antecedente histórico alguno, Chile había creado la provincia de Atacama; José María Santiviáñez propuso como límite, en 1857, el grado 25 y Chile el grado 23, con uso común de la bahía de Mejillones, ocupada por la fuerza ese año. En 1863, el Congreso autorizó al Ejecutivo a declarar la guerra a Chile, pero estalló la guerra entre España y Perú, que se apresuró a firmar un

pacto de defensa con Chile en diciembre de 1865, y a realizar gestiones conjuntas para atraer a Bolivia. Melgarejo suscribió un pacto de alianza el 30 de enero de 1866, a instancias de Vergara Albano, y el 10 de agosto de ese año precipitó un tratado leonino y absurdo, con límites imprecisos, donde se estipula que los productos descubiertos y explotados entre los grados 23 y 25 serán de comunidad de ambos países. Los asesores de Melgarejo dicen que la firma del tratado tiene el propósito de “afianzar la paz con Chile”. Allí, no paró la chilenofilia de Melgarejo, pues, a poco, dispuso que “en lo sucesivo, el 18 de septiembre de cada año, se considerará y celebrará, en todos los departamentos y provincias de la República, como una de nuestras festividades nacionales”. Vergara Albano lo compara con Bolívar: “Vos tenéis el honor de ser el primero que ha borrado las fronteras de un estrecho provincialismo, declarando que todos los americanos del sur son hijos de Bolivia”, a tiempo de darle grado de general de división chileno. Melgarejo contesta: “Al señor Albano le debo todo, honor, renombre y gloria exterior. Cuando el arreglo de límites le dije que si quería para Chile todo el territorio cuestionado, así lo pactase, y ha sido más generoso que nosotros...” El 19 de junio, Vergara Albano: “Es declarado Gran Ciudadano de Bolivia y Benemérito de la Causa Americana, condecorado por el Presidente Provisorio con una medalla de honor guarnecida de brillantes, y queda nombrado Ministro de Hacienda”. Naturalmente, no pudo aceptar. En 1868, al calor de su cumpleaños, celebra el aniversario de la batalla de Maipú. “Con Chile partimos de un pan, con esa república vivimos en mancomún, tanto en nuestros intereses cuanto en nuestra libertad”. Durante las elecciones de 1868, el embajador Ramón Sotomayor Valdés, sucesor de Vergara Albano, siguió, paso a paso, la política nacional, en especial la aprobación de los tratados de límites con Chile y Brasil. Como observa Sotomayor, a los pueblos no les interesaba la nueva Constitución, sino la aprobación de dos tratados leoninos: “Comprenden perfectamente que el tratado de límites, una vez

consumado, les quita algo que no podrán recobrar y les crea una condición incómoda de que no podrán redimirse sino con peligrosos y carísimos esfuerzos”.

Con Brasil se repitió el despojo. Ya el presidente Belzu había evitado fijar límites porque temía que quisieran quitarnos todo Mojos y Chiquitos. Brasil destacó a López Netto como ministro plenipotenciario ante Melgarejo y, en pocos días, firmaron el tratado de 27 de mayo de 1867, por el cual, según Lucas Mendoza de la Tapia, perdimos más de la quinta parte del territorio, 100'000 kilómetros cuadrados con una inmensa de ríos navegables sobre un extenso y rico territorio.

Los asesores de Melgarejo decían haber “librado al país de la amenaza de eternas dificultades con otros dos países grandes y relativamente prósperos.” El 17 de septiembre, durante la discusión del tratado en el Parlamento, circuló el estudio de Mariano Reyes Cardona, “Cuestión de límites entre Bolivia y el Brasil. Defensa de Bolivia”, voz solitaria en una asamblea presionada por el aguerrido Batallón Colorados en sus puertas, por la adusta presencia del ministro Mariano Donato Muñoz, por la voz del panegirista del gobierno, Rosendo Gutiérrez, y por las veladas amenazas de los edecanes de Melgarejo, quienes iban y venían con la noticia de que andaba borracho en Palacio y temían los efectos de su cólera.

Sobre el tema, es definitivo el comentario del senador brasileiro, el general Cerqueira: “El Brasil obtuvo de Bolivia cuanto propuso y pidió... consiguió en este tratado con Bolivia, retrotraer la línea del punto medio del Madera hacia su origen, esto es, de la latitud 6 grados a la 10 grados 20 minutos; y no fue más al sud porque sólo hasta la boca del Beni, a 10 grados 20 minutos llegaron las pretensiones de los portugueses... ¡Y nuestros valientes antepasados sabían lo que pretendían y nunca pretendían poco!... ¿Saben cuánto ganó el Brasil

con el tratado de 1867, consiguiendo esa línea de la boca del Beni a la cabecera del Javary? Ganó más de 100'000 kilómetros cuadrados de territorio sobre los tratados de 1750 y 1777”.

Melgarejo Dejó Sin Mar a Bolivia por el Tratado de 1866

La tradición de la política exterior chilena, con respecto a sus relaciones diplomáticas con Bolivia, siempre ha sido, primero de adulación y halagos a nuestros gobernantes; luego asestar el puñal de la traición a "esta tierra inocente y hermosa...".

No otra cosa significa el nefasto tratado de 1866, sonsacado al beodo gobernante Mariano Melgarejo. Chile escogió a un hombre de lúcidas características, cerebral y cuerdo, cuya simpatía y sagacidad sirvió para envolver, a su gusto, al semianalfabeto gobernante. Aniceto Vergara Albano, representante en Bolivia de la nación mapochina, tuvo mucho que ver con el Decreto Supremo que fue suscrito como un antecedente del ominoso tratado. Ya dijimos que Vergara Albano fue hábilmente elegido para ganar la voluntad de Melgarejo. Ahora es oportuno recordar que su misión tuvo tal éxito, que el señor Valdez Vergara, uno de los hombres rectos de Chile, en «El Mercurio» de Santiago del 25 de agosto de 1911, decía: «Melgarejo fue un gobernante de carnaval, cuyos actos harían reír si a veces no hubieran sido sangrientos y si el escenario de ellos no hubiera sido un pueblo desgraciado muy digno de mejor suerte». «Pues bien, continúa Valdés, el gobierno de Chile hizo de ese tiranuelo grotesco su aliado personal; con él pactó el Tratado de límites de 1866 y ante él acreditó un Plenipotenciario, que pronto fue su confidente y su amigo. Cuando éste puso término a su misión, Melgarejo tuvo la peregrina idea, propia de su cerebro descompuesto, de nombrarle su Ministro de Hacienda y como rehusara aceptar este cargo, lo acreditó en el carácter de E. E. y Ministro Plenipotenciario de Bolivia en Chile. ¡Y, admírese hoy el país! exclama el señor Valdés, el gobierno de Chile, prestándose a ser actor en la

comedia, recibió a ese personaje chileno en tal carácter y siguió tratando con él, de nuestras cuestiones con Bolivia» (Casto Rojas «Historia Financiera de Bolivia»).

¡Hasta dónde había descendido el nivel moral de esa época! El Plenipotenciario chileno se convirtió en Ministro de Bolivia. Y, si Melgarejo era un loco capaz de los despropósitos más extraordinarios, ahí estaba Vergara Albano, hombre inteligente y cuerdo; ahí estaba el Gobierno de Chile, regido por una aristocracia perfectamente organizada. En realidad, no habiendo presentado Chile ningún título sobre el desierto de Atacama, existiendo cédulas reales que fijan como el principio de su jurisdicción el grado 27; prescribiendo su propia constitución política ese límite; habiendo Bolivia exhibido documentos claros y evidentes de que su territorio se extendía hasta el grado 27 de latitud sud, el tratado de 1866 cedía a Chile, sin compensación de ningún género, esos tres grados geográficos. Si el tratado de 1866 hubiera fijado, simplemente, el grado 24 como límite entre ambas naciones, Bolivia, por ese franco y leal sentimiento de amor a la paz y a la tranquilidad del continente, habría aceptado ese sacrificio, exigiendo de Chile, únicamente, que no intervenga en sus negocios y que le deje desenvolverse con todas sus imperfecciones, dentro del patrimonio que le legaron los esfuerzos y sacrificios de sus ascendientes. Pero, Chile estaba muy lejos de tan legítimos sentimientos. Contando con la condescendencia de un soldado vanidoso y sugestionado, impuso, en el artículo 29, una medianería que consistía en partir por mitad, no sólo los productos provenientes de las guaneras descubiertas y por descubrir entre los grados 23 y 25 de latitud meridional, sino, también, los derechos de exportación de ese territorio. Desde luego, conviene advertir que entre los grados 24 y 25 no había guaneras ni minerales y la medianería se reducía, únicamente, al territorio comprendido entre los grados 23 y 24. En esta forma, Chile obtenía el máximo de sus pretensiones en el desierto de Atacama. Reconocía

derechos nominales a Bolivia, porque la medianería extendía, en los hechos, su dominio hasta el grado 23, cuya propiedad la obtendría más tarde, con las dificultades resultantes de tan extraño medio de ejercer la propiedad. Semejante cláusula le daba, todavía, otras ventajas. Bolivia se obligaba a habilitar el puerto de Mejillones, con aduana bien organizada y por ésta, exclusivamente, debían hacerse las exportaciones (Artículo 39 del tratado). Resulta que Bolivia sostenía la administración de ese territorio y Chile percibía la mitad de las rentas, sin erogar nada, con utilidad líquida. Era un socio que iba sólo a las ganancias y no a las pérdidas. No se contentó con esto. Hizo declarar libres de derecho de exportación los productos extraídos del territorio comprendido entre los grados 24 y 25 de latitud meridional, que pasaran por Mejillones. También hizo declarar libres de derechos los productos naturales de Chile que se introducían en el mismo puerto (Artículo 49).

Empero, este tratado necesitaba la sanción de un Congreso. Era preciso convencer a Melgarejo de la necesidad de convocar a elecciones y constitucionalizar su gobierno, para dar sello de compromiso nacional al tratado unilateral que acababa de firmar como General de División de Chile. Era enemigo de las elecciones, que consideraba farsas donde los demagogos hacían su agosto; pero Chile no podía conformarse con tener un Tratado sin sanción legislativa. Se convocó al Congreso.

El Tratado de 1866 se aprobó bajo las severas imposiciones de un beodo que pesaba sobre ese cuerpo con la carga fatídica de dos mil bayonetas.

Caída

“Veintitrés rebeliones consecutivas mantuvieron a la República enloquecida por el estrépito de los balazos, a todo lo largo de aquel

período. Melgarejo apagaba con chorros de sangre las chispas revolucionarias, encendidas por la cólera y la desesperación del pueblo”, comenta Carlos Montenegro. En 1870, Melgarejo era Presidente Constitucional, cuando se levantó prácticamente todo el país, designando como jefe supremo a Agustín Morales. Una defección fatal se produjo entonces: costó 10'000 pesos comprar al teniente coronel Hilarión Daza, primer jefe del batallón tercero, a quien Melgarejo había dejado a cargo de La Paz. El 15 de enero de 1871 tuvo lugar el combate final en La Paz. Melgarejo llegó disminuido, luego de sortear 600 kilómetros en época de lluvias, con tropas desmoralizadas, y dominado por la noticia de que Juana Sánchez había sido tomada rehén junto a la esposa de Mariano Donato Muñoz. El combate costó un millar de cadáveres de civiles, y tan sólo “29 de tropa y tres rabonas”. Entonces se produjo el episodio más dramático en la agitada vida de Melgarejo, según un testimonio de la época. “Cuando llegamos al Alto, sentimos por retaguardia a la indiada que de los cerros vino y se nos puso de por medio. Sentimos los pututus y los alaridos de los indios. Como a las cuatro de la mañana atravesamos Laja. Desde este punto comienza otra campaña desconocida y de carácter salvaje. Los indios se reunían por grupos. Ya no eran pequeñas partidas de amago, eran cordones inmensos que de todas partes brotaban y nos cargaban, en distancias de guerrilla, con piedras de honda. Casimiro Corral y Melgarejo, junto a cinco o seis jefes y oficiales, se recostaron sobre las costillas de los caballos para evitar las piedras... “Pudimos al fin ver el Desaguadero. ¡Qué tardo nos pareció el galope de aquel rato!... Si el Desaguadero se hubiese hallado una legua más lejos, caemos infaliblemente en manos de los indios”. En Lima se impuso la realidad: tantas distinciones y generalatos, y Melgarejo no tenía un centavo. Juana Sánchez y su familia se habían anticipado, con lo poco que habían podido rescatar, pero no le abrían las puertas. Melgarejo se emborrachaba e insistía en volver al lecho de su concubina, hasta que su propio cuñado y yerno, José Aurelio

Sánchez, le disparó, desde un balcón, un balazo mortal que le perforó el cráneo por la sien izquierda. Hay testimonios acerca de que su muerte se debió a una conjura cuidadosamente planeada. A 132 años de su muerte, no se ha disipado aún la fascinación que ejerce su memoria. Curioso destino el de un militar, a quien no le tembló el dedo para matar personalmente a sus adversarios, que se dejó dominar, en vida, por el demonio de la ira, convertido hoy en un santo popular, pues su calavera, que ostenta vestigios de su luenga barba y el orificio de entrada de la bala que lo mató, es venerada en la Iglesia Matriz de Tarata, y nunca le faltan flores ni velas, alumbrando a cientos de exvotos que agradecen “al Hermanito Mariano”, por los milagros recibidos. Desde el testimonio que dejó Isaac Tamayo, uno de sus colaboradores, hasta hoy, es alma muy solicitada por los cultores del espiritismo.

23º Presidente

Mariano Baptista
11-08-1892 / 19-08-1896

El Dr. Mariano Baptista Caserta nació en Calchani-Cochabamba, el 16 de julio de 1832, y murió en esta ciudad, el 19 de marzo de 1907. Estudió Derecho y, desde muy joven, se destacó en la tribuna parlamentaria como el más grande orador de su tiempo. A esa proverbial habilidad de convencer al adversario, mediante la elocuencia, le debió el sobrenombre de Mago.

Fervoroso civilista, se inició en las filas de Linares y participó en su gobierno. Se opuso a Melgarejo y tuvo que emigrar a Europa. Fervoroso católico, apoyó invariablemente a políticos institucionalistas como Tomás Frías y Adolfo Ballivián, militando más tarde en el Partido Conservador. De ese modo, y por méritos sobrados, fue ministro y diplomático en los gobiernos de Pacheco y Arce.

Elegido primer Vicepresidente de Pacheco, en el período 1884-1888, ascendió a la Presidencia por el camino constitucional, en 1892. A su celo se debió la firma del Tratado de 1895 que, si bien aceptaba la soberanía chilena en el Litoral, comprometía al país vecino a otorgarnos una salida al Pacífico. Fiel a sus convicciones, acentuó la presencia de la Iglesia en la educación, promoviendo, además, la educación técnica. Ordenó, asimismo, nuevas exploraciones en el norte del país, para fomentar la explotación de la goma.

Concluyó pacíficamente su período presidencial, aunque fue perseguido y detenido por el triunfante Partido Liberal, tras la Revolución Federal. Se retiró a Cochabamba, donde murió a los 75 años, dejando ilustre descendencia.

27° Presidente

Eliodoro Villazón
12-08-1909 / 14-08-1913

El Dr. Eliodoro Villazón Montaña nació en Sacaba-Cochabamba, el 22 de enero de 1848, y murió en la misma ciudad, el 12 de septiembre de 1939.

Estudió Derecho, con especialización en finanzas, aptitud que le valió la confianza de la banca y le facilitó la obtención de un patrimonio importante. Se inició, en la política, en el Partido Rojo. Se destacó como concejal municipal de Cochabamba y diputado. Integró la Convención de 1880 y, más tarde, fue ministro de hacienda del Presidente Campero. Su ingreso al Partido Liberal le permitió ascender en el espacio político, de inicio, como ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Pando y, posteriormente, como Primer Vicepresidente del Presidente Ismael Montes. Ganó las elecciones presidenciales de 1909 y asumió la jefatura del Ejecutivo. Su experiencia en finanzas determinó el rumbo de un gobierno de bienestar y superávit, de paz social y administración tranquila, que le permitió solucionar problemas de límites con la Argentina.

En una época de institucionalidad, terminó su mandato en 1913, fue diplomático y, en su retiro de Cochabamba, murió a los 91 años.

El Pleito de Tambopata

El "laudo argentino" de 9 de julio de 1909, por el que Figueroa Alcorta, sin atenerse a la abundancia de pruebas jurídicas en favor de la tesis boliviana de que el territorio de Tambopata era de Bolivia, falló, salomónicamente, dividiendo el territorio entre el Perú y Bolivia.

Conocido este resultado, el gobierno boliviano rechazó el laudo y se agitó la opinión popular, sobreviniendo manifestaciones hostiles a la Argentina y el Perú; situación sumamente vidriosa que heredó, de Montes, el nuevo Presidente don Eliodoro Villazón.

La violencia de las manifestaciones populares bolivianas, provocó la ruptura de relaciones diplomáticas, que hacía inminente el estallido de una guerra de Perú y Argentina contra Bolivia, pero el gobierno de Villazón inició pacientes negociaciones que, habiendo conseguido la devolución de unos territorios insignificantes, atribuidos al Perú por el laudo, tuvieron la virtud de suavizar el conflicto, hasta extinguir, totalmente, la amenaza de una nueva guerra. De todas maneras, las materias primas cumplieron una vez más su rol de impulsoras de conflictos internacionales y de la pérdida de un extenso territorio de la nación, y, aunque no impulsaron la tensión internacional hasta provocar una nueva guerra, sin embargo, no dejaron de hacer inminente la amenaza de contienda bélica.

Labor Administrativa

En su gobierno, a través de gestiones diplomáticas, se definieron límites fronterizos con Brasil y Perú, se restablecieron relaciones con Argentina. A pesar de los incumplimientos de Chile, sobre nuestros derechos en el Litoral como producto del tratado de 1904, se mantuvo cordial relación con Santiago. El plenipotenciario Ricardo Mujía logró, en Asunción, la caducidad del tratado Pinilla-Soler, en relación al Chaco Boreal. Salvo por esta última región, el mapa nacional tomó su perfil definitivo. Bolivia había recuperado el crédito internacional, después de un período de estabilidad política y apertura a la inversión y al capital. El establecimiento de varios bancos privados, que emitían moneda propia, planteó la necesidad de un ente financiero estatal con capacidad reguladora. Por ello, en 1911, se creó el Banco de la Nación

Boliviana, con capital mixto (aunque mayoritariamente estatal) que ascendía a 2'000'000 de libras esterlinas.

En el rubro de las obras públicas, verdadera obsesión liberal, Villazón continuó con las obras ferrocarrileras. Se entregaron los tramos Oruro-Cochabamba, Río Mulatos-Potosí, Uyuni-Tupiza y Viacha-La Paz.

En las conexiones internacionales, se trabajó en dos ramales fundamentales, el contrato con crédito francés del tramo Tupiza-La Quiaca, para unir Bolivia con Argentina, y se concluyó el ferrocarril Arica-La Paz, como cumplimiento de una de las cláusulas del tratado de 1904. Uno de los adelantos, del transporte urbano de la época, fue la instalación de tranvías en las ciudades de La Paz (1909) y Cochabamba (1910). Los tranvías funcionaron hasta el final de los años cuarenta. Se continuó, también, con la ampliación de la red de telégrafos. Otro elemento importante, fue la provisión de plantas de agua potable en Sucre y La Paz. En la educación, el pedagogo belga Rouma se hizo cargo de la dirección de Instrucción Pública. Entre 1900 y 1912, el número de alumnos pasó de casi 45'000 a 84'000. Fue también muy destacado el trabajo de escuelas, en las misiones del oriente, Tarija y el Chaco, a cargo de los franciscanos. Continuando la relación pendular, en cuanto a la orientación militar, el Presidente contrató la misión alemana presidida por el coronel Hans Kundt, que tanta influencia tuvo, en las décadas siguientes, en la organización del ejército y decisiva participación en la conducción de las operaciones de la guerra del Chaco. En el debate entre liberales y conservadores y la confrontación con la iglesia, el gobierno de Villazón sumó otro punto, al establecer el matrimonio civil como único reconocido por el Estado.

En Síntesis

Fue un período pacífico, el de Villazón. Perteneciendo, este Presidente, a la oligarquía feudo-gamonal, surgió como la expresión del compromiso entre la minería extractiva, ya no de plata sino de estaño, y el gamonalismo feudal; por eso, precisamente, la tranquilidad de esta gestión. Durante el período de Villazón, se acentuó la tendencia al cumplimiento de los puntos principales del liberalismo; se dictó, así, la ley del matrimonio civil; se contrató una misión alemana para la reorganización del ejército; se hizo actuar a una misión belga para la reforma de la enseñanza nacional, impulsando el mejoramiento de la institución pública. En esta forma, parecía haberse cumplido la misión del gobierno de Villazón, pero, en realidad, la verdadera tarea que se le asignó fue en sentido de continuar la gestión del primer período de Montes, como preparativo necesario a un segundo mandato.

32º Presidente

Carlos Blanco Galindo

28-06-1930 / 5-03-1931

El Gral. Carlos Blanco Galindo nació en Cochabamba, el 12 de marzo de 1882, y murió en la misma ciudad, el 2 de octubre de 1943. Era descendiente del General León Galindo, jefe de confianza del Mariscal Sucre y uno de los miembros del Ejército Libertador, que se afincó en el país después de su matrimonio con doña Antonia Argüelles, cuya casa solariega se conserva, aunque en mal estado, en el barrio de Mayorazgo, Cochabamba.

Estudió Derecho y Ciencias Políticas para, luego, seguir el camino de la disciplina militar, con estudios de posgrado en Francia y Argentina. Fue Ministro de Defensa del Presidente Peñaranda y embajador, varias veces.

Era gerente de la Empresa de Luz y Fuerza Eléctrica de Cochabamba, cuando lo llamaron, a sus 48 años, para presidir la Junta Militar que gobernó tras el golpe contra el Dr. Hernando Siles. Su gobierno fue el primero en la historia republicana que convocó a un Referéndum para modificar la Constitución, e instaurar, entre otras instituciones, la Autonomía Universitaria. La posteridad reconoció ese mérito de su corta administración. Convocó a elecciones y transmitió el Mando a Daniel Salamanca, en 1931. Fue embajador en Montevideo, en 1933, y Presidente del Consejo Supremo de Defensa Nacional. Autor de varios libros, sobresalen entre ellos su “Historia Militar de Bolivia” y “Cartas del Mariscal Sucre al General Galindo”.

33° Presidente

Daniel Salamanca
05-03-1931 / 01-12-1934

Daniel Salamanca Urey nació en Cochabamba, el año 1868, y murió en la misma ciudad, el 17 de julio de 1935.

Fue un célebre tribuno, jurisconsulto, catedrático de Derecho y Economía y líder político, que vivió el ascenso, la declinación y la caída del liberalismo. Su libro más célebre es “Apuntes Sobre la Teoría del Valor”, según Franklin Antezana Paz, “una versión de la teoría de la utilidad marginal, llamada de la escuela austríaca”, y “muy superior a la teoría del valor de Marx!”, juicio que Augusto Céspedes atribuye a un Canciller del MNR, probablemente Walter Guevara Arze. Liberal de formación y militancia, contribuyó a la fundación del Partido de la Unión Republicana, en 1914; lideró la fracción “Genuina” del republicanismo y fue Presidente de la República en el periodo 1931-1934.

Hay hombres a quienes Dios marca con una señal cainita, que da un rumbo irremediamente sombrío a sus vidas. Es el caso de Hilarión Daza, signado por la guerra del Pacífico, y el de Daniel Salamanca, por la guerra del Chaco. Habría que decirle, como en el verso de Cavafis: “Es lamentable que aunque estás dispuesto / para trabajos nobles e importantes, / este destino tuyo, injusto, siempre / el éxito te niegue y el estímulo”. Los idus del mes en que nació, presagiaban probablemente el sino de Salamanca, ensombrecido por cuatro aves agoreras: la Enfermedad, la Viudez, la Guerra y la Muerte. “Nació con un mal orgánico, signo nefasto de una existencia condenada a la Enfermedad y a sus inseparables compañeras, Soledad y Austeridad. Sus hadas madrinas le hicieron los dones de la posición social, la

riqueza y la inteligencia, pero, como en el cuento de Perrault, el hada que no había sido invitada se vengó, donándole una estenosis del píloro que convertía el acto cotidiano de comer en un sufrimiento”, lo retrata Augusto Céspedes.

La caída del liberalismo, en 1920, marcó el inicio de una nueva carrera por el poder, en la cual nuevos líderes como Bautista Saavedra, José María Escalier, Domingo L. Ramírez o Daniel Salamanca, se desgajaron del viejo tronco, ya desde 1914, para potenciar sus aspiraciones políticas, fundando el Partido de la Unión Republicana. En el primer tramo ganaría Saavedra, ocasionando el enojo de Salamanca, quien, desde entonces, bautizó su fracción con el nombre de Partido Republicano Genuino.

Era 1921 y el famoso tribuno ejercería durante diez años una oposición encarnizada, contra Saavedra, y, luego, contra Hernando Siles, antes de que llegara su hora. Censor cotidiano, remilgado, quisquilloso y esquivo a las insinuaciones del poder, uno diría que Salamanca era un centauro de Jeremías y Catón. Su plaza fuerte era la capital del valle, “tierra de vecinos epicúreos, escépticos y socráticos”, según la cita cabal de Mariano Baptista Gumucio; “ciudad de clima templado, de gentes sencillas y políticos provincianos y sentenciosos, persuadidos de que el meridiano pasa por Cochabamba y de que la campiña más hermosa del mundo es la de Cala Cala”, según el gráfico apunte de Alfonso Crespo. Salamanca se convirtió en “el hombre símbolo”, a costa de Saavedra, su rival político, frente al cual agotó las fórmulas más relevantes de la retórica clásica; no obstante, Saavedra y José Luis Tejada Sorzano disputaron la candidatura a la vicepresidencia, pues ambos ambicionaban la sucesión presidencial mientras velaban al pie del catafalco en el cual reposaba, en vida, el atribulado cuerpo del tribuno. Éste ganó las elecciones, desechando a Saavedra y escogiendo a Tejada Sorzano como acompañante de fórmula. Una vez, en palacio,

no encontró nada más que crisis económica y un panorama de preguerra, obsesionado por su convicción regeneradora del ser nacional por la vía bélica, que precipitaría el estallido del conflicto armado. La sombra del Chaco se cierne de modo tan abrumador sobre Salamanca, que opaca el resto de su gestión y de su vida. Sólo se conoce acerca de él la biografía escrita por David Alvéstegui, así como la copiosa documentación de su gobierno, que publicó don Demetrio Canelas. Siendo un personaje tan novelesco y digno, sin duda, de un juicio más benévolo, apenas se lo recuerda por haber abierto el camino Cochabamba-Chapare, por la cumbre; y por haber promulgado, siendo ferviente católico, pero también liberal ortodoxo, la Ley del Divorcio Absoluto. Sobre el tema, queda una sabrosa anécdota recogida por Mariano Baptista Gumucio, espíritu acucioso y pleno de olfato anecdótico, que hace de su obra una agradable fuente de consulta. Resulta que una amiga le escribe al Presidente: “...el pueblo es inmortal” dijo Robespierre en un discurso ante los jacobinos. “Justicia...Justicia, cuántos crímenes se cometen en tu nombre...” dijo Madame Roland, al ser conducida a la guillotina. Haciendo míos tales conceptos, te dirijo el presente mensaje para sugerir que evites promulgación ley divorcio absoluto, porque con ello dañarse inmortalidad pueblo y no habrá justicia. Todos los hombres se divorciarán y todas las mujeres se quedarán solas. Por tal actitud, de ambos sexos, el pueblo dejará de ser inmortal, pues desaparecerá. Y eso no será justo. Será crimen, como dijo Madame Roland antes de ser decapitada. Como ella, culpa divorcio absoluto mujeres bolivianas perderán cabeza. Daniel: como esposa y como ciudadana emplázote vetar ley infernal. Beso tu mano...” El Mandatario estuvo a la altura de la situación y, acaso sonriendo por una vez, respondió galantemente: “Presidencia de la República. Acuso recibo de tu telegrama y te sugiero a mi vez cuidar a tu marido Daniel”.

Liberales y Republicanos

La pugna, entre liberales y republicanos, cubre dos décadas de la historia nacional y destaca a tres campeones del ring político: Montes, Saavedra y Salamanca, a quienes separan diferencias secundarias, pues no tocan los elementos estructurales que caracterizan la época: las exportaciones mineras y la reforma bancaria.

Con el auge provocado por la Primera Guerra Mundial, Bolivia exportaba estaño, wólfram, antimonio, plomo, zinc, bismuto, plata, oro, molibdeno y níquel. En su informe al Congreso, de 1916, Montes había dado un resumen elocuente de las falencias del Fisco. La producción minera “no ha beneficiado al Fisco de un modo apreciable, porque las exportaciones están gravadas apenas con un 3 por ciento y se ha recaudado sólo 3 millones de Bs. En cambio, la importación está gravada con el 16 por ciento, lo que da 5 millones, que paga el consumidor, o sea, el pueblo, anomalía financiera que grava el consumo del pueblo, o sea, la masa de la población, y, en forma exigua, menos que módica, la riqueza del minero o industrial afortunado; siendo de notar que el antimonio, exportado por valor de 17 millones y el cobre sin concentración, por 5 millones, estando exentos absolutamente de todo gravamen, no dejaron ni un centavo de beneficio al Fisco”. El Banco de la Nación Boliviana, más tarde Banco Central, de inicio, otorgó la mayoría de su Consejo de Administración al sector privado, en su directorio, y, en breve, le concedió la totalidad de los votos, por sucesivas transferencias de acciones al Banco Mercantil, es decir, a Patiño: “El Estado quedará con 50'000 acciones en el Banco, sin derecho de elegir ningún representante en su Consejo de Administración”, según informa el entonces ministro de Montes, Dr. José Gutiérrez Guerra. De este modo, el Banco de la Nación se constituyó en el “tabernáculo de la Rosca”, según la gráfica expresión de Céspedes.

Ninguno de los tres líderes se atrevió, jamás, a subir un solo punto porcentual los gravámenes a las exportaciones mineras. “La oposición salamanquista acusaba al régimen como conculcador de la Constitución. Demasiado atenta en citar los artículos de la Carta Magna, consideraba ajena, a su misión, ocuparse de la fuga de la riqueza minera y, menos aún, de las necesidades de alimento, vivienda y salubridad del pueblo”, dice Céspedes.

Metafísica de una Guerra Absurda

En “El Macizo Andino”, Jaime Mendoza subraya la continuidad geográfica que existe entre los Andes y el Chaco. “El Chaco es hijo de los Andes”, concluye. La posesión soberana de esos territorios se había extendido, en un proceso muy difícil que se remontaba al gobierno de Narciso Campero, cuando el explorador boliviano Daniel Campos cruzó, en 1888, ese triángulo de arenales que hace vértice en Asunción, donde fue calurosamente recibido. Entonces, se inició el contrapunto de fundación de fortines, por parte de ambos países, que desembocaría en la guerra del Chaco.

La escalada de la guerra se produjo a partir de abril de 1932, cuando el Mayor Jorge Jordán descubrió, desde su avión, una laguna en medio del desierto, que los bolivianos bautizamos Chuquisaca y los paraguayos Pitiantuta. Semanas después, el 15 de junio de aquel aciago año, el mayor Óscar Moscoso tomó posesión de la orilla occidental de la laguna y ahuyentó a la escasa tropa de un fortín paraguayo. El ejército boliviano prosiguió la ofensiva tomando los fortines Corrales, Toledo y Boquerón, a escasos 60 kilómetros de Isla Poí, centro de operaciones del Estado Mayor paraguayo, bajo el mando del entonces coronel Félix Estigarribia; sitio estratégico, pues se ubicaba a 80 kilómetros de la punta de rieles de Puerto Casado, donde llegaban, por ferrocarril, los pertrechos bélicos y el combustible, secretamente donado por

Argentina al Paraguay. Desde allí partió, en septiembre de 1932, una expedición punitiva del ejército paraguayo sobre Boquerón, defendido por 1'200 bolivianos. Boquerón estaba bajo el mando del Teniente Coronel Manuel Marzana, quien tenía instrucciones de resistir hasta el último cartucho y el último hombre. El escritor paraguayo, Augusto Roa Bastos, compara la fiera resistencia de los bravos bolivianos, al cerco de 11'500 paraguayos, con una anécdota de su infancia: “De muchacho, un día mi padre me mandó sacrificar un gato enfermo y agusanado. Lleno de repugnancia, no supe si meterlo en una bolsa y me puse a acuchillarlo ciegamente con un machete, hasta que se me durmieron los brazos. La bolsa se deshizo y el animal destripado, salió dando saltos ante mi hipnotizado aturdimiento, perforándome el vientre con sus chillidos atroces”. Después de un sitio de 20 días, cayó Boquerón, el 29 de septiembre de aquel año; de un millar de valientes, sólo quedaban 20 oficiales y 446 soldados inermes, heridos y hambrientos. Dicen que, trasladados al Paraguay, fueron recibidos por el presidente Eusebio Ayala, quien pronunció, en honor de ellos, un encendido discurso.

El episodio de Boquerón ahondó, aún más, las diferencias entre el comando en campaña y el Presidente Salamanca, quien decidió llamar al general alemán Hans Kundt, para que asumiera la conducción de la guerra, hecho que motivó una enérgica representación del Comando Boliviano, a cargo del general Carlos Quintanilla. La avaricia extrema con que el gobierno enviaba recursos para la guerra era el centro de la crítica. “En el cerebro abstractivo de Salamanca, el Chaco se representaba nada más que como un mapa”... “Desde La Paz a Villazón, de Villazón a Tarija, de Tarija a Entre Ríos, de Entre Ríos a Villamontes, de Villamontes a d'Orbigny, de d'Orbigny a Esmeralda, de Esmeralda a Ballivián, de Ballivián al Toba, del Toba a Muñoz, de Muñoz a Saavedra, de Saavedra a Alihuatá, de Alihuatá a Arce, de Arce a Yujra, de Yujra a Boquerón... el espacio se convertía en tiempo,

descubriendo una dimensión no prevista por el racionalismo euclidiano de Salamanca: la dimensión del desierto”, dice Céspedes. En aquel escenario, en orden inverso, se sucedieron las cuatro fases de la guerra: la primera, con la ofensiva nacional y la contraofensiva paraguaya que llegó hasta Arce; la segunda, con la frustrada campaña boliviana hacia el río Paraguay y la contraofensiva paraguaya que retomó Campo Grande, Alihuatá y Campo Vía; la tercera, con la prosecución de la ofensiva paraguaya que llegó al río Parapetí, a Picuiba, Carandaití y Ballivián, fase en la cual se produjo el derrocamiento de Salamanca, en noviembre de 1934; y la cuarta, con la heroica defensa de Villamontes que preservó nuestros yacimientos de petróleo.

¿Cómo explicar la metafísica de una guerra absurda? “Sobre el modelo de Boquerón se desarrolla casi toda la campaña”, responde Céspedes. “Bolivia ocupa un fortín y el Paraguay emplea la táctica operativa de envolvimiento por el ala, para hacer caer la tropa. El ejército boliviano, en pleno desarrollo de una operación, tiene que paralizarla porque le faltan efectivos a causa de la provisión, “por cuentagotas”, que le hace la retaguardia. Entonces, su ofensiva queda desplazada por la necesidad de “tapar agujeros” en los puntos que flanquea el enemigo, siempre más fuerte en un punto dado”. En el modelo de Boquerón se forjan los “objetivos políticos” de la campaña: se magnifica la toma de un puesto, pero cuando los paraguayos contraatacan, “el Comando no se atreve a desocuparlo por no disgustar al gobierno, ya que éste, por su parte, rechaza la sola mención de la palabra 'retirada', por falta de valor para enfrentar a la opinión pública con una modificación de la línea y también para poner en aprietos al Comando, con el que se encuentra en polémica perpetua”. “En su mayor parte los soldados bolivianos tienen que buscar a los paraguayos y entregarse prisioneros, a cambio de un poco de agua. Pocos rompen el cerco y otros se pierden en el bosque. Entonces sobrevienen las acusaciones y justificativos entre el Comando y el gobierno, en una continua querrela

que empieza en Boquerón. La angustia de disipar el fracaso obliga a buscar otro objetivo político como transacción entre ambos y desagravio a la opinión pública”, concluye Céspedes.

Objetivos políticos que terminan en el desastre son los ataques frontales que ordena Kundt sobre Toledo, Nanawa, Gondra, Alihuatá, Campo Grande, donde cayó prisionero un regimiento, o Campo Vía, donde cayeron dos divisiones bajo el mando de los coroneles Carlos Bánzer y Carlos Gonzales Quint, con 7'000 prisioneros; Cañada El Carmen, donde cayó una división con todo su comando; o Picuiba, que parecía un triunfo del Cuerpo de Caballería comandado por Toro, pero que terminó en desastre, por la toma de los pozos de agua de Yrindagüe por tropas paraguayas. En cambio, los escasos momentos de gloria advienen por iniciativa de los mandos medios, tal como ocurre en Kilómetro 7 o Cañada Strongest. En Kilómetro 7, la Cuarta División, al mando del teniente coronel Bernardino Bilbao Rioja, protagonizó una de las victorias bolivianas más recordadas, impidiendo además la captura del estratégico Fortín Saavedra, eje de incursiones aéreas del mayor Germán Jordán y del capitán Rafael Pabón, así como de las operaciones-comando de los cuatros, comandados por el mayor Germán Busch y el capitán Carmelo Cuéllar. En Cañada Strongest, cayeron 2'000 prisioneros paraguayos.

Una visión retrospectiva, permite decir que la actuación de Kundt fue desastrosa, en lo táctico y lo estratégico, así como en la ingente pérdida de efectivos. “14'000 muertos en acciones de armas y desaparecidos; 6'000 desertores; 10'000 prisioneros; 32'000 evacuados por heridas, enfermos, etc.; 8'000 en servicio de retaguardia y 7'000 hombres que se disponían como efectivos, al 30 de diciembre de 1933”, según sintetiza el historiador Julio Díaz Arguedas. Pérdidas sucesivas en la contraofensiva sobre Nanawa, que fracasó en su intento de avanzar hacia el río Paraguay, en la batalla de Toledo

y en la reconquista de Alihuatá, fueron consecuencia de los ataques frontales que ordenaba el general teutón, como si dirigiera la batalla de Verdún, célebre en los anales militares por su excesivo costo en vidas humanas. “Interpretando a la crítica militar podría decirse que la batalla de Nanawa, el 4 de julio de 1933, fue una trágica pirotecnia: cañones, minas, lanzallamas, en fin... Tembló el campo de Nanawa, ante la ira ciega de los combatientes bolivianos que, en verdad de verdades, o eran suicidas o víctimas de un asesinato táctico ideado por Kundt”, dice Porfirio Díaz Machicao.

En el frente interno, las críticas contra la conducción del ejército boliviano recrudecían en los medios. El ex presidente, Bautista Saavedra, acusaba al “mesías durante treinta años prometido”: “Por pisar fuerte en el Chaco, y escapar a la tormenta política que amenazaba descargar sobre su cabeza, nos ha llevado a la guerra cruenta, que desangra la patria y lleva al país a su ruina, para después terminarla con un arreglo claudicante en que nada habremos ganado”... “Los grandes hombres emprenden grandes empresas, porque ellos son grandes. Los locos y los fatuos, porque las creen fáciles”.

El 10 de mayo de 1933, a sugestión de los asesores argentinos, Paraguay declaró formalmente la guerra. Chile alegó de inmediato que no dejaría pasar armamento por sus puertos sin solicitud expresa, contraviniendo el Tratado de 1904 que garantiza el tránsito irrestricto. Argentina clausuró Puerto Irigoyen, sobre el Pilcomayo, obligándonos a abastecernos por la lejana Villazón, contra las protestas de los ganaderos argentinos que se quejaban, al periódico “La Fronda” de Buenos Aires, por ese acto de “hostilidad singular y manifiesta” contra Bolivia, que interrumpía el comercio con nuestro país. Salamanca relevó a Kundt, sustituyéndolo con el general José L. Lanza y el coronel Enrique Peñaranda, este último general en jefe del ejército en campaña.

En 1934, volvió a manifestarse la extraña manía del mandatario, de inmiscuirse en la conducción de las operaciones militares. En septiembre de 1934, las relaciones del presidente con el Comando Militar habían llegado a un punto de no retorno. Se produjo la “conferencia de Tarija” entre Salamanca y el entonces General Peñaranda, y acabó en un intercambio de improperios. Poco después, Peñaranda recibió de Salamanca la siguiente admonición: “Hago saber a Uds. que el pueblo ya no tiene confianza en la pericia del Comando”, y aquél respondió: “Respecto a la opinión del pueblo no debe Ud. preocuparse, porque aquí en la línea también se piensa lo mismo de su gobierno y no por ello nos alarmamos”.

El Corralito de Villamontes

El viejo gobernante de formación librecambista, celoso defensor de la democracia y de la ley, gobernó, en los tres años de su gestión, con las garantías constitucionales suspendidas y con el sectarismo más “genuino”. En 1934, convocó a elecciones generales, no obstante que el grueso del electorado se hallaba en campaña, y resultó ganador Franz Tamayo; pero éste no pudo asumir la Presidencia porque, en noviembre de aquel año, el Presidente Salamanca fue depuesto en el llamado Corralito de Villamontes. ¿Se hubiera rehabilitado Salamanca si el célebre filósofo y poeta lo relevaba en el Mando de la Nación? Salamanca quiso usar la noticia de la caída de la 10ª División en El Carmen, como pretexto para relevar al Alto Mando; viajó a Villamontes acompañado de su canciller, Demetrio Canelas, con el propósito de sustituir a Peñaranda por José Lanza, pero las horas de su gestión presidencial estaban contadas y el brazo ejecutor fue el mayor Germán Busch. “Cambita, no puedes permitir este ultraje a tus jefes. Éste es un desafío al ejército. ¡El viejo nos echa toda la responsabilidad!” El 27 de noviembre de 1934, Salamanca firmó su renuncia y asumió el Mando de la Nación el vicepresidente José Luis Tejada Sorzano.

Otros Factores Adversos

“Para el Paraguay, la guerra era una causa vital, de la cual dependía su propia supervivencia como nación políticamente organizada, mientras que para Bolivia significaba la difícil defensa de un territorio desconocido, insuficientemente explorado, ocupado a medias y distante 1'800 kilómetros del eje del territorio”, dice Baptista Gumucio.

Dos factores externos conspiraron contra los intereses bolivianos: la conducta desleal de los ejecutivos de la Standard Oil y la actitud del gobierno argentino, conducida por el canciller Saavedra Lamas. Según Baptista Gumucio, “la legación boliviana en Buenos Aires comprobó que la Standard Oil vendía petróleo al Paraguay y le concedió, incluso, un crédito durante el conflicto. La misma empresa extranjera mandó arrojar herramientas de zapa al río Bermejo para no entregarlas al ejército boliviano y desmanteló campamentos, trasladando equipos y vehículos a sus concesiones tras la frontera argentina. Agravó su actitud inamistosa, al negarse en redondo a proporcionar gasolina de aviación para nuestras máquinas de combate, aduciendo la imposibilidad de su obtención local, pero el gobierno dispuso la incautación del crudo de Camiri y consiguió la gasolina precisa en la pequeña planta de refinación que existía y que operaron los técnicos nacionales”.

Para colmo, Pompilio Guerrero denunció, en Argentina, que el pulpo petrolero había construido un oleoducto clandestino para conectar el pozo Bermejo 2 con el de Agua Blanca, en territorio argentino, el mismo que funcionaba desde el año 1925, según confesión del gerente de la firma. Entretanto, Bolivia tenía que abastecerse de combustible procedente de Perú y Venezuela.

En cuanto a la parcialidad argentina, veamos este pasaje que hemos extraído de un sitio web de historia paraguaya: “De los vecinos, sólo

Argentina ayudaba bajo la mesa a los guaraníes con proyectiles, combustible y recursos varios. Hasta el futuro presidente argentino Perón, entonces mayor del ejército vecino, había sido coordinador de esos traspasos en Paso de los Libres, en el sudoeste paraguayo, vestido de coronel paraguayo, para evitar una probable captura y fusilamiento como violador de la “neutralidad” argentina (a causa de esa colaboración, Perón, años después, fue general honorario del Ejército Paraguayo). Paraguay declaró la guerra, oficialmente, el 10 de mayo de 1933. Eso ocasionó que Bolivia no pudiese aprovisionarse libremente a través del Pilcomayo y del Océano Pacífico a través de Chile”.

Sin Comando ni Refuerzo

Hace algunos años concedió una entrevista, al autor de esta biografía, el Coronel Carmelo Cuéllar, héroe del Chaco, célebre junto a Germán Busch, por el comando de sus Cuatrerros, que se infiltraban en las filas enemigas y rompían cercos con astucia y valor. Carmelo dijo que el soldado más audaz era el camba, pero se hacía matar; el peor soldado, aunque sólo se debiera a desventajas climáticas, era el aimara; y el mejor de lejos, el soldado cochabambino, porque no había ido a la guerra a morir sino a sobrevivir. Quizá, por primera vez en la historia nacional, se daban cita en el Chaco indígenas aimaras, quechuas y guaraníes, pero también artesanos, estudiantes, universitarios y oficinistas de ciudad, que asistían a un gigantesco cónclave nacional. La crisis transparentaba la triste condición de un país pobre e inerme, cuyos recursos naturales servían, sin embargo, para construir las desmedidas fortunas de los Barones del Estaño. Patiño tributaba sumas irrisorias al fisco, en una coyuntura de crisis económica internacional y adquirió un avión Junkers con divisas “deducidas del monto de sus entregas al Banco Central”, según Céspedes. En 1934, las condiciones usurarias que quiso imponer al gobierno, para otorgarle

un préstamo, tuvieron como respuesta un telegrama elocuente de Salamanca: “Trasládese Ginebra a firmar contrato préstamo con banca suiza que ofrece mejores condiciones que las suyas”.

Pasado el conflicto del sudeste, el imaginario colectivo, el ánimo nacional y la historia de Bolivia, ya no serían más los de antes: el fermento del Chaco maduraría un proceso de unión nacional contra el colonialismo. “Del Chaco no surgió una conciencia, sino el desorden propicio para incubarla”, puntualiza Céspedes. En ese nuevo escenario, retornó la generación más brillante y aguerrida de nuestra historia, la misma que, con su vigoroso empuje, cambió radicalmente la vida nacional, en ese proceso que giró entre los prolegómenos y las postrimerías de la Revolución del '52.

“El Chaco, si no un símbolo, fue un espejo ensangrentado de la suerte de Bolivia: tierra en poder de extraños, tierra con el luctuoso destino de perderse. Ajena a ella, la casta privilegiada se mostró a sí propia en tal espejo, con la cifra inequívoca de su antibolivianismo” ... “Cada soldado vuelto del frente, trajo en sí una partícula del ansia afirmativa de Bolivia, un soplo del anhelo de sobrevivir, una chispa de la revolución autonomista. Allí donde tenía que perecer, se rehizo el espíritu de Bolivia. La divisa nietzscheana “lo que no me mata, me hace más fuerte” expresa la repercusión psicológica del tormento chaqueño en la conciencia de los bolivianos”, escribe Carlos Montenegro.

En el plano estrictamente humano, los combatientes jamás alimentaron el odio al enemigo; en las frías noches, al tibio consuelo de la yerba mate y de la hoja de coca, paraguayos y bolivianos intercambiaban yaravíes y polkas, huayños, cuecas y guaranías. Veamos como una novedad esta faceta de la guerra desde la óptica paraguaya: “En mayo de 1933, el Comandante en Jefe, Coronel Estigarribia, ordena que

todas las llamadas telefónicas en campaña se han de realizar exclusivamente en guaraní. Además de servir a fines estratégicos esta práctica también podía tener consecuencias psicológicas, pues el uso general de la lengua nativa establecía una comunicación de carácter paternal entre los Jefes y Oficiales con sus subordinados. Che ra'y (hijo mío) llamaban al soldado, una relación de honda compenetración espiritual y de recíproca confianza, lo que fue un factor de gran importancia para el éxito de la campaña guerrera”, dice el investigador Wolf Lustig. “Pero el uso patriótico del guaraní no obedecía sólo a los órdenes emitidas por el Estado Mayor, sino que desarrolló una dinámica propia “desde abajo” que tenía una índole claramente cultural. Muchos músicos se presentaron como voluntarios y empuñaban tanto el fusil como la guitarra, actuando solos o como miembros de los distintos conjuntos musicales que se habían creado para amenizar la vida en los campamentos del Chaco”. Un caso célebre fue el del soldado músico Emilianoré.

La Paz del Chaco

El cese de hostilidades se firmó en Buenos Aires, el 12 de junio de 1935. El canciller argentino Saavedra Lamas fue Premio Nobel de La Paz en 1936; el gobierno boliviano decidió no vetar su candidatura, como correspondía por la manifiesta parcialidad del ministro argentino y sus vinculaciones con una transnacional del petróleo. El Tratado de Paz se firmaría, superando la intransigencia del gobierno paraguayo, en Buenos Aires, el 21 de julio de 1938. El comentarista paraguayo de la web agrega que fueron fijados “los límites finales más atrás de las líneas militares paraguayas en ese entonces, pero ganando, por cierto, bastante territorio nuevo a los bolivianos aunque no se logró retener el río Parapití como frontera. Al final logramos más tierra, más allá del límite más generoso, jamás propuesto por Bolivia en tiempos de paz (Pinilla-Soler, 1907) quedando el puerto Bahía Negra,

bajo soberanía indiscutible paraguaya. A Bolivia se le cedió unos pocos kilómetros del río Paraguay, al norte del puerto Bahía Negra y la entera posesión del río Parapetí, para evitar su insatisfacción (y probables y futuros deseos de una guerra revanchista)”.

Una Sombra Ya Pronto Serás

Augusto Céspedes recordaba un artículo suyo, publicado en “El Diario”, en 1931, año del ascenso de Salamanca a la presidencia: “Realmente en aquel tiempo sonaba original definir a Salamanca como un cuervo subjetivo, enfermo de ideas viejas, o como a un simple patriarca indígena vestido a la europea, y era irracional decir que ni la idea ni la palabra de Salamanca le otorgaron su mágico poder sobre las multitudes, sino solamente su apariencia física, de asceta enteco y sufrido, en la que el pueblo, por contraste con obesos mandones, concentró su ideal del ciudadano perfecto. Era también inaceptable sostener que su humilde apariencia encubría un frío orgullo y una implacable soberbia, que su tenebrosa flacura esparcía miedo, como el paso de la Muerte y que, al verlo, se pensaba en una sombra de otro mundo, atraída por la melancolía de las ruinas de una ciudad cuya destrucción él había profetizado. Esta visión luctuosa resultó de mal augurio, por intuición política”. No se equivocó, pues su intuición quedó plenamente confirmada con la muerte del Hombre Símbolo, seis meses después de que fuera depuesto en el corralito de Villamontes. Tuvo aún fuerzas para pronunciar el epitafio del comando en campaña: “Éste es el único corralito que le ha salido bien al comando...”, y de ordenar documentos que se publicaron en una copiosa edición.

Aquella figura sombría, consumida en el rescoldo de su soberbia y sus obsesivos reconcomios, sucumbió en la penumbra de su casa solariega de Cochabamba, mientras se firmaba la paz del Chaco en 1935.

37° Presidente

Carlos Quintanilla Quiroga
23-08-1939 / 15-04-1940

El Gral. Carlos Quintanilla Quiroga nació en Cochabamba, el 22 de enero de 1888, y murió en la misma ciudad, el 8 de junio de 1964. Era hijo de Jenaro Quintanilla y de Carlota Quiroga, y se casó con Lila Navajas Trigo.

Egresó del Colegio Militar en 1911 e hizo posgrado en Alemania. Se retiró del Ejército en 1923 y retornó en el gobierno de Hernando Siles, siendo su Jefe de la Casa Militar. Ascendió a General de Brigada, en 1931, y fue designado Jefe del Primer y Segundo Cuerpo del Ejército, pero el Presidente Salamanca lo destinó a Tarija y lo mantuvo allí hasta su deposición en 1934. En el gobierno de Busch, fue Comandante en Jefe del Ejército y, a la muerte del héroe del Chaco, se hizo cargo de la Presidencia. Busch había herido a la Gran Minería con el decreto del 7 de junio de 1939, que obligaba a concentrar, en el Banco Central de Bolivia, el 100% de las divisas provenientes del total bruto de las exportaciones; la medida más visible de Quintanilla fue la de restar vigencia a ese decreto. Convocó a elecciones en 1940, en medio de la persecución a militares y civiles “socialistas”. En ese proceso, el Gral. Bernardino Bilbao Rioja fue brutalmente agredido en el propio Palacio, secuestrado y deportado a Arica. En las elecciones ganó el candidato oficialista de la llamada Concordancia, agrupación de partidos tradicionales con apoyo del Alto Mando Militar y, poco después, Quintanilla fue designado embajador ante la Santa Sede. Murió en su retiro de Cochabamba, a los 76 años.

Gesta Heroica y Patriota ▶

39° Presidente

Gualberto Villarroel
20-12-1943 / 21-07-1946

Gualberto Villarroel nació en Villa Rivero-Cochabamba, el 15 de diciembre de 1908, y murió -trágicamente-, siendo Presidente, el 21 de julio de 1946.

Se casó con Elena López. Ingresó al Colegio Militar en 1925, fue oficial destacado. Jefe de Claves en Villamontes, durante la Guerra del Chaco, actuó también en el regimiento Ayacucho 8° de Infantería, en Cañada Strongest, Huirapitindi e Ibibobo y en la defensa de Villamontes. Ascendió a Capitán, en 1935, y tenía el grado de Mayor y subjefe del Estado Mayor General del Ejército, cuando fue designado Presidente de la República. Encabezó la revolución cívico militar del 20 de diciembre de 1943, que derrocó al Presidente Enrique Peñaranda, y gobernó desde esa fecha hasta la cruenta jornada del 21 de julio de 1946.

Semblanza

Uno se pregunta ¿por qué la figura de Gualberto Villarroel trasciende el tiempo y constituye hasta hoy un símbolo de la Nación?, ¿por qué su irrupción en la historia nacional marca una ruptura con el pasado, en la cual acabó por naufragar no sólo la Rosca minero feudal sino también una de las estructuras políticas más importantes del movimiento popular: el Partido de la Izquierda Revolucionaria? ¿Puede pesar tanto la inmolación de un hombre para determinar la caída de un edificio como la Gran Minería, aparentemente muy bien cimentado, y arrastrar en su derrumbe a todos los políticos de derecha e izquierda que la apoyaron?

Gualberto Villarroel es un tatuaje, imborrable en la piel de la Nación, acaso por el tamaño del enemigo con el cual se enfrentó. Un oficial disciplinado, de carrera, estudioso, que pudo haber tenido una vida promisorio estrictamente militar, de pronto se vio envuelto en un torbellino que lo llevó a la muerte y a la gloria.

Quizá no había una pasión mayor, en su cerebro, que la de las matemáticas o la estabilidad de su familia o el amor por sus hijos o la decencia puntillosa con que cumplió cada uno de sus actos. A diferencia de Busch, que era un torbellino humano, Villarroel fue la medida, la serenidad, la sensatez, en el mayor enfrentamiento contra la Rosca, que registró nuestra historia anterior a 1952.

Sus biógrafos, pudorosamente, hasta omiten el nombre de sus padres, como si la condición de hijo natural fuera un baldón. Pese a ello, Villarroel era un criollo que había concentrado en sí atributos superiores: una personalidad sin solapas, una inteligencia analítica y una sólida estructura moral, virtudes que se manifestaban en su fisonomía de hombre franco y sin tapujos. Cuesta creer que sus enemigos hayan desfigurado su figura prístina, hasta vendernos, inútilmente, una imagen de vesania y crueldad, que la devoción popular no tardó en corregir y para siempre.

La puesta en escena de su inmolación es, sospechosamente, parecida al colgamiento de Mussolini. Le tocó vivir en medio de los alineamientos producidos por la Segunda Guerra Mundial y soportar las consecuencias del mayor reproche que manejó la Rosca contra él: su aparente vinculación con el nazifascismo; pero más pudo la musa popular que todavía canta: “Gualberto Villarroel / ha muerto en el cordel / colgado por la Rosca / sanguinaria, criminal. / Y Cochabamba / indiferente / decretó regocijo / por la muerte de su hijo.” La quimba alude a la actitud del alcalde cochabambino que no supo guardar compostura

ante la magnitud de la muerte; pero en su descargo habrá que decir que no fue el único, pues el propio Pablo Neruda, con rango de senador, pronunció una oración estalinista de regocijo cuando se anotició de la muerte de Villarroel, en uno de los pocos casos en que, como chileno, se interesó por las noticias del país más próximo a su país: Bolivia.

Quizá por eso es más nítida la voz solitaria de Augusto Céspedes, cuando lo retrata: Villarroel se hallaba de guarnición en la frontera de Puerto Suárez, donde había obtenido datos y observaciones propias sobre las consecuencias de los protocolos firmados por el canciller boliviano Alberto Ostria Gutiérrez y su colega brasileño Pimentel Brandao, para la construcción del ferrocarril Corumbá-Santa Cruz y la explotación petrolífera en el Oriente. Esos datos le sirvieron al diputado Céspedes para interpelar al canciller, pero el rodillo parlamentario de entonces aprobó los protocolos y el diputado Céspedes volvió a ver al joven oficial en el hall del Legislativo. “Villarroel tenía entonces 31 años, con apariencia aún más juvenil, casi de un niño precoz, con su cara lozana y sus ojos claros, de mirar sereno y atento”. El Capitán Villarroel se extrañó de la aprobación congresal y comentó: “Es increíble, y éste es un antecedente para un convenio igual con la Argentina”. Era un alumno distinguido de la Escuela de Guerra, radicada en Cochabamba. En concurso de méritos, ganó una plaza para proseguir estudios en Italia, pero prefirió quedarse en el país. En esa institución académica sonó la hora de su ascenso a la Presidencia de la República.

Villarroel ingresó a la masonería, en 1940, por invitación de su compadre Alfonso Claros, y llegó a ser líder de la Logia Razón de Patria (RADEPA), en ausencia de Elías Belmonte Pabón, ex prisionero del Paraguay, quien, junto a sus camaradas, fundó esa agrupación secreta, en la cual militaban, en el sector duro, dos hombres que

ocasionarían serias dificultades a Villarroel, los mayores Jorge Eguino y José Escóbar. Villarroel estrechó lazos de amistad con los diputados movimientistas por el papel activo que desarrollaban en el Parlamento.

Establecido el eje entre la oficialidad joven, que él lideraba, y el MNR, todo estaba listo, en 1943, para deponer al Presidente Peñaranda.

El Panorama Nacional en los '40

El grado de explotación, al cual eran sometidos los trabajadores mineros, llegó en 1940, con el auge del estaño, a extremos inocultables. Un Informe de la Oficina Internacional del Trabajo, que data de 1941, denuncia la creciente depauperación biológica de los hombres de las minas. “El régimen alimenticio de la familia del minero no alcanza, en el más alto número de casos, a cubrir la ración de trabajo, pero ni siquiera la ración mínima ordinaria correspondiente a la vida de reposo”. “La vivienda es, por lo general, estrecha, mezquina, sórdida y desprovista de toda condición de higiene...” “La promiscuidad es espantosa, porque dentro de esa única pieza... conviven el trabajador, la mujer y los niños, amén de los animales domésticos. Esto, cuando esa única pieza no sirve para dos o más familias”... “¿El porqué de tan bajas condiciones de vida? Desde luego, y en primer término, el índice bajísimo de los salarios. Nuestra mano de obra es colonial, y como tal se remunera”. Las condiciones de laboreo, son “las peores que pueden darse en toda la América del Sur” y generan “una curva ascendente del número de enfermedades profesionales y accidentes de trabajo en los últimos años”. Los trabajadores del subsuelo soportaban una tuberculización progresiva y un índice muy elevado de mortalidad infantil. En contraste, Carlos Víctor Aramayo, el magnate minero, hizo público en esos días un “Memorándum”, que reflejaba “un negro egoísmo y un desprecio abierto por el país”, según Sergio Almaraz. “De creerle a Aramayo, Bolivia sería un miserable

campamento minero formado por seres ineptos y abúlicos que han merecido la piedad de Dios al ser recogidos por las empresas mineras”.

A los críticos de la Gran Minería los llama “pequeña minoría de maleantes”. Aramayo afirma que el nivel de vida en las minas es superior al de todo el país e insiste en que los salarios no tienen influencia en el nivel de vida de los trabajadores. Si no se quiere causar daño a los trabajadores hay que pagar salarios bajos porque: a) “El obrero boliviano, por su educación incipiente, no tiene todavía el número de necesidades que tienen los pueblos más avanzados y por lo mismo no sabe qué hacer con sus excedentes” (malgasta, se ausenta del trabajo, se emborracha); b) “el obrero boliviano, por sus condiciones físicas, minadas por largo atavismo de alcohol y de coca, no rinde lo que debiera rendir”.

Otro de sus lugares comunes era el culto a la inversión extranjera: “¡Cuidado con asustar al capital extranjero!” Los grandes capitalistas podían trazar alrededor de Bolivia un círculo rojo y resistirse a invertir en nuestro suelo. Bolivia debía concederles el derecho de exportar utilidades sin limitaciones “sin dificultad, ni control, ni pérdida”. Según Sergio Almaraz, la Gran Minería había forjado una estructura de poder estrecha, oligárquica, piramidal, gracias al auge del estaño durante la Primera Guerra Mundial. El capitalismo minero se había fortalecido no sólo porque las minas bolivianas eran las más ricas del mundo, sino por el nivel bajísimo de salarios e impuestos. El poder minero era demasiado visible. Simón I. Patiño, Carlos Víctor Aramayo y Mauricio Hochschild eran tan poderosos que se los llamó los Barones del Estaño. Controlaban presidentes, ministros y diputados, y manipulaban a la opinión pública a través de sus medios de prensa. Para colmo, el alineamiento del gobierno de Peñaranda, durante la Segunda Guerra Mundial, nos obligó a vender estaño a bajo precio a los Estados Unidos, por un valor calculado, por Fernando Baptista

Gumucio, en más de 670 millones de dólares, con los cuales se creó una reserva o buffer stock que le sirvió al país del Norte para controlar la cotización internacional del estaño.

El Movimiento Popular en los '40

La caída del liberalismo, en los años '20, y la postguerra del Chaco, fueron escenarios de la fundación de varias corrientes políticas en el seno del movimiento popular y frente a los partidos tradicionales: el “socialismo” de Tristán Marof; el Partido Obrero Revolucionario, de tendencia troskista; el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), que concentraba a lo más selecto de la intelectualidad izquierdista; y el Movimiento Nacionalista Revolucionario, sin duda, el partido que mayor influencia tuvo en la vida nacional. Los alineamientos producidos por la Segunda Guerra Mundial contra el nazifascismo, sellaron la suerte del P.I.R., pues obedeciendo instrucciones de la Unión Soviética integró el Frente Democrático Antifascista (FDA) con los partidos de la oligarquía, responsable del colgamiento del presidente Villarroel, que fue el inicio de la caída de la Rosca y de los partidos tradicionales.

En su visión esquemática del desarrollo histórico, José Antonio Arze festejó la caída del Presidente mártir, como la aurora de un proceso incontenible hacia el comunismo: “Yo creo como mi partido, el PIR, que hay que trabajar ahora por una Bolivia democrático-burguesa, por una Bolivia progresista y luego, paulatinamente, se llegará dentro de unos veinte años al socialismo y, dentro de unos cincuenta o cien, a la dictadura del proletariado”. Un año antes del colgamiento de Villarroel se produjo la victoria de los Aliados, acontecimiento que motivó una proclama del FDA: “Los antifascistas bolivianos esperamos que los antifascistas de Estados Unidos nos presten la cooperación democrática que es indispensable para la consolidación de la victoria de las Naciones Unidas en este hemisferio”, en una alusión obvia al régimen de Villarroel y al de Perón, en la Argentina.

Los militantes del naciente MNR se ubicaron, con gran sentido de la oportunidad histórica, identificando desde los inicios al enemigo principal: el Super-Estado minero feudal, estructura de poder dominada por la Gran Minería. Combinaron, con cuadros nuevos e innegable talento, las interpelaciones parlamentarias con la agitación periodística, desde el diario “La Calle”, en cuyas páginas se destacaron Carlos Montenegro y Augusto Céspedes. “Nacionalismo y Coloniaje”, la obra del primero, y “Metal del Diablo”, biografía novelada de Simón I. Patiño, escrita por el segundo, fueron los instrumentos ideológicos de la lucha contra la Gran Minería. Víctor Paz Estenssoro y Walter Guevara Arze eran agudos expositores que utilizaban con gran soltura la información estadística y el materialismo histórico, para interpelar al sistema en su conjunto. A Paz le decían el “Honorable Cifras”, porque revolucionó la retórica parlamentaria, apegándose a los datos numéricos, que eran por demás elocuentes. La historia registró también la interpelación al Ministro de Agricultura del Presidente Peñaranda, el escritor Alcides Arguedas. Cuenta Nivardo Arze, por entonces redactor de la Cámara de Diputados, que el ilustre escritor respondió al discurso del diputado Germán Monroy Block con esta frase: “El H. Monroy Block es un diputado muy joven y, como tal, está pagando derecho de piso: habla demasiado. Yo también fui representante, pero en mi época no hablábamos tanto. Nos decían los caballeros del silencio. Me pregunta el H. Monroy Block por qué no hay un plan nacional de agricultura y yo le digo que los bolivianos somos agricultores por instinto. En cuanto a mi forma de pensar, bien le haría leer mi obra “Pueblo Enfermo”. El joven diputado Monroy Block le replicó lo siguiente: “El ministro Arguedas, agricultor por instinto, debe saber que la enfermedad de los pueblos no se cura con el silencio de los caballeros”.

La Década de Catavi

A Peñaranda le tocó el inicio de la escalada de conflictos sociales que, según René Zavaleta Mercado, fue el escenario de la constitución del proletariado minero como clase, es decir, como grupo social consciente de su lugar en la economía y en la vida nacional, y de sus derechos y reivindicaciones. Hasta entonces, los ferroviarios, en especial la Federación Ferroviaria de Oruro, eran la vanguardia de los trabajadores asalariados, y los movimientos que protagonizaron, en 1941, fueron sañudamente reprimidos y sus dirigentes confinados a la isla de Coati, en el lago Titicaca. A principios de 1942, se sumaron maestros y chóferes, pidiendo el reconocimiento de sus organizaciones, pero fueron perseguidos y se dictó la Ley de Seguridad del Estado. En noviembre se inició la movilización de los sindicatos mineros, que pedían aumento de salarios y el pago puntual del aguinaldo de Navidad. Patiño no daba brazo a torcer en Catavi, Siglo XX, mientras desde la central ubicada en Delaware, Estados Unidos, la Patiño Mines enviaba telegramas al Presidente Peñaranda, urgiendo la intervención militar en esos distritos. A principios de diciembre, fue cerrada la pulpería para restar recursos a los trabajadores. El 13 de aquel mes, los dirigentes fueron detenidos en una reunión a la que asistían en la gerencia. El 21 de diciembre de 1942, obreros de Siglo XX, mujeres y niños, se dirigieron, en marcha pacífica de protesta, a las oficinas administrativas de Catavi; las tropas dispararon a matar, desde los cerros que flanqueaban una pampa, bautizada más tarde con el nombre de Campo “María Barzola”, en homenaje a una palliri, que encabezaba la marcha con una bandera nacional. Una misión americana, presidida por el juez Magruder, calculó en 40 los muertos, en tanto que el gobierno reconoció 21 bajas, todas civiles. La interpelación, en el Parlamento, hizo tambalear el régimen de Peñaranda, en un punto de inflexión que marcó definitivamente el liderazgo del movimiento popular, pues, los diputados movimientistas, en especial Paz Estenssoro,

interpelaron al Ejecutivo, en su integridad, y al sistema en su conjunto, señalando las profundas causas económico-sociales que determinaban el control de la Gran Minería sobre el Estado boliviano. Almaraz dice que el lapso entre la masacre de Catavi y la Revolución del '52 “podría llamarse la Década de Catavi”. “La prensa extranjera describió, en términos duros, la situación social en Bolivia. Algunos norteamericanos no ocultaron su repulsión y la protesta llegó al departamento de Estado y al Congreso, donde se insinuaron acusaciones contra norteamericanos que, por sus vinculaciones con las empresas mineras, favorecían la explotación de los trabajadores bolivianos”. La masacre de Catavi y las consecuencias políticas de la interpelación movimientista al gobierno de Peñaranda, crearon el escenario propicio para el ascenso de Gualberto Villarroel.

20 de Diciembre

El Presidente Peñaranda gobernó con sucesivos estados de sitio. El descontento popular contra su gobierno, tuvo su correlato en la conspiración militar de las logias secretas de la oficialidad joven del Ejército, que lideraba Gualberto Villarroel, en la Escuela de Guerra de Cochabamba. La proximidad de los cambios de destino de fin de año, precipitó los acontecimientos: al amanecer del 20 de diciembre de 1943, grupos mixtos, de oficiales rebeldes y de militantes del MNR, se apoderaron de los cuarteles, en La Paz, y de las prefecturas y alcaldías, en el interior, en un golpe de Estado sin actos de violencia. A las siete de la mañana, Paz Estenssoro, Montenegro y Monroy Block, anunciaron la “caída del régimen de la Rosca y la aurora de un nuevo día para el pueblo boliviano”. La canción del MNR contiene un verso alusivo a ese acontecimiento: “20 de diciembre / fecha inmortal / se impuso el trabajo / sobre el capital”. Villarroel conformó su gabinete con miembros de la Logia RADEPA y militantes del MNR, como Paz Estenssoro, Montenegro y Céspedes. Monroy Block

sería designado, tiempo después, Ministro del Trabajo. La prensa de la Gran Minería se puso en contra del nuevo gobierno, acusándolo de nazifascista. Periodistas internacionales, encabezados por un enviado de la revista “Life”, visitaron el país y magnificaron la filiación nazi del nuevo régimen. El reconocimiento diplomático, por parte de los Estados Unidos, tardó seis meses y estuvo condicionado al retiro de los ministros movimientistas, del gabinete, y a la deportación de los residentes alemanes y japoneses.

Obra de Gobierno

Villarroel convocó a elecciones para una Asamblea Constituyente, en las cuales resultó neto ganador el MNR, con 66 bancas. El escritor Franz Tamayo, diputado por La Paz, presidió la Convención que designó, a Villarroel, Presidente Constitucional. La Constituyente, instalada el 6 de agosto de 1945, complementó la Constitución de 1938 con la inclusión revolucionaria del “Régimen de la Familia”, institución que sería cobijada por la protección del Estado. Pese a las severas protestas de la comunidad católica, proclamó la igualdad jurídica de los hijos, reconoció el matrimonio de hecho, una práctica prehispánica y tradicional, medida ésta que tuvo una consecuencia fundamental, el derecho de percepción de indemnizaciones y asistencia familiar, que beneficiaba a la cónyuge de hecho. La nueva legislación social aprobó el derecho de prima anual (o participación), hasta el 25% de las utilidades de las empresas, con un tope menor, equivalente al salario de un mes. Obligó a las compañías, con más de 80 trabajadores, a dar vivienda y servicios médicos a su personal. Estableció el fuero sindical y el retiro voluntario.

En dos periodos de cogobierno, el MNR ejerció la defensa de los intereses nacionales y populares, frente a la Gran Minería que, en 1945, llegó a exportar 45 mil toneladas de estaño, cifra record desde

1929. El Ministro de Hacienda, Paz Estenssoro, aprovechó la bonanza para cobrar impuestos devengados. Se creó una “Cláusula Social”, que destinaba 3.5 centavos por libra de estaño, para mejorar la situación de los mineros, conquista que se tradujo en un aumento del 20% en los salarios. Se obligó a pagar sobretiempos y horario nocturno, con recargos de ley.

Se inició un plan de intensificación productiva, previsto, durante el gobierno de Peñaranda, por la misión americana encabezada por Mervin Bohan. En aplicación del Plan Bohan, Peñaranda había fundado el Banco Agrícola y la Corporación Boliviana de Fomento / CBF; siguiendo esos lineamientos, el gobierno de Villarroel tendió el oleoducto Camiri-Tintin-Cochabamba y construyó la refinería de Valle Hermoso; incrementó la producción de azúcar, arroz y algodón, en las empresas de la CBF; instaló una planta de concentración de estaño de baja ley, para los mineros chicos, y construyó la carretera pavimentada Cochabamba-Santa Cruz, además de promover el fomento a la industria nacional. Sin embargo, el Banco Central, cuyo directorio estaba controlado por representantes de la oligarquía, se negó a financiar el plan de desarrollo, aduciendo el peligro de la inflación. El gobierno se vio obligado a contratar el crédito americano Irving Trust y a reemplazar a los presidentes de la banca estatal y de la CBF, por malos manejos.

A Villarroel se debió, también, la Ley del Inquilinato y la Vivienda, destinada a proteger a los inquilinos pobres, a través de los Juzgados Municipales de Vivienda.

En noviembre de 1944, a instancias de los ministros movimientistas, se decretó la caducidad de las concesiones auríferas de Tipuani, consistentes en 300 mil hectáreas, a favor de Aramayo. En la Conferencia de Chapultepec, la delegación del gobierno boliviano

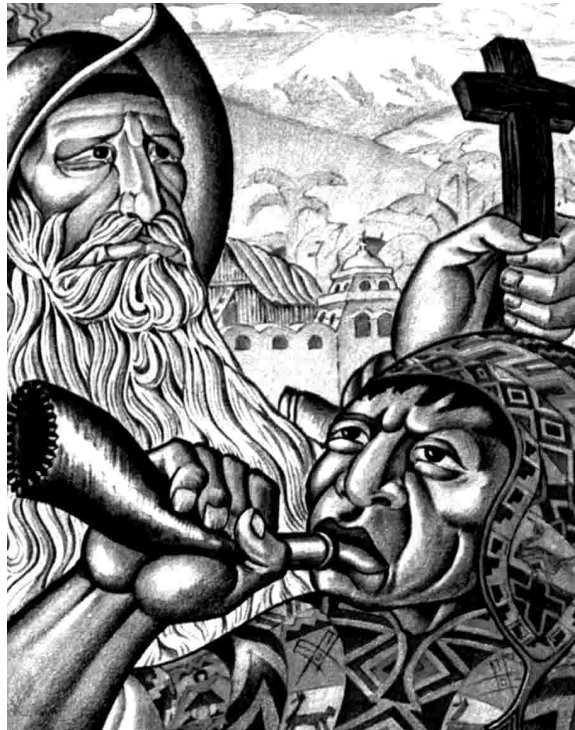
propuso mejores precios para el estaño, para defender la economía nacional y la de los trabajadores. El ministro de Hacienda, Paz Estenssoro, aumentó, de 42%, a 60%, la obligación de entrega de divisas al Estado y ganó juicios contra Patiño y Aramayo, por cobro de impuestos defraudados sobre dividendos. Patiño se negó a dar bono a mineros de Huanuni y el gobierno pagó, por su cuenta, 150'000 dólares con cargo a reembolso.

La actitud contestataria de los delegados bolivianos a la Conferencia de Chapultepec, en 1945, determinaron, en los EEUU, la cláusula Clayton, que contenía instrucciones del Departamento de Estado para paralizar permisos de exportación y denegar espacio para la carga proveniente de Bolivia, entre otras represalias. En febrero de 1946, el Secretario Adjunto para Asuntos Latinoamericanos, Spruille Braden, vinculado a la Standard Oil, publicó el “Libro Blanco”, que se convirtió en bandera ideológica de la oposición a Villarroel, que coincidía con la del canciller uruguayo Rodríguez Larreta, al pedir una intervención militar interamericana para desplazar a los gobiernos llamados fascistas.

El Proletariado Minero

Dice Mariano Baptista Gumucio, que el gobierno de Villarroel “no tomó una gran medida como la nacionalización del estaño, ya que dejó intactos los intereses de la Gran Minería que era la base efectiva de la conspiración reaccionaria, pero hizo algo que los gobiernos militares “socialistas” no hicieron: alentó la organización del proletariado, abriéndole las puertas de la escena política nacional”. El Ministro del Trabajo, Germán Monroy Block, fue el agente propiciador del nacimiento de la Unión Sindical de Trabajadores Fabriles Nacionales (origen de la actual organización), de la Federación de Trabajadores en Harina, pero, muy especialmente, de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) que, después

de la Revolución de 1952, sería el núcleo de la Central Obrera Boliviana. En junio de 1944, durante el Congreso Nacional Minero de Huanuni, apoyado por la Confederación de Ferroviarios, 30 delegados, en representación de 60'000 trabajadores mineros, lograron fundar la FSTMB. El primer dirigente nacional fue Emilio Carvajal, secundado por Mario Tórrez Calleja, César Toranzos, Antonio Gaspar y Pío S. Nava, entre otros. Secretario ejecutivo fue designado Juan Lechín Oquendo, en mérito al decoroso papel que jugó, siendo Subprefecto de Uncía, designado por Villarroel, cuando citó al Gerente norteamericano de la Patiño a su despacho y, como éste le desobedeciera, lo hizo apresar por varias horas. Ese acto, su popularidad como futbolista y su simpatía y magnetismo personales, determinaron que liderara a los trabajadores, por más de tres décadas.



El Primer Congreso Campesino-Indígena de Bolivia

En mayo de 1945 se celebró el Primer Congreso con indignación de la Sociedad Rural Boliviana, sin duda un acontecimiento mayor en la historia nacional porque por primera vez un gobierno republicano servía de huésped a dirigentes originarios de ayllus y comarcas y caciques con ponchos multicolores y bastones de mando de plata que marcharon por las calles de La Paz encabezados por el Presidente Gualberto Villarroel, el Ministro de Trabajo Germán Monroy Block, el Ministro de Propaganda Roberto Hinojosa, el Ministro de Gobierno y Asuntos Campesinos, Edmundo Nogales Ortiz, vestidos con atuendos originarios. Un millar de delegados hablaron en aymará y quechua, probablemente en el primer ejercicio oratorio en lengua vernácula de todo el régimen republicano. Fue designado presidente el indio aimara Francisco Chipana Ramos, y Vicepresidente Dionisio Miranda, quechua de Sipesipe, quienes más tarde cumplirían años de cárcel y confinamiento por tal atrevimiento por el gobierno oligárquico.

En su discurso inaugural, el presidente Villarroel dijo; “Todos somos bolivianos y la justicia es para todos los hombres”. Hernán Siles Zuazo tuvo a su cargo el discurso central a nombre del MNR: “Vuestro problema máximo es el problema de la tierra, tierra nuestra que debe pertenecer al que la trabaja”. Chipana Ramos contestó como presidente: “La Revolución es lo que ha de venir para bien de todos...” El Congreso abolió formalmente el pongueaje, entre otras decisiones fundamentales, no fundó una organización permanente, pero en su conjunto el Primer Congreso fue una provocación intolerable para la Rosca minero feudal y el anuncio de la Reforma Agraria que llegaría pocos años después.

En efecto, la Revolución Agraria Indígena surgió después del 9 de Abril de 1952 como consecuencia de aquel acto precursor, que en un marco revolucionario de directa intervención de movimientistas y

radepistas, como Roberto Hinojosa que trajo de México el ideario indigenista, Edmundo Nogales Ortiz militar de Radepa conocedor de los problemas del indio, Monroy Block, Siles Zuazo del MNR que actuaron en el mundo aymara, quienes fueron parteaguas de las tradicionales y excluyentes relaciones del Estado con los indígenas hasta esa fecha de trascendental contenido revolucionario.

La convocatoria desde el gobierno surgido el 20 de diciembre de 1943 al Congreso Indigenal parecía como un remate de las luchas e intentos de organización que transcurrieron desde el fin de la Guerra del Chaco y venía de siglos atrás.

El Congreso, en vuelco sin precedentes, generó expectativas en el sector indígena. Era la primera vez que desde el Estado se abordaba temas relativos a la opresión, explotación, exclusión. La inauguración del Congreso, convocado para “resolver cuestiones propias sobre la situación, vida, trabajo, educación y emancipación del indio” fue en la ciudad aymara de La Paz el 10 de mayo y se extendió hasta el 15 del mismo mes de 1945. El Congreso congregó a unos mil delegados de todo el país y permitió desde el Estado bosquejar una política de reconocimiento de los pueblos indígenas al estatuto de la nación.

Villarroel, en un mensaje en castellano, quechua y aymara, cargado de simbolismos y reminiscencias, enarbolaba por primera vez durante la era republicana un discurso expresamente diseñado para los campesinos e indígenas, proponiéndoles una inédita alianza entre ellos y el Estado. El discurso oficial mezclaba, por una parte un llamado a su incorporación, bajo postulados nacionalistas a la moderna esfera de la ciudadanía, negada hasta entonces en la democracia censitaria prevaleciente en la cual el indígena carecía en la práctica de derechos políticos. “El campesino - afirmó Villarroel en la inauguración- es igual hijo de esta bandera (la boliviana) como cualquier hombre de esta tierra y como hijo ha de ser tratado por el Gobierno”. El

Presidente enarboló, por otra parte, el recuerdo bondadoso del pasado y de la tradición indígena y levantó la trilogía del Ama Sua, Ama Llulla y el Ama Quella, como un código de conducta colectiva, acorde a los ideales de la Revolución Nacional.

En su discurso de respuesta, el presidente del Congreso Francisco Chipana Ramos, enmarcó la posición indígena e hizo gala de su identidad: “Somos hijos del Inca y como tal debemos hablar”. Luego de siglos de silencio y exclusión de la esfera oficial, Chipana Ramos, un indígena aimara de 29 años, oriundo del cantón Escoma (Provincia Camacho) y ex combatiente de la guerra del Chaco, continuó señalando desde el centro del podio, que aspiraban a una revolución, la que describió “como el viejo cóndor de los altos cerros con su penacho blanco y que nos ha de cobijar a todos con sus poderosas alas”.

La situación era francamente inédita y fue interpretada por los delegados campesinos e indígenas como una auténtica revolución y como una señal de que luego podrían desbordar los límites en los que el gobierno de Villarreal intentaba realizar esos límites en una verdadera emancipación de la clase campesina.

Las deliberaciones se realizaron en castellano, aymara, quechua durante cuatro plenarias, que sesionaron durante las tardes. En ellas se presentaron las ponencias, peticiones y trabajos, una vez realizado el informe de las comisiones respectivas. El grueso del debate se centró en la educación y el fomento de la actividad campesina y las reivindicaciones indígenas.

En el día de la clausura del Congreso, el 15 de mayo, el gobierno presentó cuatro decretos, con los números 318, 319, 320 y 321, que no afectaban la propiedad de la tierra, pero buscaban regular las relaciones coloniales de explotación de la fuerza de trabajo indígena.

El cuarteto de disposiciones, a tono con las resoluciones del Congreso, buscaba normar las relaciones entre patronos y colonos, para evitar abusos y limitar el excedente extraído de la fuerza de trabajo campesina. En sus principales puntos prescribían que los colonos ya no estaban obligados a prestar trabajos ajenos “a las faenas propiamente agropecuarias sin su previo consentimiento y justa remuneración”.

Tampoco las autoridades militares, eclesiásticas y gubernamentales podían obligar a los indígenas a “prestar servicios gratuitos”. La jornada de trabajo obligatorio y gratuito que los colonos entregaban a los hacendados, no podía exceder de 4 días a la semana. Tampoco los colonos igualmente no podrían ser enviados, contra su voluntad, a trabajar en otras haciendas distintas a aquellas donde vivían, práctica por entonces muy corriente.

La sola mención de alterar la situación indígena y campesina liberándolos de las formas más terribles de sumisión, produjo una fuerte resistencia de los hacendados organizados en la “Federación Rural de Cochabamba”, que veían venir lo peor: cuestionamientos severos a la propiedad latifundista. Por táctica o por acuerdo con el gobierno de Radepa-MNR que para disipar temores anunció que había “desechado toda idea sobre la reversión de tierras”, los indígenas decidieron no incluir la demanda de tierras en las deliberaciones del Congreso.

Pero es posible que sin duda formaba parte de sus objetivos estratégicos. En los documentos que el dirigente indígena apodado el Rumisonqo (corazón de piedra) Luís Ramos Quevedo hacía circular en las zonas rurales de Cochabamba uno de los puntos capitulares era: “Que las tierras sean de los indios y todos los terrenos vuelvan a las comunidades”. Punto que se cumplió el 2 de agosto de 1953 por el gobierno popular de Víctor Paz Estenssoro.

El Comienzo del Fin

Empecemos por recordar un antecedente nefasto en el gobierno del General Enrique Peñaranda del Castillo:

El 20 de julio de 1941, había estallado el escándalo del “putsch nazi”, una tramoya organizada, por la inteligencia inglesa, contra Villarroel y el MNR. Durante el gobierno de Busch, el Mayor Elías Belmonte Pabón, maestro de la logia RADEPA, había sido enviado, como agregado militar, a la Legación Boliviana en Berlín. De pronto, apareció una carta, dirigida por él al embajador alemán en Bolivia, Ernesto Wendler, en la que hablaba de “nuestro golpe” e informaba que se había “acumulado buenas cantidades de bicicletas, lo que facilitará nuestros movimientos de noche, ya que autos y camiones son demasiado bulliciosos”. Los ingleses habían enviado copia de la carta al gobierno de los Estados Unidos, capturada supuestamente en una valija diplomática germana, interceptada en Natal, Brasil. Summer Welles, Secretario de Estado, escribió a Peñaranda, comunicándole el plan sedicioso. Treinta años más tarde, se publicarían las memorias de un político americano muy influyente, John Foster Dulles, en cuyas páginas confiesa la tramoya, que sirvió a Peñaranda como pretexto para romper relaciones con Alemania, Italia y Japón.

Villarroel soportó problemas internos debidos al fanatismo exaltado de los radepistas intransigentes que, en sólo tres meses de cogobierno, impusieron el desplazamiento de los ministros movimientistas. En abril de 1944, hubo un intento de golpe de Estado, en el cual se involucró el embajador chileno Cohen. El minero Mauricio Hochschild, su abogado Néstor Galindo y el político Enrique Hertzog fueron detenidos. El primero de ellos, después del frustrado golpe, amenazó con transferir sus acciones mineras a intereses de Chile. Se disponía a viajar, para cumplir su amenaza, cuando fue secuestrado por militares

de RADEPA junto a su gerente Blum. El responsable del secuestro había sido el Mayor Jorge Eguino, director de la Policía. Villarroel amenazó con renunciar a la presidencia, pidió ayuda al FBI y a detectives civiles, y rescató a Hochschild. Otra conspiración estalló en noviembre 1944, con epicentro en Oruro y desórdenes en Cochabamba. Los sediciosos conformaron una Junta de Gobierno, encabezada por el coronel Melitón Brito. El Regimiento de Challapata, comandado por el Mayor Armando Pinto, se sumó al motín. El gobierno desplazó tropas a Oruro, los insurrectos huyeron, el MNR suspendió su segunda convención nacional para sumarse a la defensa del gobierno. Entonces, se registró un comunicado que selló la suerte de Villarroel. Lo firmaba el Director General de Policías, Mayor Jorge Eguino: “Hasta el momento fueron fusilados, por haber sido principales dirigentes del movimiento sedicioso, los siguientes: Teniente Coronel Demetrio Ramos, Coronel Fernando Garrón, Coronel Eduardo Paccieri, Sr. Eduardo Loayza Beltrán, Sr. Rubén Terrazas, Sr. Carlos Salinas Aramayo, Ing. Miguel Brito. El Coronel Melitón Brito se suicidó en la población de Caquena, habiendo conseguido fugar el Coronel Ovidio Quiroga. La Paz, 21 de noviembre de 1944”. Habían omitido los nombres de Félix Capriles y Luis Calvo, fusilados en Chuspipata y el nombre del Mayor Edmundo Soto, ejecutado en Mapiri. Los demás, habían sido victimados en Challacollo, Oruro, por instrucciones del Ministro Mayor Quinteros al Prefecto orureño, Mayor Inocencio Valencia Valle. Habían intervenido, en las ejecuciones, el Mayor Humberto Costas, el Mayor Jorge Eguino y el Capitán José Escóbar. En Chuspipata, actuaron el mayor Guzmán Gamboa y el Suboficial Venegas. La Célula Judicial de RADEPA los había sentenciado a muerte. Las versiones de prensa fueron abrumadoras.

La más grave fue registrada por el semanario “Batalla”, debida a la pluma de Tristán Marof, calificada, en un comentario posterior, como la “levadura máxima”, que provocó los colgamientos de julio de 1946.

A raíz de los fusilamientos de Challacollo, Chuspipata y Mapiri, el líder pirista José Antonio Arze pidió la intervención militar a Bolivia, desde los Estados Unidos, a donde había ido por un atentado contra su vida, del que se salvó, estrenando la penicilina. Franz Tamayo pidió licencia indefinida de la Presidencia de la Cámara de Diputados y se retiró de la vida pública para siempre. El ministro del Trabajo, el independiente Remberto Capriles Rico renunció por ser pariente de Félix Capriles. El diputado Hernán Siles Zuazo rindió homenaje a Carlos Salinas Aramayo. Roberto Prudencio renunció al MNR, Jorge Eguino fue dado de baja de las Fuerzas Armadas, y el capitán José Escóbar fue alejado de la jefatura de Policía.

Bajo la protección de la autonomía universitaria, el rector Héctor Ormachea Zalles se constituyó en jefe del comando de la conspiración. El 13 de junio, se frustró un golpe de Estado de gente vinculada a Aramayo, que tomó la base aérea de El Alto, acto en el cual cayó muerto el mayor Carlos Lopera. A raíz de este fracaso, el estado mayor de la subversión cambió de táctica, optando por la agitación y la movilización popular. Los universitarios, aliados a mujeres oligarcas como la maestra María Teresa Solari Ormachea, protagonizaron manifestaciones que pedían un nuevo gobierno. “Queremos un gobierno de la Banca, la Industria y la sociedad”, decía la Solari. A esos desórdenes se añadían los pedidos salariales de maestros, ferroviarios, constructores y bancarios. La huelga se convirtió en detonante de la caída de Villarroel, cuando se firmó -el 15 de julio- un pacto tripartito de maestros, obreros y estudiantes, que convocó a la huelga general. El entendimiento del ministro José Celestino Pinto con Ormachea Zalles y Mendizábal, se tradujo en la presión al gobierno para conseguir la salida del MNR, el 20 de julio, fecha en que se presentó un gabinete militar; pero la suerte de Villarroel estaba echada. Las deliberaciones militares, en palacio, duraron toda la noche del 20 al 21 de julio. Villarroel se quedó, no quiso huir. Se le exigió

su renuncia y la entregó al mediodía del 21. Los adictos al FDA tomaron cuarteles y edificios públicos, y se dirigieron a la Plaza Murillo. Villarroel se había refugiado en una dependencia del palacio, donde lo victimaron junto a su edecán, el Capitán Waldo Ballivián; su secretario privado, Luis Uría de la Oliva; el Jefe de Tránsito, Max Toledo; y el periodista e intelectual Roberto Hinojosa, quienes fueron arrastrados y colgados en los faroles de la Plaza. El 21 de julio, triunfó la alianza de la derecha y el PIR, pero fue el fin de ambos, pues el colgamiento de Villarroel marcó el inicio de la destrucción de la estructura de poder de la Gran Minería y de la Rosca.

El Drama Psicológico de Villarroel

Las interpretaciones de la historia, idealistas o materialistas, pueden aplicarse, alternativamente, a aquel terrible 21 de julio, ya sea que se lo contemple desde el montaje de la maquinación feudo-burguesa contra la Revolución Nacional o a través del drama psicológico de Villarroel.

En el primer aspecto, se evidencia la combinación de la alevosía, la falsedad y el sadismo, como productos intelectuales y sociales de la táctica imperialista para preparar, gradualmente, y ejecutar el crimen, con una doble proyección: Dar al exterior la impresión de un triunfo de la "democracia continental" en el país del Altiplano, cuyo pueblo, aplicando los métodos de Nuremberg, había ajusticiado y colgado al "tirano nazifascista".

El anterior enfoque no es completo, sin embargo, si no se escudriña cómo se logró que Villarroel abandonase, paulatinamente, su posición de magistrado para alcanzar la de mártir. Precisa inquirirse ¿cómo inició con su persona esa marcha hacia la muerte? que, después de él, emprendieron muchos miles de bolivianos en la batalla nacionalista.

Éstos, con un sentido trascendental, no como finalidad -en sí misma- sino como siembra augural y creadora de una nueva vida. Y es aquí donde reaparece el espíritu de la historia: Bolivia vive a través de Villarroel y de los muertos que el imperialismo, paradójicamente, no ha podido matar.

El principal enigma, entre las circunstancias del 21 de julio, radica en la inexplicable inercia de Gualberto Villarroel, indiferente al peligro, insensible al odio con que la Rosca le ha señalado, a fin de hacerle el protagonista de la tragedia. Cual si se moviese dentro de ella, para cumplir un epílogo ya escrito, el Presidente deja que se enlacen las condiciones de la catástrofe y, cuando más próxima está, menos voluntad demuestra en esquivarla. Investido de una pasividad casi sobrenatural, los actos de sus últimos días parecen una colaboración con los factores que le inducen a la muerte. Con cronológica regularidad, se deja llevar por el torrente de los acontecimientos forjados por la Rosca hasta el farol, en actitud casi sonámbula. La vida y la muerte de Gualberto Villarroel muestran, en grado patético, el drama del pueblo boliviano, encarnado en un ser individual; pueblo cuya existencia no se hace perceptible ni aún en hombres que, como él mismo, presienten sus latidos a través de la coraza de metal con la que los asorda la oligarquía.

Secularmente, hubo en Bolivia un pueblo, tergiversado en su imagen y sustituido en su presencia por entidades mercantiles y fórmulas pseudo-sociológicas que cercenaron toda aparición de ese pueblo en la superficie política. El 21 de julio, el cercenamiento se manifiesta como un escándalo histórico, cuando se invoca a ese mismo pueblo para "ajusticiar" a los hombres que han ascendido, al plano de la conducción, con el objeto de servirlo. Los factores en que actúa toda historia: el proletariado y la oligarquía, traducidos a la existencia boliviana como nación y anti-nación, se desdoblán, el 21 de julio, en

dos apariencias, siniestra la una e ingenua la otra: la oligarquía, que simula ser pueblo, y el presidente Villarroel, que, sin saber ya donde está el pueblo, fía su seguridad en el Ejército y en las promesas fementidas de un Gran Maestro de la Masonería: Héctor Ormachea Zalles, Rector de la Universidad Mayor de San Andrés. Villarroel padeció el error de creer que la escoria de intereses, condensada durante dos años y siete meses sobre la Revolución del 20 de diciembre de 1943, era la revolución misma. Hay que suponer que, invadido por la decepción que ello importaba, se entregó fríamente a un destino presuntivamente irrevocable, convicto de que, al haberse engañado, debía inmolarse para pagar la deuda con su patria. Esta percepción errónea que rige los actos de Villarroel, parte de factores remanentes que influyen en los sectores combinados que, por circunstancias históricas provenientes de la Guerra del Chaco, se hicieron cargo de la revolución del 20 de diciembre de 1943. Esos sectores eran la logia militar "RADEPA", otras logias civiles nacionalistas, algunos consejeros personales inéditos y el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Las diferencias de criterio entre todos ellos, sobre el problema revolucionario, determinaron la crisis que maduró en los días de julio de 1946. La disminución volitiva que padeció Villarroel, en los últimos días de su existencia, es, en parte, el último resultado de influencias negativas que actuaron sobre la Revolución Nacional y que presionaron directa e indirectamente sobre el presidente.

La Conspiración de Fuerzas Conjuntas de la Antipatria

La conjunción de fuerzas contrarrevolucionarias acuñó una conspiración fatal. Por una parte, el Ejército que participaba en el Gobierno y, por otra, la Masonería que simulaba no participar, pero que controlaba la economía, la "sociedad", la Universidad y los partidos. Instituciones-instrumentos del capitalismo minero para

dominar el país colonial, aún a través de los Estados revolucionarios. El Ejército era substancialmente reaccionario y proclive a la nobleza (en Bolivia, la Rosca mestiza). La Masonería, por su parte, con el desplazamiento sutil de sus diversos tentáculos, sustituyó el ambiente real, suplantó al país con su imagen aparente. Ocupó el primer plano de todas las instituciones -aún de las comunistas- y generó "opinión pública". Ambos elementos, básicos de la contrarrevolución, aniquilaron, en la contradicción, en el temor y en la duda, al gobierno de Villarroel.

A esto se añade que, en el campo revolucionario, así: anegado de incertidumbres, las falsedades se acumularon hasta formar, en los días de julio del '46, una otra realidad, casi inquebrantable cuando se carece de una teoría revolucionaria y de una interpretación económica de las causas. A Villarroel ya le fue difícil percibir cuál era el verdadero pueblo. El simulacro de universitarios, de damas (arrebataudamente históricas), militares semicombatientes, maestros ignorantes y amaños artesanos, abría sus tenazas y tejía sus cuerdas, con innegable y temible materialidad. Villarroel, que carecía de experiencia política y humana, excepcionalmente talentoso, pero desconocedor del complejo social que la Rosca maneja como experta, resultó víctima de las dubitaciones que en él había sembrado la pedagogía, con que la clase dominante garantiza su dominio feudal; amputando selectas aptitudes nativas como las de este militar. De este modo, la masacre preparada contra Villarroel y sus amigos, encontró allanado no sólo el camino objetivo, sino al sujeto mismo del holocausto, que estaba "trabajado" para entregarse al renunciamiento. Villarroel renunció a su condición oficial de Jefe del Poder Ejecutivo y se sometió a su sino de símbolo perdurable. Como tal, cedió la resistencia interior, afirmación del yo, que es base del instinto de conservación, y el hombre se entregó al destino torrencial de los hechos ciegos, para disolverse en la inmensidad del proceso histórico. Ya que no pudo gobernar como Presidente, tenía que regirnos como profeta.

Es entonces que sobreviene el prodigio del espíritu: Lo que la Rosca creyó que era sólo el éxito de un evento criminoso, que se cerraba con el asesinato teatral de un Presidente, crece, después, con la virtualidad de la misión alegórica e inspiradora de los santos. Gualberto Villarroel, desde el 20 de julio, en que le denuncian que militares, en quienes confiaba, han decidido suplantarlo después de haberle impuesto la expulsión del M.N.R., parece un ser insensible. Y es que, en realidad, ya está viviendo su segunda existencia, la plenaria existencia de la inmortalidad. Trasminado de historia, pierde su individualidad porque la transfiere a la multitud, sobre la que eleva, como un ofertorio, la visión de su imagen colgada, con la que se instala definitivamente en el futuro de la Patria.

El Populacho del 21 de Julio, disfrazado de Pueblo

El individuo se ha consubstanciado con la colectividad. Por eso la oligarquía, al ultrajar, humillar y exponer cubierto de andrajos, el cadáver de Villarroel, es al pueblo a quien ultraja, abomina y cuelga.

Así sangrante y ultrajado está el pueblo carneado, a quien la Rosca exhibe como una piltrafa para su venta al extranjero.

El otro pueblo, aquél que figura en la propaganda extranjera, no es sino la turba o la horda que puede estar formada por gente de las clases explotadas, pero que no adquiere la calidad de pueblo, sino cuando actúa en función de un ideal nacional, valedero para el sentido de la historia. El pueblo colgador, del 21 de julio, es una sofisticación engendrada por la plutocracia con alcohol, baldes de sangre volcados en las calles y propaganda "democrática" que prospera, merced a la decepción producida por el estancamiento de la Revolución Nacional. Quienes operan en la Plaza Murillo y en la Plaza de San Pedro, quienes cuelgan, ríen y danzan sobre los cadáveres, son los mismos que

describe Giovanni Papini, en su "Historia de Cristo", en el Calvario: "En racimos, vedlos ahí como una manada de cabrones atacados de satiriasis...". Es la misma gente que celebra la saturnal sangrienta, del 21 de julio de 1946, a la cual elogia la prensa extranjera y glorifica la prensa nacional. Tal es el Día, epónimo de la alianza de la Plutocracia y el comunismo, confabulados para sofocar el mal ejemplo de una Revolución Nacional con proyecciones Latinoamericanas.

Pero, el verdadero pueblo boliviano surge como una aureola del cuerpo del colgado; el pueblo boliviano, implícito debajo de la matanza, mantiene el espíritu de la verdad y lo conserva vivo durante seis años, con el calor de su sangre. De la imagen atroz, lujo del imperialismo del 21 de julio, la vitalidad del pueblo opera la transfiguración. Villaruel, colgado, ya no vive en las retinas sino como una curiosidad morbosa de grabados increíbles. El andrajo, pendiente del farol bajo el cielo azul y frente a los tejados de la Plaza Murillo, que vertieron lágrimas de escarcha, se difumina para sustituirse con la fotografía de la figura serena, de amplia frente y de ojos claros, que hoy se adorna con las flores en todos los hogares del proletariado boliviano.



47° Presidente

René Barrientos Ortuño

1) 5-11-1964/26-05-1965

2) 26-05-1965/2-01-1966

3) 6-08-1966/26-04-1969

RENÉ EMILIO BARRIENTOS ORTUÑO nació en Tarata, Cochabamba, el 30 de mayo de 1919, y murió trágicamente, sobrevolando el tramo Arque-Tacopaya, el 27 de abril de 1969. Fueron sus padres el Dr. César Barrientos Velasco y la señora Ercilia Ortuño de Barrientos. Se casó con Rosmery Galindo de Ugarte, Martha Cuellar y Katia Rivas y tuvo varios hijos. El padre fue Síndico General de la Orden de Frailes Menores de San Francisco, hermano del Dr. Antonio Barrientos, diputado de la provincia por el Partido Liberal. René fue el tercero de tres hijos: César, Helena y Corina. Hizo sus primeras letras en la escuela local, pasó a la escuela “Esteban Arze”, donde fue su preceptor don Raúl Saavedra.

Comenzó a destacarse por su mente vivaz y su aptitud para los ejercicios físicos, en especial para el boxeo con guantes. René desfilaba en los días patrios con un pequeño fusil de madera al hombro y salía disparado al paso del aeroplano del aviador Leonidas Rojas, que trasladaba heridos durante la Guerra del Chaco. Desde muy pequeño, hablaba fluidamente el quechua y protegía a su compañero de curso, un niño campesino llamado Toribio. Todos, atributos que eran anuncio de su vocación militar y populista.

No había concluido la primaria, cuando el padre falleció por violenta enfermedad. Pasó dos años en la escuela del Convento de Tarata y, luego, la familia se trasladó a la ciudad de Cochabamba. Su hermano, César, se enlistó en el servicio militar, en la Escuela de Clases de La

Paz, y a los pocos meses estalló la guerra; poco después cayó en combate, en el sector Gondra. La mala fortuna no se detuvo allí, pues la madre murió trágicamente al manipular las armas de su finado esposo. Huérfano a los 15 años, se preocupó de la educación de sus dos hermanas, internándolas en el Colegio Santa Ana de Cochabamba, y se trasladó a Santa Cruz, al amparo de su tío, el Coronel Raúl Barrientos. No resistió el cambio y, tomando “una decisión radical, signo característico en la vida del futuro General”, escapó a Cochabamba en una tropa de arrieros, montando un caballo perteneciente al tío, en un viaje de 13 días, según su biógrafo José Antonio Llosa. Tomó la decisión, a los 16 años, de postular al Colegio Militar; dicen que, para hacer sus trámites, recorría a pie la distancia entre Tarata y Cochabamba sólo por hacer ejercicio. Se necesitaba un poderoso padrinazgo para lograr su cometido y, por ello, buscó nuevamente a su tío, el coronel Barrientos; dio un examen de ingreso, con las mejores calificaciones, y, pronto, se distinguió como abanderado y encargado de curso. Las cartas del joven cadete contienen consejos a sus amigos de provincia: “Yo sé que en ese pueblo bullanguero, hay jóvenes idealistas que sueñan grandes cosas y mantienen ideas románticas bien arquitecturadas; pero es de lamentar que a ellos les falte ese entusiasmo de que tú estás henchido; la idea de que el tiempo les vence debería despertarles de su letargo; pero no ocurre así porque viven bajo un cielo sin luces”... “Nunca temas fracasar en la vida que el hombre de buena voluntad sólo tiene éxitos, gloria. Lo contrario de lo que sucede con los necios del pesimismo”.

Por entonces, gobernaba el Presidente Busch, quien fue, seguramente, el modelo que Barrientos quiso seguir en los inicios de su carrera militar. Se conserva una fotografía en la cual aparece el héroe del Chaco y, a su lado, el joven brigadier, abanderado del Colegio Militar. A la muerte de Busch, el joven cadete se amotinó y logró tomar la guardia, por lo cual fue dado de baja. Pudo graduarse en 1943 y

organizó el Grupo “Abaroa” con sus camaradas Walter Arze, Desiderio Carrasco, Juan Moreira, Cortés, Pacheco, Vaca y otros, que participaron en el ascenso del presidente Gualberto Villarroel, al poder; quien los asignó a un grupo de oficiales de confianza para la defensa de su gobierno. El joven subteniente continuó sus estudios en la Escuela Militar de Aviación “Boquerón” de Santa Cruz, donde también fue abanderado. Viajó a Texas, en 1944, becado para estudiar los cursos “Enid Field”, “Moore Field” y “Randolph Field” hasta obtener su Brevet de Piloto, en abril de 1945. Un año después, se incorporó a la Fuerza Aérea. Se produjo, entonces, el levantamiento del 13 de junio, con la toma del cuartel de carabineros “Calama” y de la Base Aérea de El Alto. El teniente Barrientos Ortuño retomó la Base, mientras el Teniente Lucio Quiróz retomaba el Cuartel Calama, victimando al ex Mayor Carlos Lopera. El golpe fue debelado, pero, a partir de él, se desataron los acontecimientos que llevarían al colgamiento del Presidente mártir, el 21 de julio de 1946. Aquel día, una comisión militar, integrada por el teniente René Barrientos y los capitanes Alberto Alarcón, Walter Arze y Juan Moreira, ingresaron a Palacio a las diez de la mañana, para pedirle al Presidente que se constituyera en la Base Aérea de El Alto y, desde allí, controlara la situación. Empero, Villarroel decidió permanecer en palacio e instruyó, en forma terminante, que no se disparara un solo tiro. Un tanque derribó la puerta de la casa de gobierno y la multitud victimó al Presidente. Entretanto, Barrientos, junto a doce oficiales, decidió resistir en la Base Aérea de Cochabamba, donde se mantuvo hasta el anochecer de ese luctuoso día; pero fueron dominados, y Barrientos detenido a las diez de la noche y conducido al panóptico de La Paz, donde permaneció hasta diciembre de aquel año. El 30 de julio, se dictó una Orden General para dar de baja a 52 jefes y oficiales, adictos a Villarroel, entre ellos Barrientos. Luego fue confinado al campo de concentración de Curahuara de Carangas. Una vez liberado, intentó fundar una escuela de aviación civil, pero nuevamente fue detenido

y confinado a Puerto Heath, en el norte de La Paz; más tarde fue trasladado a Choreti y a Puerto Grether. Una vez, vuelto a Tarata, permaneció clandestino, vistiendo como agricultor y despistando a sus captores, hablándoles en quechua, como un perfecto campesino.

El Sexenio fue un escenario de intensa agitación. El 28 de enero de 1947, hubo 200 mineros muertos en Potosí; en mayo del mismo año, una masacre de campesinos en las provincias Omasuyos y Pacajes, de La Paz; a fines de 1948, 500 indígenas del altiplano fueron confinados a “colonizar” el Ichilo y los diezmaron el hambre y las enfermedades tropicales; en febrero de 1951, hubo una expedición punitiva a Culpina, provincia Cinti, con 50 campesinos muertos. Cinco regimientos fueron desplazados a Ayopaya, para conjurar otra rebelión. Los campamentos de Catavi y Siglo XX fueron bombardeados por aviación, tanques y artillería, causando la muerte de los trabajadores mineros y sus rehenes.

Los días 18 y 19 de mayo de 1950, los trabajadores fabriles fueron ametrallados en Villa Victoria, barrio de La Paz. Hubo masacre blanca y listas negras, desde 1947, año en que fueron despedidos 7'000 mineros de la Patiño Mines. Una vez que se atenuó la represión, Barrientos ingresó a trabajar al Lloyd Aéreo Boliviano, con sus camaradas Raúl Pérez, Francisco Baldi, Roberto Vargas, Francisco Larrea, Flavio Luizaga, Walter Arze y Armando Cortez, con quienes estableció un aparato de propaganda que incitaba a la rebelión contra la oligarquía. Se conserva un volante, que circuló el 6 de agosto de 1948: “BUSCH y VILLARROEL son dos prohombres forjados en el crisol de la guerra chaqueña, cuyas llamas son alimentadas con la sangre de indios y de gentes humildes del pueblo”... “BUSCH y VILLARROEL son el EJÉRCITO, son el NUEVO EJÉRCITO para una NUEVA PATRIA”... “contra los cuarteadores del destino nacional, que encarnan el colonialismo, la explotación, la tiranía y la antipatria”... “Es cierto que ha muerto Busch; es cierto que ha sido colgado

Villarroel; es cierto que más de 100 jóvenes oficiales hemos sido encarcelados y ahora estamos perseguidos. Y acaso no fue descuartizado TUPAC AMARU? NO HAY DERROTA, NO HAY ESTIGMA PARA LOS QUE LUCHAN HONRADAMENTE POR LA LIBERTAD” ... “Nosotros seguimos a BUSCH y VILLARROEL.

Esto es un delito? Es delito luchar por la redención del indio? Es delito luchar por el derecho que tiene a sus tierras el indio, despojado por el colonialismo y otra vez por el neocolonialismo? ... “Nuestro gran conductor, el Coronel Busch, exigió que las minas beneficien a los bolivianos y no a tres tiranos que se llevan el fruto de nuestros obreros fuera de Bolivia, amparados por leyes antinacionales que promulguen gobiernos de la antipatria” ... “No es ninguna gloria seguir siendo el instrumento de la oligarquía. Nuestra gloria será romper las cadenas de la Rosca que oprimen ominosamente al pueblo boliviano” ... “Tampoco el Ejército puede mirar con indiferencia las burdas maniobras del extremismo de izquierda, que conspiró como obsecuente sirviente de la Rosca, para deformar, escarnecer y destruir el nacionalismo revolucionario de Villarroel” ... “Apátridas extremistas, jefaturizados por hombres que sirven al rublo ruso más que a la tricolor boliviana”.

Hasta aquí algunas frases del citado documento, claramente imbuidas de la ideología del MNR, pero hábilmente destinadas a la clase militar. A fines de 1951, Barrientos, junto a sus camaradas más íntimos, se había reincorporado a la institución militar, con asiento en la Base Aérea de Cochabamba, y trabajaba en contacto con comités revolucionarios civiles del MNR, coordinando la toma de la Base Aérea de El Alto, para apoyar al levantamiento del 9 de abril de 1952. Por esa circunstancia, la aviación no actuó con la celeridad del Ejército, que ocupó posiciones en los distritos urbanos de La Paz. El General Tórrez Ortiz había ordenado el bombardeo de la ciudad de La Paz, pero los pilotos no acataron la orden, que fue revocada. Dispuso que

actuara la artillería en ciudad abierta, pero el Capitán Barrientos logró disuadir al Comando del Regimiento de ese propósito. Se les instruyó que volaran a Cochabamba, y de allí a Roboré, Riberalta y Camiri, para llevar refuerzos militares a La Paz, pero no cumplieron la orden, permanecieron en Cochabamba y exigieron al Prefecto, General Óscar Moscoso, que entregara su Despacho a Walter Guevara Arze. Luego, Barrientos retornó a La Paz, llevando a bordo al Coronel Milton Delfín Cataldi, designado Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. Por esas razones, el gobierno provisional de Hernán Siles Zuazo comisionó al Capitán Barrientos para volar a Buenos Aires y recoger al jefe del MNR, Víctor Paz Estenssoro, con una delegación de mineros, fabriles y dirigentes movimientistas. De ese modo, Víctor Paz llegó a la sede del gobierno, el 15 de abril, y asumió la Presidencia.

En enero de 1953, Barrientos fue ascendido a mayor y fue becado a la “Escuela de Guerra Aérea” de Roma, a un curso de nueve meses, a cargo de pilotos veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Diplomado del Estado Mayor, retornó al país y, en 1955, viajó a la “American University”, a un curso de seis meses, en los que estudió una especialidad en Industria de Transportes Aéreos. En 1957, fue ascendido a Teniente Coronel y designado Comandante del Escuadrón de Transportes Aéreos Militares (TAM), Jefe de Pilotos e instructor, catedrático de la Escuela de Comando y Estado Mayor y de la Escuela de Altos Estudios Militares, donde volcó la experiencia ganada. Asimismo, fue profesor titular en la Escuela “Coronel Abaroa”, que da instrucción superior a los Jefes del Ejército. En 1958, fue ascendido a coronel y designado comandante del Colegio Militar de Aviación “Germán Busch”, en Santa Cruz. Antes de que se iniciara su carrera por el poder, había llegado a General de División Aérea, Jefe de Estado Mayor y luego Comandante de la Fuerza Aérea Boliviana. En esa condición, creó la Escuela de Aplicación Aérea de Cochabamba, el

Grupo Aéreo de Combate de El Alto, el Grupo Aéreo de Cobertura en Riberalta, el Grupo Agropecuario en Caranavi y Santa Ana del Yacuma, y los Destacamentos Aéreos de Cochabamba y Tarija. Uno de sus mayores méritos es la introducción del paracaidismo, primero en El Alto y luego en el Centro de Instrucción de Tropas Especiales (CITE), de Cochabamba.

Una iniciativa suya, la creación de “Acción Cívica” de las Fuerzas Armadas, proyecto financiado por la “Alianza para el Progreso”, le permitió hacerse figura visible en los rincones más apartados del territorio, donde efectivos militares construyeron caminos, pistas de aterrizaje, escuelas y edificios públicos. Las relaciones que mantuvo con el ejército norteamericano, le permitieron equipar a la FAB y conseguir becas para el personal. El 14 de octubre de 1961, durante la Semana Aeronáutica, se produjo un lamentable accidente con tres paracaidistas muertos. Se atribuyó el accidente a la mala calidad de los paracaídas. Entonces, el Comandante Barrientos dispuso que se escogiera al azar cualquiera de los aparejos y se lanzó del bimotor C-47 TAM 06, que volaba a 600 metros de tierra. La hazaña, efectuada sin entrenamiento previo, cimentó su prestigio, a tal punto que, poco después, en octubre de 1962, recibió el “Cóndor de los Andes”, en el grado de Gran Oficial y, luego, la “Legión al Mérito”, máxima condecoración de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, impuesta por su propio comandante, el General Leland Stratahan.

En noviembre de 1963, la bala que victimó al presidente John F. Kennedy determinó un cambio radical en la política exterior americana, pues, su sucesor, Lyndon B. Johnson, liquidó los programas de cooperación con América Latina y permitió que el Pentágono influyera -decisivamente- en la política interior de esta parte del Continente, a través de la Doctrina de Seguridad Nacional, destinada a controlar toda posibilidad de que se constituyera un régimen comunista, similar

al de Cuba. En la IXª Convención del MNR, se postuló la candidatura de Federico Fortún Sanjinés a la vicepresidencia.

Algunas organizaciones campesinas habían nominado al General Barrientos a la Presidencia. Entonces, sufrió un atentado en Cochabamba, un disparo de bala que lo hirió en el glúteo izquierdo, mientras conducía un jeep. Se había trasladado a Panamá, para su curación, cuando le llegó la noticia de que el candidato a la reelección, el presidente Paz Estenssoro, le ofrecía la vicepresidencia en lugar de Fortun ambos fueron electos y posesionados, el 6 de agosto de 1964; pero en octubre, la relación entre ambos mandos se había deteriorado ostensiblemente, con el respaldo mayoritario de las Fuerzas Armadas y de la dirigencia sindical campesina al vicepresidente. El 4 de noviembre de aquel año, Paz Estenssoro fue derrocado y sustituido, en primera instancia, por el General Barrientos, que gobernó hasta el 26 de mayo de 1965, fecha en la cual, para evitar el descontento de sectores del ejército, seguidores del Gral. Alfredo Ovando Candía, creó una fórmula inédita en el Ejecutivo, que duró siete meses: la “copresidencia”, integrada por ambos generales, en un proceso llamado “Restauración”, con el fin de fundar la “Segunda República”.

El Presidente Paz Estenssoro había puesto en marcha el Plan Triangular, con créditos del BID, Alemania y la Argentina, para recuperar la COMIBOL, por etapas. Todo se truncó con el Golpe militar.

Para que no quedaran dudas sobre su orientación, el gobierno militar aprovechó, como pretexto, la gigantesca manifestación del 1º de mayo de 1965, que tenía como sustento un “pacto intersindical de solidaridad”, para iniciar su política represiva. A fines de ese mes, Juan Lechín, ejecutivo de la COB, fue exiliado al Paraguay; la entidad sindical y, en especial, la Federación de Mineros, decretaron huelga general activa, con actos de protesta en las calles. El ejército tomó los distritos mineros de Milluni, Kami, Quechisla y Potosí, y usó aviación e infantería para despejar barricadas en varios puntos urbanos.

El gobierno logró quebrar la huelga, negociando, por separado, con maestros, choferes y gráficos. La COB negoció el armisticio y 150 dirigentes mineros y ejecutivos sindicales fueron deportados a la Patagonia argentina.

Las medidas represivas fueron el inicio del reordenamiento de COMIBOL, mediante una disminución de salarios de los mineros, descongelamiento de precios en pulpería, desconocimiento de direcciones sindicales y prohibición de decretar paros. La sede de la COB fue intervenida militarmente, así como el distrito de Siglo XX-Catavi, donde aún no había ingresado el Ejército. Dicha medida produjo un alivio previsible en la situación financiera de la COMIBOL, pero a un costo social elevado. Entonces, se hizo visible la inclinación del régimen hacia la empresa privada y la inversión extranjera, pues se renovó contrato con la Gulf para la provisión de petróleo y, en 1967, se concedió la mina Matilde a la empresa norteamericana U.S.S. Philips & Co.

El gobierno convocó a elecciones, para julio de 1966, y el copresidente Barrientos renunció para habilitarse como candidato, secundado por el Dr. Luis Adolfo Siles Salinas para vicepresidente. A partir de entonces, Barrientos clausuró su ciclo movimientista, pues no convocó al MNR ni a ninguna fuerza de izquierda, y prefirió fundar el Frente de la Revolución Boliviana (FRB) con el pequeño Partido Social Demócrata de Siles Salinas, el PIR de Ricardo Anaya, el PRA de Walter Guevara y el Movimiento Popular Cristiano (MPC), con el apoyo adicional de las confederaciones campesina y de excombatientes del Chaco.

El 6 de agosto de 1966, se inició el gobierno constitucional del general René Barrientos y el Dr. Luis Adolfo Siles. El frente de gobierno recibió, como nuevo aliado, al Partido Demócrata Cristiano, que se

hizo cargo del Ministerio del Trabajo, en cuya gestión se dictó el Decreto de Reglamentación Sindical, de 26 de septiembre de 1966, cuya inspiración fue atribuida, por la izquierda y el movimiento sindical, a la Carta del Lavoro de Mussolini. Se dictó la Ley de Seguridad del Estado, que, en los hechos, negaba las garantías constitucionales, al limitar las libertades y derechos de los ciudadanos. Sostén social de su gobierno fue el campesinado, y eso le permitió actuar con firmeza excesiva contra el movimiento sindical urbano y las fuerzas de oposición. La alianza con el sector tuvo su marco institucional en el Pacto Militar-Campesino, como dice Carlos D. Mesa, un “instrumento político de control del agro y respaldo a los gobiernos de las Fuerzas Armadas”, cuyo ciclo fue aprovechado por sucesivos gobernantes de uniforme, hasta la constitución de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), al calor de la resistencia a las dictaduras militares.

Al régimen le correspondió la promulgación de la Constitución de 1967, que mantuvo el rango constitucional de las conquistas de abril: la nacionalización de las minas, la reforma agraria, el voto universal y la reforma educativa; y que, con las reformas aprobadas en 1994 incorporó el Recurso de Amparo a nuestras garantías individuales y el principio de irretroactividad de las leyes; eliminó las milicias populares, la reelección inmediata del Presidente y la doble ciudadanía española y latinoamericana.

Barrientos potenció la región de Cochabamba, con la construcción del proyecto hidroeléctrico de Santa Isabel y de los caminos 1 y 4 de penetración al trópico cochabambino, hoy tramos de la nueva carretera Cochabamba-Santa Cruz. Construyó, asimismo, el nuevo aeropuerto de El Alto y amplió la red de agua potable en La Paz y Sucre.

La Guerrilla del Che

A Barrientos le tocó enfrentar la guerrilla de Ernesto “Che” Guevara, un acontecimiento que fue el parteaguas de la política boliviana, en un rango menor, pero comparable al del '52, con la Revolución Nacional, o al del '82, con el inicio del ciclo democrático; pues polarizó, con nuevos sujetos políticos y sociales, a la sociedad boliviana. La figura de Barrientos ganó en fama internacional, en un claroscuro, donde se mezclaron el apoyo incondicional de unos y el odio político de otros. Es evidente que el proyecto del Che, aislado por presión soviética y sin apoyo internacional ni de las fuerzas de la izquierda boliviana, tampoco consideró la absoluta falta de solidaridad del campesinado con el foco guerrillero, pues estalló en el ciclo ascendente del Pacto Militar-Campesino y, apenas, duró del 23 de marzo (emboscada de Ñancahuazú) al 8 de octubre de 1967 (captura del Che en la Quebrada del Yuro), en una retirada constante del núcleo rebelde. Sin embargo, la mística del Che influyó, decisivamente, en los sectores urbanos que desarrollaron núcleos y organizaciones políticas de resistencia a las dictaduras, los cuales derivaron, del culto a la violencia revolucionaria, en la constitución de frentes amplios y democráticos que, al cabo, consiguieron cerrar el ciclo de autoritarismo militar, en 1982. La ejecución del guerrillero argentino-cubano tardaría tres décadas para constituirse en certeza histórica, y sus restos serían entregados al gobierno cubano durante el primer gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada.

La Masacre de San Juan

Los trabajadores mineros convocaron a una reunión en el distrito de Siglo XX, para tomar posición en torno a las reivindicaciones del sector y la guerrilla del Che. La noche del 23 al 24 de junio de 1967, tropas militares asaltaron el campamento, con el pretexto de intervenir

un peligroso foco subversivo. El gobierno reconoció la muerte de 27 mineros, pero la prensa registró un número de bajas considerablemente superior. Los diputados Marcelo Quiroga Santa Cruz y José Ortiz Mercado se destacaron en la interpelación al Ejecutivo y fueron confinados a poblaciones del Oriente, junto a dirigentes políticos y sindicales.

El Sistema de Mayo

Sergio Almaraz Paz publicó el enjuiciamiento más agudo contra el régimen de Barrientos, en su libro “Réquiem Para una República”. El finado ensayista proseguía así un ensayo anterior -“El poder y la Caída”-, sobre las estructuras de poder, generadas por la minería del estaño, y tipificaba la Restauración barrientista con el mote de “Sistema de Mayo”, aludiendo al modelo establecido desde mayo de 1965. El último gobierno de Paz había sido el de la “revolución arrodillada”; el de Barrientos, el del franco entreguismo. “El país está invadido. Se ha perdido sucesivamente el estaño, el zinc, el gas y el petróleo”... “La riqueza que se ha puesto en manos de la Gulf sobrepasa, con seguridad, los 1'500 millones de dólares: el país, hasta el presente, no ha obtenido ni la centésima parte de esa suma. De la pérdida de “Matilde” se deben esperar ingresos menores que los que provienen de las salas de cine. Y dicen que Bolivia ofrece pocas oportunidades a la inversión extranjera!”. Denunció una “doble enajenación: una material, con la pérdida de enormes recursos naturales, y otra subjetiva, que elimina las posibilidades de desenvolvimiento autónomo del Estado. En realidad lo que sucede con este último es que el Estado se autoliquida”... “El avance ha sido sistemático e invisible, como el de las termitas. En las gerencias, en la prensa, en los despachos ministeriales, estos insectos devoran, pedazo a pedazo, el porvenir de los bolivianos. No se los descubre hasta que han producido el derrumbe. Primero nos comen por dentro, después, nos venden. El país está en subasta y la República convertida en baratillo”.

Muerte

La crítica de la izquierda contra el presidente Barrientos olvida que, en el golpe militar del 4 de noviembre de 1964, se constituyó un “Comité Revolucionario del Pueblo”, integrado virtualmente por todo el sistema político, tanto opositor como del propio MNR, el movimiento sindical y universitario, líderes civiles -de la talla de Hernán Siles Zuazo, Walter Guevara Arze, Juan Lechín, Mario Gutiérrez y Ricardo Anaya, e intelectuales como Fernando Diez de Medina, Mario Rolón Anaya y Luis Adolfo Siles Salinas-, de los cuales, con excepción de Siles y Lechín, todos aprobaron las medidas restrictivas que el gobierno militar encaró, sin miramientos y con una radicalización creciente de la violencia de Estado.

Es un tic, muy frecuente en la izquierda, suponer que los líderes rivales carecen de un mínimo de inteligencia y honradez, cuando no son presentados como especímenes de la estulticia. Pero, son innegables los méritos que le permitieron a Barrientos ascender, en forma incontenible, para iniciar y encabezar un proceso de reacción nacional e internacional, contra el Estado del '52.

Con su temprana muerte, dejó una incógnita sobre cuánto pesaba en el alma popular y cuánto avanzaría en la transformación del modelo de Estado del '52, cuya agonía se prolongó hasta 1985, proceso signado por una polarización creciente -de la violencia reaccionaria frente a la violencia revolucionaria-, que felizmente se resolvió, en un alarde de madurez ciudadana, con la apertura democrática de 1982. Dice Carlos D. Mesa: “Barrientos fue un hombre de increíble carisma personal...”, que apoyó su gobierno en los campesinos “que transfirieron sus simpatías por el MNR y sus logros agrarios al general”; apoyo decisivo “para consolidar un poder que enfrentó a los sectores populares urbanos y mineros, y se estrelló, sin contemplaciones,

contra las organizaciones políticas de izquierda...”. “Es verdad que el prevendalismo, la manipulación de las dirigencias campesinas, sumadas a la presencia permanente del Presidente en las poblaciones más alejadas, contribuyeron a este 'idilio'... que tuvo un valor inestimable de sustentación de este régimen militar y los que le sucedieron hasta 1982.” Baptista Gumucio recuerda que, en mayo de 1975, la prensa norteamericana reveló que la Gulf Oil había hecho contribuciones a Barrientos en 1966, entre ellas el valor del helicóptero que lo condujo a la muerte. La Comisión investigadora Mc Kay, de Estados Unidos, calculó esa suma en casi dos millones de dólares. Baptista Gumucio hace un valioso contraste entre las personalidades de Barrientos y Ovando. “El primero tenía un aspecto saludable y era, en todas las manifestaciones de la vida, un hedonista, el segundo padecía de una úlcera en el estómago y era de aspecto magro y de figura casi quijotesca. Impetuoso y parlanchín hasta el extremo de la verborrea, Barrientos jamás rehusaba el contacto con la prensa y estaba dispuesto a hablar de cualquier tema, con indudable soltura. Ovando era reconcentrado y silencioso y prefería esperar a que sus adversarios se agotaran, antes de actuar. El general de aviación, sin ser exactamente un Adonis, agradaba a las mujeres y cautivaba a los campesinos, hablándoles en su lengua y compartiendo, del mismo plato y del mismo vaso, la espumante chicha valluna. Se casó tres veces, la última pocos días antes de su deceso, y, además de los hijos que tuvo en los dos primeros matrimonios, adoptó a cuarenta niños huérfanos, que correteaban por Palacio, jugando con los edecanes y el personal de oficinas, como en una hoja arrancada a Cien años de soledad”.

Fernando Diez de Medina exagera su apego a Barrientos al decir que era “Padre de los bolivianos... creador de una filosofía política que sigue conmoviendo las almas... adalid de una nueva mística... mago y profeta”. Como exagera también Jesús Lara, al decir que era “un orangután con cabeza de papagayo... charlatán uniformado, libertino y rapaz, que por desgracia fue Presidente de Bolivia”.

Gesta Heroica y Patriota ▶

Uno diría, como Napoleón, que para triunfar en la vida se requieren tres atributos: “audacia, audacia, audacia”. El joven René, más tarde General de la República y Presidente, nunca se ahorró un gesto de audacia ni una decisión oportuna, tal como ocurrió al lanzarse en paracaídas, siendo Comandante.

Se cuenta que en las minas enfrentó a un trabajador que lo había amenazado con hacer estallar una dinamita, le arrebató el explosivo y le exigió que lo encendiera. Gestos de esa naturaleza le granjeaban la admiración, en especial, del campesinado y de algunos sectores de clase media. Quizá no tenía dotes de gran estadista, pero, en lo suyo, en su vocación militar y populista, tuvo un talento innegable y una adhesión visible, sobre todo, de las mayorías campesinas.

50° Presidente

Juan José Torres Gonzales

7-10- 1970 / 21-08- 1971

El Gral. Juan José Torres Gonzales nació en la ciudad de Cochabamba, el 5 de marzo de 1921, y fue victimado en Buenos Aires, el 2 de junio de 1976. Hijo de Juan Torres y de Sabina Gonzales, contrajo matrimonio con Emma Obleas.

Desde su infancia, tuvo una vida laboriosa y después ingresó al Colegio Militar. Era capitán, cuando secundó una sublevación contra el Presidente Urriolagoitia. Más tarde, fue agregado militar en Brasil, Ministro de Hacienda del Presidente Barrientos y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. El 7 de octubre de 1970, se hizo fuerte en la Base Aérea de El Alto, para resistir una asonada golpista de militares de derecha, y asumió la Presidencia, en vista de la renuncia del General Alfredo Ovando. Su posesión tuvo respaldo popular. Se vivía momentos de efervescencia social y radicalización política, que influyeron en el tinte de las medidas de gobierno que adoptó, tales como la nacionalización de las concesiones de Mina Matilde Co.; la expulsión del Cuerpo de Paz de los Estados Unidos; la liberación de Regis Debray y Ciro Bustos, que cumplían una sentencia de prisión, pronunciada por un tribunal militar, por sus vínculos con la guerrilla del Ché Guevara; y la inauguración de la planta de fundición de Vinto.

El proceso político se inclinó a la izquierda, con medidas tales como la intervención de varios medios escritos, por los periodistas sindicalizados; la toma del edificio del Centro Boliviano Americano y el Instituto de Estudios Sociales en La Paz, por los universitarios; y la aparición del grupo armado Unión de Campesinos Pobres (UCAPO), en el norte de Santa Cruz, organizado por el Partido

Comunista Marxista Leninista, presidido por Óscar Zamora Medinaceli. Al influjo de sectores ultristas de izquierda, ese año de 1970, la Central Obrera Boliviana aprobó la Tesis Socialista que, por primera vez, habla de la toma del poder por el organismo sindical de los trabajadores, e instaló la Asamblea Popular, en el hemiciclo del Poder Legislativo, el 22 de junio de 1971. Lejos de apoyar al Presidente Torres, la Asamblea criticó su condición militar y de clase, desde una posición dogmática, mientras crecía una activa conspiración militar de derecha, que tendría apoyo social, sobre todo, en sectores de la clase media urbana, espantados por la perspectiva de “caos y anarquía”, que abría la Asamblea Popular. El golpe estalló el 19 y se consolidó el 21 de agosto, con cruentos choques armados, seguidos de una persecución sistemática al movimiento sindical, universitario y político de entonces. El nuevo régimen, presidido por el entonces Coronel Hugo Banzer Suárez, contó con el apoyo activo de dos partidos tradicionales: el MNR, liderado por Víctor Paz Estenssoro, y la Falange Socialista Boliviana (FSB), cuyo jefe era Mario Gutiérrez.

Como muchos bolivianos, el General Torres tomó el camino del exilio a Chile y, a la caída de Allende, hacia la Argentina. Fue secuestrado y asesinado, el 2 de junio de 1976, a sus 55 años, en una acción de grupos paramilitares que ejecutaban la Operación Cóndor, pactada por los dictadores militares de la época, según se denunció reiteradamente.

54° Presidente

Walter Guevara Arze
8-08-1979 / 01-11-1979

El Dr. Walter Guevara Arze nació en Cochabamba, el 11 de mayo de 1912, y murió en La Paz, el 20 de junio de 1996. Hijo de Walter Guevara Gómez Ortega y de Victoria Arze Virreira, tuvo un hermano, Luis, muerto en la Guerra del Chaco. Se casó con Lola Anaya, con quien tuvo un hijo, Walter, y, después, con Rosa Elena Rodríguez Rivas, con quien tuvo dos hijos: Ramiro y Carlos.

Hizo sus primeras letras en la Escuela de Palca, hoy Independencia, y en la Escuela Modelo N° 1 de Cochabamba. Prosiguió estudios en el Colegio “Sucre” de Cochabamba, en el “Bolívar” de Oruro y en el “Ayacucho” de La Paz. Estudió Derecho, pero, ingresando a tercer año, tuvo que alistarse para concurrir a la Guerra del Chaco. A su retorno se graduó de abogado en Cochabamba, en 1937. En 1944, hizo estudios de Sociología en Chicago. Fue redactor del diario “La Calle”; fundador del Movimiento Nacionalista Revolucionario; Secretario General de la Presidencia, gobierno de Gualberto Villarroel; Diputado por Ayopaya; Senador por Cochabamba y por Oruro; Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, en el primer gobierno de Víctor Paz Estenssoro y en el del Gral. René Barrientos Ortuño; Ministro de Gobierno, en el primer gobierno de Hernán Siles Zuazo; fundador del Partido Revolucionario Auténtico; Embajador de Bolivia en las Naciones Unidas; Presidente del Senado, en 1979; y Presidente de la República, el mismo año. Fue candidato a la vicepresidencia como acompañante de fórmula de Víctor Paz Estenssoro.

La crisis más importante que le tocó enfrentar ocurrió en 1959, cuando no vaciló en movilizar a milicianos armados, de Ucureña a Santa Cruz, para controlar un movimiento separatista. La excesiva energía de los

milicianos provocó asesinatos, casos de tortura y resentimientos muy serios contra su persona, originados también por el posible “suicidio” del líder falangista Óscar Únzaga de la Vega, ocurrido durante uno de los muchos levantamientos de su partido -Falange Socialista Boliviana- contra el régimen movimientista, en La Paz, el 19 de abril de aquel año.

Guevara Arze sufrió, a su vez, persecución y exilio por más de 14 años, en Argentina, Chile, Paraguay y Venezuela. En 1996, entregó, al Archivo Nacional de Sucre, dos legajos de documentos que contienen sus ensayos. El más célebre de ellos es el “Manifiesto a los Campesinos de Ayopaya”, de mayo de 1946, con el cual candidateó a la diputación por ese distrito; en realidad, un documento de una lucidez extraordinaria, en la interpretación de la realidad boliviana, que se convirtió en una suerte de catecismo ideológico del partido que contribuyó a fundar, el MNR. A Guevara se le debe, del mismo modo, el Plan Inmediato de Política Económica de la Revolución de 1952, que tomó como base los planes Bohan y Keenleyside, para el desarrollo del país y la diversificación de la economía.

El Célebre “Manifiesto”

“No sólo las condiciones objetivas del país tornan imposible una revolución socialista ortodoxa en Bolivia sino también el desarrollo insuficiente de la conciencia de clase y la incipiente de la capacidad revolucionaria de nuestro proletariado. ¿Si no podemos hacer la revolución socialista, qué podemos hacer entonces? Podemos -y debemos- hacer la Revolución Nacional. La Revolución Nacional no niega la lucha de clases pero no se funda en ella”... “¿Cuáles son las oportunidades que nuestra democracia ha ofrecido a millones de indios, cientos de miles de artesanos y obreros, miles de gentes de la clase media? ¿Qué democracia pretenden defender aquéllos que luchan

tan denodadamente contra la Revolución Nacional...?” ... “Donde hay extremas desigualdades, la democracia es un mito” ... “Patiño y cualquier Mamani como extremos de riqueza y miseria; Jaimes Freyre y Mamani como extremos de refinamiento cultural e ignorancia; el niño que se inscribe en Oxford al nacer y el llokalla que no aprende a leer porque no hay escuela que se lo enseñe” ... “La Revolución Nacional es, sobre todas las cosas, un esfuerzo encaminado a crear en Bolivia las condiciones propias a la democracia” ... “Las grandes empresas mineras saben bien que una democracia real les exigiría retener en el país, las riquezas que hoy exportan a otras naciones. Los propietarios de grandes extensiones de tierras y de miles de indios, no conciben cómo sus colonos pudieran tener iguales oportunidades y derechos que ellos. A esto hay que añadir el factor racial, que yace como un fondo de desprecio al indio, en la mentalidad blancoide y mestiza de ciudadanos y pueblerinos” ... “Cualquier intento democrático tiene que comenzar aquí por solucionar problemas resueltos hace siglos en otras naciones”. Éstos son algunos párrafos del “Manifiesto de Ayopaya”. Luego de añadir, al análisis, el problema colonial y semi-colonial, Guevara plantea “una rebelión nacional y no simplemente de clase o de grupo, porque los males de una economía semi-colonial alcanzan a todos, desde la incipiente burguesía nacional, que lucha por desarrollarse, hasta los empleados de la clase media, los obreros y los indios”. De este modo, justifica la alianza de clases, pues ese conjunto de problemas afecta “a la Nación como un todo y no exclusivamente a una de sus clases”.

Anotemos ahora un par de impresiones. A más de medio siglo de distancia y con la lógica de hoy, el “Manifiesto” podría parecernos nada más una prueba del indeclinable, proverbial y robusto sentido común del Dr. Guevara; pero hay que ubicarse en la época, para valorar -más bien- la capacidad de síntesis, el talento analítico, la imaginación creadora y la fuerza expositiva de un joven intelectual,

armado del materialismo dialéctico, como una sólida herramienta metodológica, pero dotado, igualmente, de un rigor crítico con el dogma marxista, como para evitar sus simplificaciones.

Recuerdos de Infancia

Gracias al interés constante de Mariano Baptista Gumucio, en los estudios bibliográficos, tenemos un valioso esbozo de memorias, que escribió Guevara cuando ya había quedado viudo, tanto de Lola Anaya como de Rosa Elena Rodríguez, y vivía rodeado de nietos. Una incógnita, que quedará en ciernes, proviene del extraordinario talento de Guevara para la narrativa, género que no pudo cultivar, llevado por la pasión política. Cierta vez ganó un premio nacional con el cuento “Tempestad en la Cordillera”, pero, en los apuntes que publica Baptista Gumucio hay muchos otros estupendos pasajes, que hablan de la atención minuciosa del narrador por los detalles. Dice Guevara, que pasó buena parte de su niñez, primero en la finca “Machajmarca”, de propiedad de la familia Arze, próxima al histórico pueblo de Pocona y en Palca, hoy Independencia, también de la familia materna. Allí, en Pocona, el pequeño Walter descubrió la vida rural de entonces; con pongos y mithanis que cumplían la servidumbre; con la práctica del quechua, idioma que dominaba las relaciones de entonces; con el rigor de los padres, “cariñosamente severos con los errores de dicción” en castellano; con el sólido y, a la vez, frugal alimento criollo, a base de maíz cocido o tostado, quesillo, trigo, papas y pedazos de charque. Allí encontró uno de sus primeros personajes potenciales, el herrero David, que tenía taller y maestranza en la pequeña casa de hacienda, que había quedado huérfano en la revolución federal de 1898 y criado por los abuelos maternos de Guevara, el Dr. Delfín Arze y doña Brígida Virreira. Aquéllas fueron las sensaciones compartidas por Walter con su hermano Luis, dos años menor que él, muerto muy joven en la Guerra del Chaco.

El señuelo de la minería, en la localidad de Kami, acabó arrastrando a la familia, pues era Subprefecto, de la provincia Ayopaya, don José Tristán Arze, casado con la hermana de la madre de Walter y padre de José Antonio Arze. El relato del viaje que hizo por la cordillera, fue la primera, exitosa y única aventura literaria de nuestro biografiado.

Walter se remonta con facilidad a la memoria de sus antepasados más remotos, Marcos Guevara y Felipa Quesada, quienes tuvieron un hijo de nombre Jacinto, en 1805; avocindados en Ayopaya y luego en Tarata, aunque probablemente hayan venido de Isla Margarita, Venezuela. “Y, si tal fuera el caso, yo me he preguntado siempre, ¿por qué se le ocurrió a ese bodoque venir aquí?”, se pregunta Guevara, refiriéndose a su tatarabuelo Marcos.

El padre, Walter Guevara Gómez Ortega, era hijo de una sobrina de Gabriel René Moreno, de nombre Elisa, hija de Antonia Moreno.

“El lado Arze de mi familia, puedo decir también que es de Tarata y el primer antecesor sería un cura de ese apellido, hermano de Esteban Arze, el héroe de la Independencia cochabambina”, dice Guevara.

La relación familiar más importante que mantuvo fue, sin duda, con su primo hermano José Antonio Arze, quien lo inició en la lectura de los clásicos del marxismo, al mismo tiempo que leía la obra de Mariátegui. No era raro encontrar libros en casa, una constante de la familia Arze, que le sirvió para leer a Verne, Salgari y Vargas Vila. Se vivían tiempos difíciles y ni siquiera estaba garantizada la educación de los niños, menos aun su futuro. “Quisiera sobrevivir hasta que terminen la escuela primaria”, era el sueño de la madre del pequeño Walter, y su temor era que sus dos hijos se quedaran en Cochabamba, como empleados de “los turcos”, nombre genérico que se daba a los comerciantes árabes. De ese modo los muchachos emigraron, primero a Oruro y, luego, a La Paz.

Recuerdos de Colegio

Una anécdota, por demás extraña, nos contó Walter. Guevara, probablemente en 1973, durante un viaje que hacía en ferrobús. “Vengo de revisar el archivo de notas del Colegio Sucre, pero, lamentablemente, no he encontrado constancia de un hecho sorprendente: uno de mis condiscípulos fue Augusto Pinochet”.

Contó luego, que el padre de Pinochet había llegado a Cochabamba a hospedarse en el Alojamiento Herboso, ubicado frente a La Coronilla. Por recomendación de la familia Herboso, trabajó en la recaudación del impuesto a la chicha, con don Félix Capriles. En esas circunstancias, lo habría traído a su hijo Augusto, quien habría estudiado en el Colegio “Sucre”, siendo más tarde dictador de Chile.

Nada de esto dice Guevara en los apuntes que citamos. Se acuerda, en cambio, de sus profesores, por sus apodos: El Allpico Gonzales y el Piskhola Viscarra, director del Colegio Sucre; hijo, este último, del célebre tribuno Eufronio Viscarra.

“Su poder persuasivo, que era considerable a pesar de su enfoque altamente lógico, estaba basado, en parte, en una apariencia física de un magnetismo imponente, a la cual se sumaba una gran fuerza intelectual. Cuando en su juventud se dedicó, por un tiempo, al boxeo, sus rivales le pusieron el apodo de 'Máximo Maxilas'. Por su amplia frente calva, pómulos salientes y grandes orejas, hubo quien lo apodó 'El Tártaro'”, dice su hijo Walter Guevara Anaya, refiriéndose a la personalidad y a la contextura física de Guevara Arze.

En La Paz, ambos hermanos tuvieron que estudiar en el Colegio “Ayacucho” nocturno, pues, de día, trabajaban para sostenerse.

Una Experiencia Central

Walter trabajó como auxiliar segundo del Ministerio de Comunicaciones. A la caída de Siles, el nuevo oficial mayor, Juan Bautista Arze, le hizo copiar el Arancel Aduanero. De esa manera, aprendió algo que le serviría toda su vida: escribir a máquina. Poco antes del estallido de la guerra, fue promovido a Jefe de Archivo del Ministerio de Hacienda, “uno de los dos cargos administrativos que han tenido valor vital en mi formación cultural y política, relativa a Bolivia” -diría él-, pues, en ese archivo encontró “cómo se convierte una tesis política en una realidad administrativa” ... “cómo se estructuran las ideologías políticas en realidades administrativas del Estado”. Su único hermano murió en la zona de operaciones de Villamontes, en 1933. Su padre le había instruido no dejar los restos de Luis Guevara Arze en el Chaco. “¿Se imagina lo que es quemar a un hermano echándole gasolina, poco a poco, hasta reducir los huesos a polvo?” ... “Redujimos los huesos a cenizas, que metí en una lata de percutores de artillería... y estuve andando el resto de la guerra, por un año más, llevando los restos de mi hermano en esa lata de percutores, de un lugar a otro, poniéndolo siempre a mi lado, a veces incluso como almohada”, cuenta Guevara en una de sus páginas más desgarradoras.

Formó parte de la batería Ayllón, en el sector de Ibibobo, cumpliendo funciones de guía de artillería en un puesto de observación avanzado. Al retorno, prosiguió estudios de Derecho, integró grupos de jóvenes socialistas y viajó, con Hernán Siles Zuazo y otros, a un congreso latinoamericano de estudiantes, en Santiago de Chile.

Concluida la guerra, trabajó como Jefe del Departamento de Estadística Demográfica de la Dirección Nacional de Estadística, experiencia que cimentó -aun más- su formación apegada a la realidad del país,

y que le sirvió para escribir su tesis de grado, sobre la población de Bolivia. Fue impulsor de la promulgación de la Ley del Registro Civil y de su aplicación en rincones apartados del territorio. Un tanto más joven que esa pléyade de hombres, que se formó en la revista “Arte y Trabajo”, bajo la dirección espiritual de Cesáreo Capriles, su contacto principal con la vida intelectual fue su primo hermano José Antonio Arze. Quien más, quien menos, participó del gobierno del Presidente David Toro. En el caso de Guevara, esa experiencia le sirvió para formar parte de la Convención de 1938, en calidad de Diputado, a sus 26 años de edad. Para entonces, Germán Busch “tenía en el Estado Mayor una oficina política que manejaba Carlos Montenegro”, en estrecho contacto con Augusto Céspedes y otros. Más jóvenes eran Paz, Siles, Iturralde Chinel, Monroy Block, de cuyo seno saldría, más tarde, el núcleo del MNR. Para el joven diputado, la Reforma Agraria, una medida liberal, debió haber sido ejecutada por los liberales de Montes. Así lo expresó en el Parlamento, defendiendo la sindicalización de los campesinos, a quienes debía liberarse de la servidumbre y no volver a llamarlos “indios”. Por excesos verbales del diputado obrero Carvajal, quien dijo que los pongos servían hasta de consoladores de las patronas, Guevara y Céspedes, que asumieron la defensa, fueron amenazados de muerte y tuvieron que escapar por un forado del Legislativo.

Cuando Busch se proclamó Dictador, Guevara y Céspedes marcaron distancia respecto del régimen. Paz Estenssoro encargó, a José Cuadros Quiroga, la redacción de las bases y principios del movimiento que habían formado, documento que tenía “un marcado sabor totalitario y antisemita, por la aversión que se tenía a Hochschild”, revela Guevara. Para entonces, gobernaba el Presidente Enrique Peñaranda, y un agente de inteligencia inglés, de nombre Montgomery Hyde, fraguó una carta firmada por el mayor Elías Belmonte, adjunto militar a la Embajada de Bolivia en Berlín, dirigida al embajador alemán en

Bolivia Ernest Wendler, en la cual se hablaba de un 'putsch' nazi, para que Alemania se hiciera del corazón de Sudamérica con un golpe de mano, todo para precipitar el ingreso de Estados Unidos en la guerra mundial. El canciller boliviano Ostria Gutiérrez dio crédito al asunto y, desde entonces, los movimientistas arrastraron el baldón de nazifascistas, pues de inmediato fueron confinados a San Ignacio de Velasco, entre ellos: Guevara, Siles, Céspedes, Cuadros Quiroga y otros.

Semblanza de Amigos y Compañeros

Guevara Arze escribía con un estilo vigoroso y claro, no exento de buen humor. “Siempre he tenido fama de equilibrado”, dice Guevara. “No sé en la teoría, pero muchas veces he visto en la práctica que los chiflados se casan siempre con otros chiflados, en Cochabamba los Almaraz se casan con los Mendoza y Pepe (Cuadros Quiroga), después de varias uniones sentimentales, muchos años después, se casó con una persona muy rara. La llevó a París cuando lo nombraron Embajador, donde el matrimonio duró menos de un mes”. Afirmo que nadie fue más próximo a Paz Estenssoro que él, pues compartían un bufete y eran docentes en la Facultad de Ciencias Económicas, antes de que Paz Estenssoro, ya en el año 1940 tenga el Estudio Jurídico junto al joven abogado Germán Monroy Block en el edificio Iglesias donde se forjó la fundación del MNR.

Desde el inicio de la administración de Villarroel, participó el esquema tomando las instalaciones telefónicas de la Bolivian Power y las nuevas, inauguradas por la Alcaldía Municipal de La Paz; fue su Secretario General durante veinte meses y autor del Plan de Gobierno, “un cuadro sinóptico, hoja tras hoja, problema por problema, ministerio involucrado, solución, financiamiento etc.”, que Víctor Paz entregó a Villarroel, en 1943.

Dice que, en esa época, quiso escribir la biografía de Paz Estenssoro. “Por entonces, me daba la impresión que Paz sabía todo, que veía debajo del alquitrán. Éramos muy jóvenes en ese tiempo, 30 años”.

Al final, quedó como vestigio una semblanza que es la más dura que haya escrito nadie sobre la personalidad del estadista tarijeño. Publicó el “Manifiesto de Ayopaya” en el diario “Los Tiempos”, en julio de 1946, mes y año del colgamiento de Villarroel. Guevara retornó de Chicago, donde estudiaba Sociología en uso de una beca. En el ínterin, había sido elegido diputado por Ayopaya y, como tal, asistió a la asunción del General Juan Domingo Perón a la Presidencia de la Argentina. Retornó en la víspera del colgamiento y tuvo que permanecer oculto, para luego marchar al exilio. Entretanto, su esposa, la señora Lola Anaya, había sido operada de cáncer en Buenos Aires y poco después fallecería.

Exilio en Buenos Aires

Tiempos duros fueron los del exilio. Por su entereza y prestancia, Guevara Arze trabajó como jefe de personal del frigorífico Wilson, en la Boca, con más de cinco mil personas a su mando. Pudo retornar, en 1948, muy vigilado por la Policía, y su esposa Lola Anaya falleció un año después, en Cochabamba. Aquel año estalló la guerra civil y fue nuevamente confinado a San Joaquín Pampitas, del Beni. En ese tiempo de persecuciones, conoció a su nueva esposa, Rosa Elena Rodríguez Rivas, valerosa dama, que alguna vez le ayudara a escapar por los tejados de Cochabamba.

El Gobierno de la Revolución

Dice Guevara que, para las elecciones de 1951, se había previsto la fórmula Franz Tamayo-Víctor Paz, pero, este último rechazó, desde

Buenos Aires, toda posibilidad de que se lo colocara en segundo puesto. De ese modo, se presentó la fórmula Paz-Siles Zuazo, que ganó las elecciones aunque el gobierno se resistiera a transmitirle el Mando de la Nación.

En las acciones de abril de 1952, Guevara tomó la Prefectura de Cochabamba. Viajó el 12 a La Paz y fue designado Canciller de la República, cargo que ejerció hasta el fin del mandato, en 1956. En esos primeros días, presidió el grupo que elaboró el “Plan Inmediato de Política Económica del Gobierno de la Revolución Nacional”, junto a Alfonso Gumucio Reyes, José Paz Estenssoro, Eduardo Hinojosa, Juan Haus Soliz y otros expertos bolivianos y de Naciones Unidas, en consulta con el Presidente Paz. “En ese momento se importaba de todo, arroz, azúcar, ganado, productos lácteos, grasas comestibles, aceites vegetales, harina de trigo y trigo, algodón en ramas, maderas en general, petróleo, carbón y derivados”... “la economía del país dependía en más de un 90%” (de la minería), y a ese tema estaba dedicada la primera parte del Plan Inmediato, mientras la segunda parte hablaba de desarrollo y diversificación económica, petróleo, hidroeléctrica, agropecuaria y proyecto ganadero del Beni, entre otros temas. A Guevara le tocó, también, cumplir una importante negociación con Chile, para normalizar el comercio exterior a través de sus puertos, así como el tendido del oleoducto a Arica. Guevara atribuye a la influencia trotskista el principio del fin de la Nacionalización de las Minas, pues, no obstante la crítica situación financiera de la empresa, los obreros se hicieron pagar indemnizaciones con el pretexto de cambio de razón social, una vez creada la Corporación Minera de Bolivia.

La adhesión de los dirigentes mineros a la “Tesis de Pulacayo” en lugar del “Manifiesto de Ayopaya”, el cogobierno MNR-COB y el control sindical determinaron que creciera la burocracia en COMIBOL,

mientras se reducía la producción a menos de la mitad. “Ése fue, en parte, el origen de la inflación que por poco nos devora”, dice Guevara.

La polarización, en el seno del MNR, determinó la aparición de un sector de izquierda que, de inmediato, tildó a Guevara de representar a la derecha del partido. Apenas se vivían las postrimerías del '52 y el partido de gobierno se agrietaba. “Mi relación con Lechín nunca fue buena”, dice Guevara. “Siempre he sostenido que la revolución del '52 la debieron haber hecho los liberales a principios de siglo. A nosotros nos tocó hacerla con 50 años de atraso, cuando la minería estaba agonizando y sólo quedaban mendrugos que habían dejado las empresas mineras”. Presionando con el fantasma del no reconocimiento diplomático, los Estados Unidos pidieron indemnización para los Barones del Estaño; el sector de izquierda, comandado por Lechín, se opuso a la medida y, de esa confrontación, salió malherido el partido de la revolución.

Rompimiento

Guevara Arze atribuye a una reunión, entre Siles y Lechín, su marginamiento de toda posibilidad de suceder a Paz Estenssoro en la Presidencia del gobierno de la Revolución Nacional. Dice que ello ocurrió en Nueva York, antes que concluyera el primer gobierno del MNR. “Ambos acordaron que Siles sería el candidato oficial a la Presidencia en esa elección (1956) en la que yo, con pleno derecho, pensaba también terciar, puesto que había sido el brazo derecho de Paz durante su primer mandato, fui yo quien suscribió el plan inmediato de política económica del gobierno y obtuve el apoyo irrestricto del gobierno del norte, que se concretó en ayudas alimentarias y soporte al Tesoro”, dice Guevara.

Lechín prefirió que Ñuflo Chávez Ortiz fuese acompañante de fórmula de Siles. “Para entender mejor el modo de actuar de Siles, situémonos

dentro de un partido de fútbol, donde exista un tipo que es maestro para la cancha, lleva la pelota de un campo al otro haciendo cachañas, y cuando está prácticamente en la puerta del enemigo, en vez de disparar al gol comienza a regresar haciendo cachañas, porque lo que cuenta no son los goles, sino las cachañas. Ése es Siles”, dice Guevara. Paz retornó de Londres, donde era embajador, y el apoyo que dio a la candidatura Siles-Chávez, respaldada también por Lechín, decidió a Guevara a romper con el partido que había fundado.

El Partido Revolucionario Auténtico

El Partido Revolucionario Auténtico, fundado en Oruro en 1959, respondería una vez más al modo de ser y de actuar de Guevara, que juzgaba, quizá con sobradas razones, llegada la hora del cuarto de conversión del modelo, hacia alguna forma menos secante de estatización, con mayor participación de la iniciativa privada, adecuándose a los nuevos tiempos de entendimiento con los Estados Unidos. “Abogamos por la construcción de una sociedad democrática, fundada en la concepción occidental de los valores humanos, en la función jurídico-social del Estado y en la utilidad común del capital y del trabajo. Estas ideas tardarían casi medio siglo en implementarse, después de que el país diera tantos tumbos, caídas y recaídas”, resume Guevara.

Con el rompimiento vinieron las acusaciones “auténticas”, por un lado, y la reacción de los “idénticos” (como se llamaron los leales al partido de gobierno), traducida, principalmente, en una furiosa persecución por parte del Control Político de entonces. Guevara publicó su “Acusación contra Víctor Paz Estenssoro” desde el destierro, uno de los mayores alegatos contra la inocultable complejidad intelectual y moral del líder.

Dice Guevara que, en principio, todos creían en los atributos de Víctor Paz: inteligencia creadora, grandeza de alma, honestidad y coraje para guiar al pueblo, pero que, todo se había convertido en un trágico equívoco. “En la doble perspectiva del tiempo y de sus actos, podemos ver al hombre reducido a su verdadero tamaño, reconocer sus pies de barro; su inteligencia sin originalidad, sus pasiones pequeñas, su falta de valor, su obsesión de poder por el poder mismo, su insaciable sed de alabanzas”. Sus éxitos parlamentarios se debían a “exponer como suyo el trabajo de otros”. “Cada uno de sus discursos fue preparado con el pensamiento, la investigación y el trabajo de muchas personas”, a tal punto que el líder “fue la obra de un grupo de intelectuales, políticos, economistas, técnicos y periodistas, más bien que la expresión de las cualidades excepcionales de Víctor Paz Estenssoro”... “sin modificar siquiera los ejemplos (la economía de Bolivia es como una torta...), el pensamiento y las palabras de otros”.

Lo acusó también de no haber sido jamás perseguido ni haber empuñado un arma o conocer la clandestinidad. “Hay, sin embargo, algo que la Revolución le debe a él más que a nadie. Su obstinada ambición fue una fuerza útil, un punto de convergencia en la lucha”.

Probablemente la pieza antes citada es, junto al alegato de Marcelo Quiroga Santa Cruz contra el entonces ex presidente Banzer, la catilinaria más sentida y contundente, pronunciada contra algún jefe político, después del '52. Como resultado, Guevara marchó al exilio a Chile, por tres años, al término de los cuales pudo trabajar en la Universidad de Cochabamba y en el ejercicio profesional.

Con el General Barrientos

Tal como muchos otros rivales y enemigos de Víctor Paz, Guevara secundó el golpe del General Barrientos contra el viejo líder, lo

acompañó como Senador por Oruro, cuando el General legitimó su Mandato, y fue su Canciller y Embajador ante las Naciones Unidas. Había vuelto, en 1973, a radicar en Cochabamba, cuando fue nuevamente conducido al exilio en Caracas, donde vivió como asesor del Presidente Carlos Andrés Pérez, prácticamente hasta retornar al país, para asumir la Presidencia de la República, en 1979.

Presidente de la República

En 1973, fue detenido en el Departamento de Orden Político, de La Paz. “Yo fui apresado por el régimen de Banzer”, recordó más tarde Guevara Arze. “Me condujeron a las celdas del DOP, a ese edificio posterior del actual Palacio Legislativo. Me encerraron en una celda del tercer patio, en una celda sin luz, con un poco de paja y una lata de conserva como servicio higiénico. El piso era de cemento y yo no estaba abrigado. Oí una voz, descubrí en una pared un agujero que comunicaba con la celda contigua. Conversé con la persona que estaba al lado, quien me pasó una chompa y cigarrillos. Era Jaime Paz”.

Vivió en el exilio en Asunción, Buenos Aires y Lima, antes de radicarse en Caracas, entre los años 1975 y 1978. Durante la resistencia al gobierno autoritario del General Hugo Banzer, Guevara Arze fue un factor de articulación y enlace, entre el nacionalismo revolucionario y la izquierda nacional. Particularmente, Jaime Paz Zamora recuerda haber sostenido conversaciones sobre la Revolución Nacional, que influyeron en la recuperación del legado nacional popular del '52, para las nuevas generaciones políticas, que irrumpieron en la apertura democrática de fines de los '70. Para Guevara, era tiempo de olvidar rencores y de constituir frentes amplios y democráticos, para iniciar un nuevo ciclo en la historia nacional. Su antigua concepción de la Revolución Nacional, como el auténtico camino de la democracia, le permitió superar diferencias con Víctor Paz y presentarse como su

acompañante de fórmula, en las elecciones de 1978, y como senador, un año después. En aquella oportunidad, como Presidente del Senado, Guevara Arze resultó electo Presidente de la República, para evitar el “empantanamiento”, en la votación congresal que impedía la elección del Primer Mandatario. Era agosto de 1979; tres meses después se vendría un golpe militar, comandado por el coronel Alberto Natusch Busch. Costó muchos muertos y complicó a movimientistas, afines a Víctor Paz, en la aventura. El proceso duró apenas dos semanas y se vino abajo, pero logró quitar, de en medio, a Guevara Arze; según varias fuentes, siendo esta maniobra de conocimiento de Víctor Paz, quien, al preguntársele qué se había conseguido con el golpe, habría respondido: “Al menos fregamos a Guevara”. El golpe del Coronel Natusch, acompañado de civiles movimientistas y de otros partidos, fue doblemente bochornoso porque coincidió con la celebración de la Asamblea General de la OEA en La Paz, en la cual Bolivia logró una histórica Resolución de apoyo a la reivindicación marítima. Restablecida la democracia, asumió la Presidencia la señora Lidia Gueiler Tejada, quien sería depuesta por el General Luis García Meza, el 17 de julio de 1980.

Guevara Arze pudo haber sido el sucesor de Paz Estenssoro en el proceso de la Revolución Nacional, pero fue marginado por éste. Luego de catorce años de vida política incierta, logró ser Presidente de la República, pero duró apenas tres meses. Fue ideólogo indiscutible de la obra de gobierno del '52, pero fue sacrificado por los conciliábulos internos de sus propios compañeros. Acaso, por eso, alguna vez René Zavaleta Mercado dijo que al Dr. Guevara lo perseguía “la musa de la mala pata”.

56º Presidente

Lidia Gueiler Tejada
16-11-1979 / 17-07-1980

Lidia Gueiler Tejada nació en Cochabamba, el 28 de agosto de 1921. Hija de Moisés Gueiler y de Raquel Tejada, se casó con Edwin Moller. Se destacó muy joven como militante del MNR, debido a la huelga de hambre que organizó en 1951, para protestar por la anulación de las elecciones en las cuales ganó el jefe de su partido. En el ciclo de la Revolución Nacional, fue cónsul en Alemania Federal y representó a Bolivia en la Comisión Interamericana de Mujeres. Diputada en las legislaturas 1956-1960 y 1960-1964, fundó, en 1963, el Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional (PRIN), desmembrándose del MNR.

Nuevamente diputada por el MNR-Alianza, en 1979, ocupó la Presidencia de la Cámara Baja y, en tal condición, tras la caída de Natusch, la Presidencia interina de la República, cuando tenía 58 años de edad. Le tocaron meses de crisis económica (tuvo que devaluar el peso de 20 a 25 por dólar), así como de ascenso de grupos ultristas de derecha, en las Fuerzas Armadas, y de paramilitares que, desde principios de 1980, desataron una ola de violencia. El 22 de marzo de aquel año, fue torturado y asesinado el sacerdote y periodista Luis Espinal. El 2 de junio, producto de un sabotaje, altos dirigentes de la UDP perdieron la vida, en un siniestro aéreo del que el único sobreviviente fue Jaime Paz Zamora. Por fin, días antes de las elecciones, estalló una granada de guerra en una concentración de la UDP y ocasionó 2 muertos y alrededor de 10 heridos.

El Gral. García Meza, que fue comandante de Ejército, como tal, representó el ala dura en el golpe del Coronel Natusch, contribuyendo

Gesta Heroica y Patriota ▶

a la desestabilización, desafiando a los partidos democráticos y amenazando al líder socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz, a quien luego haría victimar. En medio de esos conflictos, la señora Gueiler convocó y presidió las elecciones del 30 de junio de 1980, en las cuales ocupó el primer lugar la UDP; pero, antes que se reuniera el Congreso, estalló el golpe narco-militar del 17 de julio de 1980, encabezado por el General García Meza.

La señora Gueiler salió al exilio, pero retornó a la vida pública en 1982, como embajadora en Colombia, como senadora por el MIR-Nueva Mayoría, en 1989, y como embajadora en Venezuela. Se retiró a la vida privada en 1993, con el legítimo orgullo de ser la única mujer que llegó a la Primera Magistratura de la Nación.

59° Presidente

Jaime Paz Zamora
06-08- 1989 / 06-08- 1993

Jaime Paz Zamora nació en Cochabamba, el 15 de abril de 1939. Hijo del General Néstor Paz Galarza y de la señora Edith Zamora Pacheco, se casó con Carmen Pereira y tuvo dos hijos: Rodrigo y Jaime Paz Pereira (que en el nuevo milenio llegaron a ser diputados nacionales). Más tarde, fruto de su unión con Carmen Bascón, nació Martín, tercero y último de sus hijos.

“Gobernó entre 1989 y 1993, apoyado por la coalición ADN-MIR” -dice su ficha biográfica del sitio web del Palacio de Gobierno-. “En su periodo, mantuvo la estabilidad económica y logró un ritmo de crecimiento sostenido, superior al 3,5 %. Otorgó tierras a los indígenas del oriente, tras una histórica marcha de éstos. Se ocupó de desarrollar una política medioambiental. Organizó el censo de 1992. Firmó los acuerdos Mcal. Sta. Cruz con el Perú, que dieron facilidades y cinco kilómetros de playa a Bolivia, en Ilo.” En 1997, JPZ repitió su alianza con el presidente Banzer y, en las elecciones de 2002, se constituyó en “llave de la gobernabilidad en Bolivia, al aceptar votar por la investidura de Sánchez de Lozada en el Congreso, el 4 de agosto, a cambio de la aplicación, por el MNR, del llamado Plan Bolivia de Responsabilidad Nacional, un programa de Gobierno para los próximos cinco años, que enfatizaba los aspectos sociales y de desarrollo, así como la lucha anticorrupción”, según CIDOB-Barcelona. Acompañó al ex Presidente hasta su deposición, el 17 de octubre de 2003.

Educación Religiosa

JPZ estudió en los colegios San Bernardo, de Santiago de Chile, y Sagrado Corazón, de Sucre, donde completó el bachillerato. En 1957,

ingresó como novicio en el convento de los Padres Redentoristas, en Salta, Argentina, y, un año después, al Seminario Mayor en Villa Allende, Córdoba, donde se formó en Filosofía y Teología y se consagró subdiácono. Hizo trabajo comunitario en los barrios obreros cordobeses e intentó crear una congregación de sacerdotes obreros, pero ello le acarreó su expulsión del Seminario, en 1963. Con la ayuda del obispado de La Paz, se incorporó a la labor asistencial, conducida por sacerdotes italianos en Munaypata, La Paz. Allí, se convenció de que su activismo social no tenía cabida en el marco del sacerdocio, por lo que decidió abandonar la carrera religiosa.

En 1965, siguió estudios en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Leyó a Regis Debray, Max Weber, Louis Althusser y Mao Zedong; presidió la Federación de Estudiantes Latinoamericanos y, durante un tiempo, fue reclutado por la célula, en París, del Partido Comunista Marxista-Leninista de Bolivia (PCML), llegando a viajar a la Albania de Enver Hoxha, para instruirse, con el Ejército albanés, en las artes de la guerra popular prolongada, teorizada por Mao. En 1969, completó la licenciatura, con mención en Relaciones Internacionales, y retornó a Bolivia. En 1970, se integró en la plantilla docente de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) en La Paz. Fue director de Política Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores, en el gobierno del Gral. Torres; enseñó en la Facultad de Sociología y en el Instituto de Relaciones Internacionales de la UMSA. Néstor, su hermano menor, siguió un camino paralelo, en pos del sacerdocio, pero, pronto, abandonando el Seminario, se enlistó en el Ejército de Liberación Nacional (ELN) e ingresó a la guerrilla de Teoponte, en 1970, donde murió de inanición. En 1972, Cecilia Ávila, viuda de Néstor, fue victimada por las fuerzas de represión del régimen, en Cochabamba. Jaime Paz supo aquilatar, en un artículo, la verdadera significación de ese sacrificio: “Néstor Paz Zamora en la Guerrilla de Teoponte, representó un doloroso error político y táctico-estratégico.

Pero fue la expresión, a su vez, de un iluminado acierto humano y cristiano”.

Durante el régimen de Torres, Paz Zamora fundó, en mayo de 1971, el Comité de Integración Revolucionaria del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (CIR-MIR) con otros intelectuales radicalizados y elementos del PDCR, que criticaban el foquismo y apuntaban a la insurrección de masas.

Días después del golpe de Banzer, el CIR-MIR fue el núcleo de fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el 7 de septiembre, con una orientación marxista-leninista, antinacionalista y antimilitarista, organizado en una estructura clandestina, para hacer frente a la represión.

JPZ salió al exilio, entre 1972 y 1973; volvió al país en la clandestinidad y fue detenido y recluido en las celdas del Departamento de Orden Público; pero, el 5 de junio de 1974, logró escapar durante la sublevación de oficiales jóvenes del Ejército contra Banzer, y refugiarse en la embajada de Venezuela, país donde permaneció hasta junio de 1977, año en que volvió, clandestinamente, al país.

El Entronque Histórico

Los militantes izquierdistas que lograron refugiarse en el exilio, no atinaban a encontrar otro camino que el foquismo o la insurrección popular, pues tenían obstáculos epistemológicos, anímicos y factuales, insalvables. Habían crecido enfrentados al nacionalismo revolucionario y, por tanto, no podían transigir con él, pero ni siquiera reconocer las transformaciones históricas que había logrado en la vida nacional. Y, en esa medida, no podían concebir otras tácticas de lucha, mucho menos aquéllas que tenían, como eje, a la convergencia, la conciliación

y la renuncia a todo fundamentalismo, para constituir frentes amplios y democráticos, contra la ola de dictaduras que se sucedieron entre 1964 y 1982.

Éste es el escenario en el que se fundó el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria, el 7 de septiembre de 1971, como una necesidad de resistir, orgánicamente, al golpe militar del 19 de agosto del mismo año, encabezado por el entonces Coronel Hugo Banzer Suárez. En ese contexto orgánico y nacional, Jaime Paz Zamora aportó a la construcción de la democracia en Bolivia, con la tesis del “entronque histórico”. El debate interno en el MIR, después de seis años de presencia en el escenario del país, frente a la dictadura de entonces, se caracterizaba por los viejos tics de la lucha clandestina (los nombres de combate, la compartimentación, los enlaces, por ejemplo) que se repetían como la piedra de Sísifo o, más bien, giraban en torno al viejo eje de la lucha: la vía de las armas, ya fuera por el camino del foquismo o el de la insurrección, llamada en la jerga de la época: “guerra popular prolongada”.

JPZ había conversado en prisión y, más tarde, en el exilio, con el Dr. Walter Guevara Arze, cerebro del nacionalismo revolucionario, y, también, con el Dr. Hernán Siles Zuazo, nervio fundamental del mismo proceso; cerebro y nervio que habían confirmado sus intuiciones. Examinar con una nueva visión la obra y la presencia del nacionalismo revolucionario, en la conciencia de la gente, era cumplir pasos, insoslayables para insertarse en la vida nacional: 1) Reconocer la presencia de esas masas campesinas y urbanas, presentes en el proceso histórico, era recuperar la memoria de los cientos de miles de héroes anónimos que habían intervenido en momentos decisivos, desde la Guerra de la Independencia y, particularmente, en la Guerra del Chaco. 2) Dejar la lucha clandestina era recuperar el rostro de una generación, la personalidad propia, individual y colectiva, con nombre,

apellido y sigla, para buscar legitimidad en el reconocimiento del ciudadano común, expresado no sólo en la militancia sino en la simpatía, en la empatía con el movimiento y en el voto. 3) Medir cada día las pulsiones, las reivindicaciones y los intereses de los sectores populares, era el paso ineludible, para luego recogerlos en propuestas políticas y programas de gobierno democráticos. 4) El camino de la democracia era la única forma de recuperar el liderazgo generacional. La democracia exigía un escrutinio más duro: la aceptación respetuosa del sentir de la mayoría nacional. No se podía acceder, a ella, desde la cultura de la clandestinidad. Para hacer posibles esos pasos, el MIR necesitaba consolidar una alianza con las fuerzas genuinas del nacionalismo revolucionario, un entronque histórico con ese proceso, que le permitiera insertarse en la vida nacional. El resultado de esta propuesta fue la constitución de la Unidad Democrática y Popular, que ganó tres elecciones consecutivas e inauguró, en 1982, el ciclo democrático que hoy cumple más de dos décadas. Paz Zamora fue compañero de fórmula de Hernán Siles Zuazo, en las elecciones del 1° de julio de 1979 y del 29 de junio de 1980. En estos últimos comicios, la UDP alcanzó el 38.7% de los votos; Siles fue declarado Presidente electo, y la toma de posesión se fijó para el 6 de agosto; pero sobrevino, entonces, el golpe de Estado del Gral. Luis García Meza, el 17 de julio de aquel año.

El Golpe Narco-militar

La usurpación de García Meza tuvo como antecedentes varios atentados. Entre ellos, el asesinato del religioso y periodista Luis Espinal, y el siniestro aéreo, debido a un sabotaje, en el cual murieron altos dirigentes de la UDP, salvando milagrosamente la vida JPZ, aunque con graves quemaduras que le dejaron cicatrices indelebles, en manos y rostro. Producido el golpe de García Meza, Paz Zamora abandonó el hospital y desarrolló una activa campaña internacional

para denunciar los vínculos del gobierno de facto con el narcotráfico, y el resultado previsto fue el aislamiento de la comunidad internacional, que fortaleció la resistencia interna y determinó la caída del dictador.

Sin embargo, antes de caer, había cobrado la vida de ocho miembros de la dirigencia nacional del MIR, el 15 de enero de 1981, en un acto que, en su crueldad, reconocía el rol axial del MIR, en la resistencia clandestina al régimen. La inmolación de Luis Suárez, Artemio Camargo, Gonzalo Barrón, Arcil Menacho, Ricardo Navarro, Ramiro Velasco, José Reyes Carvajal y Jorge Baldivieso, en la calle Harrington, minó las alianzas precarias del régimen, abrió las puertas a la democracia y, en ese nuevo escenario, consolidó la presencia del MIR en la vida nacional.

A la caída de los regímenes de García Meza y de Torrelio, las Fuerzas Armadas instruyeron al nuevo Presidente, el Gral. Guido Vildoso Calderón, entregar el Gobierno a los civiles. Vildoso convocó al Congreso elegido en 1980 y éste consagró el triunfo del binomio udepista, que tomó posesión el 10 de octubre de aquel año, instituido como Día de la Democracia Boliviana. “La experiencia de la UDP en el poder estuvo encenagada por la crítica coyuntura económica (en buena parte como consecuencia de la depredación de los recursos públicos, practicada por las juntas castrenses); la movilización, sin tregua, de la Central Obrera Boliviana (COB), liderada por Juan Lechín; nuevos conatos de golpe militar y la oposición implacable del MNR y la ADN, que exigieron -y consiguieron- el adelantamiento de las elecciones, en un año, como medio para abandonar el marasmo general”, según CIDOB-Barcelona.

El gobierno de la UDP muestra un proceso aún lleno de asperezas y de posiciones inconciliables, pero es la verdadera aurora de nuestra democracia y, en esa medida, debemos recordar ese momento inaugural,

porque, a partir de esa experiencia, pudimos institucionalizar la democracia boliviana. El gobierno de la UDP acortó un año de su mandato, cercado por la hiperinflación, la oposición en el Congreso y la tenaza de la COB, que le opuso una resistencia engeguada. Jaime Paz pudo habilitarse como candidato, en las elecciones de 1985, y el MIR se ubicó, ya sin aliados, entre los tres primeros lugares, y definió, con su apoyo, el ascenso del Dr. Víctor Paz Estenssoro al poder.

Cuatro años más tarde, obtuvo mejor resultado, ubicándose entre las principales fuerzas electorales, y Jaime Paz Zamora asumió la Presidencia del país, en el período 1989-1993.

El Acuerdo Patriótico

En las elecciones de 1985, Paz Zamora viabilizó la elección de Víctor Paz Estenssoro como Presidente y desarrolló una oposición constructiva, para permitir que el gobierno enfrentara la hiperinflación.

En las elecciones de mayo de 1989, Paz Zamora obtuvo el 19,6% de los sufragios y negoció el apoyo del candidato de ADN, el Gral. Hugo Banzer, para acceder a la Presidencia, con el voto de 97 congresistas, 18 más de los requeridos para la mayoría absoluta.

Mucho se ha escrito y dicho sobre el pacto de dos posiciones inconciliables, para el gobierno, que se tradujo en el Acuerdo Patriótico, suscrito el 24 de agosto de 1989. Sin ignorar las críticas que abundaron, es interesante conocer cómo sintetiza, el propio Jaime Paz, los factores que influyeron en su decisión: 1) La crisis de la izquierda en el mundo por la caída del bloque de países socialistas; 2) El avance de una forma thatcheriana de democracia neoliberal o neoconservadora; 3) El riesgo de salir de las prácticas de la clandestinidad y dar la cara a la ciudadanía, sabiendo que las fuerzas de represión de las dictaduras estaban intactas;

y 4) La represión física, que tuvo su punto más agudo en el atentado del 2 de junio de 1980, contra el binomio de la UDP, y en el asesinato de los miembros de la dirigencia nacional del MIR, el 15 de enero de 1981. Frente a esos peligros -opina Jaime Paz-- el MIR tuvo que desarrollar una estrategia de contención y propuesta alternativa, frente al neoliberalismo, y una estrategia de defensa y sobrevivencia de la izquierda, enfrentada al enemigo externo y al debate interno que, en todo momento, tuvo partidarios de la clandestinidad y la compartimentación, que no entendieron la necesidad de una cultura democrática y que quedaron fuera del MIR, por voluntad propia. “En realidad, frente a la democracia pactada, neoliberal, controlada, excluyente, el MIR defendía y representaba otra tendencia: la posibilidad de constituir una democracia popular, social, nacional, incluyente y base de la apertura de la Nación al mundo”, concluye.

Contención al Neoliberalismo

Los analistas clasifican como neoliberales a todos los regímenes, a partir de 1985. Veamos cómo conceptúa JPZ su estrategia de contención al neoliberalismo: Tal como ocurrió con la experiencia de Salvador Allende en Chile, la UDP fue, en Bolivia, la última e irrepetible experiencia histórica de gobierno de izquierda democrática.

Los miristas fueron los últimos mohicanos de esa experiencia traumática, que dejó, al menos, dos lecciones históricas: 1) Que en el futuro próximo, y quizá más adelante, nunca más iba a haber otro gobierno de izquierda; y 2) Que, en el futuro, sería necesario comprometer al centro político, inclusive al sector ilustrado de la derecha, para conformar un bloque gobernante en democracia. En esa perspectiva, Jaime Paz Zamora comenta: “El MIR asumió esas lecciones históricas cuando le tocó formalizar el Acuerdo Patriótico como base política del gobierno del Lic. Jaime Paz Zamora, como lo

hacen hoy Ignacio Lula Da Silva, en Brasil, y Ernesto Kirchner, en Argentina. Lula tiene como vicepresidente a un connotado neoliberal ortodoxo, incluso colaborador y sostén de las dictaduras militares; y Kirchner candidateó con un antiguo colaborador de las dictaduras. En ese sentido, el MIR es un partido pionero en América Latina, pues, con su estrategia de contención, se adelantó 20 años respecto de Lula y 21 años respecto de Kirchner; es decir, se adelantó a lo que la nueva izquierda latinoamericana, con Kirchner y Lula como principales exponentes, hace hoy en un contexto, sin duda, más favorable. ¡Exigencias de la estrategia de contención contra el neoliberalismo, en un escenario donde ya no caben los viejos dogmatismos, si un político quiere plantear opciones viables y ampliamente incluyentes!”.

JPZ hizo esfuerzos por insertar, al país, en una economía de mercado global, pero adoptó, también, medidas que no son de corte neoliberal: la Reforma Educativa; el tratamiento del tema indígena, bajo el eje etnia/territorio; la defensa del medio ambiente y la declaratoria de la pausa ecológica histórica; la forma en que se manejó la privatización de las empresas del Estado; la política de vialidad, comunicación, integración fluvial y energética; pero, sobre todo, la sensibilidad estatal para medir las pulsiones de la sociedad civil y orientar, con esos datos, el rumbo de su administración. A juicio de JPZ, esas medidas deberían bastar para inscribir su administración en las antípodas del neoliberalismo, como estrategia de contención frente a un avasallamiento universal de esta tendencia económica y política, que hizo de la globalización un instrumento para aumentar la rentabilidad y la acumulación del capital transnacional.

JPZ abrió la gestión estatal al tema de los pueblos indígenas, oficializando sus idiomas, impulsando la educación intercultural bilingüe, respetando sus símbolos y valores, adjudicándoles territorios

y estimulando su participación activa en el proceso democrático y el sistema político. Sin este desarrollo horizontal del proceso, sin esta reforma de la antigua fórmula hombre/parcela, sustituida por la nueva relación etnia/territorio, no hubiera sido posible el panorama actual de la democracia.

Los Acuerdos del 9 de Julio de 1992

Bolivia no podía darse el lujo -decía JPZ- de que sus mejores hombres y mujeres sirvieran, únicamente, a la empresa privada, a las universidades o a la Iglesia. Debían ser incorporados al Estado, mediante un mecanismo y una nueva ética nacional, para que los mejores hombres y mujeres integraran el servicio público, por consenso o por dos tercios de voto del Congreso, “para dar confianza a la República, prestigio a Bolivia, seguridad y confianza a todos, en el desarrollo de la Nación”. Allí nació el procedimiento, que se repetiría más tarde, en la elección de magistrados, tan importantes como los que integran la Corte Suprema, la Corte Nacional Electoral, el Contralor General de la República, el Tribunal Constitucional y el Consejo de la Judicatura, o cabezas de instituciones claves, como el Defensor del Pueblo y el Servicio Nacional de Caminos; mediante el procedimiento de los dos tercios. Se acordó, también, aprobar la Ley de Necesidad de Reforma Constitucional, para aproximar la constitución formal a la constitución real del país. A partir de ese momento, la necesidad de formar coaliciones para conformar gobierno, se hizo otra costumbre democrática, sin limitaciones en el espectro de partidos políticos reconocidos por la Corte Nacional Electoral. A principios de 1992, JPZ se preguntaba cuál era la recompensa que recibía el gobernante, el estadista que desarrollara el proceso democrático.

“¿Pero, qué recibimos a cambio los políticos? Recibimos, a veces, esa espontánea suspensión de la duda, que es la fe política o el consenso.

Ahora puedo decirlo, porque lo he vivido. Lo sentí cuando los jefes de la oposición concurrieron al Palacio de Gobierno para firmar los históricos Acuerdos del 9 de julio; cuando el pueblo beniano llegó a La Paz y pude confundirme con ellos, en un abrazo nacional, en Yolosa; cuando expresé, un 6 de agosto, que habíamos estabilizado la estabilidad y habíamos comenzado a crecer a un ritmo del 4.1%; cuando, un 24 de enero, firmé con el Presidente Fujimori el Convenio marco de Ilo y tenía, a mis espaldas, el apoyo de toda la Nación”.

Indígenas y Medio Ambiente

JPZ postuló la nueva relación etnia/territorio, que orientó el trabajo del Instituto Nacional de Reforma Agraria y favoreció, en particular, a las etnias y culturas repartidas en las regiones del Departamento del Beni, los llanos de Santa Cruz y el Chaco boliviano. Así, se creó el Ministerio de Asuntos Indígenas y se llevó una iniciativa exitosa a la Cumbre Iberoamericana, donde se creó el Fondo Iberoamericano para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe, cuya sede es La Paz.

JPZ usó la plataforma de la Cumbre Iberoamericana para destacar la relación de su gobierno con los pueblos indígenas de Bolivia. En esa tribuna, recordó que, en marzo de 1991, había dirigido una carta a la Central de Pueblos Indígenas del Beni, en la cual les decía que, espiritualmente, el Encuentro de Yolosa había sido el momento fundacional del Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe.

El Ejecutivo tuvo una conducta pacífica y democrática, frente a la Marcha. Se dice que no faltaron voces, en el gabinete, que examinaron la posibilidad de usar mecanismos de coerción policial y militar, pero JPZ reaccionó yendo al encuentro de los indígenas, acompañado de

todos sus ministros. A partir de Yolosa, se abrió una nueva visión sobre los conceptos de democracia, etnia, territorio, gestión medioambiental y diversidad cultural, con la incorporación de nuevas ideas-fuerza. Hasta entonces, la Constitución no consignaba, en ninguna parte, la palabra indígena o la palabra indio, siendo que somos el país con mayor porcentaje de población de este origen.

La vieja concepción encubría el problema indígena con el problema campesino y con el problema de la distribución de tierra, encadenando lo indígena a lo sindical y a lo político, extremo que era la base de la manipulación partidista, hasta 1964, y luego militar, bajo la dictadura.

Pero no se detenía allí el escamoteo del problema de la diversidad cultural, pues lo campesino englobaba -únicamente- lo altiplánico, lo andino y lo valluno; es decir, la población agraria de la parte occidental del territorio, “no así lo indígena amazónico, oriental o chaqueño”.

Por eso, la Reforma Agraria sólo había contemplado el caso de los pueblos sedentarios aimaras y quechuas, y no el de los pueblos nómadas de la Bolivia amazónica y platense. En esta cadena de escamoteos, mientras duró la lucha democrática contra la dictadura, el problema indígena se subsumió en el sindicalismo campesino, y este esquema de organización subordinó al campesinado, primero, como base social del partido político dominante en la Revolución Nacional; luego, como base política del militarismo en el gobierno; y, por último, como retaguardia de la Central Obrera Boliviana. Los indígenas habían vivido sometidos a la Colonia, a la oligarquía feudal, al partido de la Revolución del '52, al Pacto Militar Campesino y a una central sindical.

El paso siguiente fue relacionar el problema indígena con la defensa del medio ambiente: “Hemos planteado, con claridad, que lo indígena

está vinculado a lo ecológico. Que lo ecológico no es excluyente ni exclusivo de una responsabilidad indígena, porque en la responsabilidad ecológica estamos los mestizos y están todas las etnias que pueden haber en el país”, dijo JPZ. La nueva visión ambientalista, se tradujo en el reconocimiento oficial de las organizaciones indígenas, de todas las regiones del país, y en la dotación de territorios para su desarrollo equilibrado y sustentable. Así, se introdujo un eje nuevo en el problema, porque entonces se comenzó a hablar de territorios y no de tierras. “Ahora el territorio significaba hábitat, espacio socioeconómico y biodiversidad, en los cuales se desarrollan los pueblos originarios”.

De esta nueva relación etnia/territorio nacían no sólo derechos sino también obligaciones. Los pueblos indígenas, que habían sido dotados de territorios, no podían parcelarlos en hectáreas particulares, se obligaban a considerar sus territorios como ecosistemas, como hábitats de pueblos indígenas, y a definir, en comunidad, programas de desarrollo que conservaran el medio ambiente, pero también sus formas de organización, sus saberes locales, en suma, sus culturas locales.

Los instrumentos jurídicos de la nueva concepción fueron los siguientes: El Decreto Supremo 22407, que declara la Pausa Ecológica Histórica; El D. S. 22503, que jerarquiza el Instituto Indigenista Boliviano, otorgándole rango de entidad descentralizada. La creación de la Secretaría Nacional del Medio Ambiente, dependiente de la Presidencia de la República y con rango de Ministerio. El reconocimiento y fortalecimiento de organizaciones indígenas y autoridades tradicionales, como la Asamblea del Pueblo Guaraní, la Confederación de Indígenas del Oriente y el Chaco, la Central de Pueblos Indígenas del Beni, la Nación Uru-Chipaya, la Central Indígena de la Amazonía y la Confederación Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia. o La dotación de 2'500'000 hectáreas de territorios, a través de tres decretos,

al pueblo sirionó del Ibiato, y a los pueblos mojeño, yuracaré y movima, en el Parque Nacional Isiboro Sécore. La creación de la Dirección de Educación Intercultural Bilingüe y el inicio de la campaña de alfabetización bilingüe. El Registro Único Nacional (RUN, que hoy no funciona) destinado a terminar con la indocumentación, para garantizar la ciudadanía plena de sectores, hasta entonces marginados. El envío al H. Congreso Nacional del proyecto de Ley de los Pueblos Indígenas del Oriente, El Chaco y la Amazonía. La ley de 10 de febrero de 1993, por la cual Bolivia fue el primero, entre 21 países signatarios, en ratificar la suscripción del Convenio Constitutivo del Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe.

La Pausa Ecológica Histórica fue dictada a fines de 1989, tres años antes de la Cumbre de la Tierra, celebrada en Río de Janeiro, en 1992. A fines del pasado siglo, los analistas efectuaban el siguiente balance: “Una muestra elocuente de que no se avanza lo suficiente ha sido el incumplimiento, por parte de una mayoría de Estados, de los principales acuerdos que resultaron de esa conferencia, y que implicaban compromisos precisos. El hecho de que Estados Unidos haya declarado un número elevado de reservas, sobre el documento final, resulta altamente significativo. La propia ONU ha reconocido que muy poco se ha hecho desde entonces para preservar el medio ambiente”.

Bolivia, en cambio, tomó provisiones para comenzar a pagar su deuda ecológica, tres años antes.

Coca No Es Cocaína

En la cumbre especial antidroga, celebrada en la ciudad colombiana de Cartagena de Indias, el 15 de febrero de 1990, JPZ defendió la necesidad de ofrecer a las comunidades rurales cultivos alternativos,

acompañados de programas de desarrollo integral y no la mera sustitución de los cocales por otros cultivos, cuya rentabilidad no ofrecía mejores expectativas. Esta era la noción principal de una estrategia que llamó de "corresponsabilidad internacional" en la lucha contra el narcotráfico. No obstante, aceptó el plan de destrucción de plantaciones presentado por Estados Unidos, que incluía el envío de unidades militares especiales, para asistir a las Fuerzas Armadas bolivianas en dicha misión. JPZ tomó la decisión de entregar al ex ministro de García Meza, el Cnl. Luis Arce Gómez a la justicia de los Estados Unidos, aunque no hubiera tratado de extradición, aduciendo que el sistema judicial boliviano estaba "corrompido" y era incapaz de actuar contra el ex ministro. Paz Zamora decidió solicitar, a la Organización Mundial de la Salud (OMS), la evaluación de las propiedades nutritivas y curativas de la hoja de coca, y, cuando tuvo ocasión, luciendo una insignia de la planta en la solapa del traje, explicó el uso tradicional de la misma. Esta postura dio lugar a un curioso y poco conocido suceso en la Exposición Universal de Sevilla, en abril de 1992, cuando el pabellón boliviano pretendió obsequiar a los visitantes con muestras del vegetal.

El Gobierno autónomo de Andalucía se incautó de ocho kilos de hojas de coca. No obstante, Felipe González, presidente del Gobierno español, dio su apoyo a la iniciativa de JPZ ante la OMS. "Tan audaz concepción del problema de la droga no convenció a Estados Unidos, que, pese a sus muestras de buena voluntad, puso al presidente boliviano en el punto de mira como "sospechoso". En 1991, a través de su embajador en La Paz, Washington le obligó a destituir al recién nombrado jefe de la Fuerza Especial de Lucha contra el Narcotráfico (FELCN), Faustino Rico Toro, antiguo militar, colaborador de las juntas (quien luego iba a ser extraditado al país norteamericano), y, de paso, al ministro del Interior, Guillermo Capobianco, y al comandante de la Policía", dice CIDOB-Barcelona.

Cumplido el mandato de JPZ, en febrero de 1994, estalló el escándalo de los narco-vínculos, por el cual el segundo jefe del MIR, Óscar Eid Franco, fue condenado a cuatro años de cárcel, acusado de relaciones ilícitas con el narcotráfico. Aun más, durante la Administración Clinton, a JPZ se le quitó la visa de ingreso a los Estados Unidos; pero en la Administración Bush se le repuso sin restricciones. JPZ dice que, en su carrera política, sufrió muchos intentos de eliminación, unas veces física y, otras, política; pero sobrevivió a todas.

Imagen Internacional

En el terreno internacional, Paz Zamora presidió, en La Paz, la IV Reunión del Consejo Presidencial Andino, del 29 al 30 de noviembre de 1990; asistió a las cumbres anuales del Grupo de Río y de la Comunidad Iberoamericana; y, en 1992, fue elegido Vicepresidente de la Internacional Socialista, testimonio de sus excelentes relaciones con los líderes socialistas europeos. “En el terreno de las relaciones bilaterales, caben destacar los Acuerdos de Ilo, suscritos con su homólogo peruano Alberto Fujimori, el 24 de enero de 1992, por los que Bolivia obtenía, del país vecino, una serie de facilidades de libre tránsito comercial, desde Desaguadero, en la frontera del Altiplano, hasta Ilo, en la costa del Pacífico, convertido en puerto franco y en la ansiada salida al océano, del país sudamericano que carece de bordes marítimos”, dice el portal de CIDOB-Barcelona.

62° Presidente

Jorge Quiroga Ramírez
07-08-2001 / 06-08-2002

El Ing. Jorge Quiroga Ramírez nació en Cochabamba, el 5 de mayo de 1960. Hijo de Jorge Quiroga Luizaga y de Sonia Ramírez. En 1989 se casó con Virginia Gillum, nacida en los Estados Unidos, y tiene cinco hijos.

Estudió en el Colegio La Salle de Santa Cruz de la Sierra y prosiguió su formación universitaria, hasta obtener la graduación summa cum laude en Ingeniería Industrial, en el College Station de la Universidad A&M de Texas y, en 1986, una maestría en Administración de Empresas en la Universidad St. Edward's de Austin, siempre con brillantes calificaciones.

Desde 1981, trabajó también para IBM, en la citada capital texana, acogido al Programa de Entrenamiento de Mercado, y, en 1988, retornó a su país para incorporarse al sector privado. Desarrolló su especialidad de econometría en la empresa minera Mintec y en el Banco Mercantil de Bolivia, donde ejerció de Vicepresidente de Proyectos e Inversión, antes de entrar en la política y en el servicio público. Fue consultor en la Contraloría General de la República y en la Cancillería. La influencia del futuro Ministro de Exteriores, Carlos Iturralde Ballivián, fue fundamental para su ingreso en el partido Acción Democrática Nacionalista (ADN).

En el gobierno de Paz Zamora, fue Subsecretario de Inversión Pública y Cooperación Internacional, dentro del Ministerio de Planeamiento y, en 1992, a sus 32 años, Ministro de Finanzas, Gobernador del Banco Mundial y del FMI, y negociador con el Gobierno de Estados

Unidos, para la reducción de la deuda externa bilateral; Gobernador de la Cooperación Financiera de Inversiones, Director de la Corporación Andina de Fomento (CAF) y Secretario Nacional de Política Social. En 1995, fue promovido a la Subjefatura Nacional de ADN y, en las elecciones de 1997, fue compañero de fórmula del Gral. Bánzer y se convirtió en el Vicepresidente de la República más joven de la historia nacional. Fue autor del Programa de Gobierno, que tenía cuatro pilares: Oportunidad, Equidad, Institucionalidad y Dignidad, y le dio una nueva dinámica a la segunda magistratura de la Nación, que, comúnmente, es calificada como “quinta rueda del carro”.

Fue Presidente interino, por enfermedad de Bánzer y se produjo la sucesión constitucional, por la cual Quiroga se convirtió en Presidente titular, el 7 de agosto del 2001; y gobernó durante un año.

Semblanza

Jorge Quiroga Ramírez pertenece a una generación que ha crecido, por decirlo así, del otro lado del espejo de la generación anterior - signada por la Guerra Fría, el alineamiento, las luchas sociales, la utopía, la Teología de la Liberación y otros fantasmas, que sucumbieron, al parecer, luego de la caída del Muro de Berlín-. Tuto (nombre familiar que heredó del padre) estrenó el dígito 4 de su vida, con ideas y prácticas totalmente distintas a las de la generación anterior. Se le atribuye una frase que lo retrata y revela su sentido del humor: “Quien estudia para marxista, acaba de taxista”. Su inteligencia es analítica, conoce las astucias de la abstracción, pero es, al mismo tiempo, práctica. Se lo conceptúa “un gestor brillante y honesto, aunque quizá demasiado frío y serio” (CIDOB-Barcelona). Practica fútbol y baloncesto, hace jogging diariamente y ha escalado el Illimani, además de otras cumbres, que lo revelan como andinista consumado. Escribe

muy rápido, a la velocidad con que habla, y con signos casi incomprensibles para un redactor sin práctica; y, entonces, se abre un universo distinto, porque en él parece funcionar otra lógica, otro enfoque de la imagen, otra forma de manejar los datos, otros tips y, también, otra retórica.

Tuto es hombre llano y es difícil para él aceptar las fórmulas del protocolo altoperuano. La mentalidad de Tuto está más próxima a la llaneza de la democracia americana que a la retórica de la nuestra.

Él prefiere decir, sin duda: Hola, JFK, Qué tal, JPZ, Buen día, HBZ, Hey, Goni, que Excelentísimo, Ilustrísimo, Honorable, Magnífico o Monseñor. ¿Influencia de los usos de la democracia americana? Es muy posible. Aun en la forma de escoger tips humorísticos y cotidianos, y la familiaridad de la tertulia amistosa para ir aproximándose a los grandes mensajes.

Mantiene sus viejos hábitos como el deporte y la abstinencia de alcoholes, juega ajedrez y hace sumas mentales de ocho dígitos con una rapidez inaudita. Se nota en él la influencia del padre, Jorge Quiroga Luizaga, que es ingeniero civil, bachiller del Colegio La Salle de Cochabamba, en 1950, y graduado en una universidad de los Estados Unidos. Todavía en el dígito 7 de su vida, es hombre atlético y bien plantado, de expresión firme, cordial y amistosa. Él es el primer Tuto de la familia y tuvo cinco hijos: Carmiña, Jorge (Tuto), Mauricio, Ana y Luis Fernando. Mauricio falleció en un accidente automovilístico. Su padre cree que más bien fue doña Sonia Ramírez, hija de Fernando Ramírez Velarde, el novelista de “Socavones de Angustia”, quien moldeó a sus hijos, debido al trabajo recargado que él tenía en la Empresa Nacional de Electricidad y, más tarde, como diplomático ante el Consejo Internacional del Estaño, en Malasia, donde vivió con sus hijos durante cinco años, excepto Tuto porque terminaba el bachillerato para luego ingresar a la universidad.

Ingresó a ADN cuando Carlos Iturralde Ballivián fue designado coordinador del Plan de Gobierno para las elecciones de 1989. Tuto trabajó las propuestas programáticas del candidato, en un equipo de jóvenes profesionales. Mientras la familia vivió en Malasia, Tuto pasaba las vacaciones, examinando con su padre las negociaciones en el Consejo Internacional del Estaño. Allí se forjó el nuevo tipo de político, alejado de la vida partidaria menuda, pero con una visión panorámica de la economía mundial, la economía boliviana, el sector privado y el sector público. Su formación como ingeniero industrial, complementada después con su maestría y su trabajo en IBM, lo capacitan para el conocimiento de la modernidad, de los instrumentos básicos para modernizar un país. Cuando retornó al país, después de trabajar siete años en IBM, la Contraloría General de la República estaba en pleno proceso de reforma, desde la designación de su titular, por dos tercios de votos del Congreso. Tiene un perfil nuevo y moderno, y está en el proceso de implementar la ley SAFCO. Allí comienza Tuto su gestión pública en Bolivia, que combina con su contribución al programa de gobierno, ofrecido por el Gral. Banzer en las elecciones de 1989.

Luego, en la Cancillería, como asesor en comercio exterior, es innegable que en sus viajes, cuando discute con equipos internacionales, muestra un perfil nuevo de negociador, un perfil que, de inicio, lo aprendió de su padre, pero fue desarrollándolo después. Enrique García (actual Presidente de la CAF) reparó en el joven profesional y se lo lleva a su ministerio. Allí comienza la carrera de Tuto, en el área financiera, y, más tarde, es el titular de dicha cartera en el gobierno de Paz Zamora. Uno diría, entonces, que la formación de Tuto está signada por el avance de la globalización y la caída de la órbita socialista.

Mucho antes de la caída del Muro de Berlín, ya es perceptible, para Tuto, este conjunto de transformaciones históricas, tendientes a la

construcción de un nuevo orden mundial. Tuto tiene, además, una conciencia de la política, como perfeccionamiento institucional de la democracia. No tiene deudas con el pasado, con la Guerra Fría, con la vieja política del enfrentamiento entre izquierda y derecha. Es como si hubiera nacido ya psicoanalizado a la vida política del país. Todos los otros líderes han sobrevivido a un pasado de enfrentamiento, de alineamiento, de confrontación: o papeles ligados a la guerrilla y la insurrección o a las dictaduras.

En esa línea, Bánzer y Paz Zamora son, para él, un ejemplo avanzado de madurez política, al servicio del avance institucional de la democracia. Ambos, como líderes, se despojan de viejos rencores y enfrentamientos, y trazan un destino democrático para sus respectivos partidos. Tuto cree que es necesario humanizar el neoliberalismo, con estrategias de lucha contra la pobreza, democratización del crédito y formalización de la economía informal; pero sabe, también, que es necesario institucionalizar las reglas de la economía y de la política, y construir un nuevo pacto social basado en: 1° Una economía formal, sin narcotráfico, sin contrabando, sin evasión impositiva, con mecanismos efectivos contra la corrupción; 2° Un Estado basado en la transparencia, en la información y en las reglas claras, que promueva un clima óptimo de inversión, desarrollo y seguridad jurídica; y 3° Un sistema político con instituciones sólidas, construidas por consenso, al margen de las luchas partidarias.

La Hermana Ana, del Colegio “Loyola”, donde estudió brevemente, fue acaso la primera en percibir que Tuto tenía un coeficiente mental muy superior a lo normal; pero recomendó a la familia que no lo tratara como a un niño excepcional. Sonia Ramírez, se guardó muy bien la confidencia y sólo se la reveló cuando salía bachiller: “La inteligencia que Dios te dio no es mérito tuyo, lo que tú hagas con esa inteligencia, eso es mérito tuyo. Tú tienes la obligación de hacer

por los demás conforme has recibido”. En el Colegio Calvert le aplicaron un test de ingreso a la universidad en Estados Unidos junto a dos profesores de física y matemáticas, y Tuto obtuvo la nota más alta.

Obra de Gobierno

Quiroga inició las gestiones para exportar gas natural a California, ya en la administración del Gral. Banzer. Convocó al Diálogo Nacional, con apoyo de la Iglesia Católica y la intervención de instituciones representativas de la sociedad civil, para lanzar su Programa de Lucha Contra la Pobreza. Con esos instrumentos, negoció la condonación de la deuda externa en el Programa HIPC. A largo plazo, el Ejecutivo debería generar crecimiento, basándose en las inversiones extranjeras y las inversiones contempladas por la Ley del Fondo Especial de Reactivación Económica (FERE). Para esta expectativa positiva, contaban las futuras ventas de gas a Brasil, Estados Unidos, México y otros países. Optimista, Quiroga sostenía que Bolivia estaba en condiciones de convertirse en un gran suministrador de energía para toda América, una vez se obtuviera una salida al océano Pacífico y se construyera un gasoducto. La detallada propuesta de recuperación recibió una buena acogida por los distintos agentes económicos y sociales, porque combinaba recetas liberales con un nuevo sentido social, para corregir los excesos del neoliberalismo.

“La poderosa Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), artífice de la gran movilización social contra la pobreza, en abril y octubre de 2000, concedió una tregua a Quiroga, mientras se negociase un acuerdo definitivo que diese satisfacción a las demandas del sector. El propio Quiroga solicitó una pausa en la conflictividad social hasta final de año, para “dialogar y trabajar” en lugar de “bloquear y reprimir”. Deseando el final de

las dinámicas de empobrecimiento y división, planteó que el diálogo sin presiones guiaría su Gobierno”, dice CIDOB-Barcelona. Con todo, su programa de Gobierno, familiarmente llamado Plan Tuto, era una agenda excesiva para un solo año de gobierno. Quiroga presidió las elecciones del 30 de junio de 2002, sin apoyar a ningún candidato, ni siquiera al binomio de su partido, Ronald McLean-Tito Hoz de Vila, que sufrieron un fracaso estrepitoso, pues sólo merecieron el 3,4% de los votos, que alcanzó, apenas, para 4 diputados y 1 senador, extremo jamás vivido antes por ADN, que siempre tuvo votaciones importantes.

Al fin de su mandato, el Fondo de Población de las Naciones Unidas informó que Bolivia, entre 1992 y 1999, había reducido su población bajo el umbral de la pobreza, del 71% al 59%, aunque, en términos absolutos, la indigencia extrema había aumentado, además de que, en las zonas rurales, el subdesarrollo humano afectaba a la inmensa mayoría de los habitantes. El sitio web de CIDOB-Barcelona recoge la versión de que Tuto Quiroga es un “socialdemócrata liberal” con aspiraciones renovadoras, un poco al estilo de la Tercera Vía, pregonada por el laborista británico Tony Blair.

64° Presidente

Eduardo Rodríguez Veltzé
9 de junio de 2005 / 22 de enero de 2006

Eduardo Rodríguez Veltzé nació en Cochabamba, el 2 de marzo de 1956. Fueron sus padres, Javier Rodríguez Rivas y Elizabeth Veltzé Céspedes. ERV es el quinto de seis hermanos, cuatro hombres y dos mujeres, una familia numerosa y de extendida parentela en Cochabamba: ocho hermanos Rodríguez Rivas y seis Veltzé Céspedes. Su padre, Javier, benemérito del Chaco, abogado dedicado al comercio, fue activo en la comunidad, como dirigente de JUNCO y la Cámara de Comercio; su madre Elizabeth, contadora.

La familia Rodríguez se había establecido en Cochabamba, con la llegada del Cnel. José Rodríguez Caballero, quien se unió muy joven al ejército de Libertador Bolívar en Trujillo, Perú, habiendo participado en la campaña revolucionaria, en Junín y Ayacucho. Su bisabuelo, Julio Rodríguez Morales, médico, munícipe, parlamentario y Rector de la Universidad Mayor de San Simón.

Los Veltzé se establecieron en Cochabamba, con la llegada a Bolivia de Víctor Veltzé Shoppel, un ingeniero austro húngaro que llegó de Viena, como funcionario de una de las empresas que emprendieron la construcción del ferrocarril Madera - Mamoré. Se casó con Flora Céspedes, hija del abogado Manuel Gaspar Céspedes, fundador y Presidente de la Corte Superior del Beni.

Formación

Desde muy pequeño, su familia vivió en la casa de su abuelo paterno José, en la esquina de la Plaza Colón y México. La plazuela, el Prado,

el Hospicio y los alrededores, fueron el entorno de su niñez y juventud. Fue al Kindergarten "Manuel Ascencio Villarroel", cursó la primaria en el colegio La Salle y la secundaria en el colegio "San Agustín". El cambio de escuelas impactó mucho en ERV, quien siempre destacó la dificultad inicial pero la importancia que tuvo en su formación posterior, una educación más rigurosa, con una mirada no sólo más liberal, pero más comprometida con la realidad boliviana.

ERV fue un alumno destacado y comprometido con su formación, colaboró en el periódico "La Kantuta", se enroló en el programa de Alfabetización de último año del bachillerato, cuando le asignaron tareas en la Cárcel de San Sebastián, donde acudía, regularmente, para alfabetizar a un par de internos. La experiencia marcó su primer interés en los temas de justicia. Aplicó y logró una beca del programa AFS, para pasar un año académico en los Estados Unidos. En 1973, viajó a Springfield, Missouri, donde cursó el último año del colegio.

Los contrastes de su experiencia comunitaria, en el norte, abrieron inquietudes en ERV, quien había dejado el país con un reciente cambio de gobierno, uno más de los frecuentes golpes de Estado militares, que se sucedieron durante su paso por la secundaria. El sistema democrático del norte, también había ingresado en una crisis, con el escándalo de Watergate y el final de la guerra de Vietnam, los que ERV siguió con interés, descubriendo las virtudes y falencias de una tradicional democracia.

A su retorno, en Cochabamba, ERV se presentó al servicio militar, pero optó por la opción de la "exención", una alternativa que resolvía sus dudas sobre participar en el servicio de un régimen militar y la posibilidad de tomar un trabajo en La Paz, hasta que se abran las universidades públicas, por entonces cerradas por el gobierno central. En 1975, se enroló en la facultad de derecho de la UMSS. Participó

activamente en los procesos políticos internos, de recuperación de la autonomía universitaria, y el subsecuente fin del régimen militar, aunque no comprometió ninguna militancia política. Trabajó en diversas ocupaciones durante este período, ayudante de cátedra, gestor de oficinas y auxiliar de tribunales.

Funciones Administrativas Desempeñadas

Al terminar la carrera, contrajo matrimonio con Patricia Terrazas Muller, su primera esposa, con quien tuvo dos hijas: Patricia y Diana Irene. Por entonces, logró un espacio para trabajar de auxiliar en la Comisión Mixta de Constitución, Justicia y Policía Judicial. Como abogado, se incorporó a la unidad legal de CORDECO, además de apoyar a instituciones comunitarias como el Arzobispado, el Seguro Social Universitario, la Unidad Ejecutora del Nuevo Hospital Viedma, el Tribunal de la Liga, etc. En 1986, asistió a un curso en la Academia de Derecho Internacional en Texas, y, en 1987, fue aceptado por la Universidad de Harvard, para realizar una maestría en Administración Pública, postgrado que realizó con una beca otorgada por la Agencia Internacional del Desarrollo de los EEUU.

La experiencia de la maestría, le abrió nuevos horizontes laborales; en 1989 se incorporó a ILANUD (Instituto Latinoamericano de las Naciones Unidas para la Prevención del Delito y Justicia Penal). En esa capacidad, incursionó en los proyectos de reforma judicial más significativos en el país; dirigió el Estudio sobre el Funcionamiento del Sistema Judicial más comprensivo y completo que se hubiese realizado hasta entonces; sus resultados, que comprometían trabajo estadístico y análisis, desde diferentes perspectivas y áreas, particularmente en el ámbito penal, fueron uno de los ingredientes más valiosos para la reforma penal en el país, en 1999. ILANUD promovió, también, la aprobación de la Ley del Ministerio Público,

aprobada en 1993, y las reformas a la Ley de Organización Judicial. Fue convocado a la Cancillería, donde trabajó una temporada como consultor legal. Participó en las negociaciones del Tratado de Extradición Bolivia - EEUU; la redacción de la Ley del Servicio Exterior, que se aprobó durante su paso por el Ministerio de RREE. En 1995, contrae matrimonio con Fanny Elena Arguedas, con quien tiene dos hijos.

Cargos Importantes para la Nación

De 1993 a 1998, fue Subcontralor de Servicios Legales de la Contraloría General de la República. Docente del Centro de Capacitación de Servidores Públicos. El año 1999, el Congreso lo eligió Ministro de la Corte Suprema de Justicia y fue Presidente de la Suprema, los años 2004, 2005 y 2006.

Como emergencia de los conflictos, motivados por la crisis política, las sucesivas renunciadas presidenciales -de Sánchez de Lozada, de Mesa Gisbert y los Presidentes de las Cámaras de Senadores y Diputados-, por mandato constitucional, el Congreso lo nombró Presidente de la República, en el mes de junio de 2005.

Eduardo Rodríguez Veltzé asumió la Presidencia en condiciones extraordinarias, por el estado de crisis social y política, que sumía, a Bolivia, en una incertidumbre sin precedentes. El corto período presidencial se caracterizó por la pacificación del país y una gestión de orden y trabajo.

Logró bajar las tensiones y concertar acuerdos para el éxito de las elecciones para Presidente, Vicepresidente, Senadores y Diputados. Igualmente, se realizó la primera selección de Prefectos, para su designación presidencial; la realización de un Referéndum vinculante sobre Autonomías y la Convocatoria a una Asamblea Constituyente.

Gesta Heroica y Patriota ▶

En materia judicial, la Presidencia de Eduardo Rodríguez Veltzé, comprometió significativos presupuestos para el Poder Judicial, destinando incrementos para los nuevos Juzgados de Paz, cuya creación corresponde a su gestión.

Incrementó partidas para el Ministerio Público. Aprobó distintas normas favorables a los Derechos Humanos y promulgó la nueva Ley de Organización Judicial.

Multitud de publicaciones de su autoría, relacionadas con la ciencia del Derecho, hacen a una actividad docente, prolífera y excelente.

Fue Catedrático de Derecho Administrativo en la Universidad Mayor de San Andrés, en 1998. De Maestría, en Programas Especiales de Derecho Administrativo y en Derecho Económico, en la Universidad Andina "Simón Bolívar", en 1998. Fue Docente y Jefe de Estudios, profesor de Derecho Civil (Obligaciones) y participó en el Seminario sobre Administración y Control Gubernamental, a cargo del área académica de la Universidad Católica Boliviana, durante los años 1992, 1993 y 1994.

Obra de Gobierno

Como toda gestión de gobierno, no se libró de dificultades propias de la maduración democrática, como la crisis provocada por la obligación de redistribuir los escaños de representación en la Cámara de Diputados, episodio que, en su momento, no contó con la voluntad para su solución, por parte del Congreso, de las regiones, de los comités cívicos y de los movimientos sociales.

Fue necesario resolverla, mediante un Decreto Supremo que invocó la racionalidad jurídica y la importancia de un valor superior, para garantizar la realización de las Elecciones Generales.

La Agenda de Gestión traduce los principales logros del Poder Ejecutivo, en torno a un Plan de Transición, agrupándolos por temas priorizados, en lo que concierne a Política Exterior, Política Macroeconómica, Desarrollo Económico, Desarrollo Social, Recursos Naturales, Defensa, Justicia, Seguridad Interna y Desarrollo Institucional.

Las relaciones exteriores de Bolivia se caracterizaron por el buen relacionamiento en todos los ámbitos, destacándose el apoyo de la comunidad internacional, en la consolidación del proceso democrático del país, dentro del orden constitucional.

Con Chile, se puede destacar el nivel del diálogo político alcanzado; los avances en el plano comercial (como la suscripción del Protocolo Adicional del ACE N° 22); los procesos realizados con relación a la habilitación del puerto de Iquique; en el plano de vinculación y acercamiento, la eliminación de pasaportes y el inicio del proceso de desminado en la frontera común; y los avances en el plano cultural y educativo.

Entre las República de Chile y Perú, surge la disputa por un espacio de alrededor de 35'000 kilómetros cuadrados de soberanía marítima, aspecto que interesa y preocupa a Bolivia, por su demanda de reintegración soberana al Océano Pacífico.

Política Macroeconómica

Al concluir la gestión correspondiente al año 2005, la gestión fiscal refleja una mayor eficiencia y eficacia, donde se destacan el incremento de los recursos y la disminución del gasto; obteniéndose el déficit global más bajo de las últimas décadas, 1.6% del Producto Interno Bruto (PIB), equivalentes a 1'230.8 millones de Bolivianos.

La prudente administración de los recursos públicos; la reducción de fraudes en el pago de pensiones del Sistema de Reparto; y el mantenimiento de un nivel cauto de inversión pública, permitieron una reducción en los gastos del 33% del PIB, en 2004, al 32.4%, en 2005.

Asimismo, se destaca, en la gestión 2005, una significativa disminución del stock de la deuda pública: del 87.4% del PIB, en 2004, al 81.1%, en 2005, gracias a la caída de la deuda externa.

La inversión pública sobrepasó lo presupuestado para la gestión 2005, llegando al 101.5% (la inversión en infraestructura alcanza el 51.7% y, en sectores sociales, el 28.8%).

Carretera Tarija-Bermejo tramo Emborozú-Limal (a 19 Km. de Bermejo). Esta obra, que fue entregada en diciembre de 2005, con una longitud de 84 kilómetros, representa el último tramo para unir Tarija con Bermejo y, consecuentemente, con Buenos Aires, por carretera asfaltada. La entrega pudo ser efectivizada, una vez que se concluyó el túnel falso del Alarache, por un monto total de 78.2 millones de dólares, a cargo de la empresa Queiroz Galvao de Brasil y bajo la supervisión de CONNAL S.R.L. de Bolivia, por 4.4 millones de dólares. El financiamiento estuvo a cargo de PROEX, con garantía de la CAF.

Fortalecimiento de Redes de Salud

Se mantuvo un trabajo permanente de coordinación con el Ministerio de Educación, para regular los procesos de formación de recursos humanos en salud, principalmente a nivel de institutos técnicos. En cuanto a la regulación en los procesos de formación universitaria, se coordinaron acciones a través del Comité Nacional de Integración Docente Asistencial.

Se realizó el diagnóstico rápido en hospitales de nivel II y III, para conocer sus necesidades de infraestructura, equipamiento y capacitación de recursos humanos, ejecutando proyectos de fortalecimiento, para el nivel II, y procesos de acreditación, en el nivel III.

El proceso de transición de la información, del Poder Ejecutivo, se desarrolló de forma ordenada, íntegra y transparente. Asumiéndose la responsabilidad de traspasar, en forma completa, veraz, oportuna y confiable, todos los elementos estratégicos y de gestión, requeridos para que el nuevo gobierno electo, pueda asumir con responsabilidad su rol y sus desafíos.

El Gobierno se impuso la tarea de restablecer una sana relación con el Parlamento, basada en una agenda en la cual las coincidencias superaban, con creces, las diferencias, infaltables en el ejercicio democrático. De manera paralela, se establecieron canales de comunicación y concertación, con otras fuentes de poder político; el Congreso era una pieza fundamental, mas no la única para llevar adelante una transición democrática pacífica.

Para resolver los conflictos subyacentes, en los temas de la Agenda Política, se planteó la estrategia de reordenarlas en una sola. Se debía lograr que las principales exigencias políticas tuvieran lugar en momentos distintos. A través de complejas gestiones, se generó un espacio de concertación entre los diversos sectores en pugna, destacándose el desprendimiento para preservar el bien común y el compartido propósito de encontrar posibles salidas a las diferencias. Así, se unieron voluntades y sensibilidades distintas para reencauzar al país y salvar la democracia, con acuerdos políticos que permitieron lograr la transición de Gobierno.

El merecimiento es de todos los hombres y mujeres de nuestro país, de los candidatos, de las organizaciones sociales y empresariales, de

los medios de comunicación y de la Conferencia Episcopal, que tanto hizo para que las decisiones gubernamentales tuvieran los efectos deseados, preservando así el proceso electoral. Igualmente, es menester reconocer a las organizaciones internacionales, como la ONU, la OEA, el Club de Madrid, la Comunidad Andina, la Unión Europea y los países amigos. Con este propósito, y en cumplimiento de la Ley, mediante Decreto Supremo, se constituyó el Consejo Pre-Constituyente y Pre-Autonómico, recurriendo a personalidades importantes del país, que no representan directamente a sectores sociales como tal, pero que son representativos de la diversidad nacional. Este Consejo se reunió en dos oportunidades y sus resultados revelaron que su constitución era necesaria, en la búsqueda de consensos mínimos que faciliten el trabajo de la Asamblea Constituyente.

El Problema de los Misiles

En resumen, Rodríguez Veltzé limitó sus labores a aspectos generales: Impulsó relaciones con Chile; realizó varios viajes al exterior, en particular a Naciones Unidas y reuniones internacionales. Consolidó el llamado a elecciones para el mes de diciembre del año 2005, las mismas que beneficiaron al candidato del MAS, Juan Evo Morales Ayma.

Dejó la Presidencia de la República, el 22 de enero, en manos de Evo Morales, ganador de las elecciones del 18 de diciembre.

El Presidente de la República Eduardo Rodríguez Veltzé, mucho después que se retiró a la vida privada, trataron muy a la ligera, de mellar su dignidad al intentar ensombrecer la gestión administrativa transparente, con un asunto que a las claras no tuvo la trascendencia que posterior a su mandato se quiso dar, como se comprueba con la declaración que dio a la prensa el entonces Embajador de Estados

Unidos, Greenlee quien declaró que el Presidente Rodríguez se encontraba en Brasil, sin haber intervenido cuando el Gobierno de U.S.A. recepcionó los misiles en un operativo técnico-militar.



Mensaje Final del Presidente Rodríguez Veltzé

En su mensaje dijo: "En mi aporte como Juez y Presidente, procuré la independenciam de la función judicial. Puse especial interés en consolidar las políticas para mejorar y ampliar el acceso a la justicia, promulgando la Ley de Modificaciones a la Ley de Organización

Gesta Heroica y Patriota ▶

Judicial, que restablece los juzgados de Paz; aprobando la Estrategia Nacional de Derechos humanos y autorizando la mejora en los presupuestos del Poder Judicial, para ampliar el servicio jurisdiccional y del Ministerio Público, para eliminar las subvenciones, de la cooperación internacional, a los salarios de fiscales especiales.

Mi aporte, como juez y Presidente, procuró, en todo tiempo, la independencia de la función judicial, hoy severamente afectada. La judicialización de la política y la politización de la justicia, expresada en procesos de alto contenido político, sin garantías al debido proceso, y expuestas a presiones oficiales y mediáticas, o conduelas erráticas de autoridades del Ministerio Público y de la misma Judicatura, afectan a uno de los pilares fundamentales de la democracia”.

INDICE

| | |
|---|----|
| COCHABAMBA | 5 |
| PRESENTACION | 11 |
| COCHABAMBA ESCENARIO PARA LA LUCHA EMANCIPADORA | 15 |
| VÍSPERAS DEL GRITO LIBERTARIO COCHABAMBINO | 16 |
| 14 DE SEPTIEMBRE DE 1810 | 16 |
| AROMA: 14 DE NOVIEMBRE DE 1810 | 20 |
| CASTELLI: AMO DE LA LUCHA EMANCIPADORA | 23 |
| DISCREPANCIAS ENTRE CASTELLI Y DEL RIVERO | 24 |
| FIN DEL CNL. DEL RIVERO | 25 |
| 27 DE MAYO DE 1812: GLORIA A LAS MUJERES DE COCHABAMBA | 28 |
| MUERTE DEL GENERAL ESTEBAN ARZE | 29 |
| DOÑA MANUELA RODRÍGUEZ DE ARZE | 30 |
| PRESIDENTES COCHABAMBINOS: PEDRO BLANCO SOTO | 35 |
| JOSÉ MARÍA ACHÁ | 37 |
| MARIANO MELGAREJO | 38 |
| MARIANO BAPTISTA | 54 |

| | |
|----------------------------------|-----|
| ELIODORO VILLAZÓN | 55 |
| CARLOS BLANCO GALINDO | 59 |
| DANIEL SALAMANCA | 60 |
| CARLOS QUINTANILLA QUIROGA | 75 |
| GUALBERTO VILLARROEL LÓPEZ | 76 |
| RENÉ BARRIENTOS ORTUÑO | 102 |
| JUAN JOSÉ TORRES GONZÁLES | 117 |
| WALTER GUEVARA ARZE | 119 |
| LIDIA GUEILER TEJADA | 135 |
| JAIME PAZ ZAMORA | 137 |
| JORGE QUIROGA RAMÍREZ | 153 |
| EDUARDO RODRÍGUEZ VELTZÉ..... | 160 |



Santa Cruz

SANTA CRUZ

Presidentes e Intelectuales Cruceños

Homenaje al Bicentenario del 24 de
Septiembre de 1810

ENRIQUE RUIZA MONROY



SANTA CRUZ
Tierra de Libertad





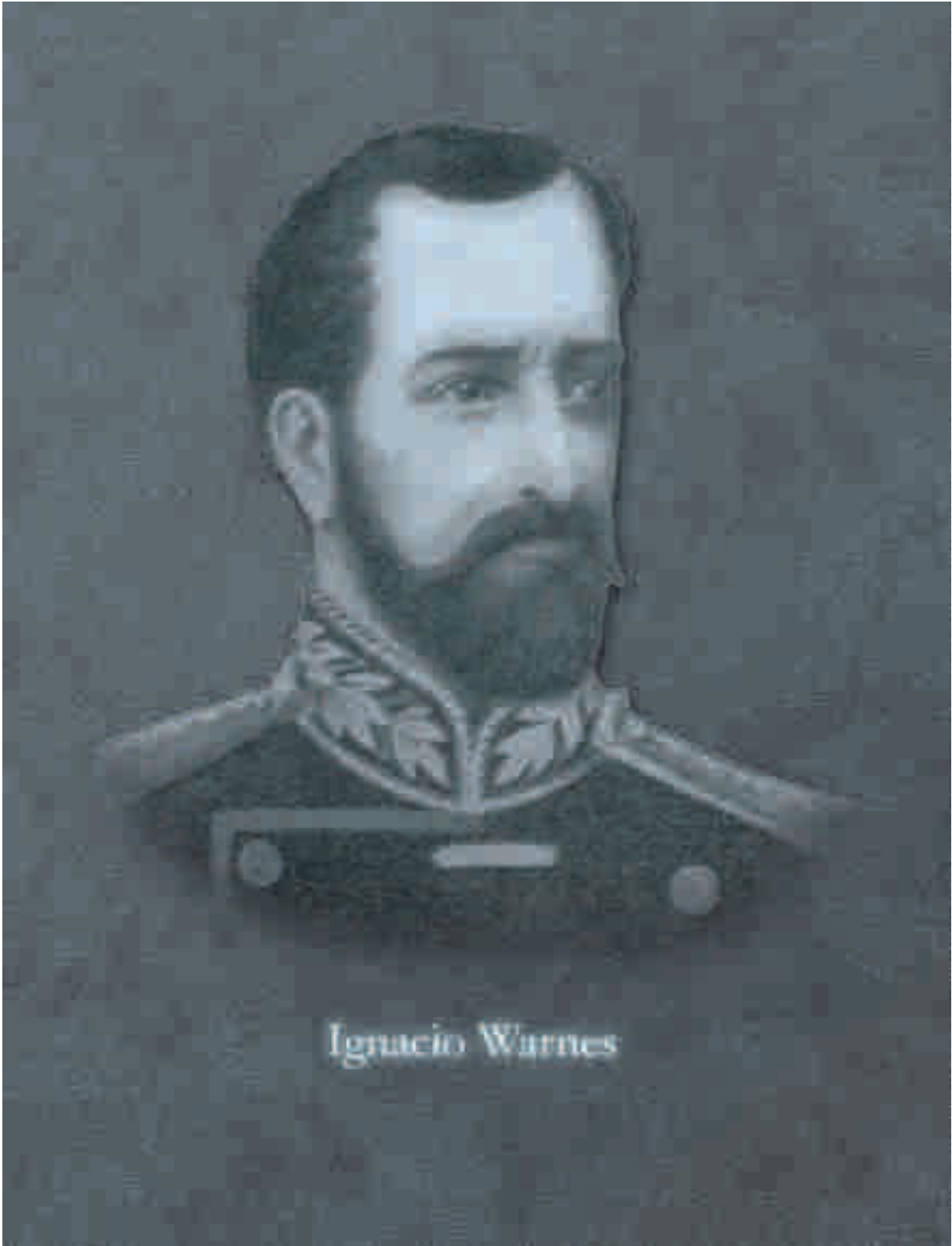
Santa Cruz de La Sierra
Pasión de Libertad



Don Juan B. Coimbra
ESCRITOR NACIDO EN SANTA CRUZ



Germán Busch Becerra
de Santa Cruz de la Sierra
Máximo Héroe del Chaco



Ignacio Warnes

PÁGINAS LIMINARES

Preludio al Piráí

Al homenajear a Santa Cruz de la Sierra, no podemos olvidarnos de su río madre: el Piráí. Serpiente que cruza gran parte del territorio cruceño. Ni la ciencia ni la poesía aciertan plenamente con la nomenclatura extraordinaria de este río. Es algo tan vivo, tan muerto, tan animal y tan cósmico, que nuestras nociones desfallecen en el momento de expresarlo. Sobre la ancha corriente que palpita y cambia, sobre el monstruo multiforme que viaja, han lanzado su iluminación los espíritus ancestrales que se debaten en las fronteras de la sombra.

Camino que anda, dijo con formidable simpleza, Gabriel René Moreno, en uno de sus opúsculos, aludiendo al misterio de su movimiento, que arrastra a los hombres de su tierra cruceña. Casi más que hijos de la naturaleza, los hombres y mujeres de esta bella tierra, han sido hijos de este río. Resbalando por su corriente, penetraron en la tierra

ignota, y, de su agua con sol, hicieron su primer traje. A sus ríos, Santa Cruz de la Sierra debe su nacimiento y su desarrollo: como el río Grande o Guapay. El pueblo cruceño, en su misma vida, está íntimamente ligado a sus ríos. El sentimiento cruceñista se forma alrededor del Pirai, porque es su río: familiar y querido; boa que digiere el tiempo y que gobierna el destino. Sale de las oscuras vertientes y comienza -cautelosamente- a rodar olfateando horizontes. Gira y se desvía, vuelve, como el curso de la propia historia que nace de sus márgenes, y se va; pareciéndose, el Pirai, a todos los seres que habitan la tierra bendita de Santa Cruz.

Los montes se alejan en azulosas lejanías y el cielo se va haciendo más profundo y bajo. Ya los árboles se recortan sobre el azul desnudo.

La tierra se hace roja. Sobre esa greda bermeja, tan rica en matices, se alzan las formas y los colores del mundo vegetal. En un maravilloso contraste, el rojo de la tierra anuncia su presencia en las paredes de los pahuichis, bajo los amarillosos techos de paja. En la palma cruceña, con su liso tronco gris y su orgulloso penacho de verde abanico, se abren pequeños negocios con anuncio de bebidas heladas, y la música del iluminado fonógrafo es lo primero que se advierte al pasar. Se escucha “El Sombrero de Saó” y otros cantos, que circundan en taquiraris la bella tierra mía, Santa Cruz de mi corazón...

El río Pirai está surcado de monte que busca llanura, le sale al paso repetidas veces y por lentos trechos le adosa el lomo fresco, donde la luz pone escamas de reflejos. Este río, que abarca gran parte del Departamento de Santa Cruz, es apenas más que un estío rumoroso con sus riberas arboladas que llenan de sombra fresca los curiches.

Cuelgan de los árboles lianas y bejucos, donde nace el río, en esa selva que baja casi a tocar el agua. Si se contempla al Pirai, es una estampa viva de aquéllas que amaban los viajeros románticos, y en donde había

una imagen de ese trópico cruceño, pleno de reminiscencias bucólicas. Se parece -el Pirai- a un encantador grabado que Humboldt realizó, siguiendo el itinerario de los ríos que recorrió en su peregrinaje por las tierras de la antigua Charcas, un testimonio de la cultura de los que vinieron a aposentarse en la vasta tierra nueva chiquitana. A medida que se avanza, orillando el Pirai, toda la tierra parece disolverse en los llanos orientales.

Homenaje a Santa Cruz y su Gente

Santa Cruz de la Sierra es la tierra de mis amores. Qué mejor homenaje a sus 200 años de vida independiente, que evocar aquel 24 de septiembre de 1810, en que ese pueblo heroico se reunió en un Cabildo, para proclamar al mundo entero su emancipación de España.

En el transcurso de estas páginas, pergeñadas con hondo cariño al jirón patrio que ha producido cumbres de gloria intelectual y de lucha revolucionaria, desfilarán personalidades que representan el valor, el patriotismo, la intelectualidad y la lucha permanente de ese pueblo tan querido.

En el avatar vigoroso de Seoane, Moldes, Warnes y Cañoto, está representado el heroísmo cruceño. Y en la llegada de la República, cuando los asambleístas cruceños se alinearon junto a los diputados de esa gloriosa constituyente de 1825, para fundar la República de Bolivia, que lleva orgullosa el nombre del Libertador.

Transcurrida una etapa de caudillos militares que gobernaron al país, existen cruceños que consolidan la nacionalidad. Ahí vemos a un hombre de prosapia, el Presidente de la República, General José Miguel de Velasco; aunque con claroscuros en su accionar, hay momentos en que expresa -en el último interinato- su vocación democrática.

A pesar de su enemistad con el General José Ballivián, escuchó el llamado de la Patria y combatió, junto al héroe de Ingavi, en esa gloriosa batalla en que se dio muerte al eterno enemigo de Bolivia, el invasor peruano General Agustín Gamarra.

Pero, sin lugar a dudas, en los años augurales de lucha, aparece un caudillo que le dio nombre republicano a Santa Cruz: Don Andrés Ibáñez. Carlos Montenegro, en su obra “Nacionalismo y Coloniaje”, descubre esa personalidad desconocida. Sin embargo, para Santa Cruz representa el accionar de una futura Federación; y, a través del tiempo, en la etapa que hoy vivimos, la batalla de los cruceños se expresa en un referéndum, con un 80% de adhesión cruceña, para la consolidación de su Autonomía.

Después, en la contemporaneidad del siglo XX, dos presidentes chiquitanos; igual que José Miguel de Velasco en el siglo XIX. Germán Busch Becerra y Hugo Bánzer Suárez, a los cuales he destinado varias páginas, por sus acciones y obra de gobierno, y una semblanza biográfica, de acuerdo al rol que cada uno de ellos jugó en la historia republicana de Bolivia.

En cuanto a la intelectualidad cruceña, me he propuesto resaltar como representantes de esas celebridades del oriente boliviano a dos príncipes de la literatura nacional: Gabriel René Moreno y Juan B. Coimbra.

Ellos expresan, sin lugar a dudas, toda la hazaña boliviana para brillar en la constelación latinoamericana de escritores de todos los tiempos. He omitido, en este homenaje a Santa Cruz, hablar de las otras bellas artes como la música, la pintura y la escultura. Indudablemente, el cuadro de estas personalidades es magnífico, pero, por razones de economía literaria, en otro capítulo, que oportunamente publicaré, me referiré a esos hombres y mujeres que llenan el espectro artístico de Santa Cruz.

Sin embargo, quiero aclarar que ningún elemento de la vida espiritual cae bajo el dominio de la responsabilidad pública, con tanta exclusividad, como la literatura. No discuto sobre la jerarquía de las artes, no decido si la música expresa lo anímico más diáfananamente que la poesía, o si la pintura copia más fielmente nuestro ambiente humano que la novela.

El arte de la palabra -la literatura- lleva ventaja a todas las artes, por su carácter de formar parte insustituible de la colectividad. Podemos representarnos un pueblo que viva sin música; puede existir una colectividad humana sin pintura y escultura, pero, un pueblo sin literatura todavía no es pueblo. No se necesita prueba alguna, todos sabemos de antemano esta verdad.

Dicho esto, es preciso poner en claro que, este homenaje, no sólo será para las dos cumbres de la intelectualidad cruceña (mencionadas al principio). Estos quijotes de la gesta literaria cruceña están insertos en el pensamiento nacional, trascienden las fronteras y se sitúan paralelos a los grandes intelectuales latinoamericanos.

Citaremos, en este opúsculo, a personalidades cruceñas de la literatura, como Humberto Vásquez Machicado (1904), Hernando Sanabria Fernández (1913), Emilio Finot (1886), Enrique Kempff Mercado (1920), Gonzalo Cuéllar Jiménez (1898), Enrique Finot (1906), Mamerto Oyola Cuéllar, Fabián Vaca Chávez, Raúl Otero Reich (1906), José Luís Roca (1940), Alcides Parejas Moreno (1940), Ruber Carbalho (1940), Mario Flores (1902), Rómulo Gómez Baca (1901), Plácido Molina Mostajo (1875), Severo Vásquez Machicado (1894), Napoleón Rodríguez (1891), Óscar Alborta Velasco (1911), Heberto Áñez (1908), Oscar Barbery Justiniano (1929), Julio de la Vega Rodríguez (1924), Roger de Barneville Vásquez (1930), Félix Bascope Gonzales (1914), Guido Bravo Rodríguez (1931), Guillermo Burtón

Rodríguez (1917), Germán Coimbra Sanz (1925), Alfredo Flores Suárez Arana (1899), Germán Gabriel Arana (1914), Oscar Gómez (1924), Nataniel García Chávez (1899), Hernando García Vespa (1927), Orestes Harnes Ardaya (1925), Alfredo Ibáñez Franco (1924), Francisco Kleeblat Tacana (1921), Antonio Landívar Serrate (1910), Alejo Melgar Chávez (1914), Plácido Molina Barbery (1910), Rafael Peña Ibáñez (1910), Emiliano Peña (1918), Pedro Rivero Mercado (1931), Remberto Prado (1904), Leonor Ribera Arteaga (1909), Lorgio Serrate Vaca Díez (1913), Luciano Durán Boger (1911), Manfredo Kempff Suárez (1945), Carlos Hugo Molina Saucedo (1955), Homero Carvalho Oliva (1957), Paz Padilla Osinaga.

Así, llevo a conocimiento de los lectores que no toda la actividad progresista de los cruceños está encaminada hacia logros materiales; que, además de aquellos que se dedican al cultivo del algodón, de la caña dulce, del arroz, a la extracción de la goma, de maderas nobles o a la comercialización de la suela, el azúcar, el alcohol, la soya, etc.; hay otros, -los menos- que, robando horas a la vital rutina diaria, se entregan a tareas poco remunerativas, como emborronar cuartillas y más cuartillas, para solaz del público, hilvanando versos, soñando con otros mundos dorados, novelando, relatando y contando cuentos. Actividad literaria digna de un pueblo inteligente y cultivado. Así es la tierra cruceña de mis ensueños y así es su gente, orgullo de nuestra patria Bolivia, que siente amor por la cultura.

HOMENAJE AL BICENTENARIO DEL GRITO LIBERTARIO DE SANTA CRUZ

El 24 de Septiembre de 1810, Santa Cruz da el primer paso hacia su liberación del yugo español. Aquel día, se produjo el primer aporte de los cruceños al proceso de emancipación americana, pues, se llevó a cabo un Cabildo donde se nombró la Junta Patriótica Gubernamental y se destituyó al -entonces- gobernador Pedro José Toledo Pimentel.

El plan de Gobierno, a establecerse, era el mismo de Chuquisaca y La Paz. Es así que, después de los sucesos de Chuquisaca, llegaron a Santa Cruz, con el propósito de expandir las ideas revolucionarias, el cruceño Dr. Antonio Vicente Seoane y el Dr. Juan Manuel Lemoine, que formaron un partido, integrado, también, por el padre José Andrés Salvatierra, el Coronel Antonio Suárez y otros luchadores.

Cuando ya todo estaba listo, arribaron el emisario Eustaquio Moldes -de la Junta de Gobierno de Buenos Aires- y Don Melchor Pinto -de Cochabamba-, ocurriendo, de esta forma, el primer pronunciamiento cruceño por la Independencia.

“El movimiento estalló la tarde del 24 de septiembre de 1810, con el amotinamiento de las milicias, la destitución del gobernador y el llamado al pueblo, para concurrir al Cabildo Abierto, constituyéndose la Junta Gubernamental”, así relata -Hernando Sanabria- lo sucedido ese día.

Ese 24 de Septiembre, Santa Cruz celebraba el día de “Nuestra Señora de las Mercedes”, por lo que la mayor parte de los ocho mil habitantes, que vivían en el pueblo, estaba reunida en la Plaza de Armas, celebrando esa festividad. La concentración de los cruceños fue aprovechada para convocar al Cabildo Abierto, donde se determinaron las primeras acciones por la independencia.

Se conformó la Junta Gubernamental, compuesta por tres cruceños: el abogado Antonio Vicente Seoane, el sacerdote José Salvatierra y el Coronel Antonio Suárez. También se acordó deponer a las autoridades despóticas del Rey de España y sustituirlas por criollos que traten con igualdad y justicia a todos los pobladores; además de dar libertad a las autoridades realistas depuestas, siempre y cuando no atenten contra la nueva Junta de Gobierno, pudiendo éstas radicar y trabajar en el pueblo o regresar a España.

La primera medida de la Junta Gubernamental fue liberar a los esclavos negros del TAO y, después, redactar el Acta de Pronunciamiento del Cabildo Abierto.

Esta Junta Revolucionaria detentó el mando político de la Intendencia de Santa Cruz hasta octubre de 1811, fecha en que retorna a manos de los realistas.

El Pueblo Tranquilo y Hospitalario que Decidió Buscar su Libertad

Hasta 1810, Santa Cruz de la Sierra no mostraba gran desarrollo, pues era un pueblo pequeño que tenía 11 calles y no más de diez mil habitantes, entre españoles, mestizos, indios y negros. Las calles eran completamente de tierra y llenas de curichis y maleza, tanto que hasta el arroyo Pari atravesaba la ciudad, tenía su cauce por donde hoy es la avenida Cañoto, sobre el primer anillo de circunvalación. La gente no contaba con agua potable y utilizaba el agua de este arroyo, por lo tanto era normal ver a las aguateritas llevar sus cántaros sobre la cabeza.

Algunos optaban por tener sus propios paños para poder beber agua limpia y fresca.

Las viviendas eran edificadas con paredes de barro y techos de palmas de motacú. Sin embargo, algunas eran levantadas con adobes, cubiertas de tejas y con corredores de alas anchas, sostenidas por pilares gruesos, es decir, una arquitectura maciza con galería delantera y otra interior. La ciudad estaba organizada en cuadrantes, por manzanos, pues era ley de España. La plaza estaba en el centro y era espaciosa, al frente estaba la Catedral, que tenía una construcción rústica. También existía una pequeña capilla, que llevaba por nombre Misericordia, donde ahora es la Parroquia Jesús Nazareno. El convento de La Merced estaba ubicado frente a la plaza, donde actualmente tiene sus oficinas el rectorado de la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno.

Los pobladores eran muy hospitalarios y confiados, por lo tanto se sentaban en los corredores y los niños jugaban en las calles sin temor. Era un pueblo alegre, todos se conocían. En el siglo XIX había alrededor de diez mil habitantes. 4'303 españoles (los blancos), 1'376 mestizos, 2'638 cholos, 2'111 indios y 150 negros.

Entre los productos que cultivaban estaba la caña, maíz, arroz, café, urucú y yuca. Tenían una gran producción de azúcar negra y de miel de abeja.

Las disposiciones reales -de ese entonces- disponían la adjudicación con título legal a cualquiera que lo solicitase; pero los hacendados cruceños jamás se preocuparon de obtener dicho título.

El Cabildo funcionaba con dos alcaldes ordinarios y cuatro regidores. Ellos eran elegidos por el vecindario, mediante voto emitido públicamente, el primer día de cada mes. Sin embargo, había un Gobernador que era impuesto por el Virrey. Por tanto, dependía de la Corona española y se le rendía cuentas de todos los movimientos.

Había un comandante de armas encargado del reclutamiento, instrucción y mando de las tres o cuatro compañías de milicianos que guardaban la ciudad. Los ciudadanos vivían así, hasta que el 24 de Septiembre de 1810 se da el primer paso hacia la liberación del yugo español.

Historia

Es importante recordar que un 26 de febrero de 1561, Ñuflo de Chávez fundó, a orillas del arroyo Sutós y al pie de las colinas Riquió y Turubó, la ciudad de Santa Cruz de la Sierra.

Según Hernando Sanabria Fernández, noventa fueron los primeros pobladores de Santa Cruz, la indiana, gran parte de ella eran compañeros de Ñuflo de Chávez desde su venida del Paraguay, y el resto, provenientes de Lima y Charcas.

El Cabildo estaba constituido por don Pedro Téllez Girón y Juan de Ágreda Garcés, como alcaldes; Juan de Garay, Bartolomé de Moya, Hernán Campos y Jorge de Herrera, como corregidores. Hernando de Salazar, concuñado del caudillo, oficiaba de alguacil mayor, Antón Cabrera ejercía el cargo de Tesorero y Alonso de Cañizares actuaba como Factor y Veedor.

En representación del Gobernador In partibus don García Hurtado de Mendoza, don Ñuflo de Chávez había asumido, de hecho, las funciones de Gobernador y Capitán General.

Santa Cruz de la Sierra estaba rodeada de tribus que no permitían hacer una buena gobernación, al Este los itatines, al Norte los chiquitos, al Oeste los chiriguano y yuracarés, y al Sur los morotocos. Cabe destacar que la fundación de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra coincidió con la erección de la Audiencia de Charcas, en 1561, de la que pasó a depender administrativamente.

El Fundador Ñuflo de Chávez

En 1549, el Capitán Domingo Martínez de Irala salió de Asunción, Paraguay, en busca de la legendaria "Montaña de Plata", que se decía estaba en las montañas del oeste. Detuvo su marcha en el río Guapay (hoy río Grande), donde fue informado, por los aborígenes residentes, que otros españoles ya habían reclamado los dominios de las tierras altas, previamente regidas por los Incas. Irala quedó amargamente frustrado al entender que sus sueños de conquista y riquezas nunca podrían ser realizados, pero decidió tratar de salvar lo que pudo, de su expedición. En vez de volver con las manos vacías, a Asunción, Irala envió un mensajero a la Real Audiencia de Lima, para reclamar, para sí, los territorios que había descubierto al este del Virreynato del Perú.

El mensajero era el Capitán Ñuflo de Chávez, muy conocido en la región del Plata por su audacia en el combate y por sus cualidades de líder.

Después de semanas de viaje, a través de los Andes, Chávez llegó a Lima sólo para ser cortésmente informado, por las autoridades, que Irala y sus seguidores debían dejar sus exploraciones hacia el oeste o ser acusados de desobediencia real. Con estas noticias, Irala no tuvo más remedio que retornar a Asunción, donde comenzó a planificar su regreso al área, para establecer una colonia permanente y así asegurar su reclamo.

Estos deseos imperiales acabaron -definitivamente- el 3 de octubre de 1556, cuando Domingo Martínez de Irala murió súbitamente, para nunca jamás cruzar las planicies de Grigotá. Sin embargo, Ñuflo de Chávez no tenía la intención de permitir que la muerte de Irala destrozara el esfuerzo de La Plata por colonizar la planicie de las tierras bajas.

En febrero de 1558, Ñuflo de Chávez había reunido un ejército de 150 españoles y más de 2'000 indígenas guaraníes, para emprender la marcha hacia el río Guapay. Sangrientas batallas con indígenas hostiles a lo largo de la ruta, traición y amotinamientos, redujeron la expedición a no más de 50 españoles, y sólo unos pocos cientos de guaraníes. El destrozado grupo llegó -finalmente- al río Guapay, el 1° de agosto de 1559, donde fue establecido el primer asentamiento permanente. De Chávez bautizó el lugar con el nombre de Nueva Asunción, en honor al distante puesto en el Paraguay, donde había comenzado su viaje.

Unos pocos días después de la fundación de Nueva Asunción, otro contingente de españoles llegó al pequeño campamento, en las orillas del río. Este grupo estaba dirigido por el Capitán Andrés Manso, que había dejado el Perú, con el permiso de la Audiencia para colonizar las tierras, ahora ocupadas por Chávez. Ñuflo no se atrevió a arriesgar la ira del poderoso virreinato de Lima, así que, en vez de usar la fuerza para guardar lo que sentía que le pertenecía por derecho, probó la estratagema.

Manso fue convencido de permanecer en las tierras bajas, para gobernar a ambos grupos de colonizadores en Nueva Asunción, mientras que Chávez y un emisario de Manso, llevaron -a Lima- su disputa por la tierra, para ser decidida por una más alta autoridad.

Actuando en nombre propio, Ñuflo de Chávez tenía una posición negociadora mucho más fuerte que la de su adversario, que sólo era un representante del ausente Manso.

El 15 de febrero de 1560, el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, creó la provincia de Moxos, que otorgó a su hijo, García Hurtado de Mendoza. En ausencia de este último, Ñuflo de Chávez fue nombrado Teniente General de toda la región. Manso fue requerido en Lima, pero desafió ese llamado, escogiendo quedarse cerca de Nueva Asunción donde fue muerto por un grupo de hostiles indígenas chiriguano.

Para su retorno a las tierras bajas, Ñuflo de Chávez fue provisto de armas, pertrechos, soldados españoles e indígenas de las tierras altas, para colaborarle en la colonización del territorio de Moxos. A lo largo de la marcha hacia el este, los grupos locales de aborígenes, encontrados en el camino, fueron puestos bajo el yugo español -pacíficamente o por las armas-. Uno de esos grupos era el de los chiquitanos, quienes, en la época de la conquista, controlaban las planicies de las tierras bajas.

Ñuflo de Chávez logró amistad con los chiquitanos y éstos, a su vez, lo ayudaron a localizar el lugar que sería el cuartel general de las colonias mojeñas. El área escogida estaba al pie del escudo brasileño, junto a una clara corriente conocida como el Sutós.

En una ceremonia formal, el asentamiento fue inaugurado el 26 de febrero de 1561. Ñuflo de Chávez nombró al lugar -recién fundado- Santa Cruz de la Sierra, por el pueblo español de Extremadura, donde él había nacido 44 años antes. Habiendo establecido, sólidamente, su derecho a las tierras bajas, Ñuflo de Chávez viajó a Asunción, donde recogió a su esposa, hijos y numerosos colonos, tanto indígenas como europeos, para luego retornar a Santa Cruz. Con el impulso de los colonos adicionales, el pueblo comenzó a crecer y prosperar. Sin embargo, en 1568, los feroces itatines invadieron desde el norte y Ñuflo de Chávez murió en la escaramuza. El que lo mató fue el indio salvaje llamado de la Porrilla.

San Lorenzo el Real

El nuevo Gobernador, Lorenzo Suárez de Figueroa, fundó, el 13 de septiembre de 1590, la ciudad de San Lorenzo el Real, en la orilla izquierda del río Guapay. Un año después, en 1591, la trasladó a la llanura de Grigotá, y el 21 de mayo de 1595 fue trasladada a su lugar definitivo, la punta de San Bartolomé, en la margen derecha del río Pirai.

La sequía y las malas cosechas diezmaban cada vez más a la población de aquel entonces, por lo que se trasladó, entre los años 1601 y 1604, a Cotoca, donde supuestamente encontraría mejores perspectivas y alicientes de vida. Ya en 1621, por una decisión del Cabildo, la ciudad se trasladó a la Punta de San Bartolomé y se unificó a San Lorenzo.

En 1622, las dos ciudades constituían una sola.

En síntesis, en el año 1561 se fundó la ciudad de Santa Cruz de la Sierra y en el año 1621 se fusionó a la de San Lorenzo. Ambas tuvieron un mismo recorrido. Las dos fueron trasladadas dos veces, la primera vez a Cotoca y la segunda -la definitiva- a su lugar actual.

1810 - 1811

La Guerra de la Independencia, en Santa Cruz, empezó el 24 de septiembre de 1810, cuando los doctores, que habían estudiado en Charcas, se levantaron y proclamaron el nuevo gobierno: la “Junta Provisoria”, siguiendo el ejemplo de la Junta de Buenos Aires. El levantamiento fue liderado por el Dr. Antonio Vicente Seoane, el Coronel Antonio Suárez, el cura José Andrés Salvatierra, Juan Manuel Lemoine y el argentino Eustaquio Moldes. Este último había llegado, desde Buenos Aires, con el objetivo de difundir las ideas a favor de la Patria.

José Eustaquio Moldes

Delegado de Buenos Aires en Santa Cruz

El Coronel José Eustaquio Moldes, después del 25 de mayo de 1810, fue delegado por la Junta de Buenos Aires para llevar la buena nueva de la libertad, a Santa Cruz de la Sierra. Pasa por su tierra de origen -Salta- hasta arribar al Alto Perú.

Y entre los agentes comisionados para preparar a los pueblos del interior, en el camino hacia Santa Cruz, mucha es la influencia que ejerciera, en Salta, el Coronel don José Moldes, quien, al llegar a la provincia, procedente de Buenos Aires, encuentra ambiente propicio entre sus coterráneos. Al igual que tantos jóvenes americanos, Moldes (hijo de Salta) fue enviado siendo niño a España, en cuya metrópoli estudiaba lo mejor de la sociedad americana.

Tanto por su rango como por su fortuna y su carácter altivo y varonil, Moldes sobresale desde que es cadete, llegando a desempeñar, más tarde, puestos destacados en el ejército español. Muy comentado ha sido un airado incidente que tuviera con un oficial francés; siendo finalmente ascendido a Teniente de los célebres Guardias de Corps del Rey.

Puesta en marcha la inquietud de la emancipación americana, por el precursor, General don Francisco de Miranda, Moldes es uno de los jóvenes del Nuevo Mundo en los cuales prende el ideal emancipador y, en Madrid, se vincula con Gurruchaga (su coterráneo), con Pueyrredón, Lezica, Alvear y otros americanos. Su entusiasmo lo lleva a fundar, entonces, una asociación secreta, "la Sociedad de Caballeros Racionales" que, de acuerdo con Miranda, colabora en la causa de la emancipación.

En 1808, consigue salir subrepticamente de España, trasladándose a Londres, para luego regresar a Cádiz, donde se embarca para Buenos Aires, llegando -a este puerto- el 7 de enero de 1809, en circunstancias en que los patriotas de la Capital maduran la Revolución, en sus reuniones secretas. Moldes es llevado a una de ellas por el Coronel Terrada, vinculándose allí con sus compatriotas, a quienes promete "propagar la idea en todos los pueblos", por los que pasará en el viaje que se propone hacer hasta el Alto Perú.

Hombre altivo, voluntarioso y valiente, inicia su largo peregrinaje al norte. Llegado a Córdoba, se da al cumplimiento de lo prometido en Buenos Aires.

De Córdoba, se dirige a Santiago del Estero, donde se entrevista con don Francisco Borges. Sigue -Moldes- su fatigoso viaje al norte y llega a Tucumán, consiguiendo verse con don Nicolás Laguna, patriota que, llegando la hora, sería uno de aquellos tucumanos que sostendrían, en el Cabildo Abierto, el principio de acatamiento a la Junta.

Al fin, arriba a Salta, su tierra natal, donde puede hablar -mano a mano- con los patriotas salteños, entre los que el anhelo revolucionario ya se perfila concretamente, sostenido por los doctores Santiago Saravia, Gabino Blanco, Mariano Boedo, Pedro Antonio Arias Velázquez, Juan Ignacio Gorriti, Mateo Saravia y otros.

Moldes sigue su camino hacia el Alto Perú. En tanto, la inquietud subversiva de los salteños va tomando más y más cuerpo, hasta que sus actividades llegan a conocimiento del Virrey, el que, el 27 de noviembre de 1809, apercibe por ello al Gobernador Intendente de Salta.

Según don Martín G. Figueroa Güemes, "conexo con estos movimientos subversivos, se tramita el curioso pedido de traslado, de la plaza militar de Buenos Aires a la de Salta, del entonces Teniente de Granaderos del Rey don Martín Miguel Güemes".

Mientras tanto, Moldes ha coronado el altiplano y, en La Paz, se ve con don Clemente Díez de Medina; en Cochabamba, con don Mariano Medina y otros patriotas altoperanos; y con Seoane en Santa Cruz. No podíamos dejar de referirnos a la actuación de Moldes, a esta altura de los acontecimientos, ya que es lamentable que esté tan poco difundida la colaboración de este patriota de tierra adentro, que, con tanto tesón y audacia, fue sembrando a lo largo de la ruta que más tarde seguiría el primer ejército expedicionario, la semilla fecundante de la Revolución.

Es el Coronel José Eustaquio Moldes quien lleva la fructífera siembra a Santa Cruz de la Sierra, donde brota el grito de libertad, el 24 de septiembre de 1810.

1811 - 1813

El nuevo gobierno se mantuvo hasta la derrota patriota en Guaqui (junio de 1811), por las fuerzas realistas bajo el mando del Gral. José Manuel Goyeneche, quien ordenó al Tte. Cnel. José Miguel Becerra, recuperar Santa Cruz. Becerra, que dominaba Cordillera, retomó la plaza y fue nombrado Gobernador Intendente de la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

La ciudad quedó bajo el dominio realista hasta 1813. En marzo de 1813, fue recuperada por las fuerzas patriotas, dirigidas por el Cnel. Antonio Suárez. Posteriormente, Suárez fue electo representante al Congreso Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata,

por lo que el Coronel Belgrano, del Segundo Ejército Argentino, nombró al Cnel. José Ignacio Warnes como nuevo Gobernador de Santa Cruz. Santa Cruz, para ese momento, ya había recuperado su antiguo status de Capital de la Gobernación, dejando de lado la dependencia de Cochabamba.

1813 - 1816

Warnes gobernó Santa Cruz de 1813 a 1816. Durante su gobierno, liberó a los esclavos negros, con los que formó el batallón de los Pardos Libres. Durante los tres años, se enfrentó con las tropas realistas. El enfrentamiento más importante fue la Batalla de Florida, en 1814, en la que los patriotas vencieron al realista Joaquín Blanco.

Warnes continuó la lucha contra el realista Francisco Udaeta, quien había escapado a Chiquitos. En 1815, en la Batalla de Santa Bárbara, Warnes venció a Udaeta y al gobernador de Chiquitos, Juan Bautista Altolaguirre, quienes contaban con cerca de 5'000 indígenas. Con los realistas vencidos, la provincia quedó en manos patriotas. Warnes volvió a Santa Cruz y la mantuvo independiente hasta 1816.

Con la vuelta al trono de Fernando VII, en 1814, llegó a América una nueva ofensiva del ejército español, para reprimir a los rebeldes. Los realistas enviaron a Francisco Xavier Aguilera, quien se enfrentó a Warnes en la Batalla de El Pari.

Batalla de La Florida

Los coroneles Arenales, Gobernador de Cochabamba y de Vallegrande (en Santa Cruz), y José Ignacio Warnes, Gobernador de Santa Cruz de la Sierra, son los héroes de la Batalla de La Florida (en Buenos Aires, la calle Florida es en homenaje a ese fasto histórico nacional).

El Coronel don Juan Antonio Álvarez de Arenales, nacido el 13 de junio de 1770 en Villa Reynoso, provincia de Castilla la Vieja, es digno heredero de la hombría de bien, del pundonor y la tradición de los hidalgos castellanos. A los 9 años de edad, queda huérfano y un hermano de su padre (eclesiástico) lo toma bajo su dirección, iniciándolo en sus primeros estudios, en los que el niño evidencia, desde los cursos elementales, aptitudes para las matemáticas. Pero no pasa mucho tiempo, cuando ya siente nacer su vocación por la carrera de las armas, ingresando al Regimiento de Burgos, de guarnición en su provincia natal. Una extraña fuerza, un inescrutable designio, lo lleva pronto a buscar sus horizontes en América y, a su pedido, es trasladado, en 1784, al Regimiento Fijo de Buenos Aires. Así, pues, desde los 14 años de edad, su educación tiene lugar en el Virreynato del Río de la Plata. La conducta del joven Arenales, en la Gran Aldea, es intachable, y bien conocidas sus prematuras aptitudes militares, habiendo actuado "con honor, fidelidad y patriotismo" en la resistencia contra dos invasiones portuguesas a la Banda Oriental.

Arenales toma parte cuando las sublevaciones de 1809, en Chuquisaca y La Paz. Es tomado prisionero y enviado a la lóbrega prisión del Callao, confiscándosele todos sus bienes. Durante quince meses sufre los rigores de las casamatas de aquella fortaleza de cruel celebridad, hasta que, auxiliado por los recursos de su ingenio, logra fugar en duras circunstancias. Se hace a la mar en un frágil bote, que naufraga cerca de Mollendo. Y Arenales lucha, a brazo partido, con las olas, seguido de un esclavo, que lo salva cuando ya desfallecen sus fuerzas.

"Casi desnudo, cargado de la miseria a que se ve reducido, atraviesa territorio, desde aquella costa hasta las cercanías de Chuquisaca, donde se entera de la derrota del Desaguadero, que acaba de producirse. Sin refugio ni seguridad en el país, se dirige a Salta, asiento de su familia", donde había contraído matrimonio con doña María Serafina Hoyos de Torres, dama de la sociedad salteña.

Arenales, en la batalla de La Florida, el 25 de Mayo de 1814, junto a Ignacio Warnes derrotan al ejército español. Ambos merecen la gloria de la Patria Americana. El General Mitre dice: "Sólo hombres del temple de Arenales y Warnes podrían encargarse de la desesperada empresa de mantener vivo el fuego de la insurrección en las montañas del Alto Perú, después de tan grandes desastres, quedando completamente abandonado en medio de un ejército fuerte y victorioso, y sin contar con más recursos que la decisión de las poblaciones inermes y campos devastados por la guerra".

Refiriéndose a esta época de la vida de Arenales, el general Mitre escribe: "La campaña que emprende en este momento el coronel Arenales, coronada de triunfos, es su gloria inmortal. Aquella campaña tan larga como heroica, fue de consecuencias profundas para la causa de la emancipación americana".

Caída de Santa Cruz de la Sierra y Muerte de Warnes (21-XI-1816)

El Coronel don José Ignacio Warnes nació en Buenos Aires, en 1772. Su padre fue don Antonio Warnes, inglés de nacimiento; su madre, doña Ana Josefa García de Zúñiga, porteña. Era un hombre de continente altivo, de fisonomía correcta, con facciones varoniles, alto y bien formado. Poseía una indomable energía de espíritu y un carácter audaz y dominante. Poseía una valentía a toda prueba. En 1791, es dado de alta como Cadete del Batallón de Infantería de Buenos Aires, siendo después reconocido en el Cuerpo de Voluntarios de Blandengues de Montevideo como Subteniente. En las invasiones inglesas de 1806, pone a prueba la calidad de su valor. Producida la revolución del 25 de Mayo de 1810, se incorpora a la Expedición al Paraguay y parte con el General Belgrano. Allí cae prisionero y es enviado a Montevideo, pero, en 1811, es canjeado, regresando a Buenos Aires. Posteriormente,

parte también a la Expedición al Norte, al mando del General Belgrano, interviniendo en las batallas de Salta y Tucumán. Por su desempeño en Salta, es ascendido a Coronel Graduado de Infantería, en mayo de 1813. Después de la victoria de Salta, el General Belgrano lo nombra Gobernador de Santa Cruz de la Sierra, con la misión de reorganizar las fuerzas cruceñas, instruir las, disciplinarlas, armarlas y equiparlas con elementos del país. Y, en Santa Cruz de la Sierra, se multiplican sus esfuerzos y su gloria, hasta morir luchando en el campo de batalla.

Antes de referirnos a lo sucedido en Santa Cruz de la Sierra, es oportuno recordar que ya hicimos la somera biografía de su Gobernador, el coronel Warnes, al tratar la campaña de Arenales, en las sierras de Alto Perú.

Conjurado, al fin, el peligro que involucraba a la republiqueta de Padilla, cuya actividad postergara el cumplimiento de la misión del coronel Aguilera, éste se dispone a llevarla a cabo ahora. Para ello, se dirige sin demora hacia el sud, al frente de 1.200 hombres de las tres armas. El 21 de noviembre de 1816, está ya a la vista de la ciudad, donde Warnes (enterado a última hora de su proximidad), se prepara a la defensa, con los 1'000 cruceños que totalizan sus filas. Fuerzas casi parejas en número, pero no en armas, desde luego.

En lo alto de una barranca, se levanta la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, reducto -hasta entonces inviolable- del coronel Warnes. De oeste a este, corre el arroyo Pari que, al pie de la barranca, dobla hacia el norte, en ángulo recto, atravesando el campo. Más a la derecha, se levanta la prieta fronda de grupos aislados de árboles, que emergen en la llanura de Pari, como islotes solitarios. Es en este lugar, a poca distancia de los suburbios de la ciudad, donde tiende su línea el jefe patriota, con frente al este, apoyando su derecha sobre el mencionado

arroyo; ya que, desde esa posición, intercepta el camino Real, que trae a Aguilera. La artillería es emplazada en el centro del dispositivo, enmascarándose una parte de ella entre los árboles de los islotes citados.

Sereno, espera Warnes, "vestido con una chaqueta morado oscuro con vivos blancos; un sombrero blanco de fieltro, de fábrica de la tierra, bajo de copa y emplumado; con botas largas de cuero curtido a usanza del país y con espada a la cintura, recorrió a caballo su línea, y esforzando la voz exclamó: "¡Soldados! ¡Vencer o morir con gloria!"

Un grito frenético de entusiasmo fue la contestación del ejército cruceño, compuesto en su mayor parte de mestizos, que hacían cuatro años militaban bajo su bandera. Los soldados de caballería, armados de lanzas, y vestidos de cuero curtido de pies a cabeza, semejaban guerreros antiguos cubiertos de armaduras. La infantería, con camisas blancas, de algodón del país, y una montera de cuero en forma de yelmo, presentaba un aspecto igualmente uniforme y no menos pintoresco que el de la caballería. Su bandera era la celeste y blanca de las Provincias Unidas".

Es el 21 de noviembre de 1816, cuando, en ese campo del Pari, va a jugarse el destino de Santa Cruz de la Sierra y, con él, el de Warnes.

Son las 11 de la mañana. Las fuerzas del Rey se hacen presentes, desplegando una línea de batalla, paralela a la de Warnes y en la misma disposición. A orillas del arroyo, se emplaza su artillería, en tanto que la caballería cubre las alas. Sin demora, apenas adopta el dispositivo Aguilera, ya su línea se pone en movimiento, iniciándose el ataque, al son del agudo son de los clarines de guerra. Pero el jefe patriota no lo espera inactivo, saliendo, al mismo tiempo e intrépidamente, al encuentro del enemigo.

El choque es tremendo. En él, se ve envuelta la caballería realista, que vacila ante el empuje patriota, hasta que se dispersa. Y, tras ella, se lanzan los jinetes cruceños; en tanto que el veterano Batallón Fernando VII, mandado personalmente por Aguilera, abre un fuego vivo y certero sobre la infantería patriota que, a las primeras descargas, tiene el dolor y la vergüenza de ver huir a su comandante. Pero, para remediar la situación, ahí está "Warnes, imponente en su caballo de guerra, heroico, trémulo, furioso. Su voz resuena como un eco más del combate, estimulando, casi empujando a la infantería, que reacciona y se lanza impetuosa sobre el adversario, trabándose un encarnizado combate cuerpo a cuerpo; es un duelo a muerte. En remolinos se entrecruzan los infantes; la lucha está en su apogeo sin decidirse aún la batalla. Mas, he aquí que interviene el azar, haciendo que un proyectil mate al caballo de Warnes, que, al desplomarse, pesadamente aprieta a su jinete, inmovilizándole.

Otra vez, el azar de las batallas hace que esta caída decida la jornada; pues, creyéndolo muerto, la tropa se siente desamparada e incapaz de luchar sin su Jefe. Y la infantería se dispersa por las márgenes del arroyo Pari, en tanto que, en el humeante campo de batalla, queda solo y abandonado Warnes, sujeto, preso bajo el peso de su caballo muerto. ¡Con qué agonía habrá visto en esos minutos, largos como siglos, dispersarse su tropa! Impotente para detenerla, para obligarla a defender Santa Cruz de la Sierra, que él considera como propia, ni tan siquiera hay tiempo para nada, ya que un soldado español le atraviesa el pecho con su bayoneta, siendo ultimado de un tiro en la cabeza.

Así, cae Warnes en el campo del Pari; ese valiente argentino que sostuviera cuatro años a Santa Cruz de la Sierra, haciendo de ella un poderoso baluarte de la Revolución, en los adentros del Alto Perú. Así muere ese valiente, de quien un historiador español dice:

"El formidable Warnes que exhaló el postrer aliento sobre un montón de cadáveres."

Nada sabe, del trágico fin de la jornada, la caballería cruceña que, en la tarde de aquel día, regresa al campo de combate, al cabo de una dura faena en la que, cargando una, otra y otra vez, casi llega a aniquilar a la caballería enemiga, en cuya persecución saliera, no bien iniciada la batalla. Sin más, ella se lanza sobre los realistas que, triunfantes, la atacan desde todas direcciones, siendo completamente derrotada. Y, con ella, ha terminado todo... También, sobre el campo del Pari, yacen 400 realistas, o sea casi la mitad de las fuerzas de Aguilera ¡Tanto había costado la victoria! Y entre los caídos, Warnes con su cadavérica faz, en la que se percibe el rictus de una muerte altiva; con su uniforme extravagante y su espada ensangrentada, bajo su caballo que aún lo aprisiona. De acuerdo a la práctica ya establecida, pronto llegan hasta él los esbirros de Aguilera, que le cortan la cabeza para colocarla en una pica. En tanto que, con una fría furia, el jefe vencedor se dirige a la ciudad, donde empiezan las matanzas, con que se pretende pacificar al Alto Perú. En el término de cuatro meses, son fusiladas 914 personas de toda edad y sexo. Cifra, más elocuente que todas las palabras, para medir el sufrimiento por el que, la altiva Santa Cruz de la Sierra, se trasfunde con el alma de la historia. Y vemos que Warnes, héroe del oriente altoperuano, siendo porteño de nacimiento, es cruceño, por sus sacrificios y duras bregas en Santa Cruz de la Sierra; por ello, su nombre debe estar también entre los hijos preclaros de Bolivia, que debe inmortalizarlo, como lo hiciera con Murillo, Padilla, doña Juana Azurduy, Camargo, Lanza, Muñecas, etc.

Nuevas Sublevaciones en Alto Perú: el Cruceño José Manuel Mercado

Con la muerte de Warnes y Padilla, que suceden a la de Camargo y Muñecas, parecería destrozado, ya irremediablemente, el nervio de

la revolución altoperuana. Todo lo inunda el creciente poderío de los realistas. El mecanismo de la represión entra en los últimos detalles de la vida privada, y abrumba, con sus venganzas y sujeción. Esas etapas finales de aniquilamiento y destrucción, que culminan en las matanzas de La Laguna y Santa Cruz de la Sierra, parecen señalar el definitivo sojuzgamiento; pues se espera que, con la muerte de los caudillos, la rebeldía se disgregue entre las manos debilitadas de los sobrevivientes. Pero no es así, pues Ayopaya, reducto de Lanza, se mantiene invicta. Cochabamba, la inveterada rebelde, vuelve a sentir conmoverse sus valles y montañas, donde, entre el tumulto de nuevos caudillos, surge la figura audaz y temeraria del indio Lira, capitaneando, con astucia, una numerosa masa de sublevados. De otra parte, un contingente -de los restos del ejército de Warnes- se repliega a Abapó, donde es reorganizado por el Comandante José Manuel Mercado; continuándose, con ellos, la guerra de partidarios. Mientras que otra agrupación de los cruceños, derrotados en la batalla del Pari, se dirige a Mizque y Valle Grande, donde operan a su albedrío, interceptando comunicaciones del vencedor, coronel Aguilera.

1816 - 1825

La victoria -de El Pari- convirtió a Aguilera en el nuevo Gobernador de Santa Cruz. El primer acto de su gobierno fue la exhibición de la cabeza de Warnes, en una piqueta en la plaza principal. Ejecutó a los sospechosos de pertenecer a la Patria. El gobierno de Aguilera restituyó la esclavitud, lo que complació a la mayoría de los cruceños.

Aguilera era oriundo de Santa Cruz de la Sierra, sometió a su tierra natal al dominio del terror más espantoso.

Sin embargo, estuvo todo el tiempo asediado por José Manuel Mercado y sus montoneros. A pesar de sus varios intentos, Mercado no logró

retomar Santa Cruz. La noticia del triunfo patriota en Junín y Ayacucho, permitió a Mercado tomar Santa Cruz y proclamar la independencia, el 14 de febrero de 1825. Aguilera se escondió, entre Santa Cruz y Vallegrande, hasta 1828, cuando se levantó, en nombre de Fernando VII, siendo derrotado por los republicanos. La Provincia de Santa Cruz de la Sierra se convirtió en el Departamento de Santa Cruz, que abarcaba los Departamentos de Beni, Pando y el norte de La Paz.

HERNANDO SANABRIA FERNÁNDEZ

Nació en Vallegrande, el 12 de diciembre de 1913. Investigador serio y expositor ameno, claro y puntual, pertenece, por derecho propio, a la escuela de Don Gabriel René Moreno, a cuyo estilo narrativo se asemeja el de Sanabria, sin dejar de ser auténticamente personal.

Incansable trabajador, como todo intelectual que disfruta -a sorbos- el goce de las creaciones literarias, tiene una producción copiosa y variada, aunque no ha reunido sus composiciones dispersas y ocasionales, pero expresivas. En la pintura de caracteres humanos, de circunstancias sociales que aparecen y se mueven por rumbos históricos claramente definidos, así como en las descripciones frecuentes de la naturaleza regional, que invade con su poder lozano y su simpatía iluminada, Sanabria resulta un prosador sencillamente magistral, pues, es buena y rara cualidad estilística el saber reunir, como quien no quiere la cosa, lo magistral de categoría con lo sencillo siempre accesible y comunicativo. Este arte, que no parece artificio, es lo que confiere a sus estudios -históricos y biográficos- una atmósfera poética dentro de la cual, la propia erudición, en vez de resultar pesada y enojosa, cobra pasos agradables de sabiduría auxiliar. El autor usa un lenguaje castizo, de giros arcaicos y sabrosos, por los cuales discurre un aire fresco de suave humorismo estimulador.

Los temas de Sanabria son, por lo general, novedosos y originales. Culmina, como biógrafo, con seis estudios magníficos: El de Cristóbal de Mendoza, un misionero cruceño del Siglo XVII, cruelmente sacrificado en tierras guaranícas; el de Ñuflo de Chávez, caballero andante de la selva: imagen, andanza heroica y evaluación territorial; el de Cañoto, músico, cantor y poeta del pueblo cruceño, gallardamente vinculado a los episodios de la Independencia; el de Apiguaiqui-Tumpa, presentación humana e histórica del último caudillo de los chiriguanos. Una verdadera creación biográfica, lograda, después de exhaustiva investigación en fuentes ignoradas por nuestra historiografía andina. Es una obra reivindicatoria de los valores de un territorio y su pueblo selvático. Es, asimismo, una relación acusatoria contra la política inhumana que practicaron, por costumbre y estrategia espontánea, nuestras Delegaciones Nacionales, en tierras de primitivos que querían conservarse libres y dueños de su heredad.

Sigue, el ensayo biográfico de René Moreno, valiosa y resumida contribución a la ya abundante bibliografía sobre el gran escritor boliviano. Finalmente, el libro sobre Ulrico Shmidl, el alemán que se insertó ingeniosamente a la conquista española por el Río de La Plata, habiendo llegado a Santa Cruz desde el Paraguay, en 1548. El libro es una actualización de este personaje, a quien se considera el primer cronista y geógrafo de estas regiones.

La “Breve Historia de Santa Cruz”, no obstante de su brevedad, es una presentación monográfica completa de la vida urbana y regional de ese distrito, desde las poblaciones primitivas hasta la Guerra del Chaco. Contiene una información precisa y abundante sobre el movimiento cultural y nóminas de Gobernadores, Prefectos, Alcaldes y Obispos, en sucesión cronológica. “En Busca del Dorado” sobre la colonización del Oriente boliviano, por los cruceños, es una obra fundamental, digna de figurar al lado del conocido libro de Finot,

“Historia de la Conquista del Oriente Boliviano”. Contiene varias partes con nominación geográfica discernible: La Amazonía, La Chiquitanía, La Chiriguanía, Los Despoblados del Yapacaní y el Ichilo.

Como crítico, es sagaz, atento y prolijo. Critica con plena autoridad de hombre inteligente, comprensivo y estudioso. Teniendo un estilo narrativo atrayente, es natural que el historiador y sociólogo tomara el género novelesco para ejercitar su ingenio libremente. Así lo ha hecho en dos novelas, que se abren campo propio por su estilo propio, que no cede a la tentación de los malabarismos modernos.

Su provincia natal, Vallegrande, le ha merecido, además de una novela y una historia, un interesante y meticuloso estudio lexicográfico de su habla popular.

Su novela más reciente, “La de Los Ojos de la Luna”, pone en acción -entretenida- un enredo amoroso cuyo ambiente, colonial y chuquisaqueño, se desdobra en escenarios conventuales y universitarios, hasta un desenlace feliz. Después de las dificultades y contratiempos, en los que interviene sagazmente el Santo Oficio, el enlace matrimonial.

Cristóbal de Mendoza

Continuando con el aporte literario que hizo Hernando Sanabria Fernández, transcribimos una parte de su biografía, del padre Cristóbal de Mendoza, el apóstol de los guaraníes, misionero y mártir de la fe. “Al tener noticias de tan rebelde actitud, el virrey Toledo que a la sazón se halla entre Potosí y La Plata, toma enérgicas medidas para reprimirla. Como quien guerrea contra los chiriguanos, trata de ir en persona a castigar a los rebeldes, pero la indómita chiriguanía le estorba el paso y, para lograr su propósito, opta por recurrir a la añagaza. Haciendo que disculpa la rebelión a trueque de justas

recompensas, ofrece el perdón a don Diego, siempre que éste vaya a La Plata, ciudad en donde ha de confiarle funciones dignas de su rango y sus méritos.

El hijo de la víctima de Abreu se deja persuadir y emprende el largo y azaroso viaje. Pero, apenas llega al primer poblado hispano-andino, es reducido a prisión, cargado de cadenas y llevado a Potosí, en donde se encuentra, por entonces, el justamente llamado "Solón Peruano".

Tras de breve proceso, don Diego entrega la cabeza al verdugo y el espíritu a Dios.

Allá, en la ciudad que se yergue sobre el océano de verdura vegetal, queda la amada esposa y tres tiernos niños, a quienes deja un legado de tradición gloriosa y de infortunio: María, Diego y Bartolomé. Joven y robusta, se encuentra ya Santa Cruz de la Sierra, la ciudad isla del borrascoso océano selva. En torno al amplio espacio desbrozado con honores de plaza principal, han ido levantándose las rústicas chozas, primero, las casitas de adobe, después, y, últimamente, los edificios de cal y ladrillo.

"En 1590, la ciudad de Ñuflo de Chávez es ya una verdadera población urbana, con espaciosas calles y cómodas viviendas. El cabildo, la casa de gobierno, la iglesia matriz, el templo de la Compañía de Jesús y el de La Merced sobresalen del conjunto, con sus blanqueadas paredes y sus altos tejados. Por las asoleadas calles que tapiza leve y tupido césped, discurre en incesante actividad una población blanca que no baja del millar y el numeroso gentío de las parcialidades indígenas que han ido poco a poco sumándose al poblado.

¡Cuánto trabajo y cuántos sufrimientos han costado a peninsulares y criollos conservar la ciudad de Ñuflo a través de casi treinta años!

Los belicosos itatines y chiriguanos la han atacado muchas veces con ánimo de exterminarla, y ha sido menester que todos los pobladores, mujeres inclusive, acudan a las almenas de la pobre muralla defensiva para repeler, ballesta y arcabuz en mano, las acometidas de los hijos de la selva. La bravía naturaleza no ha dejado de mostrarse hostil, ora descargándose en furiosas tempestades que ponían en peligro las febles construcciones; ora inoculando en la sangre de niños, mozos y viejos la ponzoña de fatales dolencias; ora, en fin, haciendo que avanzaran sobre el caserío la maleza estranguladora de las plantas adventicias, los tentáculos disformes de los juncos y la malla falaz de las enredaderas. Como si esto fuera poco, en el ánimo de las gentes de ambos Perúes que invisten autoridad, ha ido creciendo cierta animadversión, no siempre disimulada, contra la ciudad de la selva chiquitana. Virreyes y audiencias no paran de aconsejar a los cruceños el traslado de sus viviendas a sitio más próximo, en donde puedan ser socorridos, ni paran de instruir, por lo bajo, a los gobernadores, el abandono de la pobre pero altanera ciudad y su reemplazo con un otro poblado a esta parte de la indómita selva.

Don Lorenzo Suárez de Figueroa, gobernador y capitán general desde 1580, ha dejado la capital y asiento de su gobernación y anda, cincuenta leguas al occidente, reconociendo y explorando las orillas del turbulento río que llamaron Sara los autóctonos chañes, y guapaí; los invasores chiriguanos y los españoles denominan con admiración Río Grande.

Dícese en Santa Cruz que don Lorenzo, en cumplimiento de instrucciones que desde Lima y Charcas le han sido dadas, tiene el propósito de establecer en aquellos lugares la nueva capital de la gobernación.

Pero, no obstante las contrariedades y mal pese a las inquinas, Santa Cruz de la Sierra está más viva y más fuerte que ayer, y ha de estarlo aún por luengos años, pues tal es la voluntad de sus pobladores. En el ánimo de todos, no solamente impera la firme resolución de permanecer a orillas del Sutós, sino también la de continuar cualquier día la empresa que dejó inconclusa, don Ñuflo yendo por el Sutós abajo, siempre al norte, en busca del Gran Moxo.

Capitanes para conducir la expedición, no han de faltar. Puestos en camino los hombres, muchos de ellos puede que resulten dotados de la habilidad y el carácter que se requieren para tal empresa. Pero, si ha de respetarse la tradición, si ha de ponerse los ojos en alguien que por sus antecedentes esté llamado a ejercer mando, aún quedan retoños de la familia que el virrey Toledo quiso exterminar.

Verdad es que los hijos varones de don Ñuflo fueron llevados al Perú, casi de por fuerza, y allí vivieron oscuramente y murieron, mancebos aún, sin dejar descendencia. Que las hijas mujeres fueron conducidas a Charcas, al mismo tiempo que su madre doña Elvira y su abuela doña María de Angulo, y en el camino fueron asaltadas por los chiriguanos. En tal asalto pereció doña María, y doña Elvira pudo salvar la vida y la de sus hijas, increpando a los asaltantes en lengua guaraní.

Quedan, sin embargo, los Mendoza, los hijos del ajusticiado don Diego, con su esposa Juana de La Torre, la sobrina del obispo. Uno se llama Diego, como el padre, y Bartolomé el otro. Se han criado al abrigo de su tío Hernando de Salazar, alguacil mayor de Santa Cruz, y por el año de la entrada de Suárez de Figueroa son ya hombres hechos y derechos.

Consta en un litigio por el mejor derecho a cierta encomienda de indios, sustanciado ante la Audiencia de Charcas, que Diego, el mayor, estaba casado con doña Dominga de Orellana y, en 1593, era "de edad de veinte e ocho años" lo que equivale a decir que nació hacia 1565. Fue vecino prominente de Santa Cruz y desempeñó allí honoríficas funciones. Durante el gobierno de Beltrán de Otazú (1597-1599) encabezó una expedición enviada por éste hacia las tierras de Moxos. Al hacerse cargo de la gobernación el general Soliz Holguín en 1599, le nombró para su lugarteniente en Santa Cruz, en tanto él residía en San Lorenzo el Real. En calidad de tal, fue sometido a lo que entonces se decía "juicio de residencia", por el Gobernador Mate de Luna, en 1602. Salió absuelto de todos los cargos que se le habían formulado. En 1594 aparece como alcalde ordinario de segundo voto de la ciudad de Ñufllo. En 1623, hecha la fusión de las dos ciudades, vuelve a ejercer las funciones de alcalde, esta vez como de primer voto.

Todo autoriza a sostener que este segundo Diego de Mendoza fue el padre de un niño nacido en Santa Cruz de la Sierra a quien se bautizó con el nombre de Rodrigo. El mismo que, andando el tiempo, al ingresar en la Compañía, tomaría el nombre de Cristóbal.

Esta es la historia de Cristóbal de Mendoza, un célebre cruceño apóstol de los guaraníes, escrita, como un ejemplo de su vasta producción bibliográfica, por el gran escritor cruceño Hernando Sanabria Fernández.

Santa Cruz en la Lucha por la Independencia de la Metrópoli

Anotamos la versión de la hermosa tierra cruceña en páginas de una versación vigorosa del escritor oriental José Luis Roca.

De otra parte, la subdelegación de Santa Cruz (éste fue el modesto rango que tuvo a partir de la creación del Virreinato del Plata) estaba exenta de tributos -aún para los indígenas- y, por tanto, no existía una organización hacendística cuyo funcionamiento era fuente de tantos y tan graves conflictos en otros lugares del imperio hispano.

Puesto que la clase dominante carecía de conflictos internos graves, y la clase inferior era reducida en número, los últimos días coloniales de Santa Cruz van a ser extraordinariamente tranquilos. Era aquélla, según la expresión de Sanabria, una comarca "dichosa".

Esta quieta vida rural y patriarcal casi no sufre cambio cuando adviene el pronunciamiento de septiembre de 1810, en apoyo a la Junta Revolucionaria de Buenos Aires. Un criollo cruceño, Antonio Vicente de Seoane, doctor de Charcas e hijo de quien durante más de 20 años había regido Santa Cruz, encabeza la adhesión de su terruño a la nueva patria. Pero, si bien las cosas fueron inicialmente fáciles para los criollos antimonárquicos, el desastre que sufre al año siguiente, en Guaqui, el primer ejército argentino, marca el comienzo de las penalidades de los habitantes de aquella "dichosa" tierra. Vienen dos años de violenta represión contra los amigos de la causa patriota.

Entre 1813 y 1816, desde la entrada de Belgrano a Potosí hasta la batalla del Pari, Ignacio Warnes, coronel argentino de origen flamenco, manda en Santa Cruz. Sanabria dibuja al caudillo patriota con rasgos bien definidos: un revolucionario imbuido de las ideas radicales que van a triunfar en la asamblea rioplatense. La antigua gobernación de Santa Cruz conservó tal nombre aunque su jurisdicción territorial se amplió a la provincia de Cochabamba y la capital se trasladó a esa ciudad.

Seoane, por medio de un edicto, declaró libres a todos los negros y mulatos esclavos que quisieran tomar las armas en los ejércitos de la Patria. Esta medida, de alta justicia social, dio origen al enrolamiento de numerosos elementos que servían en los fundos agrícolas de toda la región, con los cuales hubo de constituirse el Batallón de los Pardos. Ello le concitó la animadversión de los propietarios que se vieron, de la noche a la mañana, privados de tan seguro y fácil servicio. O sea que la lucha por la independencia en aquella región altoperuana se había convertido en una auténtica lucha social.

Warnes, de otra parte, aparece como un brillante hombre de armas y excelente administrador de su republiqueta. Como político en ejercicio del poder, trató de suavizar los antagonismos de clase que él mismo había hecho bullir en la otrora pacífica sociedad cruceña.

Dice Sanabria:

Con política, habilidad y fino tacto de hombre de salón -a la vez que de criollo-, fue compactando las masas dirigentes y populares, orientándolas hacia la visión de un pueblo regido por sí mismo, sin la justa separación de favorecidos y desfavorecidos.

Al señalar a un enemigo externo común y a un pueblo unido en la defensa de sus intereses y derechos, por encima de los antagonismos de clase, bien se puede situar a Warnes como a un precursor del nacionalismo revolucionario boliviano.

Pero, tal vez, el rasgo más importante de la personalidad de Warnes sea el de un caudillo autoritario y celoso del territorio en el cual funcionaba su republiqueta. Aunque camarada de armas y aliado de Arenales, no deja de tener, con éste, conflictos de jurisdicción y roces, motivados por el liderazgo de la región central de Charcas, llave de

la seguridad militar de ésta, y la más importante fuente de abastecimiento agrícola. Mientras que el segundo y tercer ejército argentinos eran batidos por tropas adictas a la causa española, Warnes se dedicaba, con éxito, a someter los intentos de rebelión contra su autoridad en el partido de Chiquitos y en la Cordillera de los Chiriguanos. Tal actitud había motivado que Rondeau, en vísperas de su humillante derrota en Sipe-Sipe, lo suplantara por un Coronel Carreras, quien, al poco tiempo, encontraría la muerte a manos de los amigos de Warnes. La personalidad y circunstancia histórica en que actuaba el caudillo argentino, ganado para la causa de los criollos cruceños, llevan a Sanabria a esta sugerente conclusión:

Todos estos detalles, bien analizados, inducen a creer, no sin fundamento, que el Coronel Warnes aspiraba a crear, en el oriente altoperuano, un organismo patriano cuyo destino sabría laborarse por sí mismo.

Pero a renglón seguido, y haciendo gala de una probidad intelectual no muy frecuente en los intérpretes de nuestra historia, el autor hace la salvedad de que tal comentario es cosa que escapa a la evidencia histórica y sólo puede hallar afirmación en el campo de la conjetura".

Lo que sí parece indudable es que los tres años de gobierno warnense van a ser decisivos, no sólo en el resto de la guerra por la independencia sino también en la historia republicana del departamento oriental. La acción revolucionaria de Warnes disloca la estructura social, existente en Santa Cruz hasta 1813. Esto, a su vez, desencadena una crisis productiva y una interrupción del intercambio comercial entre las regiones oriental y andina de Charcas, el que no puede restablecerse del todo, durante el gobierno del brigadier Aguilera (1816-1825) ni durante los largos años de la república feudal-minera boliviana (1825-1952). En el primer caso, lo impiden los patriotas y montoneros

sobrevivientes de Larecaja, el Pari y la Laguna, cuya ciega misión era desbaratar cualquier posibilidad de que las provincias dominadas por el renaciente poder hispánico, pudieran cohesionarse al servicio de éste. En el segundo caso, las razones de la desvinculación histórica oriente-occidente de Bolivia son bastante más complejas.

Cada provincia de Charcas juega un papel decisivo en la creación de la república. Uno de los impulsos más dinámicos de nuestra historia es -precisamente- la presencia, actitud y lucha de las diferentes regiones, unas veces aliadas contra un enemigo común, como ocurrió en las guerras de independencia, y otras, luchando entre sí, como ha ocurrido en buena parte de nuestra historia republicana.

Durante la guerra de los 15 años, pueden distinguirse tres etapas bien diferenciadas de la contribución de Santa Cruz a la causa patriótica: Las provincias del Virreinato, que en el Río de la Plata se denominaban "altas", se rebelan con energía y entusiasmo en contra del poder hispánico asentado en Lima, y a favor de una nueva "patria", autónoma de la metrópoli y libre de testas coronadas, pero unidas y leales a las provincias "bajas". A esta etapa corresponde la muy trascendental acción de Florida, antigua misión franciscana, donde, en 1814, un ejército auxiliar cruceño restañó las heridas y vengó las humillaciones que en Vilcapugio y Ayohuma, cerca a Potosí, había sufrido un ejército auxiliar argentino.

En una de las páginas mejor logradas de su libro, Sanabria interpreta así estos sucesos:

No era un secreto para los dos caudillos patriotas Warnes y Arenales, que la suerte de la causa que sustentaban estaba librada a las resultas del choque con Blanco, el que no tardó en producirse. Vencidos los

expedicionarios argentinos en Vilcapugio y Ayohuma, la Patria alto peruana tenía por único baluarte a los guerrilleros orientales. La misma Confederación Argentina, que se delineaba ya como tal, exhausta de recursos, trabajada por los trajines políticos y las luchas partidistas, no disponía de elementos capaces de hacer frente a las victoriosas tropas de Pezuela que, después de haber dominado todo el Alto Perú, no tardarían en invadir el territorio de la naciente confederación. La victoria de Florida fue completa y decisiva, y aun sus consecuencias en el complejo escenario de la lucha. El oriente alto peruano quedó libre de realistas. Pezuela vio mermado su prestigio de afortunado general y tuvo que suspender su campaña hacia el norte argentino; la confianza se rehizo en los espíritus, y la influencia moral determinada por la victoria de unos pobres guerrilleros faltos de recursos, sobre selectas tropas españolas, confirmó la idea de que los americanos podían bastarse para conseguir, por las armas, el uso de sus anhelados derechos".

Muerto Warnes, exhibida su cabeza en la Plaza de Armas de Santa Cruz, la contribución de esta provincia a la causa patriótica ingresa a otra etapa, no por poco conocida menos sacrificada y heroica. Son los ocho años de resistencia al "feroz" Aguilera, servidor connotado de la causa hispánica y monárquica. Tenía éste en su haber la destrucción de las republiquetas de Santa Cruz y la Laguna, y la muerte de sus aguerridos jefes, Warnes y Padilla.

Pero los sobrevivientes del Pari no le dieron tregua. Dos de ellos se destacan en la narración de Sanabria: el 'colorao' Mercado, cruceño como su enemigo (después aliado) Aguilera, comandante de la caballería patriota, logra reunificar algo de sus diezmadas tropas, propina golpes de mano al poder realista y lo hostiga en diversos puntos de la extensa provincia. El otro es José Manuel Baca, guerrillero bravo y romántico,

conocido como 'Cañoto', cuyo recuerdo perdura en Santa Cruz cubierto de gratitud y leyenda.

Estos luchadores de la guerra irregular se esparcen por todo el territorio cruceño, dispuestos a no cesar en su empeño de liberar el suelo nativo.

Ellos debilitaron el poderío español y desbrozaron la ruta a un poderoso ejército amigo, venido de otras tierras, que conquistó la gloria y nos legó la independencia. Sanabria contribuye con algunos nombres a la lista de estos olvidados próceres: Umaña, José Manuel Zurita, el zambo Latorre, Mariano Lara, el osaxio Vela, el cura Lairana, el tuerto Eusebio López, Ana Barba, Saavedra, Franciscote, Rocha, el "tui" Vaca, Nogales, Francisca López, Rosa y Micaela Mercado, hombres y mujeres que peleaban en Santa Cruz de la Sierra, en Vallegrande y Comarapa, en Cordillera y en Buenavista. Héroes cuya historia no está por escribirse ya que nunca se escribirá. Porque no dejaron rastro, porque su lucha no tuvo cálculo ni medida, porque no se apuntaron al éxito sino se entregaron al sacrificio. En torno a ellos, no nos queda sino expresar nuestra tardía gratitud y nuestro deber de meditar en tomo a lo que fuimos capaces de hacer los bolivianos.

La tercera etapa, de la contribución de Santa Cruz a la formación de la nacionalidad, es la que se relaciona con la fundación de la república, y está vinculada a la diligencia y visión de los doctores de Chuquisaca. Y aquí, cabe detenernos para trazar un paralelo entre Charles Arnade y Hernando Sanabria. En su conocida obra, el historiador norteamericano sostiene la tesis de que una generación de intelectuales altoperuanos (aquella que actúa en 1809 y 1810) se caracteriza por su integridad moral y desprendimiento, mientras que otra (que actúa en 1825) se distinguió por su oportunismo y su falta de convicciones y

principios. Según este juicio de valor, Arnade coloca en el bando de quienes podrían llamarse "buenos" a los Zudáñez, Monteagudo, Sagárnaga y Murillo, y en el bando de los "malos", a hombres como Olañeta, Urcullo, Serrano y Calvo. Acorde con su peculiar concepción de la historia, este autor usa categorías axiológicas en torno a hechos objetivos que, tal vez, podrían entenderse mejor, teniendo siempre en cuenta el contexto socio-económico, sus raíces culturales y su ubicación en la estructura internacional de poder. Pese al rigor metodológico de Arnade, a su consagración por reconstruir en detalle la etapa más crucial de la historia boliviana, su obra acusa la misma orientación romántica y desorientadora, visible en la mayoría de nuestros historiadores y de nuestra historia oficial, tan proclive a ensalzar héroes y maldecir supuestos villanos.

Sanabria, en su libro, examina la misma época que Arnade, y sus presupuestos teóricos dan una consistencia más sólida a sus análisis y conclusiones. Cuando nuestro autor pregunta qué razones movieron a los altoperuanos para postular y lograr una autonomía absoluta, cita a uno de los clásicos del materialismo histórico (J. Plejanov) y rechaza la razón exclusivamente idealista, como determinante de un hecho histórico, máxime si éste tiene una importancia real, como la creación de una nacionalidad. El hombre, por poseedor que sea de elevados sentimientos, tiene, por fuerza, que obrar según a lo que es obligado por factores de índole utilitaria. En muchos casos, hay antagonismo entre su acción puramente intelectual o subjetiva y su vida de relación.

La riqueza documental y la escrupulosidad narrativa de Arnade están en pugna con el desprecio que él siente hacia la élite letrada que "inventó" Bolivia gracias al respaldo del Mariscal de Ayacucho. Así, este autor se coloca, de nuevo, junto a la tesis tradicional que hasta ahora ha hecho más o menos ininteligible el por qué de la existencia de Bolivia. Una república que nace en medio del inminente riesgo de ser absorbida por argentinos, peruanos o colombianos, o despedazada

por el imperio brasileño, no puede menos que rendir culto a los hombres que le dieron vida. Pero, curiosamente, aún vivimos una etapa en que nos proclamamos nacionalistas y, al mismo tiempo, renegamos de nuestros padres fundadores.

Entre los inventores de la república boliviana, figura el criollo cruceño, Antonio Vicente de Seoane, quien actúa por la causa patriótica desde 1810 y, por lo tanto, resiste a la calificación de "dos caras" con que René Moreno, primero, y Arnade, después, han querido caracterizar a la inteligencia altoperuwana de comienzos del siglo XIX. Seoane, al igual que su amigo y cofrade, el vallegrandino Vicente Caballero, son dos buenos especímenes del grupo letrado que actúa en 1825. Ambos habían bebido "el agua del Inisterio" y pasado el temible examen de la Academia Carolina, cuando habitaron tal centro telúrico y mágico de Sur América. En el párrafo que sigue, Sanabria sugiere que Seoane, al igual que tantos otros patriotas, trabajó en el exilio a partir del año negro de 1816:

Volvió Seoane a su tierra para orientarla en definitiva. Con su clara concepción de las cosas, él sabía que la vida de Santa Cruz gravitaba bajo todos los aspectos en la esfera de influencia del Alto Perú Occidental. Políticamente, Santa Cruz había pertenecido, desde tiempos de Ñuflo de Chávez, al organismo hispano-colonial de la Audiencia de Charcas, andamiaje sobre el cual trataba de construirse la nueva nacionalidad. Durante los dos siglos y medio de este régimen puramente "no existe relación entre la generación revolucionaria e idealista de 1809 y las dos caras de 1825. Fue una Asamblea, la de 1825, de los doctores insinceros cuyos corazones no palpitaban por el bienestar del pueblo sino que estaban motivados por intereses personales".

La vida de Santa Cruz iba vinculándose -paulatinamente- al resto de la organización audiencial, mediante la acción económica que es el

más decisivo principio de cohesión de los pueblos. Seoane, altooperuanista, convencido por razones ideológicas y materiales, hizo vehemente acción. Fácil fue su campaña y lisonjeros los resultados, pues eran muchos los que, con él, opinaban con respecto a la incorporación de Santa Cruz al Alto Perú".

Sanabria destaca un hecho de extraordinaria significación para el triunfo final de la Guerra de Independencia, en el cual actúan los patriotas cruceños. Se trata de la acción de 26 de febrero de 1825, en el paraje de Chilón, cerca a Vallegrande. En esa fecha, una fracción de las tropas de Aguilera, probablemente bajo inspiración de Seoane, se amotina contra su jefe y lo reduce a prisión, impidiendo así que llegara con auxilios militares hasta el General Olañeta. Éste, sin las fuerzas de su aguerrido y poderoso aliado oriental, sería, poco después, desconocido y muerto por sus propios hombres en Tumusla. El ejército colombiano, con Sucre a la cabeza, pudo -así- consolidar su autoridad en todo el territorio de Charcas.

Cuando los convencionales estaban reunidos en Chuquisaca, a partir de julio de 1825, decidieron aplazar la votación sobre el destino de la nación, en vista de que los representantes cruceños, Seoane y Caballero, por razones de distancia, aun no se habían hecho presentes en la antigua capital de la Audiencia. Ello habla, a las claras, de la importancia de la provincia oriental y del respeto que se sentía por Santa Cruz de la Sierra. Aquí, Sanabria habla de unas cartas que él posee, cruzadas entre Seoane y Caballero. La publicación de tales documentos sería de gran valor y ello podría arrojar luces sobre el grado de amistad y compromiso entre Seoane y Casimiro Olañeta.

En un trabajo del mismo autor, publicado en 1975, y a la luz de nuevos hallazgos documentales, se rectifica aquella versión de que Seoane estuvo expatriado durante el gobierno de Aguilera. A este respecto, Sanabria afirma: "No obstante las medidas de rigor impuestas

por el coterráneo Aguilera para la conservación del orden de cosas realistas, Seoane continuó residiendo en la ciudad natal y -lo que causa alguna extrañeza- libre al parecer de inconvenientes y entregado al ejercicio de la profesión. En los papeles, así como registros eclesiásticos, su nombre aparece de vez en cuando como si se tratara de algún vecino que vive tranquilamente y sin temores ni cuidados".

Seoane llegó, a la sede de la asamblea, justamente el 6 de agosto, aniversario de la batalla de Junín y fecha que sería consagrada como la mayor en los anales patrios. El ilustre personaje, hablando en nombre de su tierra, votó a favor de crear la nueva república, rubricando y dando realce a tan memorable acto. Caballero llegó pocos días después y emitió idéntico pronunciamiento. Previamente, la voluntad de sus mandantes habíase expresado en tal sentido. Sanabria, a través de este su libro, milita en la escuela de quienes creen en la concurrencia de factores económicos, geográficos, culturales e históricos, presentes en la formación de Bolivia y, con abundancia de razonamientos y narración de hechos concretos, se coloca al lado del notable historiador cruceño Plácido Molina Mostajo, quien, oportuna y eficazmente, refutó ciertas necedades difundidas por Enrique de Gandía. Como ya se ha visto en esta rápida glosa, las raíces de Santa Cruz reciben las mismas nutrientes que las otras provincias de Bolivia; lucharon juntas por su independencia, sus economías son complementarias y si en una época se produce la interrupción de su intercambio comercial (la causa más funesta de incomunicación y suspicacia entre los pueblos), es debido a factores externos y a la acción de potencias metropolitanas o colonialistas, contra las cuales siempre es necesario luchar.

Aunque la rivalidad entre Warnes y Arenales no está bien documentada, hay información histórica que permite presentar sus rasgos principales. Cada uno de estos esclarecidos jefes patriotas comandaba un segmento de lo que había sido la intendencia de Santa Cruz de la Sierra, con

capital en Cochabamba. Arenales dominaba la capital y valles adyacentes y, en ciertas instancias, se sentía con derechos sobre el resto de la intendencia. Warnes, por su parte, se hizo fuerte en Santa Cruz. Extendió su influencia hasta la Cordillera de los Chiriguano y los lejanos partidos de Moxos y Chiquitos, y, por lo tanto, reclamaba - para sí- la suma de los poderes en su parcela revolucionaria. Se produjo, así, una fractura de la organización administrativa española, que durante cuatro décadas mantuvo unidas a Cochabamba y Santa Cruz, bajo el gobierno de Francisco de Viedma.

ANDRÉS IBÁÑEZ

En los años '70 del siglo XIX, Hilarión Daza gobernaba nuestro país, investido de una personería de intereses económicos particulares; esta afirmación tiene su ratificatoria en la intensidad con que el hombre reacciona frente al levantamiento de las clases trabajadoras cruceñas, en 1877.

Andrés Ibáñez fue un auténtico precursor de la revolución social, empero, el convencionalismo historicista no lo menciona como tal, en la reseña escrita del pasado boliviano. La cultura oligárquica ha oscurecido la memoria de tan extraordinario personaje. Ibáñez dominó, por completo, los acontecimientos que el influjo de su acción galvanizante promoviera en la existencia de la comunidad cruceña.

Daza lo apresó, ha mérito de que divulgaba teorías socialistas. Pero, los soldados, de quienes era cautivo, se amotinaron en amparo suyo, y el pueblo, solidarizado con la rebelión, sumó a ésta sus fuerzas. La plaza de Santa Cruz de la Sierra fue el teatro que irradiaba simbólicos reflejos augurales. Los trabajadores rompieron los remaches con que el caudillo había sido engrillado, proclamándolo jefe de los rebeldes. Ibáñez dejó, a los grandes terratenientes, tan sólo el dominio del suelo cultivado, y distribuyó la tierra sobrante a los campesinos. Fue abolida la servidumbre personal, declarándose anuladas las deudas de trabajo, con lo cual quedó, el peonaje cruceño, liberado de su esclavitud económica. Emitió, con respaldo de los bienes públicos, una moneda federativa.

Hilarión Daza mandó una división contra Ibáñez, en apoyo del cual habíanse pronunciado vecindarios de Santa Cruz, a contar del de Vallegrande. Carecían de armas -los rebeldes- para luchar contra el gobierno, a causa de lo cual buscaron la protección de las selvas

chiquitanas, desde cuya maleza guerrearon. La caballería de Daza, capturó al jefe rebelde Andrés Ibáñez, que fue fusilado con diez de sus compañeros.

Jamás, gobierno alguno, mostró semejante ferocidad en la represión. No se salvaron del patíbulo sino los que habían logrado escapar. Daza probaba, así, una solidaridad con la oligarquía, pues -la verdad sea dicha- el imperio de ésta, hasta entonces intangible, había sido profanado por Andrés Ibáñez, con aquel intento libertador de la gleba cruceña.

HUMBERTO VÁSQUEZ MACHICADO 1904 - 1957

Nació en Santa Cruz, donde confluyen cambas y collas, existiendo una complementación hermanada en el trabajo progresista. En la tierra cruceña hay profusión de actividades culturales: festivales de cine, de teatro, concursos literarios, publicación de libros por editoriales cruceñas de prestigio continental. Vásquez Machicado es un hijo ilustre del hermano departamento. Polifacético escritor, abogado de profesión, enriqueció a las letras bolivianas con los valiosos e inestimables frutos de su sólida preparación intelectual. Fue un humanista, en la más amplia e irrestricta expresión de la palabra. Consagró toda su actividad a la investigación socio-histórica, logrando ubicar su nombre junto a los de Gabriel René Moreno, Enrique Finot y otros hombres de letras cruceños, regia estirpe de intelectuales del Oriente.

Catedrático, diplomático e historiador, Vásquez cumplió varias misiones oficiales en Europa y Latinoamérica, que le permitieron acumular datos referentes a nuestra historia y profundizar sus estudios, a la vez que definir su concepción sobre la labor historiográfica, a la que se entregó con pasión. Iniciado en la escuela positivista, más tarde supo

aceptar -y aplicar en sus investigaciones- las directivas y métodos modernos de la ciencia histórica, especialmente en lo que se refiere a la técnica de investigación, comprobación de la autenticidad e interpretación de los documentos manejados, aspecto éste que, con su ejemplo, han acentuado, en sus trabajos, los historiadores contemporáneos, para bien de la cultura nacional, como se ve -por ejemplo- en las monografías de Gunnar Mendoza, Ramiro Condarco Morales, Valentín Abecia B., Eduardo Arze Quiroga y Juan Siles Guevara. Vásquez Machicado puede considerarse como un verdadero profesional de la investigación histórica; en sus obras predomina una lógica irrefutable y una claridad expositiva que no se pierde en rebuscamientos retóricos.

Obras principales: "El Problema Étnico en Bolivia" (1930); "Blasfemias históricas" (1939); "La Delegación Arenales en el Alto Perú" (1941); "Facetas de la Cultura Boliviana" (1958), reunión de varios artículos suyos editados por la Universidad de Oruro. Dicha Universidad también editó "Soledad y Ansia de Perfección de Leonardo Da Vinci"; "El Enigma de Juliano el Apóstata" y "Las Ideas de Saavedra Fajardo". Ofrecemos, a continuación, el fragmento de un capítulo de su obra "Blasfemias Históricas, acerca de aspectos del Mariscal Andrés de Santa Cruz".

"Imperialismo Personalista"

Como el Protector Santa Cruz temía tanto a la guerra, pactó un armisticio, pasando por la humillación de aceptar que los buques aprehendidos quedasen en calidad de rehén. Chile no ratificó el convenio y envió a la misión Egaña que se presentó en el Callao con una poderosa escuadra. Reclamos van y reclamos vienen, Egaña se retiró dejando declarada la guerra a la Confederación. La diplomacia chilena anduvo activa; en el Ecuador no consiguió mayor éxito, pues

este país más bien había suscrito un tratado con la Confederación, pero en la República Argentina supo despertar las suspicacias del tirano Rosas y con argumentos convincentes pudo convencerlo de que declarase la guerra a la Confederación, la cual se llevaba a efecto el 19 de mayo de 1837. Rosas publicó un extensísimo cuanto difuso documento justificando su actitud, la misma que hace derivar de la anexión de Tarija a Bolivia en 1826 y del apoyo prestado por Santa Cruz a los unitarios, etc., etc. El gobierno protectoral y el de Bolivia respondieron a ese documento.

La primera expedición chilena desembarcó en Isla y en las costas del Perú a órdenes del general Blanco Encalada; adentrándose en el territorio llegó hasta Arequipa, donde se vio diezmada y depauperada, teniendo que firmar una capitulación en Paucarpata, el 17 de noviembre de 1837, en cuya virtud volvió tranquilamente a su tierra, comprometiéndose a devolver algunos buques apresados y que no se volvería a mezclar Chile en los asuntos internos de la Confederación.

Por su parte, la Argentina envió al general Alejandro Heredia, cuyas tropas fueron derrotadas en Humahuaca, Iruya y Montenegro por el general Otto Felipe de Braun, de noble familia de Kassel al servicio de la independencia primero y de Bolivia después; el vencedor recibió el título de Mariscal de Montenegro, primero y único que cuenta la historia de Bolivia. A esto se redujo la acción armada de la Argentina.

Chile persistía en su política, pese a la trágica muerte del férreo canciller Diego Portales. Gamarra y muchos emigrados peruanos incitaban al gobierno a una nueva intentona asegurando la cooperación de los pueblos que acogerían al ejército chileno como a libertador. Chile rechazó los pactos de Paucarpata enviando una nueva expedición al mando del general don Manuel Bulnes y guiada por peruanos, la misma que después de ocupar Lima se vio obligada a abandonarla

ante la aproximación de Santa Cruz, refugiándose en sus barcos, para después aparecer en el norte y convenientemente posesionada, derrotar a Santa Cruz, primero en Buin y después en la decisiva batalla de Yungay el 20 de enero de 1839.

Son muy discutidas las causas de ese desastre, e incluso se habló de algún jefe que no quiso batirse, pero en todo caso dicha acción de armas demostró una vez más la poca o ninguna pericia militar de Santa Cruz. El ejército federal derrotado fue deshecho completamente en la persecución. Los prisioneros bolivianos sufrieron lo indecible; el general Mariano Armaza fue estrangulado. Un grupo que logró escapar, pasó penalidades sin cuento atravesando todo el Perú hasta llegar a Bolivia. En el campo mismo de batalla el general Manuel Bulnes fue nombrado Gran Mariscal de Ancash, por el propio Gamarra, quien con el apoyo de las bayonetas chilenas quedó de Presidente del Perú.

El Protector Santa Cruz, al darse cuenta de su derrota, sintiose completamente solo y, despavorido, fugó a Lima recorriendo cien leguas en cuatro días, para después tener que abandonar su querida capital y seguir a Arequipa donde se anotició que Bolivia, siguiendo el ejemplo del norte del Perú y aún de algunos pueblos del sur, habíase también sublevado contra su gobierno. Todo esto y la frialdad que sentía, convencieronle que era imposible formar un nuevo ejército con el cual seguir sosteniéndose y que su causa estaba perdida sin remedio. Renunció a todo, escapó a la costa y en medio de grandes peligros y sólo con la ayuda del cónsul inglés pudo embarcarse en el barco británico "Sámmárang", donde recibió generosa hospitalidad de parte del general Juan José Flores, presidente del Ecuador. Publicó algunos folletos en su defensa, los mismos que provocaron violentas réplicas. Dolíale a Santa Cruz el poder perdido y tentaba por todos los medios de retornar a la presidencia de Bolivia, cosa que creía más

factible. Después de un fracaso en Cobija en 1841, dos años más tarde, en octubre de 1843, personalmente comandaba una expedición desembarcando en las costas peruanas; cayó en poder de las fuerzas leales, de las cuales trató de arrancarlo Ballivián, pero fue entregado a Chile que lo mantuvo prisionero en Chillan. Intercedieron por él los gobiernos de Inglaterra y el Ecuador, hasta que, al fin, en Santiago, el 7 de octubre de 1845, se firmó un convenio entre Chile, Perú y Bolivia, resolviendo de la suerte de tan temido huésped. Plenipotenciario boliviano fue don José Joaquín de Aguirre, que lo era también ante el gobierno de La Moneda. El tratado consta de cinco artículos; en ellos se estipula el inmediato viaje de Santa Cruz a Europa, donde deberá residir seis años, no pudiendo regresar durante este tiempo a ningún puerto de la América del Sur "sin el consentimiento unánime de los tres gobiernos de Bolivia, de Chile y del Perú". Bolivia se comprometía a devolverle todos los bienes que le habían sido secuestrados más sus frutos; gestionar ante el Congreso la devolución de las fincas Chincha y Anquioma que el Parlamento de 1837 le había obsequiado y anulado tal decisión los que vinieron después de su caída. Además, le aseguraba el pago de una pensión de seis mil pesos anuales durante el tiempo de su permanencia en Europa. Las propiedades de Santa Cruz quedaron hipotecadas al cumplimiento por su parte de este convenio. El Protector aceptó estas condiciones y el 20 de abril de 1846 se embarcó en Valparaíso en la fragata mercante "Nueva Gabriela" rumbo a Europa. El Mariscal Santa Cruz apenas llegado a Europa, se ocupó de viajar por diferentes países; pasada la acusación relativa a la expedición Flores al Ecuador, fijó su residencia permanente en París, sin perjuicio de viajar frecuentemente por toda Europa. Santa Cruz invistió durante muchos años la representación de Bolivia e incluso la de Guatemala ante varias cortes europeas. Volvió a América en 1852, con pretensiones presidenciales en Bolivia, al igual que en 1864. No llegó a pasar de la Argentina. De retorno al viejo mundo, falleció cerca de Nantes el 13 de septiembre de 1865".

FABIÁN VACA CHÁVEZ

Este ilustre cruceño representa lo más granado de la intelectualidad de Santa Cruz de la Sierra. Fabián Vaca Chávez, hijo de don Napoleón Vaca y de doña Florinda Chávez, nació en Trinidad, capital del departamento del Beni, el 22 de junio de 1881. En medio de los ubérrimos campos y bosques de la nativa tierra, se desarrolló su niñez, para, ya adolescente, ir a recibir los estudios secundarios en Santa Cruz de la Sierra, tierra ubérrima también y en la cual residía la mayor parte de su parentela, tanto paterna como materna, pues Santa Cruz y el Beni, pese a quien pese, son una sola, misma sangre y alma, y como tal deben siempre convivir dentro de la confraternidad boliviana.

En Santa Cruz, educose Vaca Chávez en el Colegio Seminario del Sagrado Corazón de Jesús, que hacía más de una década había fundado el genio evangélico y místico de aquel gran apóstol de la religión y de la cultura, que se llamó José Belisario Santisteban. Vaca Chávez perteneció a esa generación que -cursos más, cursos menos- tuvo como representativos, fuera de él mismo, a Julio A. Gutiérrez, Uldarico Zambrana, Saúl e Ismael Serrate, Virgilio Oyola y tantos más que se fueron ya para siempre de este mundo o que, dedicados a otras actividades, han descollado en ellas con mejor provecho material, como Crisanto Roca, Ceferino Justiniano y tantos otros, que la memoria olvida en estos momentos.

Talento ágil y brillante, muy pronto llamó la atención del espíritu agudo de monseñor Santisteban y fue, desde entonces y por siempre, uno de sus discípulos favoritos. Incluso dispensábase el honor y la confianza de ayudarlo en las tareas del despacho diocesano, en el cual Vaca Chávez comenzaba a ejercitar sus dotes de hombre cuidadoso del bien hablar y del mejor escribir. Vencida la instrucción secundaria,

sigue los consabidos estudios de Derecho, única carrera abierta a quienes no disponen de posibilidades para buscar otra en el extranjero. Los primeros cursos le son pesados a Vaca Chávez, por ello alterna las lecciones del Derecho Natural o de las Institutas de Justiniano con la lectura de versos y, más aún, con la redacción de ellos. Es toda una primavera romántica, en la cual los amoríos mozos abren la vena poética del joven universitario, manifestándose en poesías propias de la edad y del momento.

Alguna vez, Vaca Chávez recordó esos tiempos con la nostalgia del peregrino ilusionado, cuando escribía: "Yo tenía veinte años y ella era una colegiala...".

En el primer lustro del presente siglo, Vaca Chávez llega a La Paz y puede decirse que desde entonces, y con pocos intervalos, fue ésta su residencia definitiva. Aquí encontró un ambiente propicio a sus gustos y aficiones. Se liga, inmediatamente, a la generación de entonces, su generación, compuesta por Eduardo Díez de Medina, Abel Alarcón, Víctor Muñoz Reyes, José Aguirre Achá, Alcides Arguedas, Juan Francisco Bedregal, José Salmón Ballivián, Néstor Muñoz Ondarza, Humberto Muñoz Cornejo y otros. Algo mayor que ellos, pero de la misma generación, aunque siempre esquivo en su retraimiento orgulloso, era don Franz Tamayo. Los nombres que se indican y aun los que faltan, demuestran que esa fue una de las pléyades más gloriosas que haya conocido nuestra historia cultural. Su acción y su obra han dado a Bolivia legítimos lauros en todos los campos donde la actividad de sus componentes haya tenido oportunidad de manifestarse.

Mentalidades Cruceñas Contemporáneas

Uno de los intelectuales cruceños contemporáneos más representativos es el Dr. Alcides Parejas Moreno, quién representa a todos los escritores de la nueva camada, seguidores del gran Gabriel René Moreno y del cruceño heroico conquistador de Moxos Don Juan B. Coimbra. También mencionaremos a Homero Carvalho, Rúber Carvalho, Manfredo Kempff Suárez, Oscar Barbery Justiniano, Víctor Hugo Libera, Carlos Hugo Molina Saucedo, Juan Carlos Urenda Díaz, María Sonia y María Lourdes Chalup Monasterio, Giovanna Rivero Santa Cruz, Kathy S. Leonard, Centa Reck, Juan Simoni Rocha, Alejandro Suárez Castro, Roxana Sélum, Claudia Peña Claros, Valia Carvalho, Paz Padilla Osinaga, Maité García, Óscar Barbery Suárez, Gary Daher Canedo, Rodrigo Hasbún y Édgar Lora Gumiel.

Alcides Parejas Moreno

Alcides Parejas Moreno nació en Portachuelo, el 28 de octubre de 1944. Es historiador y tiene el grado de doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla. Sus libros de historia son utilizados en los centros educativos del país y ha sido columnista de los principales diarios nacionales. Es, actualmente, presidente de la Asociación Pro Arte y Cultura (APAC). Al recibir la noticia del premio que se le otorgó, dijo sentirse "Sorprendido y doblemente halagado, porque el reconocimiento es junto a Marcelo Araúz. Eso es algo muy especial", dijo a Escenas de Chile. Puntualizó que "APAC ha sido fundamental y ha venido a redondear y dar sentido al esfuerzo de todo el grupo que trabaja en la institución".

Ha publicado más de 20 libros de historia del Oriente Boliviano; textos de historia para la enseñanza media. Académico de Número de las Academias de Historia, de Ciencias, de Historia Eclesiástica y

Cruceña de Letras. Ha sido columnista de Presencia, El Nuevo Día, La Razón, El Deber.

Sus obras:

- 1.- Historia del hombre 1, 2, 3, 4
- 2.- El carnaval cruceño a través del tiempo
- 3.- Porque me importa
- 4.- El Obispado de Santa Cruz de la Sierra 1605-2005
- 5.- La cultura chiquitana ensayos y artículos
- 6.- El señor de Eldorado
- 7.- La Francesita
- 8.- Historia de Moxos y Chiquitos a Fines del Siglo XVIII

Transcribimos una página de su Historia de Moxos y Chiquitos: La mayoría de las influencias culturales históricas de Moxos parecen ser amazónicas; probablemente combinaciones culturales de la amazonía occidental y arawaka, y otras contribuciones traídas del norte y el este. Las influencias de Tiahuanaco, los Incas, la región del Paraná y el Noroeste argentino, parecen ser de una importancia secundaria. Los conocimientos arqueológicos que se tienen, de esta región (Nordenskiold, Bennet) así como de la amazonía, son mínimos, por lo que no se pueden dar todavía bases sólidas para ningún tipo de argumentación.

Un tema que ha preocupado grandemente a los historiadores es el de las expediciones del Inca a esta región. Algunos, es el caso de Luís Paz en su "Historia General del Alto Perú", admiten como cierta la noticia que, a este respecto, da el Inca Garcilazo, otro es el caso de Vargas Ugarte, que piensa que es una fuente poco digna de crédito.

Lo cierto es que el Imperio de los Incas temía a los bárbaros del oriente, los Chiriguanos, y así han sido encontradas dos construcciones militares de tipo defensivo en las últimas estribaciones de Los Andes, en los sitios de Pucarilla y Samaipata (al oeste de Santa Cruz de la Sierra), construidas en los últimos años del período incaico.

Otras posibles ruinas incaicas han sido encontradas a lo largo del Río Beni, a cien kilómetros al norte de Rurrenabaque; otra en Las Piedras, en la orilla occidental de este Río, frente a Riberalta.

Dos fuentes nos hablan de las expediciones incaicas a los llanos de Moxos: el Inca Garcilazo de la Vega en sus Comentarios Reales de los Incas, y una relación atribuida al capitán Sánchez de Alcaya.

Garcilazo atribuye al Inca Yupanqui una expedición a tierras moxeñas con el fin de incorporar estas tierras a su imperio: “Tuvo nuevas que, entre aquellas provincias pobladas, una de las mejores era la que llaman Musu y los españoles llaman los Moxos”.

Con un bien organizado ejército, penetraron por el Río Amarumayu (Madre de Dios), hasta ponerse en contacto con los Musus. Después de sufrir mil calamidades, les persuadieron a que se sujetaran al servicio del Inca, hablándoles de las ventajas que esto les supondría.

Debajo de esta amistad, dejaron los Musus a los Incas poblar en su tierra. Y los Musus les dieron a sus hijas por mujeres y holgaron en su parentesco. Por otra parte, la Relación de Sánchez de Alcaya sitúa esta expedición en tiempos del Inca Huayna Cápac: “pobló a las espaldas del cerro llamado Paitití y, así como acá fue Cabeza de este reino del Cuzco, lo es ahora en aquel grandioso reino del Paitití llamado Moxos.

Si damos como ciertas estas expediciones, podemos afirmar que no hubo una conquista efectiva del territorio moxeño, conquista que influyera decididamente en todos los aspectos culturales de la vida de estos pueblos. La influencia incaica, que se encuentra en algunos aspectos de la cultura material, no es directa sino a través de los pueblos de las últimas estribaciones de Los Andes -influidos directamente por los Incas- con los que mantenían relaciones comerciales.

Artículos Destacados

El problema es que les creamos

”El problema no es que nos mientan: El problema es que les creamos”.

El tal graffiti en cuestión me sirvió para echar un vistazo al año que acaba de terminar para llegar al convencimiento, una vez más, que el gobierno del MAS nos está mintiendo.

Soy cruceño

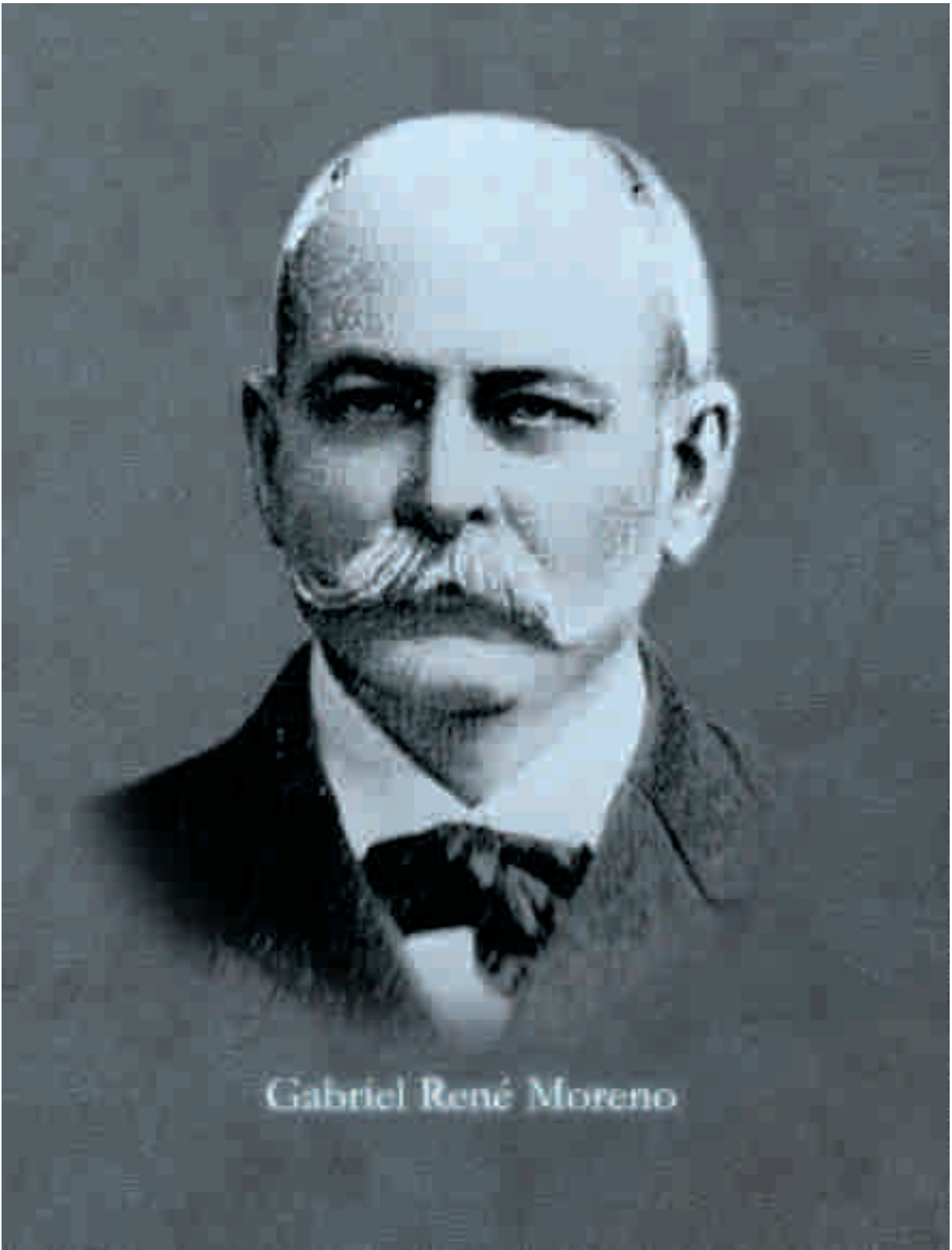
Siento la necesidad de decir a los cuatro vientos y sin ningún tipo de complejo, soy cruceño. Sí, tengo el orgullo de haber nacido en estas llanuras borrachas de verde donde la naturaleza tiene un diálogo amoroso con el hombre. Pero, sobre todo, tengo el privilegio de haber vivido uno de los momentos históricos más importantes de la historia de esta región y del país y de sentirme protagonista, como tantos ciudadanos y ciudadanas de a pie, de este proceso: El Referéndum Autonómico.

Gloria y Amalia

Si se hace un leve repaso de la historia republicana de Bolivia se tiene que llegar necesariamente a la triste conclusión de que el gobierno del MAS, que preside Evo Morales, es el que en el menor tiempo posible ha causado más daño y humillación a Bolivia, por tanto, a los bolivianos y bolivianas.

Desobediencia civil

Al gobierno del MAS le está yendo como a la Selección Nacional de Fútbol, cada vez peor, con más goles en contra y con las puertas cerradas para llegar al próximo mundial. La diferencia es que mientras que lo que ocurra a la selección sólo golpea el orgullo nacional y que terminado el mal trago cada uno se va a su casa y aquí no ha pasado nada hasta las próximas eliminatorias.



Gabriel René Moreno

GABRIEL RENÉ MORENO 1836 - 1909

Raro ejemplar de escritor hispanoamericano, este Gabriel René Moreno, en cuyo estilo -todo pureza y corrección- no podría hallar, el observador más perspicaz ni el crítico más exigente, vestigio alguno de los vocablos y neologismos de construcción de que, por lo general, no se despojan completamente los escritores de la América Española, más o menos influidos por las lenguas indígenas o por el alud de provincialismos bárbaros que, si para muchos constituyen corriente renovadora y fortificante de la lengua, prestándole eufonía, eficacia y colorido, es, para otros, tendencia anárquica y disolvente, capaz de alterar la estructura misma del idioma. Arcaizante, a veces, a fuerza de castizo, Moreno fue el producto de una sólida cultura clásica, que nunca le llevó, sin embargo, por los derroteros de la pedantería culterana; pero fue, sobre todo, el paradigma de la raza española, conservada incólume, como por arte de magia, en el corazón mismo de la América del Sur.

Es que Moreno escribía como había aprendido a hablar en la tierra natal y como todavía se habla en esa Santa Cruz de la Sierra, de donde era originario.

En esa ciudad lejana, situada a más de cien leguas de todo otro centro importante de población, y en el fondo mismo de la América del Sur, vio la luz Gabriel René Moreno, en 1836. Fue la suya familia de abolengo, descendiente directa de los conquistadores que, por aquella parte de América, no fueron simplemente audaces y despreocupados aventureros, sino hidalgos andaluces y extremeños, de buena casa y de limpia ejecutoria. No Pizarros ni Almagros de oscuro linaje, sino Chávez, Hurtados de Mendoza, Toledos, Holguines y Suárez de Figueroa.

En contra de lo que pudiera creerse, no fue Santa Cruz, durante la época colonial, solamente un centro rural y una fortaleza avanzada contra los salvajes. Fue, también, un núcleo de civilización y un oasis de cultura, con su colegio dirigido por padres jesuitas, de donde salían, de tiempo en tiempo, con destino a la célebre universidad de Charcas, los jóvenes cruceños ahitos de latines, para retornar, más tarde, convertidos en letrados a mantener la tradición de clase, sobre el doble fundamento del saber y del linaje.

No por el hecho de recibir estas periódicas emisiones de doctores, Santa Cruz perdió su sello peculiar y sus condiciones de vida patriarcal, que llamaron la atención de exploradores y hombres de ciencia, como el conde de Casteinau y Alcides d'Orbigny. Las costumbres sencillas -a la vez que señoriales-, el carácter franco y acogedor de sus gentes, la belleza proverbial de sus mujeres y los atractivos de una naturaleza exuberante, fueron siempre los encantos de ese lejano rincón de la América española.

Era, nuestro escritor, hijo de don José Gabriel Moreno, varón notable y de muchas letras, que figuró en la vida pública, entre varios cruceños prominentes, fundadores y organizadores de la nacionalidad, como José Miguel de Velasco, Miguel María de Aguirre y Basilio de Cuéllar; pero, a la vez, hombre retraído y taciturno, -se dice- bajo la impresión de graves contrariedades de familia. Los otros parientes de don Gabriel René, por la línea paterna, habían sido todos realistas, es decir, partidarios de la monarquía española, cuando se luchaba por la independencia de las colonias, y, algunos de ellos muy originales, cuando no verdaderos maníacos. Se cuenta de un tío suyo, don Marianito, joven apuesto y gallardo que, al ver proclamada la independencia como cosa irremediable, se soterró en su hacienda de Urubó, a poca distancia de Santa Cruz, y se hizo labriego, negándose a volver a la ciudad como no fuera cada año por Viernes Santo, día

en que acostumbraba aparecer en el atrio de la catedral, "dentro de un frac cuyo cuello gigantesco le escondía las orejas" y armado de un cirio descomunal, para seguir la procesión del Santo Sepulcro. Otro tío, hermano del anterior, miembro del clero secular, se confinó voluntariamente en Mojos, dedicándose a la apostólica -cuanto peligrosa- tarea de convertir salvajes a la fe católica. El tatarabuelo materno, don Gabriel de Vargas, es fama que pasó su vida dedicado a empresas tan piadosas como improductivas, y se sabe que fundó, a sus expensas, la fiesta anual del mártir San Lorenzo, patrono de la ciudad, y que no descansó hasta dejar fundidas las primeras campanas de la catedral.

Con tales antecedentes genealógicos y fruto de tal ambiente, no es de sorprender que el escritor, nacido cuando las aficiones de la juventud iban ya por rumbos diferentes de los que habían seguido todos aquellos cristianos viejos, sus antepasados, optara por hacerse bibliófilo y acabara en erudito, en filósofo y en misántropo.

Aunque consagrado, desde su más temprana juventud, a la investigación histórica y a la bella literatura, no fue Gabriel René Moreno, como se podría creer a primera vista, individuo totalmente ajeno a la vida política de su Patria, aunque es necesario declarar que su intervención, tan corta como para él desgraciada, se limitó al orden internacional.

La guerra de 1879 entre Chile, por una parte, y Bolivia y Perú, por otra, le encontró residiendo en la capital chilena y, por sus vinculaciones en circunstancias especialmente favorables, pudo servir a su Patria como intermediario, en ciertas negociaciones que tuvieron por objeto disolver la alianza peruana-boliviana, con miras a que se definiera la contienda entre los verdaderos rivales: Chile y Perú, interesados en obtener la hegemonía económica y política del sud del Pacífico, en los momentos de la lucha por la posesión del guano y del salitre.

Consta de los procesos levantados en Bolivia, a petición del mismo Moreno, que su intervención en el asunto se limitó a obedecer las instrucciones del presidente Daza, para escuchar, en Santiago, y llevar, a Arica, las proposiciones del presidente Santa María.

No porque las bases chilenas hubieran sido rechazadas por Bolivia -en noble alarde de lealtad hacia el aliado- la conducta del intermediario habría dejado de ser digna y patriótica. Las pasiones exaltadas, sin embargo, lo sindicaron de infidencia y lo acusaron de traición. Moreno se defendió, entonces, con la pluma y como él sólo habría podido hacerlo. Su reputación salió triunfante y su nombre fue rehabilitado, en la forma absoluta de que dan testimonio los homenajes de admiración y de cariño que, después de su muerte, acaecida en 1909, le fueron tributados en Bolivia, por acción oficial y por iniciativa de las entidades privadas. Una plaza, de la capital de Bolivia, lleva su nombre; también lo lleva la Universidad de Santa Cruz. Sus restos fueron repatriados a su ciudad natal, con todos los honores debidos a un prócer, y el Estado adquirió su valiosa biblioteca, que forma parte de la Nacional de Sucre. El Congreso Boliviano, por último, declaró día de homenaje cívico la celebración del primer centenario de su nacimiento.

Desde su más temprana juventud, Moreno sobresalió como un temperamento artístico nada común, como estilista y como crítico literario. Sus primeras obras, Biografía de Néstor Galindo y Biografía de Daniel Calvo (1868 y 1870), le abrieron las puertas de los cenáculos literarios de la época, consagrándole como espíritu analítico y como conocedor profundo del idioma. Habiendo regresado a Chile, después de la guerra del Pacífico, fue llamado para suceder, en la cátedra de literatura del Instituto Nacional, nada menos que a su maestro, el eminente don Miguel Luis Amunátegui. Allí compuso, sin otra finalidad que la de proporcionar un texto a sus alumnos, “Elementos de

Literatura Preceptiva” que, por su doctrina, por su extensión y por su método -a la vez que por su elegante estilo-, constituye, en América, una de las obras clásicas en la materia y coloca, a su autor, a la altura de don Rufino Cuervo y de don Miguel Antonio Caro. Libro fundamental que merece ser conocido por quienes, en el Nuevo Mundo, se preocupan de conservar, limpiar y vigorizar el habla castellana.

A partir de la publicación del opúsculo titulado El General Ballivián (1884), crítica histórica sobre el libro de José María Santiviáñez, la obra de Moreno se consagró -casi exclusivamente- a la biografía y a la historia.

Para que nada faltara a su condición de genuino escritor de raza, su obra nunca estuvo inspirada en interés alguno ni en el más pequeño afán de lucro. Sus aficiones históricas y literarias le costaban dinero, en vez de producirse. Escribía para satisfacer sus impulsos vocacionales, por patriotismo y amor a las letras, como lo declara en el prólogo de su obra “Últimos Días Coloniales en el Alto Perú” (1896), cuando dice: "El afán del que esto escribe, reviste desde su origen carácter insólito y extraño. Tarea que consumió largos estudios en tres o cuatro ciudades muy distantes, estudios de importancia discutible y, en todo caso, graves y tenaces, sin estímulo nimio de aplauso o recompensa.

Aunque alardeara desempeñó a ratos perdidos, con espera y logro de buena aceptación; aunque negara que ha habido un trabajo duro por la sola gana, ahí estarían esos macizos volúmenes para el gusto de nadie, ahí estarían delatando en la persona del autor, junto con flaqueza e insuficiencia literaria, desnivel de sindéresis, cuando menos en la elección del asunto. Porque no entraña sentido moral histórico, no interesa a la curiosidad de los hombres la aventura de un pueblo

promotor de una gran revolución, cuando los pueblos que le rodean y oprimen han alcanzado, con el éxito de ella, ventajas; y él, hasta el presente, por estas causas o las otras, no ha sabido obtener medra sino ruina.

Hablando de esta obra, el autor expresa su noble desinterés, cuando no su desencanto, al agregar en el citado prólogo: "El libro es ya tomo quinto sobre Bolivia, por autor solitario de escritos sin lectores en Bolivia mismo y desconocido hasta en la propia ciudad en que se publican. Ninguno de imaginación, todos en obsequio de la historia, junto con otros dos de la especie sobre el Perú, cada uno a su turno ha ido sirviendo para los canjes exteriores de publicaciones que hace la Biblioteca del Instituto Nacional de Chile. Pero lo más de notar es la contumacia del acarreador para la historia". Sublime contumacia, agregaremos nosotros, que salvó de la destrucción los materiales históricos y del olvido los sucesos de los más interesantes períodos de la vida colonial y republicana de Bolivia, para dejarlos estampados en páginas de estilo inimitable.

"Matanzas de Yáñez" y "Mojos y Chiquitos" (1886-1888) son otras dos obras de indiscutible valor histórico. Se ocupa, la primera, de relatar, a la luz de los anales de la prensa boliviana, graves sucesos a que dieran lugar los azares de la vida política durante el período del caudillaje militar desenfrenado. La segunda es el catálogo razonado del archivo de las misiones jesuíticas, establecidas en las provincias altooperuanas de Mojos y Chiquitos, rico en todo género de referencias, para reconstituir el pasado colonial y para contribuir a los estudios geográficos y etnográficos de la región.

La obra de Moreno, como historiador, se caracteriza por la investigación concienzuda y por la absoluta imparcialidad en los juicios, a veces severos, implacables, pero siempre basados en la verdad y en la justicia.

La historia, escrita por él, es la historia psicológica y social de un largo período de la vida boliviana, captada no solamente en archivos y bibliotecas sino, también, en el testimonio personal de los sobrevivientes de determinadas épocas, testigos presenciales de sucesos de importancia, de quienes él obtuvo, en su juventud, relaciones orales llenas de interés. El historiador había vivido bajo la constante preocupación de perpetuar las cosas del pasado, que él encontraba dignas de servir de ejemplo y de enseñanza. Le angustiaba la despreocupación, rayana en la indiferencia, de "estas jóvenes colectividades americanas constituidas en soberanías, absortas en lo presente, ligeras de ánimo ante lo porvenir, muy vueltas de espaldas a lo pasado, pero cada una de las cuales lleva latiente en las venas la sangre vieja, sangre de abuelos y tatarabuelos que vivieron a sus anchas, con intensidad, en la vida civil y pública de aquel entonces".

Su honestidad y su disciplina de investigador llegaban al extremo de no permitirle consignar, en sus escritos, hecho alguno que no estuviera comprobado por los documentos, ni citar pieza bibliográfica que no hubiera pasado por sus manos. "Los catálogos bibliográficos de Bolivia que llevó publicados -decía en el prólogo de una de sus obras de esa índole-, éste que hoy publico y el que está aún inédito, son por su método y materia enumeraciones positivas y reales; positivas, porque cada individualidad fue tomado en la mano y puesta delante de los ojos al ser inscrita y descrita; reales, porque en cada pieza tiene dominio y de todas está en posesión efectiva el catalogador. Todas están encuadradas en pasta, instaladas numéricamente en anaqueles, lista cada cual a responder "aquí estoy" y a quedar en mano de quienquiera que la llame, según catálogo".

Con los títulos genéricos de "Bolivia y Perú" y "Bolivia y Argentina" (1901 a 1905) y bajo los modestos subtítulos de Notas, Más notas y Nuevas notas, Moreno publicó una serie de volúmenes, conteniendo

numerosos y variados trabajos de índole histórica, biográfica, política o simplemente literaria, todos llenos de interés y todos de factura irreprochable.

Por estas circunstancias, el príncipe de las letras bolivianas es, sin duda, Gabriel René Moreno. Es indudable que el gran cruceño es la más alta cumbre de la historiografía. No obstante de haber vivido casi toda su existencia en el extranjero, la totalidad de su obra está dedicada a su Patria, lo cual denota en -el insigne escritor- un bolivianismo tan hondo que nada ni nadie pudo conmovier. Desde 1856, residió en Chile. Había llegado con sus 20 años y se vinculó con toda la juventud intelectual de entonces. El grupo más distinguido, tanto en arrostos espirituales como en abolengo familiar, era el que dirigía José Victorino Lastarria. Tan alta fue la estima que tenía, en tierras del Mapocho, que René Moreno era el obligado jurado calificador de todos los eventos literarios chilenos. Un ejemplo: en un concurso literario del Círculo de la Unión, en homenaje al 18 de Septiembre, aniversario nacional chileno, el jurado fue compuesto por socios escogidos a la suerte; entre ellos René Moreno. El acta de ese jurado calificador lleva la huella inconfundible de su pluma.

En la tertulia de Lastarria, en Alto del Puerto, y en las periódicas reuniones de ese Centro, se leyeron muchos y muy valiosos trabajos de índole científica y literaria; entre ellos, los Juicios de los poetas hispanoamericanos, los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. Estos señores, de tiempo atrás, hallábanse dedicados a estos estudios y pensaban abarcar también a los vates bolivianos; a tal efecto, solicitaron la colaboración de René Moreno, quien, en nombre de los citados hermanos Amunátegui, dirigióse a los poetas de su patria, pidiéndoles sus composiciones, así como datos personales.

Esta correspondencia comenzó en 1857 y hasta puede que algo más antes. Sin duda, el material reunido no fue muy del agrado de los señores Amunátegui, ya que no se ocuparon sino de alguno, quedando todo, en su integridad, en poder de René Moreno.

Pero el joven intelectual no andaba ocioso; ante la actitud de sus amigos, resolvió utilizar, por su cuenta, tal acervo documental y, ya desde 1858, comenzó a escribir estudios acerca de los poetas bolivianos, estudios que, en gran parte, leyó en las sesiones del Centro de Amigos de las Letras, y que, desde la fecha indicada, fueron apareciendo en diferentes revistas, tales como La Revista del Pacífico, la Revista Chilena y muchas otras.

Tales trabajos críticos, sea cual sea el valor intrínseco del poeta glosado, constituyen, en realidad, la historia de la vida intelectual de Bolivia en el primer medio siglo de nuestra vida independiente, es decir, de la época menos conocida y del aspecto menos estudiado de nuestros anales.

René Moreno, en su faz de crítico literario, ha sido muy poco analizado, sin duda, por el desconocimiento de estos trabajos que, por su forma de publicación, circularon muy limitadamente y, sobre todo en Bolivia, fueron poco leídos o, si lo fueron, se los rodeó de la "conspiración del silencio", por no ser complacencias adulatorias.

Y, por esa misma razón, aun los pocos que han conseguido leer fragmentariamente uno que otro de estos ensayos, mas no el conjunto, han emitido juicios erróneos acerca del autor.

Rigoberto Villarroel Claire, en su Elogio de la Crítica (La Paz, 1937), considera a René Moreno como "el primero que en la historia de las artes ensaya la crítica en Bolivia", para añadir, en seguida, que "su

crítica carece de una orientación propia; ignora una norma estética que defina su cultivo; es más bien fruto de una cultura retórica y clásica; fluye como la resina del árbol maduro, alimentada por una sabia cristalina y constante".

Después de compararlo con Sainte-Beuve, continúa: "No se detiene René Moreno en el análisis psicológico de cada poema, en su emotividad y las fuerzas íntimas que agitan sus múltiples facetas. La contextura intrínseca del verso no le mueve sino a un entusiasmo de alabanza o censura; es un maestro de retórica que imprime su criterio, no el artista que se exalta por la poesía. La intención es más bien de carácter biográfico que poético: fijar en la estampa personajes que representan los primeros destellos líricos en el alma nacional".

Alguna vez se ha dicho que René Moreno, en sus escritos históricos, ha demostrado poca admiración por Bolívar. Lo que pasa es que, como hombre completamente centrado, no se desata en enloquecidos ditirambos de adulación. Juzga los hechos, como escritor, y da el fallo que su conciencia le dicta; pero, en todo caso, siempre que se ha presentado la ocasión, ha dejado traslucir la profunda, la honda admiración que le causa Bolívar, como consta en los párrafos copiados; censura todas las composiciones, pues ninguna halla digna de la grandeza del genio, e incluso llega a decir que nada valdría más que aquellos versos de Maitín:

“¡Fuera toda inscripción! Ninguna encierra harto valor, grandeza y energía.

¿Queréis honrar al grande de la tierra? Poned: Bolívar, en su tumba fría; imitando así el maravilloso epitafio de Napoleón en los Inválidos”. Analiza René Moreno la “Oda al General Ballivián”, entrando en el detalle mismo de los versos, y haciendo caer su censura únicamente

sobre el punto de exageración a que llegó, exageración muy propia del temperamento y de la mentalidad de los hombres de esa época. Para concluir, indica que estas últimas poesías, el "Grito de Desesperación", "Al 16 de Julio de 1809" y "Página Enviada al Álbum de un Amigo", son las mejores composiciones de José Ricardo Bustamante y las que, por consiguiente, le merecen más elogios. No cabe duda que este estudio es de los más sesudos y enjundiosos de Gabriel René Moreno. Hay en su contenido substancia, apreciación completa y general de la obra, comprensión del medio y de la época.

Manuel María Caballero

Hombre de relieve en la cultura boliviana, de mediados del pasado siglo, fue don Manuel María Caballero; era cruceño, pues había nacido en Vallegrande en 1819 y falleció en Sucre en 1866. Estudió en Santa Cruz y Sucre, y, en esta última ciudad, el 4 de agosto de 1844 se recibía de doctor, en ambos derechos, y de abogado, cuatro años más tarde.

Estudiante aún, fue nombrado profesor de Religión y Gramática en el Colegio Junín. "A las 24 horas de su abogacía empezó a desempeñar el profesorado del tercer año de la Facultad de Derecho. Profesor de francés en los Colegios Junín y Seminario; interino de Literatura y fundamentos de Religión del Junín, habiendo obtenido, por oposición, la cátedra en 1851. Consejero de la Universidad, Censor Segundo de la Academia de Práctica Forense y celador (fiscal) de la misma. Miembro secretario de la Facultad Suplementaria de Humanidades de Sucre; Juez de Letras de la provincia de Cinti; Vocal fundador del Tribunal de Partido de Sucre.

Ofrecemos una página de la vasta producción de Gabriel René Moreno.

Materialismo en Bolivia

“No sin temor, entrego al público un manuscrito ni flamante ni vetusto, reliquia de un respetable maestro de la adolescencia, que, años ha, duerme el sueño de la eternidad. Es un obsequio casi de la última hora, enviado con cláusula sentida y lisonjera, que escrúpulos de muy favorecido legatario me impiden publicar. El autor solía citar a Marco Aurelio, y decía: "Veo arder en un mismo altar muchos granos de incienso; unos caen antes y otros después; pero se reduce a la breve duración de un día; el que alaba y el que es alabado".

Con toda verdad, el espíritu de aquel noble amigo era un incienso en el altar de la existencia; incienso que ha caído sin disiparse, pues dura en la memoria de los que le aspiraron en sus aulas con embeleso y con afecto. Cuentan que fue estoico como el emperador romano, sin magullamiento de los sentidos ni maceración de la sensibilidad. Tal vez era positivista a la moderna, pues más de una vez se le oyó entonar el “Excelsior de Longfellow” para celebrar las bodas del racionalismo con la naturaleza. Pero su estoicismo y su positivismo se avenían en él con las hermosas ocupaciones. Él enseñaba muy bien a leer en Platón para toda la vida. En su plática grave y razonada trascendía cierta expansión hacia lo ideal en las bellezas del arte y aun del amor.

Era como si Epicteto hubiese asistido al banquete en casa de Agatón, para sacar de allí radiante su austeridad, adornada, como las obras de Fidias con el esplendor de lo verdadero.

Un día, alguien le preguntó: ¿Cuál es, en suma, el soberano bien? Y contestó: "Serenidad". Era un espíritu sereno. El presente rasgo de su pluma no es ni gallardía ni delicadeza, sino profunda serenidad. Tal sería, ante el más severo buen gusto, su excusa más valedera, si el sabor literario no fuera en él tan bueno.

Aquel maestro solía amnistiar de crímenes gramaticales ciertos borrones escolares, diciendo: "Ese tiene... tiene... tiene". Pero ¿qué tiene, Señor? "Tiene... cierto dejo". A su vez, el ensayo del maestro reclama hoy el indulto literario; y lo merece, porque tiene... tiene... tiene".

¿Cuál es su dejo particular? No otro que la serenidad misma. Es tanto, que resalta con la poca serenidad del lenguaje y en la ninguna serenidad del argumento. No va sereno quien cuida al nadar su ropa almidonada aunque sencilla. No es serena la lucha y la catástrofe de una pasión. Cervantes decía: "El sosiego, el lugar apacible, la quietud del espíritu, lo ameno de los campos, la serenidad de los cielos, son gran parte para que las musas más estériles se muestren fecundas". La musa quedó aquí estéril en medio de la serenidad; o más bien, ausente la musa, aparece a nuestra vista su morada. Pero aparece".

No es anécdota propiamente dicha sino caso el que refiere este manuscrito. Años atrás un hacendado de las márgenes del Poopó, lago central de la altiplanicie de Bolivia, explorando esas aguas vírgenes y pobladas de leyendas misteriosas, oyó a los naturales de la Isla de Panza contar el suceso con nombres propios. Hasta señalaban con el dedo en el horizonte la dirección probable de la isla desconocida que sirvió de teatro. El explorador remó y dio con ella, reconociendo en efecto el paraje y los escombros de una casa en completa ruina.

Desde entonces aquella isla lleva el nombre de la heroína del cuento, o más bien desde que apareció un primer borrador de este escrito.

¿Vale todo esto la pena? He aquí un punto en que yo no acertaría a ser juez. Pero de todos modos, aún cuando el metal no sea plata sino cobre y aún cuando fuera de baja ley, ello probaría, a lo más, que el género narrativo no es de universal asidero; mas no que el autor del presente ensayo carecía de todo talento literario. Don Manuel María

Caballero que tal era su nombre, dio muestras públicas e inequívocas de una inteligencia aventajada, como profesor. Su muerte fue un duelo general para la juventud, así como su retiro de la enseñanza había sido antes una pérdida para los estudiosos. ¿No anduvieron siempre entorno suyo los jóvenes para consultarle? Pues, también su borrador salga ahora a consultar a los lectores indiferentes, que siempre será curioso examinar como hacen éstos que muy bien enseñan a hacer.

Y nada tema. Cuando todos odiaban el latín, Caballero lo amaba traduciéndolo garbosamente, pero lo amaba sin predilección sistemática, inclinando más bien sus preferencias del lado inglés para la poesía en los tres genios nacionales, y del lado francés para la gran prosa de los hermosos tiempos. España no entró nunca en su reino sino para los menesteres domésticos de la gramática. Se contentaba con pedir cierta limpieza en el lenguaje. Contra la integridad del mote académico, no se curó para nada ni del esplendor ni de la fijeza.

Su labor pública en la enseñanza es muy conocida y recordada. Era discreta, preconcebida, técnica, extraña a las ideas corrientes, helada entre los ardores políticos del día: serena. Esa labor no era más que el desempeño oficial de un empleo, conforme a los reglamentos y estatutos del Estado. En las aulas del colegio o de la Universidad hablaba rigurosamente ex-cathedra, y no como controversista privado.

Pero también, en esta última esfera, Caballero trabajó obra de ciencia, hizo tarea de ideas, labró en los espíritus. Esta faena es todavía ignorada, si bien nada tuvo que ver con masonerías ni conciliábulos.

A mi juicio fue su obra más trascendental y durable.

Años después y muerto, se dejaron sentir los resultados en la esfera política y social. Nadie pensó -entonces- en el sembrador; pero alguien

quiso buscar, poco después, la raíz de las cosas, y la encontró en Caballero. El caso no está desprovisto de interés, como se verá.

Caballero vivió casi siempre en Sucre, que ha sido en todos tiempos el centro más activo de las ideas en Bolivia. Mientras el estrépito militar y el torrente político aturdíen a los hombres, Caballero, en la obscuridad de su retiro, reinaba en el corazón de la juventud estudiosa. Era un árbol arraigado, frondoso y fructífero del plantel, mientras que fuera no pasaba de ser arbusto exótico y raquítico. Nada extraño es que, en medio de la democracia tumultuaria de las plazas, Caballero pasase sin ser notado. En cambio, como estaba en él la aptitud de escoger la simiente para la calidad diversa de los terrenos que cultivaba, su plaza pública era el porvenir.

Y Caballero arrojó con efecto a su gusto cierta simiente sobre terreno virgen y fértil. El hecho consta de pruebas irrecusables.

Está consignado, a manera de vista fiscal para cerrar una sumaria, en la siguiente nota, reservada hasta aquí en una cartera de investigaciones de especie varia, y de la cual me es fácil arrancar la parte que hace al caso. Dice así: "Los primeros introductores de la incredulidad religiosa fueron, en Sucre por los años de 1850 y siguientes, dos hombres verdaderamente distinguidos por su carácter y aptitudes, y que, acaso por lo mismo, no pensaron allí en meter bulla con su nombre: don Manuel María Caballero y don Ángel Menacho. De vasta instrucción, el primero, y de talento brillante y seductor, el segundo, ambos fueron hijos del departamento de Santa Cruz, modestos hasta la timidez, materialistas empedernidos, profesores en ramos de mayor o menor importancia, uno y otro malogrados en plena madurez de la edad y de la inteligencia. Las dotes de estos hombres se completaban entre sí para la empresa que muy quedos acometieron en torno suyo, contra toda creencia en un orden sobrenatural o revelado, procurando

encaminar las ideas de sus adeptos hacia el positivismo experimental de las ciencias naturales. Menacho era el catequizador, mediante su índole afable y su frase elocuente; Caballero era el supremo iniciador, que consagraba a los que merecían llegar hasta su intimidad, la cual era muy circunspecta y reservada.

Un grupo de los sectarios más antiguos y beneméritos formaba el cenáculo de este apostolado, daba el ejemplo con su consagración a las ciencias naturales, intentó aplicar a cierta industria sus conocimientos técnicos y hasta quiso hacer porcelana con su química y su mineralogía. Ya en posesión de datos fidedignos acerca de esta silenciosa escuela, cuando años más tarde he topado con algunos de estos decanos, he puesto interés y maña en sondear sus creencias y me ha parecido vislumbrar, allá en su interior reservado, una incredulidad irrevocable y categórica. "Caballero y Menacho no vulgarizaban sus ideas ni hacían burla de nada; iban a la médula. Del examen individual de los casos, aparece que escogían sus prosélitos entre la juventud universitaria oriunda de las provincias o departamentos, apartándose de los de la capital, y prefiriendo siempre los caracteres resueltos y las inteligencias aventajadas. El hecho es que turbaron muchas conciencias sencillas, lanzándolas sin lástima en el infortunio de la duda, y obraron conversiones radicales y fervorosas. Pero no se ha podido averiguar si todas éstas fueron duraderas y capaces de llevar a otras partes la buena nueva".

En prueba de que el paso de aquellos dos hombres singulares por el valle de la vida, ha dejado huellas profundas en algunos espíritus de su tiempo, conozco un hecho confesado por el sujeto que en él figura. Refiriéndose a cierto joven adolescente, de quien se aseguraba que tenía muy arraigado el sentimiento religioso, Caballero dijo con afectuoso desdén: "No es sentimiento religioso sino sensibilidad religiosa la suya. En la república racionalista la administración tendrá

cuidado de proveer anticipadamente a la crianza, no sólo de los expósitos, sino también de estos pobres febricitantes de nacimiento, cuya debilidad es menester combatir con gimnástica especial, o ayudar siempre con muletas". Y explicó entonces que lo primero era una simple consecuencia moral, mientras que la otra era un fenómeno fisiológico: que el sentimiento podía, en todo caso, ser removido y derogado por la ley de la verdad, y que era irresistible; mas no la sensibilidad religiosa, que era orgánica y congénitamente esclava de lo maravilloso, haciendo muchas veces que un individuo, después de haber recorrido libre un vasto círculo positivo de conocimiento, viniera atemorizado y anhelante a rematar al punto de partida, que es una propensión morbosa de su índole hacia lo invisible. No todos alcanzaron, entonces, el sentido de estas palabras, parecidas, pero no iguales, a algo que he leído después en Pascal y en Maine de Birán. El joven, de quien se dijeron, lo supo. Me consta que después él ha meditado mucho sobre ellas, me consta igualmente que, adormecido, años más tarde en la indiferencia religiosa, jamás en la materia, ha podido "arribar" (son sus palabras) a la negación tranquila que él ha visto alcanzar a otros.

"La propaganda de Caballero y Menacho fue sinceramente filosófica y elevada, sin mira política ni otro interés. Espíritu de granjería o medro personal tampoco puede imputárseles, desde que pugnaban contra lo corriente y lo arraigado. La memoria de ambos, en este concepto grave, no solamente está exenta de sospecha, sino que también es digna de respeto; pues es notorio que, por otros lados, uno y otro resistieron las tentaciones del despotismo corruptor, que vivieron pobres y que murieron olvidados de los partidos".



Don Juan B. Coimbra
ESCRITOR NACIDO EN SANTA CRUZ

“SIRINGA” DE JUAN B. COIMBRA

“Siringa”, del cruceño Juan B. Coimbra, es un cuento tan fuerte como suave, tan amplio como sutil, tan épico como lírico, expresión del sentimiento íntimo de gente que habita el corazón poco accesible de una tierra tropical, y, sin embargo, resumen artístico de un aspecto de la vida, valioso por cada horizonte que contiene existencias humanas. Sin exageración, puede competir con cualquier célebre novela del trópico sudamericano como “Los Sertones” (“Os Sertaos”, del brasileiro Euclides Da Cunha), aunque sin su enjundia científica, “Siringa” es un testimonio que se le equipara; sin embargo, “Los Sertones” no ha conseguido producir la enorme y fascinante belleza que inunda el libro de Coimbra. Es que, el autor de Siringa ha vivido el embrujo verde y falaz de las selvas y, por ello, fue la finalidad vital de su destino de conquistador de lejanías, aunque el libro haya quedado inconcluso por obra de la muerte, como la famosa Sinfonía de Shubert, en medio del mayúsculo crescendo en que el genio desbordaba su fuerza demonial; porque, si vale la sinceridad, confesemos que todo lo entrañable, lo puro, lo bello que contiene este libro inacabado, nos parece creación de un hierofante contagiado por el “pathos” de la selva beniana, para el que la única Biblia es el caos y sus Laudamus: ¡pantheos!

“Siringa” es una novela cuyos personajes existieron en el mundo real, pues, si alguna función útil desempeña una novela es la de ser una puerta de escape de ese mundo, donde los seres humanos y los acontecimientos proceden y se producen de un modo tan natural que no hay historia de ellos donde se descubra una inteligencia ordenadora, y ésta es la del personaje principal, el mismo narrador que, con un nombre ficticio: Nicolás Cuéllar, nos cuenta la aventura de numerosas e incesantes caravanas de cruceños, cruzando la selva Mojeña, rumbo a la región del “oro negro”. El otro personaje principal de la novela

es Mauro Hurtado Justiniano. En capítulos plenos de dramatismo, se lee cómo Mauro ingresó a la Fiscalía, penetró en el Despacho del enemigo de los siringueros, el Agente Fiscal Oliveira de la localidad de Murtinho (naciente población brasilera), “y allí, salió un disparo de Mauser. Cayó de bruces. Hubo desconcierto tanto en brasileros, cuyo jefe escapó a la selva, como entre incursores azorados. Y estos últimos reaccionaron tratando de atrapar al criminal. Era casi de noche cuando los expedicionarios pusieron pie de vuelta”. Un final dramático del personaje que antes nos hizo conocer toda su patriótica trayectoria en su lucha contra los filibusteros, y su gloriosa actuación en la Guerra del Acre.

En “Siringa” palpita la fuerza, la tensión y su profundidad humana. Coimbra se introduce en el centro de la naturaleza y el relato avanza, a bocanadas, en continuas aventuras. Surgen de los siringales sus personajes; y, en ese avatar, campea la denuncia social por la explotación de los caucheros. En un tremendo estilo borbollante y apresurado como el agua de las torrentes, nos brinda, en planos claramente diferenciados, el accionar contra las injusticias de los trabajadores del trópico y la soberanía de Bolivia, amenazada continuamente por invasiones y depredaciones de los filibusteros del Brasil. “Siringa” puede figurar, junto a “La Vorágine”, del colombiano José Eustasio Rivera, y “Canaima”, del venezolano Rómulo Gallegos, entre las clásicas obras hispanoamericanas de la selva siringuera de América Latina. Su realismo es de una extraordinaria capacidad evocadora.

Pero la maestría de Coimbra se reconoce en la creación de ese clima de fuerza telúrica, presencia de la selva del noroeste, donde palpita e impera una crueldad salvaje, incontrastable e inflexible, como dura ley del más fuerte.

"Siringa", de Coimbra, se halla por encima de los problemas municipales y aspira, más que a ninguna otra cosa, a ser una suerte de emocionada y dramática recordación de la vida de un colonizador del Beni. Es decir, memorial o diario íntimo de un cauchero salido de las estradas gomerías del Gran Paitití, para dar sosiego a su vida en el pueblo de sus amores: Magdalena, la bella población que baña sus cabellos como la bíblica pecadora en el agua salvaje del padre de los ríos: el Mamoré.

El libro contiene un apreciable caudal de recuerdos, apuntando con cuidado religioso, como habría de hacer el labrado de las iniciales de un misal, algún misionero poeta; describiendo cómo las bandas de música no cesaban de sonar en las casas de enganche, en tanto que, en las cantinas de toda especie, se consumía la cerveza y los licores con que los fastuosos agentes se entregaban a la caza de peones, la mayoría de los cuales no volvió a ver el suelo nativo. Hasta hace poco, se leía, aún en una de las casas de los extramuros de Santa Cruz, este letrero: "Calle del Beni, por donde se va y no se vuelve".

El éxodo, aquél que tanto preocupara a las autoridades cruceñas, comprendía no sólo al elemento trabajador sino a todas las clases sociales de Santa Cruz: abogados, comerciantes, agricultores, universitarios; todos corrían hacia la siringa, como atraídos por fuerza irresistible. Muchos jóvenes abandonaron sus estudios, decididos a probar fortuna en las selvas del Noroeste, convertidas en un país de leyenda. Entre estos últimos, partió al Beni, en 1896, Juan B. Coimbra, apenas obtenido el título de bachiller.

Coimbra recorrió y conoció, de este modo, el país de la goma. Entró por Guarayos a la provincia de Iténez, que era como la antesala del imperio del caucho, e hizo, en batelones a remo, la travesía de las cachuelas del Mamoré y del Madera, la más grande de las proezas. Llegado a Riberalta, capital surgida como milagro del caucho, buscó

ocupación. Infelizmente, la imprenta de la delegación -la única que existía entonces- tenía completo su personal de cajistas. Tuvo que optar, mientras tanto, por el cargo de oficial de sastrería. Pero bien pronto, en Villa Bella, tierra de fleteros y asiento de la principal aduana de la goma, se instala una nueva tipografía. Hacia allá, vuela Coimbra, para ser primero cajista y luego redactor de "El Eco del Beni".

De esta manera, comenzó la vida periodística de Juan B. Coimbra. Pocos años después, pasada la Guerra del Acre, encontramos a nuestro hombre en Baures, dueño de una imprenta, dirigiendo y redactando "El Porvenir", pequeño semanario que sostuvo durante treinta y siete años. Coimbra se convierte, así, en el árbitro de Iténez. Él escribe, compone e imprime su periódico, escribe versos, asesora a las autoridades, levanta caudillos y hace elecciones. Él mismo ejerce la subprefectura en varias oportunidades, es el orador, el cerebro y el mejor agente político, en aquella dilatada provincia.

Fruto de su labor intelectual y de sus recuerdos son este libro, una colección de poesías -Selváticas- y la obra "Mojos", que se truncó con su muerte.

En ella palpita, mejor que en ningún otro libro, el alma y la vida de aquel mundo aparte, que es la tierra del árbol de la goma. Es el Beni y el Noroeste de hace cien años, con todas sus grandezas, todo su heroísmo, toda su barbarie y su magnificencia salvaje.

En las escenas que relata, no hay un ápice de fantasía. Él es el pintor y el autor o, cuando menos, el testigo de todo cuanto describe. En este punto, "Siringa", "La Vorágine" de José Eustasio Rivera y "Canaima" de Rómulo Gallegos, son las tres novelas más bellas, del trópico sudamericano, por su expresión literaria, cuya excelencia las ha convertido en obras clásicas.

Los protagonistas, que pinta, son de carne y hueso y figuran con sus propios nombres. No podemos resistir a la tentación de copiar uno de esos pasajes. Hablando de los "dramas del monte", apunta lo siguiente:

"Don Nicanor Vaca -aguileño, orejudo, con un gran quirichi en la mejilla- era uno de esos viejos fregueses de la casa Seiler. Vivía con su familia metido en el remoto extremo del Madre de Dios. Casi nunca veía a su mujer. Salido a la madrugada, sin otros compañeros que su "Collins" (machete) y su barcino (perro de pobre, uno de esos perros flacos que a los gritos del amo se levantan desfavoridos de entre la ceniza), volvía de noche muy cansado, y se metía en el mosquitero. Pero su mujer, cada año, infaliblemente, le daba un hijo.

Así nacieron Elías, Primitivo, Genoveva, Nicéforo, Tristán, Zósima y Estefa. Cada cuatro años que iba al pueblo, bautizaba cuatro "changos". Cuando vinieron los tres últimos -Rosendo, Dionisia y Anselmo- ya Genoveva estaba maltona, con su imponente mocedad acentuada por los ejercicios del tacú. La madre murió de un nuevo parto -el undécimo- y Elías y Primitivo tuvieron que ir a Villa Bella, dejando solo al viejo con los menores, en medio del monte. Justo, al cabo del siguiente año, don Nicanor tuvo otro hijo. La madre era Genoveva".

Coimbra es, a la vez, un paisajista y un retratista, un historiador y un sociólogo de una exactitud y una originalidad extraordinaria. Juan B. Coimbra -ex cauchero, ex combatiente en la pacificación del territorio del Acre, periodista fundador del "Eco del Beni", "El Marconi", "El Porvenir" y otras hojas periodísticas, liberal intransigente, montista por simpatía- nació en Santa Cruz de la Sierra, el 24 de junio de 1878 y ha muerto pobre, desengañado y olvidado de toda la gente oriental, el 4 de septiembre de 1942, en Cachuela Esperanza, después

de 37 años de combate, a brazo partido, con la tierra brava de la selva del noroeste, a la vanguardia de la colonización.

Gracias a la iniciativa de Germán Monroy Block, durante el gobierno de Gualberto Villarroel, la Convención Nacional del año 1944, presidida por el gran literato Don Franz Tamayo, se dictó la ley de 20 de noviembre de 1944, mediante la cual se dispuso la edición príncipe y distribución de la obra fundacional "SIRINGA", como un homenaje a todos los trabajadores caucheros del oriente boliviano. De Juan B. Coimbra queda su obra literaria, libro sombrío, polifónico y con un mensaje de la victoria del hombre sobre las selvas trágicas de la amazonía boliviana.

No dejaremos pasar por alto un ejemplo de la prosa de su novela "Siringa". He aquí una página del gran escritor cruceño Juan B. Coimbra:

"SANTA MARÍA MAGDALENA

Es un pueblo como todos los del Oriente de Bolivia, por su aspecto urbano y por las costumbres de sus habitantes. De modo que nosotros verdaderamente nos creíamos "en nuestra casa" como repiten los periódicos de la capital al saludar el arribo de algún personaje de campanillas. Y es lógica tal semejanza: desde los días coloniales y con mayor intensidad en los tiempos de la República, cruceños fueron los gobernantes, los párrocos, los maestros de escuela, los administradores de los bienes del Fisco y de la Iglesia; los comerciantes, industriales y artesanos que figuraron en las primeras planas de la fundación de todos estos pueblos. Influencia cruceña, con todas las virtudes y defectos de la raza, fue la que se esparció por todo el ámbito de la llanura boliviana, desde Matto Grosso hasta los Andes.

Bastaría citar algunos nombres de los jefes de familia que encontramos a nuestra llegada, para saber de lo cruceña que era la sociedad de Magdalena: don Ángel María Dorado, don Gabriel Ortiz, don Hipólito Fernando Durán, don José y Andrés Arza, don Alexis Suárez, don José R. Muñoz, el notable don Pedro Manuel Hurtado, don Simón Dorado, don Nicómedes Ortiz, los jueces Dr. Manuel María Durán y Soletto, Ángel Salvatierra y Elizardo Pedraza Bravo, el cura José Lorenzo de Velasco, etc., todos apellidos solariegos, que dan la idea de un padrón de los tercios castellanos destacados a las campañas de Flandes.

Los cambas, como se llama generalmente a los indios del Beni, los cambas itonamas, formaban -como es natural- la gran mayoría del pueblo, siendo notable la circunstancia de que muchos de ellos, hubieran sabido ya expresarse en castellano para sus relaciones con los carayanas, nombres que se daba -también de un modo general - a los blancos. Sólo dentro de la familia y en sus manifestaciones de regocijo, usaban el dialecto que tiene voces flexibles, de amplio significado, a la vez que palabras sintéticas de dicción sonora y precisa.

La epidemia de viruela que en 1896 asoló a toda la comarca, viniendo de Santa Cruz, destruyó los troncos raciales, las clásicas cepas aborígenes, dejando sólo los retoños. De aquí que se compactara mejor toda la generación de mestizos y criollos, en cuyas venas circulaba esa sangre de vaqueros y cazadores -con veleidades de artistas- de los nuevos indios.

El itonama es sobrio y de costumbres regularmente honestas. Fuerte para el trabajo. Limpio, obediente y laborioso. El alma recelosa que trae de la selva, se aquieta en la comprensión de la lealtad y el honor en el sentido castizo. Incorporado a la familia cruceña, se tornó expansivo y obsequioso.

Ya definitivamente de espaldas al monte y rescatados por la civilización, los hombres visten camisa, pantalón y una chaqueta corta (cuanto más corta, más elegante) aunque existe la minoría conservadora que se aferra a la camiseta, túnica de algodón blanca y larga, con pequeñas guardas de vivo color por los costados, camiseta que para el trabajo amarran a la cintura con una faja recamada de dibujos.

Las mujeres, tradicionalistas por esencia, sólo han aceptado embellecer el tipoy con flecos y adornos cuando no se los mandan hacer de zarazas floreadas que compran a los tenderos de cosas de ultramar. Se adornan el pelo con cintas de colores simples y el cuello con vanos hilos de cuentas vistosas, en que no faltan las garras de tigre y los dientes de caimán encasquillados, así como pequeños caracoles y toda la varie-dad de semillas pintadas que hay en los bosques (sirari). Aficionados a la música. Tocan sus flautas acompañados de tambores y a su compás, surgen en las fiestas los cánticos y las danzas seculares, por veces diabólicas, por veces amorosas y abstraídas.

El gran día para los itonamas es el del 22 de julio, en que se celebra a la “patrona”, la Santa a cuya advocación se ha entregado el pueblo. Bajo la devota efigie de ojos penitentes alzados al cielo, los cabellos esparcidos y esa ostentosa capa tachonada de chaquiras con que los “donantes” se empeñan en ataviarla, florecen alrededor del “yoreba-basté”, armoniosas y rítmicas, las mejores piezas del folklore musical, que mueven interminables cadenas de danzantes.

Rocían su entusiasmo con una chicha espumosa y rubia, sacada del maíz o de la yuca, aunque desgraciadamente, poco a poco ha venido imponiéndose el aguardiente, con sus consecuencias desastrosas. Pocas supersticiones tuvo que vencer la religión en el ánimo de este indio, si bien su fe se halla conturbada por resabios mitológicos, sobre todo, en algunos aspectos de la mecánica exterior. Que los Jesuitas,

con una visión social más inteligente que la que desarrollaron los conversores en el Alto Perú, sin resentir en nada los hábitos del pueblo, se dieron a perfeccionar su alma, perfeccionando sus cánticos, su música, sus danzas, con que -hasta hoy- al conjuro de las campanas y de los petardos que retumban en los grandes amaneceres, contribuyen los indios al esplendor de la festividad.

Sin embargo, en las profundas capas de la indiada -impermeables a las ideas predicadas por los curas- aún se practica aquella especie de espiritismo por el cual, reconociendo a un ser superior y sobrenatural, en él los aborígenes ven al árbitro inexorable de los destinos del hombre. A este genio tenebroso lo denominan "Choquigua". En medio de una suerte de misa negra que se oficia a oscuras, en el mayor misterio, con temblor de exorcismos y ruido de manipuleos, es invocado por los brujos que lo "sienten" e interpretan. Ni más ni menos que oficio conocido de los yatiris entre los aimarás del altiplano.

Y tal es el poder de sugestión en todo caso, que cuando la voz del augur anuncia la muerte de cualquiera uno de los circunstantes, el sujeto se resigna, languidece y muere, fatalmente.

Hubo choquigüeros, como Andrés Guayacho, cuya fama traspasó la frontera provincial.

Los hombres que dirigían nuestra empresa y las tripulaciones, nos distribuimos en los diferentes destinos que nos fueron asignados. Mauro, Leoncio, Eulogio Suárez y nosotros dos con Nico, quedamos en Magdalena. Más tarde se sumaron a nuestra comitiva Crisóstomo Castedo el "jaúsi", y Romelio Ardaya.

Numerosos traficantes y cambalacheros cruzaban el territorio del Iténez en uno y otro sentido, vendiendo mercaderías de toda laya y

comprando las valiosas especies regionales y los productos agropecuarios, que eran revendidos en el Madera.

Así se podía conseguir, a trueque de algunos zurroneos de arroz, un corte de macanilla, o por dos chispas de charque, una buena navaja toledana. Los artículos mayormente demandados eran el chivé, el frejol, la chancaca, la manteca, el cacao, etc. Los tejidos regionales - ya muy escasos- si eran adquiridos, se lo hacía sin más incentivo que el lujo o la curiosidad.

Casi todo el comercio era ambulante. Por lo menos en esos días de fin de siglo en que Magdalena, apenas contaba con la Casa Maciel, gerentada por sus propietarios, unos rumboos brasileños cuyo recuerdo perduró mucho tiempo”.

Cuando se hizo el descubrimiento de que, en las islas y en los bosques ribereños del río Iténez, también había germinado la milagrosa siringa (descubrimiento del cual nos ocuparemos más adelante), fue mayor la inquietud comercial de estas tierras. Se afirmaron los capitales, y los patricios radicados en la capital y demás pueblos, en arduas jornadas de trabajo, ampliaron sus posibilidades económicas.

Todos estos varones ejemplares, no era sólo en la sonoridad de sus nombres que llevaban el timbre de su ascendencia hispánica; a él respondía el desprendimiento hidalgo de su corazón humanitario. Así prosperó, muy luego, Magdalena.

Sus obras públicas fueron encaradas en común esfuerzo, con el aporte, sin tasa, de todos los vecinos. Hasta 1910, aún se conservaba, en buen pie, el templo de la Parroquia, obra monumental y artística, por desgracia edificada con materiales poco nobles -la madera y el adobe- que abatió el tiempo. Por esta circunstancia es que los documentos

de la cultura de Mojos, desaparecidos, no cuentan para nada cuando de arte e ingenio nacional se habla en el país.

Era, el altar de la Virgen, un amplio frontón de cedro tallado y esmaltado a pan de oro, con una seguidilla de nichos y hornacinas de abajo para arriba, tal como actualmente se ve en las capillas esparcidas por la sierra andina. La imagen de la Penitente, aquélla que, loca de místico amor, enjugó con sus cabellos los pies de Cristo cuando comía en casa del fariseo, era opulenta y bella; el cuello delgado, anhelante y sensual, la boca entreabierta, las mejillas mórbidas y los ojos, en vez de estar caídos, se elevaban al cielo en busca del Señor. Al mediodía, en la umbrosa nave de la Iglesia, únicamente lucía la fosforescencia del oro. Con la oblicua luz de las ventanas, se realzaban los frisos enconchados, las columnas, los círculos florales y la sucesión de plintos estofados. Ningún mal traje, acá, la churriguería.

Los artifices itonamas asimilaron los dictados de los arquitectos y escultores, sin veleidades morbosas y con rectitud hacia el fin ideado. Sólo que el orín y la polilla, todo lo reducen a polvo... De este templo queda hoy, como vestigio, la recia y vetusta torre; con ella, se mantiene el recuerdo de don Manuel Fernández de Córdova, quien la mandó a levantar en el corto plazo de tres meses, en 1858, de acuerdo a documentos fehacientes. Aún cuelgan, en ella, las campanas que donaron los Maciel.

Se perfeccionó el cuidado de las comunicaciones con difíciles obras de canalización, terraplenes y puentes, siguiendo la tradición que venía desde el Coloniaje y los primeros Gobernadores del lugar. Para ejemplo de altruismo y de largueza, no olvidaremos de consignar, otra vez, el nombre de don Ángel María Dorado, veterano que entregó una hacienda entera para beneficio de los necesitados, a la cual el pueblo acudía en busca de leche, gratuitamente.

“Huacaraje”

En cumplimiento del programa que se impuso don José Hurtado Justiniano, se organizó un viaje a los cantones del Sud, Huacaraje y Baures. Y una mañana de marzo, en plena llanura y con los baqueanos Castedo y Ardaya que guiaban la embarcación, por el mismo camino de tierra (cuya huella seguíamos a través del cristal del agua), partimos de la vieja garita de Magdalena. Sólo nos despidieron las indias que iban al puerto por agua corriente.

Los remos quedaron en el vientre del batel y empezamos a esgrimir las singas. Por momentos, ingresábamos al campo que ofrecía un lecho de grama recamado de florecillas blancas. Apartábamos el taropé entremezclado de motas rojas, adelantándonos en grandes estuarios matizados de nenúfares y victorias regias. Allá en las orillas, al asahi y el marayaú.

Después de un fatigoso día, encostamos en San Antonio, floreciente propiedad en que vivía su dueño, don Tristán Languidey -viejo hidalgo, exquisito de humor- en cuya casa debíamos permanecer por un corto tiempo; todo el tiempo que demandaba el derribo de unas reses que debían ser convertidas en charque.

Parece que los últimos viajeros habían traído a esta hacienda el no extinguido mal de la viruela. Se produjo alarma en todo el campamento y no sin razón, pues cayeron cuarenta variolosos en un sólo día. Entre ellos, nuestro patrón. Sin auxilios de ninguna clase, se improvisaban remedios de dudosa eficacia que más curaban, al parecer, por sugestión. Se nos hacía beber a todos cada mañana un endemoniado brebaje preparado con limón y sal. Nunca olvidaré las caras que ponían esos peones corpulentos, de ralos bigotes. Salvó don José de tan grave enfermedad. Y luego pusimos rumbo a Huacaraje.

Llegamos al pueblo en una hora de desgracia. Todo era sigilo. Caras pálidas y largas asomadas por las puertas, nos mostraban el fatídico rastro de aquel mal. Sólo se veía en la plaza el balsamino y una enormidad de patos y gallinas estudiando botánica por entre las raíces. En grandes macollos crecía el aribibi. Detrás de los cerros, los perros nos daban con ladridos su poco cordial bienvenida. Los portones de gruesos batientes de las casas señoriales, estaban cerrados. Don Napoleón Leigue, don Ramón Dorado, don Jovito Egüez y otros, habían sellado su contacto con el mundo.

Mas no por eso las ambiciones se aquietaron. Había marchantes que seguían el trabajo en ritmo acelerado, acumulando víveres y apresurándose a desplazarlos a los centros de consumo: Por la quimera del oro, el hombre fue siempre capaz de arrostrar hasta la muerte”.

Era Huacaraje el solar privilegiado donde se producía el mejor tabaco de la zona, cuya excelencia llegó a convertir el mazo en la unidad monetaria de comercio. Sus habitantes autóctonos, pertenecen a la raza itonama y el sitio donde se asienta el pueblo, era el campamento obligado para todos los viajeros que cruzaban de Magdalena a Baures y viceversa; de tal modo que guacaraje (y no Huacaraje, como se escribe oficialmente), quiere decir "Pascana".

Su fundación data de los primeros años de la República y es atribuida a un corregidor de apellido Velarde, el que, para aliviar el largo peregrinaje de catorce leguas desiertas que se hacía a pie, llevó a ese sitio las ochenta familias de indios itonamas que originalmente lo poblaron.

De su florecimiento sólo quedan vestigios. Un camino recto con terraplén, por un lado, y un canal, por el otro, unía las aguas de su río, con el río Blanco, llamado también Baures.

EMILIO FINOT (1886 - 1914)

Nació en Santa Cruz de la Sierra, en 1886, y murió en la misma ciudad, en 1914. El malogrado escritor, poeta, hermano mayor de don Enrique Finot, en los breves años de su vida nos ha legado la labor de consagración que ningún joven de su tierra ha podido superar a su edad. Se dedicó a las letras como un joven humanista. En 1910, añadió a sus actividades literarias el ejercicio de la cátedra en la Escuela Normal de la capital de la república. La muerte lo sorprendió en plena actividad, después de haber publicado sus notables antologías. Una joven y laboriosa inteligencia, tronchada al comienzo de su carrera, en la cual resalta el laurel de los Juegos Florales de La Paz.

Sus poemas “La Cabeza de Ignacio Warnes” y “Ana Barba” (la poesía laureada), son, en efecto, obras mayores, de ritmo genuinamente modernista. Desarrollan una leyenda regional entorno a la figura real, heroica y mítica del héroe de la independencia Ignacio Warnes y de la heroica mujer cruceña Ana Barba.

Una antología de Finot podría contener, además: “La Penosa Confidencia”, “En el Jardín”, “El Leproso”, “Vengo de la Alegre Campiña”, “Tú Estás Tranquila”, “Mujer”.

Orestes Harnes Ardaya califica a Emilio Finot: “espíritu sensible a los estímulos de la belleza, su numen innovador, es el de un privilegiado del lirismo americano. Su estro transparente y sutil produjo un suave, terso y expresivo verso simbolista que chocó con los últimos resplandores de un romanticismo”. Sus obras dramáticas están olvidadas, pese a que algunas fueron representadas con gran éxito en Santa Cruz de la Sierra.

Antología:

Consagró un estudio bibliográfico a Gabriel René Moreno y sus obras, que es la mejor recapitulación de referencias a la vida intelectual del más veraz escritor.

En el tomo segundo de su Antología Boliviana, Emilio Finot nos brinda la semblanza biográfica de la “Teniente Coronela de la Independencia Doña Juana Azurduy de Padilla”, que escribió Gabriel René Moreno. Por su valioso contenido reproducimos el texto: “Manejando á caballo la lanza con empuje singular, y vistiendo pantalón, blanco mameluco, blusa escarlata husareada de oro y casco liviano de bruñida plata con simera, la teniente coronela de las guerrillas de la independencia altoperuana, comparte hoy día, en la imaginación del pueblo, comparte con su ilustre esposo, la marcial legendaria nombradía de caudillos y constantes, caudillos de las partidas de campesinos que, en servicio de la causa patriota, regaron con su sangre las antiguas provincias de La Plata y Potosí.

Era doña Juana Azurduy, de sangre mestiza en ese grado de cruzamiento en que predomina más bien que la tez indígena el tinte andaluz. Nació en Chuquisaca el 8 de marzo de 1781, y allí mismo rindió el último suspiro el 25 de mayo de 1862, a la edad de 81 años. Mayo 25, célebre fecha de su ciudad natal, por la del nacimiento de la causa a que debía doña Juana consagrar sus años juveniles de amor, de gloria y de libertad.

Su espíritu no fue extraño, ni con mucho, a la rudimentaria educación que la colonia brindaba aun a linajudos y adinerados criollos. Pasó algún tiempo entre monjas con el Año Cristiano debajo de los ojos.

Cumplía los 24 el día justo y cabal de 1805 en que se desposaba con Manuel Ascencio Padilla. Siete años apenas de hogar apacible le tenía

el destino reservado. Desde 1812 el infatigable jefe de montoneros, siempre sobre el caballo, apareciendo tan pronto en un lugar como en otro, se consagró enteramente a la guerra contra los realistas; guerra de partidarios, de caballería irregular y ligera, entre sierras y breñas, con emboscadas y sorpresas, sin cuarteles de invierno ni comisaría proveedora. Doña Juana peleaba al lado del esposo y más de una vez le tocó llevar al combate algunas partidas. Cinco años aquéllos, de infatigables correrías y terribles encuentros.

Desde 1816, los ejércitos realistas señorearon predominantes los centros principales del Alto Perú. La terrible republiqueta andante del Sud recibió rudo golpe, golpe nunca bien reparado, en el sangriento combate del Villar. De allí escapó herida doña Juana, dejando en el campo entre los muertos a su esposo. Uniose entonces a las caravanas de la emigración a la Argentina y dejó el Alto Perú.

Alguna vez, en Salta, las montoneras de Güemes la llamaron; su grado de teniente coronela le abrió un puesto en esas filas; el propio instinto de la guerra la arrancaba quizá del albergue al campamento. Pero hay tiempos que no vuelven a buscar al que una vez dejaron en la soledad de los recuerdos. Estaba ella fuera de sus montes y laderas; había perdido su égida marcial en la jornada de 1816. La esposa de Padilla no estaba destinada a figurar ni señalarse entre los gauchos, como entre los cholos voluntarios había sabido figurar y señalarse. Hubo de volver al hogar fijo y pacífico en poblado, resignada a su nueva suerte, que era otra batalla, la de trabajar para vivir y suspirar en tierra extraña.

Por fin, el estruendo de Ayacucho resonó en el hospitalario asilo como un llamamiento del suelo natal. Fue de las primeras en repatriarse. Un año después, en 1825, Simón Bolívar le estrechaba la mano en Chquisaca y decretaba su pensión. En llegando hubo de abrir una

nueva suerte de campaña, la de los litigios engorrosos y gravosos, para reivindicar un predio de su propiedad, no bien adquirido en su ausencia por terceros, al amparo de la ley marcial de los realistas. Pero de mano de los vencedores halló pronta justicia por la vía administrativa, y luego al punto pasó a labrar la tierra en pos de adquirir por allí un bienestar para la vejez, que no alcanzó. Lejos de eso, en sus últimos años, tuvo que vender aquella finca para hacer frente a premiosas necesidades. El presupuesto nacional seguía anualmente glosando, en la partida de pensiones, el ítem aquel de Simón Bolívar: “a la teniente coronela de la patria doña Juana Azurduy: 480 pesos, “...pero el pago era alguna vez intermitente y precario. No eran diferentes de aquéllos en que ella guerreaba para fundar esta patria independiente y sin ventura.

No alardeaba, sin embargo, de lo pasado, ni murmuraba de lo presente. Era sobria de palabras como un veterano. Algunos niños curiosos y ladinos, en sabiendo que moraba de paso en la ciudad, nos costeábamos hasta su alojamiento y la acosábamos a preguntas. Imposible que se prestara nunca a un franco relato. Pero una vez, tocada seguramente en lo noble, abriéndosele con ceño varonil las ventanillas de la nariz, casi tanto como la boca, exclamó: “Guay, que al fin rajaron la tierra aquellos chapetones malditos”.

Rajaron la tierra. Eso sí que es escapar llevando el terror y velocidad del rayo. Pero todo esto es ya historia antigua”.

ENRIQUE FINOT (1891 - 1952)

Célebre cruceño, graduado de Profesor de la Escuela Normal de Sucre, que desde temprano incursionó en el terreno de las letras, fundando y dirigiendo revistas y periódicos.

Comenzó como maestro de escuela y culminó en los más altos niveles de la diplomacia boliviana. Nació en Santa Cruz de la Sierra, el 16 de septiembre del año 1891, y falleció en la misma ciudad, el 23 de diciembre de 1952, después de haber ofrendado a su Patria los más sazonados frutos de su inteligencia. Maestro, investigador, diplomático, fue Canciller de la República. Uno de los más completos eruditos en la historia de la literatura de Bolivia. Su obra es básica y tendrá perennidad.

Fueron sus padres José Francisco Finot y Olinfa Franco. Contrajo matrimonio con Emma Cueto. Estudió en el Colegio Seminario y en el Colegio Nacional de Santa Cruz, hasta trasladarse a la ciudad de Sucre, donde se graduó como uno de los primeros maestros de la Escuela Normal de Profesores y Preceptores, fundada por la Misión Belga que contrató el gobierno de Montes. En 1911, enseñó Cartografía y Dibujo en la Escuela Normal y en el Liceo de Señoritas de Sucre. Al año siguiente, fue promovido al cargo de Inspector de Instrucción Primaria del Departamento de Chuquisaca. A poco, se trasladó a la ciudad de La Paz como Director de la primera Escuela Modelo. Sin permanecer mucho tiempo en puesto alguno, en 1914 se hizo cargo de la Secretaría de la Dirección General de Instrucción Pública, donde sirvió tres años, a cuyo término, en 1917, optó por la carrera diplomática, convirtiéndose en una de las primeras figuras de la diplomacia boliviana en los últimos treinta años. Fue sucesivamente Primer Secretario de la Legación de Bolivia en el Perú, Encargado de Negocios en el mismo país, Diputado por Santa Cruz, Ministro en Chile, Agente Confidencial

en los Estados Unidos, Delegado de Bolivia ante la Sociedad de las Naciones, Embajador en Cuba, Ministro de Relaciones Exteriores, Jefe de la Delegación de su país a la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz en Buenos Aires, Ministro en la Argentina y Embajador en México, alternando todo el tiempo sus labores diplomáticas con las de escritor. Ejerció también el periodismo por algunos meses, haciendo oposición al gobierno de Saavedra, como Director de El Liberal de La Paz.

Historia de la Conquista del Oriente Boliviano, Historia de la Literatura Boliviana y Nueva Historia de Bolivia

El primero de los libros estudia, en forma documentada y metódica, lo que su prologuista, el historiador argentino Levi-Uier, considera la tercera etapa del proceso de la conquista en la América Española, o sea, “la irradiación de la conquista desde las capitales hasta tierras próximas o lejanas, o de fama legendaria, o enteramente desconocidas, con el propósito de proteger aquéllas, alargar la corriente civilizadora, crear avanzadas estratégicas o rematar, con un puesto, una línea de centros mediterráneos. Esas conquistas, moderadas en sus aspiraciones y cálculos, son complementarias de las primeras y resultan, también, las más penosas por ser su misión asegurar con su estoica resistencia las comunicaciones, el tránsito, el comercio, el progreso y la estabilidad de ellas”. El libro, galanamente escrito, además de narrar con respaldo documental la singular empresa de las expediciones por el vasto territorio oriental, que forma las dos terceras partes de Bolivia, aclara una serie de pasajes oscuros y rectifica muchos errores en que incurrieron historiadores y cronistas del pasado. Y es que, como el propio Finot lo dice, su obra cumplidamente realizada, está escrita “con devoción y cariño, porque se refiere a la tierra natal de su autor y porque se ocupa de una materia casi ignorada” pese a que tal materia fue motivo de polémicas y pleitos internacionales.

Su obra sobre la literatura boliviana, además de ser un trabajo orgánico, trazado sobre un plan sencillo de distribución del material, es todavía la más completa en cuanto a información del desarrollo de las letras nacionales desde la época colonial. Contiene, en lo referente a los autores fallecidos hasta 1943, juicios más o menos definitivos por la ponderación con que fueron formulados. Los que pueden llamarse clásicos bolivianos están estudiados con especial cuidado y dedicación. Finalmente, "Nueva Historia de Bolivia" es un ensayo original, claro, que, a diferencia de la obra de Arguedas, ofrece una relación del proceso nacional, con más ciencia y menos literatura, y, además, su enfoque abarca los hechos desde los orígenes más remotos, con intención sociológica en algunos de sus capítulos.

Obra: "Noticia sobre la Instrucción Pública de Bolivia"; "La Reforma Educacional en Bolivia"; "La Cuna de Monteagudo"; "Historia de la Pedagogía Boliviana"; "El Cholo Portales"; "La Historia de Bolivia en Imágenes"; "Nuevos Aspectos de la Cuestión del Chaco"; "Elogio de Gabriel René Moreno"; "La Guerra del Chaco y los Estados Unidos"; "La Cultura Colonial Española en el Alto Perú"; "Bolívar, Pacifista"; "Historia de la Conquista del Oriente Boliviano"; "Sobre el Problema del Indio"; "Historia de la Literatura Boliviana"; "Tierra Adentro".

ENRIQUE KEMPPF MERCADO

Lo conocí -a Enrique Kempff Mercado- cuando, recién en noches románticas de serenata, visitaba, en mi casa de la Almirante Grau de San Pedro, a su novia, la bella damita cruceña Raquel Steimbach Moreno que, en ese tiempo, se alojó en el hogar de mi familia para disfrutar sus vacaciones en La Paz. Luego se matrimoniaron con Buri Camba en Buenavista, la señorial mansión de la familia Steimbach, tradicionales vástagos del más famoso naturalista alemán Josef Steimbach, el científico descubridor de gran parte de la flora y de la fauna y de las esplendorosas mariposas del trópico cruceño. Los Steimbach representan lo más granado de esa bella tierra. Sus hermosas mujeres -como Nita, casada con mi tío el Cnel. Julio Barrón Block; su sobrina Hilda, madre de Mauricio Roca Steimbach, el aguerrido presidente de los agropecuarios de Santa Cruz, departamento heroico de Bolivia- son las flores que adornan el jardín de Santa Cruz de la Sierra.

Enrique Kempff Mercado nació el 11 de febrero de 1920. Fue abogado y escritor, miembro de la Academia Boliviana de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española, miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua, ex Presidente del Instituto Boliviano de Cultura Hispánica, ex Presidente de la Sociedad Dante Alighieri de La Paz. Entre sus obras publicadas están: CRUZ DEL SUR, poemas; TIERRAS INTERIORES, poemas; GABRIEL RENÉ MORENO, narraciones históricas; OTOÑO INTENSO, cuentos; PEQUEÑA HERMANA MUERTE, novela. En su libro “Gente de Santa Cruz”, añora los tiempos memoriales de su tierra natal, en una prosa rememorativa donde viejos recuerdos como las serenatas románticas y el dulce tañido de las campanas coloniales tocan a fiesta:

“Morirá el sortilegio de las cosas viejas llevándose consigo las gratas costumbres patriarcales, el familiar diseño de las casonas amigas, el carretón hermano y la hermana voz del gañán rudo y heroico que nos dio la gracia pintoresca de su figura y el pan clemente de su cosecha. La nueva ciudad anidará nuevas gentes, nueva vida. Y entonces esta vieja Santa Cruz de la Sierra que tantea los abiertos caminos del progreso, será un recuerdo y una evocación. Recuerdos sin nostalgia, evocación sin lágrimas tal vez”.

Para solaz de su gente cruceña transcribo su cuento “Tarde de Carnaval”.

“Tarde de Carnaval

Carnaval. Tres de la tarde. En el barrio de San Francisco, como en todos los barrios, hay varias casas de recibo. Esta vez la más concurrida es la casa de la Aurora, casa de medio pelo, de fama loca y cálida acogida. Carnaval en Santa Cruz. El sol pela con su ancha risa de fuego y desde el mediodía atruenan las bandas de música por toda la ciudad. Carnaval en los barrios, en el Arenal y en la Pólvora, en la Capilla y en la Casa Santa, en el Mojón con Cara y en el barrio Serebó...

En la sala de doña Aurora hay una pintoresca confusión y un endiablado vocerío. Disfraces desteñidos, máscaras extravagantes, antifaces discretos y voces fingidas. La música de viento resuena en las honduras torácicas y los pies beodos trazan en el suelo turbios arabescos. Doña Aurora es una robusta matrona, algo entrada en años, pero su madurez no le quita un vivaz asomo de lozanía. Lleva un holgado dominó verde con la capucha echada a la espalda, y en su cara, embadurnada de polvos y tintas, luce todos los colores del espectro. Es fama que nunca se cansó de bailar y divertirse. Una sonrisa perenne aletea en sus gruesos labios carnosos y el carnalito conmueve su túrgida

humanidad con gracioso compás. Una comparsa ha invadido el recinto y la música ataca sin cesar los alegres carnavalitos orientales. Jaleo y batahola. Parejas reilonas y sudorosas danzan infatigablemente. Circulan bandejas de licor y chicha que liba ávidamente la concurrencia. La alegría y el entusiasmo son siempre crecientes y cada vez más contagiosos. Los festones y gallardetes que adornan la sala penden desgarrados y se mecen al tibio soplo de la danza. Una multitud de rapaces noveleros atisba por las puertas y ventanas de la calle y el patio, ocupados en remedar a las máscaras, robar serpentinas, arrojar cascarones con tinta y chillar por cualquier motivo, desafortadamente.

A un carnaval sigue un taquirari y a un taquirari un carnaval. La esbeltez de los cuerpos femeninos apenas se disimula con el holgado dominó de vivos colores. Los miembros de la comparsa llevan las caras descubiertas y visten amplios batones a cuadros rojos y azules. Todos beben rabiosamente y enamoran a la mascarita impersonal y coqueta que se oculta tras la fisonomía congelada del antifaz. Se oyen hurras y vivas a la comparsa. Algunas muchachas que bailan sin careta son el blanco de las pullas y los piropos; tienen las caras manchadas de tinta y almidón teñido que les restregan, sin misericordia, los atrevidos festejantes.

-Estoy pa' morirme, ya no puedo más de los pies- explica doña Aurora, fatigada y sonriente. ¡Ah, canalla! -exclama en seguida al sentir un copioso baño de agua sucia que le arrojaron de atrás-

Su pareja la envuelve con la amplia capa de su disfraz y con un gesto entre protector y mimoso.

- ¡Suelte, manilargo!- agrega zafándose del interesado auxilio.
-No se enoje doña Aurora porque se va llenar de hijos- replicó, con descarado aludido.

Calabazas y jofainas llenas de agua lodosa y heces de chicha se derraman en desconsiderado baño sobre los bailarines. Es un verdadero pandemonio. Hombres y mujeres se entremezclan en incontenible y orgiaca algarabía. Suena un clarín de llamada. Los miembros de la comparsa van saliendo de la casa seguidos por la banda de música; se dirigen hacia la casa de recibo más cercana. Detrás van los "coleadores", los que forman la numerosa comparsa de los sueltos, los que unen a sus flacos bolsillos su decisión por la comparsa que siguen. La música se aleja y en la casa, bruscamente silenciosa, las mujeres reilonas hacen volar una bandada de comentarios entre los festones sueltos y los gallardetes desgarrados.

Tarde de sol. Tercer día de carnaval. Una nueva mascarada se aproxima a los sonos del "¡Ah, mamai!" Las muchachas atisban su llegada y algunas huyen despavoridas hacia el interior de la casa, escondiéndose en las piezas privadas. Es que la comparsa que llega es la más temida de todas, por sus atrevidas audacias, por su espíritu belicoso y por la suciedad de sus juegos. Viene por media calle, entonando con voces desafinadas por el cansancio el "¡Ah, mamai!", la despedida del carnaval, en un tono burlescamente acongojado. Las tintas, el lodo y los aceites usados han manchado de tal modo los disfraces, que no se distinguen sus colores primitivos. Silbatos y silbidos aturden, y en toda la vecindad se han cerrado puertas y ventanas al paso del endiablado tropel. Alguna ventana se abre sigilosamente, y al asomar alguna curiosa figura femenina, un certero cascarón de tinta roja le estampa en la frente el estigma de la indiscreción. Cabrillea locamente la alegría en todas las miradas. Grupos enardecidos sumergen a mascaritas y chiquillos en los cenagosos charcos que dejaron en las calles arenosas y desiguales las últimas lluvias.

La diversión es unánime, el pueblo está loco. Todos sienten en sí mismos una liberación de prejuicios y convencionalismos. Todo está

permitido y cada uno se permite lo que le viene en gana. ¡Qué alivio! Poder lanzar un alarido salvaje o gritar escandalosamente sin que nadie se escandalice; poder emporcarle el traje o estrujarle lodo del arroyo en la cara de cualquier prójimo, sin que éste tenga el menor derecho de protesta; poder soltarle una galantería subida de tono a cualquier muchacha o, si se quiere, arremangarse las faldas del dominó o arrancarse la blusa húmeda de sudor y dejar que los rayos del sol de febrero caigan libremente sobre la piel desnuda; beber del gollete de la botella, untarse de betún, revolcarse, ser payaso y bufón. Es una vuelta a lo elemental, a las pasiones primitivas de la naturaleza humana.

Una tentativa de libertad que busca la realización de los deseos inexpressados. Un abandono consciente de las ideas preconcebidas. Es el hombre frustrado que abandona el marco de la práctica urbana y civilizada y tantea los límites caliginosos del deseo insatisfecho. Es el carnaval en Santa Cruz.

Doña Aurora cerró sus puertas, pero la comparsa irrumpió atropelladamente en la sala. La seguía un numeroso grupo de coledores.

Era una de las comparsas más populares y de más larga tradición.

Una rápida requisa hizo aparecer a todas las muchachas que se hallaban ocultas y que salieron atolondradas y medrosas, echándose cruces y simulando un desagrado que en el fondo era complacencia. Se reanudó la dichosa algazara con mayor brío y volaron por el aire, como pájaros de sol, las notas cristalinas de un viejo carnaval.

- ¡Salud, máscara!- brindó un disfrazado, invitando a un amigo y tendiéndole la copa.

-Salud, che.

La copa quedó vacía, asentada peligrosamente en el borde de una mesa.

-Esto ya huele a asta.

Habían muchas copas asentadas en los bordes de las mesas.

-Está que arde. Pero no hay carnaval que dure cien años ni máscara que lo aguante.

Una sucesión de cohetes estalló estrepitosamente, aturdiendo a todo el mundo.

Otra comparsa llegó anunciada por su banda y por un coro infernal de gritos y silbidos. La casa se volvió más chica. Quedaron apretujados, pareja con pareja, copa con copa, aliento con aliento.

- ¡Uf! ¡uf!

- ¡Pucha!, esto no lo aguanta ni una sucha pitando. Alguien había estrellado en paredes y rincones huevos podridos. Un olor nauseabundo se había extendido, provocando incontenibles arcadas entre los concurrentes. Pero ¡qué hacerle!, era tercer día de carnaval.

Agua, sudor y tinta. Pasaban las horas precipitadas y ebrias. Las palabras de amor se colaban candentes a través de las abigarradas capuchas de los disfraces femeninos, inflamadas de ansias febriles.

Los antifaces húmedos y deformados fueron arrancados de los rostros, pero quedaron éstos, los rostros, como viejos antifaces humanos que ocultaran una inconfesable verdad. Pero ya todos se habían posesionado del espíritu singular y uniforme del disfrazado. Obraban como si las

caretas cubrieran aún sus fases saturnales. Bebían y bailaban, como seres anónimos y gemelos, como si se hubieran disfrazado para burlar a la vida y hacerle una finta zumbona a la muerte.

Una comparsa se fue. Llegó otra. Quedaban algunos rezagados que habían hallado quien les correspondiera a sus galanteos.
-Che, no te durmés, vámonos.

-No puedo, ya pillé quien me lleve el apunte.

- ¡Vaya, hombre!, dejala a tu "peor es nada", mira que se van los nuestros.

Unos se van, otros se quedan. Se juega sin interrupción, como si se quisiera acabar con el carnaval y con los juegos, como si fuera la postrera copa de la felicidad que hay que apurarla hasta la hez. El carnaval no dura cien años; hay que gozarlo como si fuese el último, hay que embriagarse de licor y deseo, de entusiasmo y locura. Ya lo dijo un gringo: el Carnaval de Santa Cruz es carnaval de locos. O de salvajes, o de cuerdos enloquecidos, pero, ¡quién sabe sea el último! El carnaval es un dragón que aparece cada año y que hay que dominarlo hasta el último minuto, como corresponde a un leal hombre de la alta selva y de la pampa anchísima.

La banda suena perezosa y desacompañada. Tanto han soplado los músicos durante las noches y los días, y tanto soplarán aún en los bailes nocturnos, que tienen los ojos enrojecidos y sus mofletes se hinchan y aflojan como viejos fuelles en acción. Las paredes de la sala muestran enormes manchas de tinta, lodo y betún. El bullicio no amaina. Los disfraces mojados de las mujeres se adhieren a la piel diseñando turbadoras morbideces. El sol baja en el horizonte, borracho de colores. Se suscita una riña. Una botella pasa rozando las cabezas

y se estrella en la balastrada de la ventana. Doña Aurora alza el grito al cielo. Se produce un tumulto, se reparten bofetadas y alguien queda dormido pesadamente en un sofá, con un cardenal en el ojo y agregando sus ronquidos beodos a la percusión de tambores y de címbalos.

-Ya no tomes más, hombre. Mira que esta noche es nuestro baile- aconseja un disfrazado a un compañero de juerga y comparsa que, con una copa en la mano, desafía la ley de la gravedad bamboleándose peligrosamente.

-Sí, che, ya está de buen tamaño- apoya alegremente un tercero.

- ¡Bah!, hay que beber antes de emborracharse- responde chacotero el interpelado, ¿no ves que se acaba el carnaval? ¡Ah, mi vieja linda!

-agrega hipando escandalosamente y colgándose del cuello de doña Aurora, que también anda achispada y dicharachera.

-Lo mejor es que durmáis tu mona y dejes de hacerte el gracioso- insiste el amigo.

-No... ¡hip!... no puedo, hermano. Se acaba el carnaval... ¡hip!...
- ¡Ah!, ¿sabes la última? Dizque el gobierno nos dio a escoger a los cruceños entre ferrocarril o dos carnavales al año y, ¡claro!, nuestros diputados escogieron dos carnavales al año.

El borracho se deja convencer. Va a esperar el segundo carnaval del año.

Entretanto, las comparsas se van dispersando y la sala va quedando vacía. Todos buscan unas horas de reposo para poder concurrir a los bailes nocturnos que duran hasta que asoma el dorado lubricar del

◀ Enrique Rocha Monroy

nuevo día. Grupos de máscaras se ven por esquinas y bocacalles, camino de vuelta a sus casas. Aparecen hombres y mujeres en prosaicos trajes de calle, como extrañas realidades en un mundo de ficción. La tarde se ha desenmascarado. Santa Cruz muestra de soslayo su resentimiento de niña que ha perdido el juguete preferido. Es como si el carnaval se hubiera quitado el antifaz.”

Presidentes nacidos en Santa Cruz de la Sierra



Gral. José Miguel de Velasco



Tte. Cnel. Germán Busch



Gral. Hugo Banzer Suárez

PRESIDENTES DE BOLIVIA NACIDOS EN SANTA CRUZ

4° Presidente

José Miguel de Velasco Franco

2-08-1828 / 18-12-1828

1-01-1829 / 24-05-1829

22-02-1839 / 10-06-1841

18-01-1848 / 6-12-1848

José Miguel de Velasco Franco nació en Santa Cruz de La Sierra, el 29 de septiembre de 1795, y murió en la misma ciudad, el 13 de octubre de 1859. Fue hijo de Ramón Gonzales de Velasco y de Petrona Franco y probablemente el que más veces ocupó la Presidencia con carácter provisorio. Ahí radica su mérito, pues, como militar de carrera y político, dio continuidad al ejercicio del Ejecutivo en las sucesivas crisis que se produjeron desde la salida del Mariscal de Ayacucho. “Forzado y sacado de mi oculto retiro acepté el mando”: esta frase que pronunció al iniciar su segundo interinato, a la caída del presidente Pedro Blanco, parece típico de su carácter.

Hombre de los grupos de poder en su tiempo, fue Vicepresidente de Andrés de Santa Cruz. Como muchos jefes de entonces, fue arrastrado por el vendaval político y se enfrentó al propio Santa Cruz, y, más tarde, a Ballivián y a Belzu. Participó en el derrocamiento de Santa Cruz en 1839 y entonces cometió un error histórico que le reprochó la posteridad: el de felicitar al general chileno Bulnes por la victoria de Yungay sobre las fuerzas de la Confederación Perú-Boliviana. Sin embargo, hay que decir, como atenuante, que ése era el sentir de muchos militares y políticos peruanos y bolivianos de entonces. En 1841, enfrentado a Ballivián, tuvo el gesto de unirse a él para enfrentar la invasión del ejército peruano al mando del inveterado enemigo de la República boliviana, el general Agustín Gamarra. En su tercer gobierno promulgó una nueva Constitución en lugar de la que dejó el Mariscal Santa Cruz.

36° Presidente

Germán Busch Becerra
13-07-1937 / 23-08-1939

Nació en San Javier (Santa Cruz), el 23 de marzo de 1903, y murió trágicamente, siendo Presidente, el 23 de agosto de 1939. Fueron sus padres: Pablo Busch, médico alemán y Raquel Becerra, dama beniana; se casó con Matilde Carmona.

Estudió en el Colegio Militar, fue oficial de Caballería, ascendió por méritos de guerra hasta Teniente Coronel, fue Jefe del Estado Mayor General y Presidente de la República.

Fue, sucesivamente, Presidente de la Junta de Gobierno, Presidente Constitucional y Dictador de la República, desde el 13 de julio de 1937 hasta el 23 de agosto de 1939.

Germán Busch Becerra, máximo héroe de la Guerra del Chaco y el “hombre símbolo” del nacionalismo revolucionario, doctrina que culminó su ascenso con la Revolución del '52.

Tuvo mayor influencia en su formación doña Raquel Becerra que su padre, don Pablo Busch, súbdito alemán, hombre de coraje, en una región infestada -entonces- por bandoleros. Quizá por su firmeza de carácter, Bautista Saavedra nombró subprefecto a Pablo Busch.

Germán hizo sus primeras letras en el Beni, ingresó al Colegio Militar, a instancias de su hermana Josefina Busch, que le consiguió plaza y concluyó su formación en la Guerra del Chaco, su gran escuela. “Cuando recuerdo la vida de Germán Busch, acosan mi imaginación símbolos dinámicos y flamígeros: destino de flecha incandescente o

destino de granada que estalla en lo alto, ilumina la noche y de inmediato es devorada por la noche misma. Su existencia fugaz, que puede caber ahora toda ella en el hueco de mi mano, se anima con un poder infernal, como cartucho de dinamita que debo lanzar a lo lejos”, dice Augusto Céspedes.

Ésa es la tónica de sus principales biógrafos, que ven en Busch una fuerza de la naturaleza, una desmesura por encima de la estatura humana. Como era un ser preñado de Absolut, Céspedes recurre a Nietzsche, a Joseph Conrad y a Bécquer para describirlo. “Amo al que desea la creación de algo superior a sí mismo, y muere en seguida”, cita a Nietzsche. Uno diría que lo compara con el guerrero griego Alcibiades cuando escribe: “Se evadía con frecuencia hacia la charla en que evocaba sus actos de valor o de energía, pasados o actuales, que él exageraba a veces puerilmente, como si no los conociésemos”.

“Convencido de que le tocaba la creación de algo nuevo, se perdía, empero, entre los accidentes y asimilaba contradictorias influencias”. “No comprendía -como dice Joseph Conrad al describir a Karaim- y nos replicaba con razones que casi nos desesperaban por su infantil astucia”. Se percibía en él, en palabras de Conrad, “un concentrado anhelo de violencia”, “chispazos de una latente, sombría furia interior”. “Siempre era posible percibir dentro de él un huésped satánico que fulguraba en sus ojos, el pathos que, desde sus raíces bárbaras, ascendía a buscar su personalidad para reintegrarla al caos”, agrega. Cita, asimismo, una leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer, para justificar la agresión de Busch al escritor Alcides Arguedas en Palacio: “...un caballero alojado con la soldadesca en un viejo templo de Toledo, se mofa de la estatua de piedra de un guerrero en oración. La estatua levanta la mano y le da una bofetada”.

Sin embargo, Busch dejó testimonios irrefutables de su ánimo humilde, con los humildes, y orgulloso, con los poderosos. Lo demostró cuando funcionarios de la Casa Suárez fundaron en Cachuela Esperanza el Partido Regional Orientalista, que proclamaba la superioridad de la raza blanca, aunque, como diría Franz Tamayo, el jefe del partido tenía “mezcla de mataco y chamoco”. Busch los amonestó severamente por “defender a la raza oriental como si fuera diferente de la del resto del territorio patrio”. Él no concebía “más tendencia política que la que comience por proclamar la integridad patria, como unidad indivisible y solidaria, histórica, geográfica y racialmente, y tenga por finalidad la unión de los bolivianos”. Frase que a estas alturas deberíamos grabar con letras de fuego en la memoria de los bolivianos.

Perfil Militar

Sería largo, pero aleccionador, reproducir su larga hoja de servicios durante la Guerra del Chaco, pero bástenos decir, con Díaz Machicao, que “supo despertar la confianza del subalterno que le seguía a ciegas en las peripecias bélicas y la del jefe que le brindaba las misiones más arriesgadas y temerarias”. “Busch (...) ordenaba como un general, siendo apenas un capitán y cumplía como un soldado raso, siendo un comandante”. Veamos otro apunte de su sencillez registrado por Céspedes: “En mi primer ingreso a la zona de operaciones, cuando le hablé de sus recientes hazañas de Boquerón, me dijo: 'Todo es cuestión de tener suerte', sentencia vulgar que no se ilumina de trascendencia sino cuando el Destino le descarga el rayo excepcional de la tragedia”.

Céspedes le atribuye a Toro la educación política de Busch, con base en las ideas que le sugerían los intelectuales alistados en el ejército. “Al desplazar a Toro de la presidencia no hizo más que cobrar un préstamo. Su pureza inconsciente, como la del puma, desconocía

ciertos arraigos éticos”. “En su incultura e inexperiencia radicaba su valor revolucionario, ya que la cultura que poseyeron los presidentes hasta entonces, procedía de la academia rosquera”. [...]“pero sabía acercarse al pueblo con ademán de camarada afectuoso, sin artificio, recogiendo en cambio simpatías por su carácter liviano, su leyenda y su elástica estampa de felino de grandes ojos eléctricos. Normalmente austero y abstemio, bebía raras veces como un verdadero oficial de caballería, poniéndose locuaz y cariñoso, o agresivo. En momentos de buen humor tocaba la guitarra y siempre tuteaba a todos”. “Busch tenía una inconsciencia infantil respecto al valor del dinero. Su motor era la sangre y no el oro. Militar proletario como fue, la modestia de su vivienda y mobiliario casi no cambiaron con la Presidencia”.

Cierta vez, durante un banquete que le ofrecieron los oficiales de reserva del Chaco, Busch pronunció “una de las más hermosas oraciones que se hubieran oído jamás a un Presidente boliviano, oración desordenada y calcinante, como protesta inaudita al silencio de las derrotas populares y las humillaciones oficiales”, según Céspedes: “Yo no he llegado a la Presidencia para servir a los capitalistas. Ellos deben servir al país y si no lo hacen por su voluntad, lo harán por la fuerza. Les juro a ustedes, camaradas, que yo, Germán Busch, demostraré a esos Patiños, Aramayos, Hochschiles, a todos los explotadores de Bolivia, que aquí hay un Presidente que hará respetar a su país. Eso debían haber hecho mis antecesores, hombres muy sabios, sin duda; pero me toca a mí hacerlo: y lo haré ¡con el corazón! Yo no puedo defraudar a ustedes, a los oficiales, a los soldados, al pueblo con el que he combatido en el Chaco, a los excombatientes que han vuelto de la guerra para hacer una patria mejor. Si es necesario dar mi vida, la daré, feliz de que mi vida sirva de algo a esta pobre Patria. No tengo miedo a la muerte. Ustedes me conocen...”.

Menos encandilado por la figura de Busch, Porfirio Díaz Machicao escribe: “Nadie se animó a proclamar que en su voluntad imperaban ciertos actos de la más inaceptable arbitrariedad, como si para conducir un pueblo solamente fuera necesario mostrar la musculatura del semidiós griego...”. Díaz Machicao agrega que “le ocurrió como a los aspirantes a toreros, que desean llegar a ser matadores, y se arrojan al ruedo sin ciencia ni técnica: el toro les hunde los pitones en las vísceras. Al estupendo Capitán le faltó la conciencia del invencible estadista. Por eso también su vida, en la contienda política, se enfrió junto al coágulo de sangre...”.

Se diría que los ex combatientes echaban chispas en una atmósfera cargada de estática. Luis Toro Ramallo, sobrino del general Toro, coincide con esta observación: “Es evidente que Busch vivía sobreexcitado. [...] Buscaba un medio de encontrar su equilibrio, su serenidad, acaso con deseo sincero de patriota. Pero todos -amigos y enemigos- estaban confabulados contra él para engañarle, para confundirle, para hacer que su gobierno no fuese sino una sucesión de fracasos y errores funestos”.

Obra de Gobierno

Una de las primeras visitas que recibió fue la de representantes de la Gran Minería que, quizá, veían en él alguien distinto del Toro avasallador que había gobernado hasta entonces. Pero Busch no tardó en manifestar su lealtad al proceso iniciado por su antecesor y su aplauso a la nacionalización del petróleo.

Convocó, en especial, a los ex combatientes y “a la juventud que piensa”. Atrajo a Carlos Montenegro, pero al final confió más en Gabriel Gosálvez, perfecto Secretario General, prolijo y prudente, que gozó de la plena confianza de Busch como Ministro sin Cartera,

igual que sus cuñados, los coroneles Carmona y Goitia, que eran sus edecanos. Los partidos tradicionales le propusieron una tregua política y convocatoria a elecciones. Busch dio largas; por decreto del 31 de julio de 1937 declaró la vigencia de la Constitución de 1880, con las modificaciones de 1920 y las del Referéndum de 1931.

La oposición quería elecciones, su favorito era el ex presidente Saavedra. Éste llegó, lo recibieron en El Alto y luego habló desde el balcón de su casa. Esa manifestación civil era un reto al gobierno militar. En noviembre de 1937, Busch ordenó la detención de Saavedra y lo exilió a Chile. La Legión de Ex Combatientes lo proclamó candidato a la Presidencia. El depuesto y resentido presidente David Toro ingresó al Chaco, donde se asentaba todavía el grueso de la oficialidad boliviana, por la Argentina. Lo recibió en El Palmar el comandante Tcnl. Juan de Dios Cárdenes. Ordenada su captura por un escueto telegrama del Comandante del Ejército, General Carlos Quintanilla, pudo huir, pero Cárdenes fue detenido, lo juzgaron en Tarija y, ante las protestas del vecindario, lo evacuaron subrepticamente y lo ametrallaron en el camino.

Una decisión precursora fue la de enviar a Dionisio Foianini a los Estados Unidos para investigar las posibilidades técnicas para la instalación de una fundición de estaño en Bolivia; muerto Busch, el General Carlos Quintanilla, su sucesor, frustró ese anhelo de independencia nacional suspendiendo la comisión.

A Busch le debemos una nueva legislación educativa que determina la reorganización de la enseñanza fiscal y particular, tomando como modelo la escuela unificada. Lanzó la “Biblioteca Boliviana”, cuyos volúmenes, inolvidables, rescataron la memoria de los grandes autores nacionales.

Una aclaración importante es que a Busch se debe la instauración del 2 de agosto como Día del Indio; quince años después, se dictó el decreto de Reforma Agraria en homenaje a esa iniciativa. A Busch se le debe también la estatización del Banco Central, en manos de Patiño y del Banco Minero, controlado asimismo por la Gran Minería.

La Convención de 1938

El 22 de noviembre de 1937, Busch lanzó la convocatoria a elecciones para la Asamblea Constituyente, que se celebraría el segundo domingo de marzo de 1938. No entraba en los planes de la Gran Minería un Parlamento fiscalizador, quizá por eso los partidos tradicionales optaron por la abstención.

La Convención de 1938 fue un punto de inflexión en la historia del Parlamento boliviano. “Unos exigieron que el Crucifijo fuese retirado para jurar 'por el libre pensamiento' y, otros, con el puño en alto, por 'la revolución social'. Algunos reaccionaron e impusieron que retornara el Crucifijo, ante el que se arrodillaron y besaron los Evangelios. Se improvisaron fórmulas originales: mientras éstos hicieron el saludo 'legionario' (antebrazo colocado horizontalmente sobre el pecho), los de más allá juraban por 'los muertos del Chaco' o 'por la doctrina socialista'. Allí se estrenaron futuros presidentes como Víctor Paz Estenssoro y Walter Guevara Arze; así como grandes intelectuales como Carlos Medinaceli, Augusto Guzmán y Augusto Céspedes. Este último dice que “la Convención del '38 poseía riqueza sociológica porque su composición descubría, como en aparición aluvial, porciones de la masa del país antes ocultas por la política clasista”. La Convención reunía exponentes de “un cálido fermento popular” antes que de una teoría nueva. Fue muy criticada por la prensa, controlada por la Gran Minería. Arguedas, quien no pudo ser electo, los juzgaba “hombrecillos

sin nombre, sin pasado, sin distinción, casi analfabetos... realmente personas insignificantes, anónimas”. Céspedes añade que esos políticos bisoños estaban legitimados por la guerra, y que era “preferible un parlamento boliviano formado por analfabetos, y no por cultos abogados de las empresas”. La Convención del '38 “era una insurgencia popular, por su ansia de abolir formas concretas de la explotación del país por la Rosca. Pero era, al mismo tiempo, secuela del pasado por su inermidad doctrinaria”.

En ese escenario, conformaron un grupo de acción Víctor Paz Estenssoro, Walter Guevara Arze y Augusto Céspedes, entre otros que fueron el núcleo de la izquierda nacionalista, que dos años después fundaría el MNR. La primera determinación fue proclamar a Busch Presidente y a Enrique Baldivieso Vicepresidente. Se aprobó la negociación del Tratado de Paz con Paraguay, que, sin embargo, no cumplía la reivindicación más reiterada durante las negociaciones en Buenos Aires, como era el acceso de Bolivia al río Paraguay. No sólo nos habían despojado de un territorio más grande que el del Paraguay original, sino que nos cerraban toda vía de acceso al Atlántico. “El embotellamiento de Bolivia por ese lado no es sino el triunfo de la política del ex canciller Saavedra Lamas. Su tesis invariable fue que Bolivia no debía asomar al río Paraguay, para que se vea obligada a utilizar vías férreas y fluviales argentinas. Su plan era convertir a mi país en tributario de Argentina, dependiente, en su economía, de la tutela de esa República. Y lo ha conseguido...”, escribió Bautista Saavedra desde el exilio.

En marzo de 1938, los partidos tradicionales firmaron la Concordancia, que tendría significación política a la muerte de Busch. Por entonces, el joven presidente había eliminado las restricciones para el ingreso de judíos que escapaban de los campos de exterminio nazis; pero se produjo un grave negociado de visas, a tal grado que tuvo que renunciar

el Canciller Eduardo Díez de Medina y ser sustituido por Alberto Ostria Gutiérrez.

Dice Baptista Gumucio, que Ostria Gutiérrez fue un gran canciller, dotado de una gran visión geopolítica, pues postuló una teoría que continúa vigente: “Bolivia tierra de contactos entre la Amazonía, los Andes y la Cuenca del Plata”. Sin embargo, tuvo graves errores en la negociación con Brasil. Este país se comprometía a dar un millón de dólares para construir el ferrocarril Corumbá-Santa Cruz; el resto del costo lo pagaría Bolivia a través de un crédito pagadero en petróleo, según costo a boca de pozo. Brasil se convertía, así, en socio de la explotación hidrocarburífera con un aporte de 750.000 dólares, suma que también debíamos empozar, absorbiendo además los costos de transporte a una distancia de 700 kilómetros. Los yacimientos de petróleo de la “zona subandina del Parapetí al Norte”, debían compartirse, indefinidamente, con el Brasil. Ostria se presentó en la Convención, fue duramente criticado y tuvo que regresar a Río para delimitar la zona norte en el río Ichilo. Las presiones regionalistas, aun del propio Busch, determinaron la aprobación de los protocolos. Augusto Céspedes tenía razón al esgrimir su crítica: la construcción tardó 15 años; el proyecto costó 30 millones de dólares, sin contar el puente sobre el río Grande, que demandaría otros 3 millones. Como que Paz Estenssoro pidió la revisión del convenio petrolero, al Presidente del Brasil, en 1955.

La Constitución del '38 fue histórica porque planteaba el primer contacto entre la institución escrita y la realidad nativa, incorporando a sus enunciados metafísicos las nociones del régimen económico, social, obrero e indigenal. Ya no el principio de “propiedad quiritaria”, como decía Céspedes refiriéndose al derecho romano de usar, usufructuar y abusar, sino que la propiedad privada cumpliera una función social.

Las principales innovaciones del proyecto de Constitución fueron las siguientes: función social de la propiedad privada; igualación de la propiedad eclesiástica a los latifundios, para imposición de gravámenes; prohibición a extranjeros de adquirir bienes dentro de los 50 kilómetros de las fronteras; la obligación de compañías extranjeras de sujetarse, en sus litigios con el Estado, a las leyes y tribunales de Bolivia; la intervención del Estado en la regulación y dirección de la economía; la facultad de expropiación por necesidad y utilidad pública, previo pago de indemnización justa; garantías para la organización sindical y derecho de huelga; participación de trabajadores en utilidades de las empresas; seguro social; protección estatal al trabajador; igualdad de los hijos ante la ley; ratificación de la autonomía universitaria y la educación como la más alta función del Estado.

Walter Guevara y Alfredo Arratia pidieron una reforma agraria radical, bajo los principios comunitarios del ayllu, sin parcelar latifundios. Paz Estenssoro sugirió el monopolio de las exportaciones de minerales a cargo del Estado.

La prensa enfiló su artillería contra el proyecto de Constitución, postergando algunas reivindicaciones del proyecto original; sus redactores incitaban abiertamente a la clausura del Parlamento. Otro tema de debate fue el de la suspensión de subsidios a las molineras porque se beneficiaban sin sembrar trigo, importando a veces harina directamente, como hasta hoy. La importancia de este debate radica en que, por primera vez, diputados como Paz Estenssoro, Guevara y Céspedes partieron de lo particular a lo general, enjuiciando temas económicos, financieros y contables, para llegar a definir temas políticos como la función del Estado, elaborando un método nuevo en el Parlamento y en la política boliviana.

Se hablaba de la abolición del pongueaje, como parte del régimen indigenal, y un senador dijo que esa institución no existía. Un diputado contestó que noche antes al entrar a su alojamiento, había pisado al pongo que dormía sobre las losas del zaguán. Entonces, el diputado Antonio Carvajal añadió: “No sólo en el zaguán, también duermen con las señoras”. La representación paceña calzó el guante a las damas paceñas, y fueron sindicatos Guevara y Céspedes, por cochabambinos.

La prensa habló contra “ciertos elementos del interior, ingratos a la hospitalidad del noble pueblo paceño”. Manifestantes trataron de invadir la Convención pidiendo las cabezas de Guevara y Céspedes.

Busch estuvo a punto de clausurar la Convención para desagaviar “al pueblo paceño”.

Decreto del 7 de Junio

A Busch le hicieron firmar un decreto fraudulento, sobre exportación de minerales y entrega de divisas. Lo visitaron Carlos Montenegro, Fernando Pou Mont y Miguel Ángel Céspedes para explicarle la matufia. Busch llamó entonces a su Ministro de Hacienda y al presidente del Consejo Nacional de Economía, y éstos confesaron que el decreto había sido redactado en la Asociación de Industriales Mineros y corregido en la Patiño Mines, como se estilaba por una vieja costumbre. Busch destituyó, en el acto, a su ministro y estuvo a punto de nombrar a Paz Estenssoro, pero se decidió por Pou Mont, a quien le había escuchado una plancha masónica sobre la necesidad de instituir el monopolio del Banco Central sobre el 100% de divisas de la Gran Minería, que fue el contenido del famoso decreto de 7 de junio de 1939: “Concéntrase en el Banco Central de Bolivia el 100% de las divisas provenientes del total bruto de las exportaciones, cuya entrega en letras de primera clase, será previa al trámite de la póliza de

exportación”. Las remesas al exterior quedaron limitadas al 5% del bruto y se instituyó la pena de muerte para quienes sabotearan el decreto. Busch estaba dispuesto a enfrentar a la Gran Minería “sin medir el tamaño del enemigo”. “No asumí la Dictadura para calentar el asiento ni para ser muñeco de nadie. Yo obligaré a Patiño, Aramayo y Hochschild, que obedezcan al gobierno”, dijo. Paz Estenssoro fue designado presidente y Walter Guevara director del Banco Minero.

Céspedes prefirió quedarse en “La Calle”, diario del nacionalismo revolucionario. La medida generó un gran apoyo de los partidos de izquierda, los sindicatos y el movimiento universitario. A nombre de estos últimos, habló Germán Monroy Block, más tarde fundador del MNR, desde los balcones del Palacio de Gobierno. Sin embargo, el gabinete no fue cambiado y sabotó el decreto que nunca se aplicó.

El propio Ministro de Hacienda destituido fue, después, designado gerente del Banco Minero.

El industrial minero Mauricio Hochschild estuvo a punto de ser fusilado por sabotear el decreto, al programar un lock out. La Gran Minería libraba, desde la paz del Chaco, una intensa guerra de posiciones: era un hecho su control sobre los sucesivos ministros de Hacienda de Busch, los cuales se enfrentaron a los miembros de la Convención, obrando en el ánimo del Presidente que, en abril de 1939, acabó por disolverla para declararse Dictador. Fue una medida inútil que le privaba de sus únicos aliados, los convencionales de izquierda, renunciando innecesariamente a su rango constitucional. Como recuerda Baptista Gumucio, el gran legislador griego Solón dijo: “La dictadura es uno de esos sillones de los que no se logra bajar vivo”. “Elegido presidente legal, se desprendía inútilmente del legalismo”; prescindía del único frente aliado, mientras la Rosca levantaba “un cerco de adobes [...] alrededor de la guarida del puma”, según Céspedes.

Se aprobó la Ley General del Trabajo -o Código Busch-, un hito histórico aunque fuera contradictorio, pues, al mismo tiempo que consagraba derechos, omitía el de la libertad sindical, no admitía la centralización nacional de los trabajadores ni la libertad de reunión, pues toda asamblea debía ser realizada en presencia de inspectores del Ministerio del Trabajo.

Agresión a Arguedas

El escritor Alcides Arguedas publicó un artículo que causó el enojo de Busch. ¿Qué le habría disgustado? Probablemente la cruel ironía que lanzó contra los ex combatientes del Chaco. Arguedas decía que la guerra había engendrado una nueva casta: “Basta ser excombatiente hoy en día para estar dotado de saber y entender en el manejo de la cosa pública”. Agregó que, al parecer, el Chaco tenía “la facultad de producir el milagro nunca visto de dar a los hombres sabiduría, experiencia y de especializarlos muy particularmente en el desempeño de cargos públicos y representativos”. El 4 de agosto de 1939, Busch lo citó en Palacio y le espetó: “¡Es usted un canalla!” Qué le replicaría Arguedas que el presidente se levantó para decirle: “¿Sabe usted a quién está hablando?” Cuenta Arguedas que respondió: “Yo sé a quién estoy hablando”. Busch se abalanzó y le dio “un golpe violento sobre la ceja derecha con la mano cerrada y armada de un enorme anillo de oro... Repitió el golpe sobre el otro lado de la cara... Brotó la sangre a chorros por la ceja abierta, la nariz y la boca”, relató el propio Arguedas. Según Céspedes, Arguedas era un verdadero “rentista de la denigración nacional”: “Los presidentes procedían con cautela ante el temible libelista, a la idea de ser pinchados por su pluma y exhibidos moviendo las patas como arañas”.

Como en la leyenda de Bécquer, el suyo no era solamente “un acto cobarde al amparo del despacho presidencial”. Era más bien “el

choque, en el torbellino de un símbolo, de la esencia verdadera de nuestra historia con su falsedad escrita; del soldado defensor de Bolivia con su detractor letrado”, al decir de Céspedes.

¿Mueren así los Héroes?

¿Por qué se suicidó Busch? ¿Por falta de un partido que lo librara de su entorno de saboteadores? Las aves agoreras incrustadas en su gabinete le hablaban del nuevo auge del estaño, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial; pero añadían que Inglaterra no compraría el mineral boliviano y Estados Unidos confiscaría las reservas de oro depositadas allí, si Busch no derogaba el decreto del 7 de junio. Pero “firmado el decreto del 7 de junio, un Busch no podía retroceder”, concluye Céspedes.

El héroe del Chaco vivía junto a sus cuñados, los coroneles Carmona y Goitia, con esposas e hijos, en una casa de la avenida Busch, del barrio de Miraflores, donde funciona actualmente una clínica de la Caja Nacional de Salud. El día 22 de agosto no fue a Palacio; a las 7, llegaron a casa los invitados al cumpleaños del Coronel Carmona, a quien Busch apodaba “La suegra”, por la forma en que lo controlaba.

Dicen que participó de la fiesta con buen humor, hasta que quedó a solas con sus cuñados. Entonces, mostró un ánimo sombrío y una queja recurrente contra la ingratitud del pueblo cochabambino que había desairado a su finada madre, no asistiendo a sus exequias; tampoco había asistido al entierro su padre, que se encontraba de viaje en Alemania. Pidió a Carmona que le presentase el despacho, no lo leyó siquiera y, de pronto, exclamó: “¡Aquí se acabó la presidencia... con esto!”, mostrando una pistola Colt. Trataron de desarmarlo y entonces se le escapó un tiro que trizó el vidrio de una ventana. Los apartó de un empujón y continuó de pie, absorto por

unos minutos, luego se sentó, guardó el arma y dijo: “Matémonos los tres”. Reposó la frente sobre las manos puestas sobre la mesa, como si quisiera dormir, pero repentinamente levantó la cabeza, se incorporó, sacó la pistola, apuntó a la sien derecha y disparó. Eran las 4 de la mañana; el primero en asistirlo fue el cirujano Guillermo Debe; vivió hasta las 2 de la tarde (testimonio es de Carmona).

Pudo ser un gesto hereditario, porque su padre quiso suicidarse cuando se perdió el avión en que volaba Germán, a principios de julio de 1937. Carmona habló de varios intentos anteriores, tanto en Palacio como en su casa de Miraflores, en marzo de 1938, cuando el edecán Zaconeta consiguió dominarlo, junto a sus camaradas Fernández y Goitia, tras violenta lucha. Busch le había contado a Carlos Montenegro un intento anterior, cuando exploraba el Chaco en 1931 y se le agotó el agua de la caramañola. El testimonio de Céspedes, contemplando su cadáver, es estremecedor: “Le contemplé, yo de pie ante el lecho, él tendido. No pensé en su muerte de otro modo que como el maravilloso final de su aventura. ¡Me dieron ganas de felicitarle!... Me acometió un raro pensamiento, que Germán nunca había sido ajeno a aquel instante; que lo había preparado durante toda su vida y que estaba, así, satisfecho. 'Mueres a bala, como querías', le dije sin palabras”.

Era un verdadero “hombre símbolo”, destinado a vivir, temprana y minuciosamente, la condición trágica del héroe que encarna en su vida la filosofía del exceso y vive la condena de que todos sus actos sean emblema, divisa, paradigma para su pueblo. Esa condición heroica lo convirtió en un ser destinado a la inmolación, para convertirse en símbolo.

Todos los episodios de su vida parecen páginas de una semiótica del emblema.

La suya fue una desaparición oscura y misteriosa, pero oportunísima para los intereses de la Rosca. “Todas las presunciones lógicas sostienen la tesis del asesinato; pero Busch era ilógico. Personalidad patética, colocada en el cruce histórico de dos épocas, entre la revolución y la contrarrevolución, debía padecer en sí el drama de la historia naciente”. “Un estado sutil en que los grandes cambios históricos buscan un alma individual para hacer su crisis”, opina Céspedes. El poeta Luis Felipe Lira Girón le dedicó versos sentidos:

Y doña Muerte, señor
sorprendida de tu arte
salió al camino a buscarte,
celosa de tu esplendor.
Caballero decidor,
levantada la cimera,
como a una dama cualquiera
la saludaste galante
y desnudado de guante
le ofreciste una flor.

En cuanto a su condición de icono de la Revolución Nacional, persistente hasta nuestros días, Céspedes dice: “Busch al morir creaba, inmovilizando su figura, sin posibilidad de mutación ni claudicación futuras, en el momento culminante e inmejorable de su biografía, como petrificado en el recodo de la revolución nacional” (...) “Con su muerte necesariamente violenta como había sido su existencia,

Presidentes e Intelectuales Cruceños ▶

cumplía el sino de abrir paso con su cabeza ensangrentada a la insurgencia del pueblo boliviano”. Busch fue el azar; la revolución, el sino; era inevitable que se juntaran.

51° Presidente

Hugo Bánzer Suárez

1.- 21-08-1971/21-07-1978

2.- 06-08-1997/1-07-2002

Nació en Concepción-Santa Cruz, el 10 de mayo de 1926, y murió en Santa Cruz de la Sierra, el 5 de mayo de 2002. Fue el primogénito de César Bánzer Aliaga y de Luisa Suárez. Se casó con Yolanda Prada Abasto y tuvo cinco hijos: los dos varones, Boris y Martín, murieron trágicamente; las mujeres se llaman Patricia, Ilonka y Érica. Más tarde nació Hugo, su madre es María Isabel Donoso Trigo. Fue Presidente de la República en los períodos 1971-1978 y 1997-2000.

El futuro presidente hizo sus primeras letras en Concepción, siguió estudios en el Colegio Seminario Ovidio Santistevan y el Nacional Florida, pero anhelaba ser militar por influjo del héroe del Chaco, Germán Busch, también chiquitano, quien le había pronosticado que sería “un buen oficial”.

En 1940 ingresó al Colegio Militar, en 1946 se graduó de subteniente de caballería en el Colegio El Palomar, Argentina. Hizo carrera en la Escuela de Aplicación de Armas, la Escuela de Comando y Estado Mayor y la Escuela de Altos Estudios Militares. Estudió en la Escuela de Caballería Acorazada de Fort Hood, Texas, y en la especialización de lucha antiguerrilla de la Escuela de Las Américas. A los 35 años, era coronel y se desempeñó como agregado militar en Washington. Colaboró al embajador, coronel Julio Sanjinés Goitia, en la misión de acrecentar la ayuda del Pentágono, al ejército boliviano, para la provisión de armamento ligero, que luego sería útil para combatir la guerrilla del Ché.

Fue Ministro de Educación y Cultura, de 1964 a 1966, y agregado militar en la embajada en Buenos Aires, entre 1967 y 1969. Por disposición del Presidente Gral. Alfredo Ovando, fue comandante del Colegio Militar, en lo que sería su último destino antes de ascender a la Presidencia de la República.

Uno puede distinguir, en su época de formación, una cadena de acontecimientos que perfilaron su posición adversa al ascenso popular, iniciado en la Guerra del Chaco y que culminaría con la revolución de 1952, en la cual defendió el Colegio Militar junto al entonces capitán Julio Sanjinés Goitia, cuando Lechín impidió el asalto de la población armada al instituto. Sobre los sucesivos enfrentamientos entre Bánzer y Lechín, su biógrafo Alfonso Crespo comenta: “Siempre militaron en bandos opuestos, de derecha el primero, de izquierda el segundo. Intransigentes en sus respectivas posiciones, pero desprovistos de animosidad personal”. Rehusó afiliarse al MNR, y cuando estudiaba en la Escuela de Comando y Estado Mayor, reclamó por las condiciones en que vivían sus camaradas. Se diría que fue registrando una a una las humillaciones que sufría el ejército desde 1952, hasta ser partícipe de la conspiración solapada de los militares para reponerse de la derrota sufrida en aquella oportunidad, mientras el MNR se fracturaba irremisiblemente. Los rigores de la guerra fría aguzaron en él “esa aversión al extremismo izquierdista, que sería uno de los signos dominantes de su mentalidad política. Razonaría y reaccionaría primordialmente como un militar”, y, sólo más tarde, ejercería “una praxis democrática auténtica”, según Alfonso Crespo.

En septiembre de 1964, lo visitó el general Barrientos, por entonces Vicepresidente de la República y le propuso el derrocamiento de Paz Estenssoro. “Nunca he tenido simpatía por el MNR”, comentaría Bánzer, aceptando la propuesta sin vacilaciones. Era visible su solidaridad de cuerpo con la institución armada que se preparaba para cobrarse la revancha de la revolución del '52. Bánzer era un crítico

de las dos vertientes inseparables de 1952: populismo y estatismo. “Un capitalismo de Estado secante comenzó a reinar desde 1952”, dice una de sus críticas que se extiende a la nacionalización de las minas, la reforma agraria y el voto universal, medida de la cual dice “sirvió para que los analfabetos del campo y las ciudades votaran, pero no eligieran”. Barrientos lo designó Ministro de Educación, e incluso quería confiarle la comandancia en jefe de las Fuerzas Armadas, pero Bánzer era sólo teniente coronel. Observó que en el gobierno de Barrientos había que corregir el hiper-estatismo, cambiar el capitalismo de Estado por otro de economía de mercado. En esa línea, “Barrientos marcó el inicio del fin de una época y del modelo económico instaurado en 1952”, diría Bánzer, que completó ese ciclo. No participó en la contraguerrilla de Ñancahuazú porque ese año, 1967, fue nombrado agregado militar en Washington, según dice Crespo, porque cobraba prestigio en el ejército y era prudente alejarlo.

En enero de 1970, fue nombrado comandante del Colegio Militar. Al enjuiciar a los ministros del Presidente Ovando, dijo: “Lamentablemente, una parte de ese gabinete estaba comprometido con la izquierda y algunos con la extrema izquierda”. Dijo también que “desde altas posiciones se alentaba la guerrilla. Prueba clara fue la aparición de las guerrillas de Teoponte, estimulada por altos funcionarios del gobierno”. A la caída de Ovando, un efímero triunvirato militar cedió el poder al General Juan José Torres, que se hizo fuerte en la Base Aérea de El Alto, con el apoyo del CITE.

Bánzer observaba, desde el Colegio Militar, la conducta del gobierno, cercado por los excesos de la Asamblea Popular, presidida por Juan Lechín, donde actuaban los principales líderes de la izquierda. Percibía el drama de Torres, víctima de la miopía de la izquierda, que se trasuntaba en desprecio por su condición de militar, no obstante que había tomado medidas radicales como la nacionalización de Mina Matilde o la expulsión del Cuerpo de Paz, mientras los trabajadores

tomaban la sede del Centro Boliviano Americano y la destinaban a la formación de dirigentes sindicales, y los campesinos cruceños ocupaban la hacienda Chané, y los periodistas intervenían El Diario y Los Tiempos.

El 9 de diciembre de 1970, en la ceremonia de graduación de cadetes, Bánzer se estrelló contra los “apetitos ideológicos extranacionales de la extrema izquierda y de la extrema derecha”. Percibía la apertura de una oportunidad para cobrarse de todas las ofensas. A los pocos días, envió, junto al coronel Edmundo Valencia, una carta abierta a Lechín.

“Queremos repetirle que las Fuerzas Armadas no escatimarán sacrificio ni esfuerzo alguno para erradicar la anarquía que usted pregona, prevalido de su condición de dirigente sindical”, le dijeron. Torres clausuró temporalmente el Colegio Militar y destinó a Bánzer a la fría guarnición de Curahuara de Carangas. Se resistió al cambio y precipitó la intentona del 10 de enero de 1971, pero el orden fue restablecido por miembros de la Fuerza Aérea, que amenazaron con bombardear el Colegio Militar, donde continuaba Bánzer. Un mes después, salió exiliado a Buenos Aires. Militares, industriales y ganaderos observaban, desde Santa Cruz, a ese “hombre de convicción anticomunista”, y movían los primeros hilos del complot. Bánzer aceptó las responsabilidades de la rebelión, lo dieron de baja y, antes de irse, advirtió sobre “la crisis política más delicada de la vida republicana” y el riesgo de desintegración geográfica para el país.

En marzo de 1971, el jefe de FSB, Mario Gutiérrez, visitaba a Bánzer en Buenos Aires y enviaba una carta a Paz Estenssoro, para sumarlo al movimiento. Paz instruyó a su partido: “Hay que acabar con la demagogia socializante del general Torres”. Bánzer ingresó clandestino, cruzando el Chaco en camioneta. En Charagua, constituyó, junto a Mario Gutiérrez, el Frente Popular Nacionalista, agrupación que respaldaría el golpe de Estado de agosto.

Santa Cruz era el cuartel general desde donde se enviaban emisarios a varias guarniciones militares; allí fue vital la adhesión del coronel Andrés Selich, comandante de la VIII División Ranger. Al mismo tiempo, el MNR se integró a la conspiración. La delación -por uno de los conspiradores- provocó la detención de Bánzer. En la madrugada del 20, cayeron Cochabamba y Santa Cruz, mientras que el coronel David Padilla, Comandante de la Guarnición de Challapata, controlaba las minas y marchaba sobre Oruro, también en apoyo del golpe. El 21 de agosto hubo enfrentamientos en La Paz. El líder Marcelo Quiroga Santa Cruz combatió en el cerro Laikakota, pero los tanques del Regimiento Tarapacá definieron el golpe.

Bánzer ingresó a Palacio después de la media noche. Al día siguiente, una reunión en el Cuartel General decidió por unanimidad que él asumiese la Presidencia. Años más tarde, diría que derribó a Torres porque los tres poderes del Estado habían sido usurpados. El Ejecutivo era de facto, el Legislativo había sido reemplazado por la Asamblea Popular y el Judicial por el proyecto de organizar tribunales populares.

El Ejército de Liberación Nacional había vuelto a levantar cabeza.

“El movimiento que encabecé no fue contra la democracia, sino contra un estado de cosas que había escapado a todo control y que desembocaba en la más peligrosa anarquía”, diría Bánzer, “un liberal desafecto al estatismo”, como lo califica Crespo, que ascendió a la Presidencia a los 45 años, siendo el tercer chiquitano -junto a José Miguel de Velasco y Germán Busch- en ocupar el Palacio de Gobierno, esta vez bajo el lema “Orden, paz y trabajo”.

Bánzer fue, técnicamente, un reaccionario, si lo contraponemos al rumbo ascendente de las conquistas de abril; pero es, también, el precursor y propulsor inicial del nuevo país construido sobre la privatización del sector estatal de la economía, y el aliado más consistente que tuvo el neoliberalismo en sus primeros pasos. Sin

duda, hombre de buena estrella; postergó sus proyecciones mientras duraba el ascenso del proceso del '52, y cuando éste declinaba vivió coyunturas favorables en lo económico y lo político, aunque con un costo social y humano insalvable. Aun su biógrafo más ecuánime, Alfonso Crespo, dice de Bánzer que era “en esencia, hombre de derecha, era intolerante con lo que él calificaba de 'extremismo', al cual estaba 'decidido a eliminar con mano férrea'”. Era hombre de hábitos estrictos, medurado y cordial en el hablar, pero capaz de dictar con perfecta compostura “úkases de un extremo rigor”. Escondía “una mano de hierro dentro de un guante de terciopelo”. “Existía el temor de que una izquierda extremista acabara por introducir el desorden en Bolivia, con el riesgo de provocar una reacción norteamericana de perjudiciales alcances para la independencia del país”, dice Crespo. Carlos D. Mesa escribe que no encontró en él “ni las grandezas ni las miserias que esperaba, lo cual demuestra la sagacidad que tiene, suficiente como para cerrar herméticamente las puertas de cualquier confianza”.

Su presencia, en el ciclo autoritario militar, exacerbó a tal grado la Doctrina de Seguridad Nacional que provocó, como contrapartida, la maduración del espíritu democrático, la voluntad de concertación, la constitución de frentes amplios, tendencia a la cual acabó por adscribirse. La violencia estatal pudo haber engendrado una respuesta similar en la sociedad, pero primó -felizmente- la creciente madurez y la lucidez histórica de las fuerzas políticas, que apostaron, con éxito, a la apertura democrática. Bánzer dejó una deuda histórica impaga, pero sus sucesores nacieron psicoanalizados, libres de traumas para actuar en el proceso democrático boliviano.

Gobierno Autoritario

Bánzer fue, para decir lo menos, excesivamente permisivo con grupos paramilitares de extrema derecha, que no siempre actuaban en

coordinación con las Fuerzas Armadas o la Policía. Sicarios descalificados, que luego dieron cuenta a Dios de sus actos (muriendo trágicamente por sus vinculaciones con el narcotráfico), tomaron a su cargo la guerra sucia para descabezar a los partidos de izquierda y a los movimientos sindical y universitario. Declaró la vigencia de la temible Ley de Seguridad del Estado, y al margen de la ley a los partidos de izquierda, a la Central Obrera Boliviana (COB) (liderada por Juan Lechín Oquendo) y a los sindicatos. Clausuró las universidades para reabrir las sin autonomía ni cogobierno. Intervino las minas, clausuró las emisoras mineras, liquidó la libertad de prensa. Diezmó, con verdadera saña, los últimos restos del Ejército de Liberación Nacional. En estas operaciones destacó el Ministro del Interior, coronel Andrés Selich, por su excesiva crueldad. Dicen que ambicionaba la presidencia; cayó en desgracia, fue destituido a sólo cuatro meses de gobierno y separado del Ejército en mayo de 1972. Lo detuvieron, un año después, cuando ingresaba clandestinamente a Bolivia desde Argentina y lo golpearon hasta quitarle la vida. El rigor excesivo de los primeros tres años, en los cuales se vivía -literalmente- un estado de guerra, le restó la adhesión del sector popular y permanecerá como una sombra sobre la obra de gobierno que ejecutó durante siete años, al amparo de una coyuntura internacional favorable.

Pero, ¿por qué abandonaron el régimen los partidos que lo respaldaban? En noviembre de 1973 la situación económica era insostenible. La paridad del dólar a 12 bolivianos era ficticia. Enterado de una fuerte devaluación monetaria (de 12 a 20 bolivianos por dólar), Paz Estenssoro temió una explosión social y anunció su retiro del gobierno. Dice Bánzer que sugirió su propio exilio: "...usted me otorgaría un favor al exilarme", le habría dicho. Mario Gutiérrez dejó la Cancillería y se hizo cargo de la embajada ante las Naciones Unidas. Así, se disolvió el apoyo civil al régimen, y Bánzer se sustentaría, desde entonces, en

las Fuerzas Armadas. Quedaba con las manos libres para sustituir las prácticas estatistas del MNR por “una economía de mercado, de tinte liberal”, según Crespo. Se propuso gobernar hasta 1980, basado en un nuevo estatuto, conformado por varios decretos que sentarían las bases de un Plan Quinquenal de desarrollo, basado en el receso de los partidos, en lo político, y en la vigencia de la Ley de Seguridad del Estado. Sustituyó a los dirigentes sindicales con “coordinadores laborales”, designados por el Ministerio del Trabajo, y determinó que todo acto de protesta o paro fuera sancionado con el despido sin beneficios sociales. Recibió, entonces, una andanada de críticas de la Organización Internacional del Trabajo y otras organizaciones internacionales, que denunciaron, además, la ocupación de las minas y el sitio que ejercían, en esos distritos, las tropas militares.

En enero de 1974, hubo aumento de precios de los artículos de la canasta familiar, medida que determinó el bloqueo de la carretera a Santa Cruz en el valle cochabambino, particularmente en las localidades de Tolata y Epizana. El gobierno decretó estado de sitio y Bánzer condenó, en un mensaje, “esta nueva aventura de la antipatria” y la calificó de “plan subversivo internacional” para convertir al país “en el centro de la actividad continental del extremismo”. Al mismo tiempo, se movilizó al regimiento Tarapacá por el norte, al Manchego por el sur y al Barrientos por el este, todos motorizados. La llamada “masacre del valle” o “masacre de Tolata” fue el símbolo de la ruptura del Pacto Militar- Campesino y el anuncio de la fundación del sindicalismo agrario independiente, que se produciría en 1979.

La Operación Cóndor

El Tribunal Bertrand Russell denunció casos de torturas, detenciones y otros atentados contra los derechos humanos que afectaron a 35'000 bolivianos, de los cuales 500 eran muertos o desaparecidos. La

administración Carter, en los Estados Unidos, alentaba esta fiscalización internacional, anunciando la apertura democrática que se precipitaría en el continente. Se había iniciado una nueva era en la comunidad internacional y Bánzer perdía derecho de piso por su evidente proximidad a los dictadores que habían asolado a sus respectivos países, especialmente en Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay.

Con los años, comenzó a develarse la llamada Operación Cóndor, en la cual participaron esas dictaduras para oponer la represión estatal a la resistencia de la izquierda. El asesinato del ex Presidente Juan José Torres, en Buenos Aires, ocurrido en junio de 1976, desencadenó nuevas acusaciones contra Bánzer y su aparato represivo. La sospecha recayó en Bánzer y lo acompañó hasta el último día de su vida, con consecuencias que todavía tienen actualidad.

Obra de Gobierno

Dice Alfonso Crespo que a Bánzer le tocó gobernar los siete años bíblicos de las vacas gordas, gracias al auge de los precios del petróleo y los minerales. La invasión de la economía mundial, por los petrodólares, desató un proceso de “liberalidad imprudente”, que determinó el crecimiento excesivo de la deuda externa de los países en desarrollo. En el caso de Bolivia, éste fue el baldón que más esgrimió la resistencia contra Bánzer, pero éste se lamentó, alguna vez, de no haberse endeudado más, porque la crisis ulterior determinó que buena parte de la deuda externa fuera condonada o rescatada, mediante mecanismos de reducción, tasas de interés bajas o ampliación de plazos.

El auge económico se tradujo en obras de infraestructura física que cambiaron la fisonomía de algunas regiones, en especial las zonas

urbanas de La Paz y sobre todo de Santa Cruz. En un quinquenio, las exportaciones subieron de 200 a 700 millones de dólares, de los cuales el 23.5% correspondía a hidrocarburos. Las balanzas -comercial y de pagos- tuvieron excedentes y las reservas monetarias aumentaron, en ese lapso, de 34 a 180 millones de dólares americanos. La tasa de crecimiento del producto interno bruto aumentó del 3.8 al 6.7% y la de inflación disminuyó del 64 al 12% anual. Se creó el Consejo Nacional de Planificación (CONEPLAN) y se dictó el Plan Quinquenal de desarrollo, que contemplaba agresivas políticas vial, de telecomunicaciones y energía eléctrica. El gobierno heredó en COMIBOL y las fundiciones un problema insalvable; hubo, en cambio, un decidido impulso a YPF, que demandó, sin embargo, aportes fiscales por más de 775 millones de dólares, mientras la deuda externa de la empresa era de 526 millones de dólares y las pérdidas entre 1974 y 1978 superaron los 300 millones de dólares. Pero, desde entonces hasta la Capitalización, YPF fue convirtiéndose en el principal proveedor de divisas al Tesoro y de regalías a los departamentos de Santa Cruz, Chuquisaca, Tarija y, más tarde, Cochabamba. En 1974, Bánzer y Geisel firmaron un acuerdo de cooperación y complementación industrial, que marcó el inicio de las negociaciones para exportar gas a Brasil.

En educación, Bánzer subió decididamente la participación del sector en el Presupuesto público; fundó, asimismo, el Instituto Boliviano de Cultura, el 14 de marzo de 1975. Realizó la conmemoración del sesquicentenario de la Fundación de la República, con la edición de 9 monografías departamentales y una colección importante de obras de autores nacionales. Promulgó los llamados Códigos Bánzer, reemplazando la obsoleta legislación boliviana, que databa de 1835, y organizó el Censo Nacional de 1977, que permitió actualizar datos

estadísticos. Como él mismo resumiría: “Las obras en que utilizamos esos recursos están a la vista. Una comparación de lo que era Bolivia hace ocho años y lo que es ahora sería suficiente para reconocer la obra cumplida por el gobierno de las Fuerzas Armadas”. Sin embargo, en 1978, los compromisos financieros de Bolivia representaban el 94% del PIB y determinaron la aguda crisis económica que sólo pudo ser controlada a partir de 1985. Paralelamente, la economía nacional se distorsionaba por los privilegios excesivos otorgados a algunos empresarios, los niveles de corrupción y el auge solapado del narcotráfico (que se atrevería a asaltar el poder con el golpe narcomilitar del general Luis García Mesa, en 1980).

El Abrazo de Charaña

El 8 de febrero de 1975, se produjo el encuentro -programado- entre Bánzer y Pinochet, en Charaña. Bánzer propuso, de inicio, la reanudación de relaciones diplomáticas con intercambio de embajadores. La Declaración que firmaron aspiraba a encontrar “fórmulas de solución... a la situación de mediterraneidad que afecta a Bolivia” y anunciaba la normalización de las relaciones diplomáticas a nivel de embajadas. Pinochet comentó: “Hablamos el idioma que hablan los soldados: franco y llano, sin reservas mentales. Bánzer es un soldado y un patriota que defiende a su pueblo, como yo defiendo al mío”. Palabras desconcertantes en labios de quien antes, en un libro de geopolítica, postuló la desaparición de Bolivia. ¿Qué acontecimientos pesaban en el ánimo de Pinochet? En principio, el problema del canal del Beagle con Argentina, que, en caso de conflicto armado, podía determinar la constitución de un eje de ese país con Bolivia y Perú. Había que prevenir esa contingencia ganando la neutralidad de Bolivia por concesión de una salida al mar. El 19 de diciembre de 1974 llegó a sus manos la propuesta de la cancillería chilena, que ofrecía ceder una “costa marítima soberana, unida al

territorio boliviano por un corredor, igualmente soberano, al norte de Arica hasta, la Línea de la Concordia”, que incluía territorio y zona marítima, es decir, mar territorial, zona económica y plataforma submarina, condicionada al canje simultáneo de territorios, con una superficie compensatoria tanto del área de territorio como la del mar territorial, continua o integrada por distintas porciones de territorios fronterizos, entre otras condiciones. El 20 de diciembre, Bánzer comunicó la aceptación global de la propuesta chilena, sin oponer reparos al canje territorial. Una Comisión militar quedó encargada de elegir la zona o zonas para el canje. De inmediato, se registró la férrea oposición de cinco ex Presidentes: Paz Estenssoro, Hernán y Luis Adolfo Siles, Alfredo Ovando y Juan José Torres, que descalificaron “estas tentativas como actos irresponsables” y culparon a CONAMAR y al gobierno por “haber comprometido históricamente el patrimonio y porvenir de la Nación”. “Calculaban los ex presidentes que el éxito de la negociación tendría por efecto consolidar a Bánzer en el poder. Por lo tanto, había que hacerla fracasar a cualquier precio...”, opina Alfonso Crespo.

El 19 de diciembre de 1975, el canciller chileno Carvajal envió la consulta oficial al canciller peruano de la Flor Valle. Delegados de Chile y Perú se reunieron, en abril, en Lima y, en julio, en Santiago, en forma reservada. Se sospecha que allí se jugó la suerte de Bolivia. Según memorándum secreto del Ministerio de Guerra a la Secretaría de Defensa, fechado en 11 de mayo de 1976, el 90% de las regiones peruanas se oponía a la cesión de un corredor por territorios que habían sido peruanos y sólo el 10% apoyaba la cesión al norte de Arica, pero sin compensación territorial y con soberanía boliviana. ¿Qué argumentos obraban en el ánimo de los peruanos? Criticaban, en principio, las conversaciones unilaterales. Temían la proyección hegemónica del Brasil hacia el Pacífico por el corredor cedido. Una tesis llamada Tams (hoy en desuso) hablaba entonces de la competencia

de Brasil, para acceder al Pacífico, y de Argentina, a la cuenca amazónica, mediante el control del triángulo estratégico Sucre-Santa Cruz-Cochabamba, área vital para el equilibrio de América del Sur.

Les inquietaba crear un polo de desarrollo en torno de Arica y el fortalecimiento del norte de Chile, que debía mantenerse como un desierto frente a Tacna. Les preocupaba la ligazón de economías e intereses complementarios chileno-bolivianos. A futuro, preveían que cuando resultase estrecho el corredor, Bolivia presionara al Perú -y no a Chile- para ensancharlo, afectando las tierras fértiles de Tacna.

Un canje de territorios podía determinar la posesión chilena de zonas limítrofes con el Perú o próximas a su territorio, de modo que, en una hipótesis de guerra, vulnerarían la defensa de Tacna, Moquegua y Arequipa. En caso de guerra, preferían una Bolivia neutral, mientras que el Presidente Velasco fortalecía al ejército con planes bélicos, según decían los chilenos. Perú respondió oficialmente el 18 de noviembre de 1976. Aparentemente, aceptaba la cesión, pero complicaba la fórmula con propuestas de administración portuaria trinacional, soberanía compartida de Arica y la creación de un polo de desarrollo en una zona exigua de sólo 66 km², como para que Chile rechazara el planteamiento, pues no renunciaría al canje ni a la soberanía de Arica. Las críticas de la oposición y de la prensa, en Bolivia, se centraban en una consigna: “A canjear a su abuela, carajo”.

El contexto internacional era desfavorable para ambos dictadores, pues ya gobernaba el presidente James Carter y Bánzer se había visto obligado a convocar a elecciones. En el Perú, como en Bolivia, pesaba un clima reivindicatorio, por el centenario de la Guerra del Pacífico. La ruptura de relaciones fue oficializada el 17 de marzo de 1978. Bánzer percibió la clave de la farsa de la cancillería: “Chile tiene una estrategia y parte de ella es evitar que Bolivia crezca y se fortalezca,

lo que puede hacer con sus recursos humanos y materiales; un impedimento riguroso ha sido siempre el enclaustramiento geográfico”.

Apertura Democrática

El 9 de noviembre de 1977, Bánzer, presionado por la resistencia clandestina, por la huelga de hambre que iniciaron las mujeres mineras y por la administración Carter, anunció elecciones para el 9 de julio de 1978. A partir de entonces, el general cambió de fisonomía política, pues el 23 de marzo de 1979 fundó su partido, Acción Democrática Nacionalista (ADN), de tendencia socialcristiana y propugnadora de la “economía social de mercado”. Desde las elecciones de ese año, hasta las últimas en que ganó la Presidencia, mantuvo un porcentaje apreciable y sostenido en el favor del electorado. En 1985, obtuvo la primera mayoría, pero los diputados del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) definieron, en congreso, la elección presidencial a favor de Víctor Paz. No obstante, Bánzer apoyó al gobierno de Paz, sin formar parte de él, para no entorpecer la lucha contra la hiperinflación de entonces.

El Acuerdo Patriótico

En las elecciones de 1989, el candidato del MIR, Jaime Paz Zamora, se vio en una coyuntura propicia, gracias a la ruptura, por parte del MNR, de un pacto que debería haber favorecido la candidatura de Bánzer. El MIR halló, allí, un claro para insertarse y aspirar a la Presidencia. Era su propósito desarrollar una estrategia de contención, frente al avasallamiento de la política neoliberal, iniciada por el gobierno de Víctor Paz, que seguramente hubiera sido profundizada por el candidato movimientista Gonzalo Sánchez de Lozada. La soberbia de éste había herido profundamente a Bánzer, factor que aprovechó Paz Zamora para entrevistarse con él y pedirle su apoyo

en el Congreso para ser elegido Presidente, como única forma de oponerse a la asunción de Mando por Sánchez de Lozada. El argumento definitivo fue que Bánzer podía controlar a sus congresales electos, mientras que Paz Zamora no garantizaba que todos los suyos votaran por el ex dictador. Bánzer cedió, pero Paz Zamora tuvo que insistir aún para que ADN integrara su gobierno, pues de otro modo le sería imposible gobernar. De este modo nació el Acuerdo Patriótico, entre dos fuerzas que en el pasado habían sido proverbialmente enemigas, que anunciaba, con veinte años de anticipación, la amplitud de los frentes democráticos que llevaron al poder a líderes como Néstor Kirchner o Luis Ignacio Lula da Silva. Medidas como la Reforma Educativa; el tratamiento del tema indígena bajo el eje etnia-territorio; la defensa del medio ambiente, incluida la declaratoria de la pausa ecológica histórica; la forma en que se manejó la privatización de las empresas del Estado; la política de vialidad, comunicación, integración fluvial y energética; pero, sobre todo, la sensibilidad estatal de un gobernante que sabe medir las pulsiones de la sociedad civil, para orientar, en un sentido global y en cada coyuntura, el rumbo de su administración, permiten inscribir el gobierno del Acuerdo Patriótico, más bien, en las antípodas del neoliberalismo.

Presidencia Constitucional

Bánzer logró la investidura constitucional, después de cinco intentos anteriores, en 1997, acompañado de un joven y dinámico compañero de fórmula, que fuera su sucesor político, el Ing. Jorge Quiroga Ramírez. A él se debe la redacción del programa de gobierno basado en cuatro pilares: Oportunidad, Institucionalidad, Dignidad y Equidad. Fue un caso único en Sudamérica, de legitimación de un ex dictador complicado en la “Operación Cóndor” de tristes recuerdos, por el voto en las urnas. Pero la crisis, emergente del peso de la Reforma de Pensiones en el Tesoro y de la baja en el aporte de divisas de las

empresas del Estado, que habían sido capitalizadas, unida a la presión norteamericana por la erradicación de la coca excedentaria, ensombreció su gestión. Tanto él como su sucesor Jorge Quiroga Ramírez tuvieron que enfrentar los efectos adicionales de la crisis de las economías de Argentina y Brasil.

El 1° de julio de 2001, Bánzer viajó al Centro Médico Militar Walter Reed de Washington y allí se le diagnosticó un cáncer de pulmón con metástasis en el hígado, según se divulgó seis días después, por conductos no oficiales. El Gobierno anunció que, mientras durasen los cuidados médicos de Bánzer, el vicepresidente Jorge Quiroga Ramírez desempeñaría las funciones presidenciales.

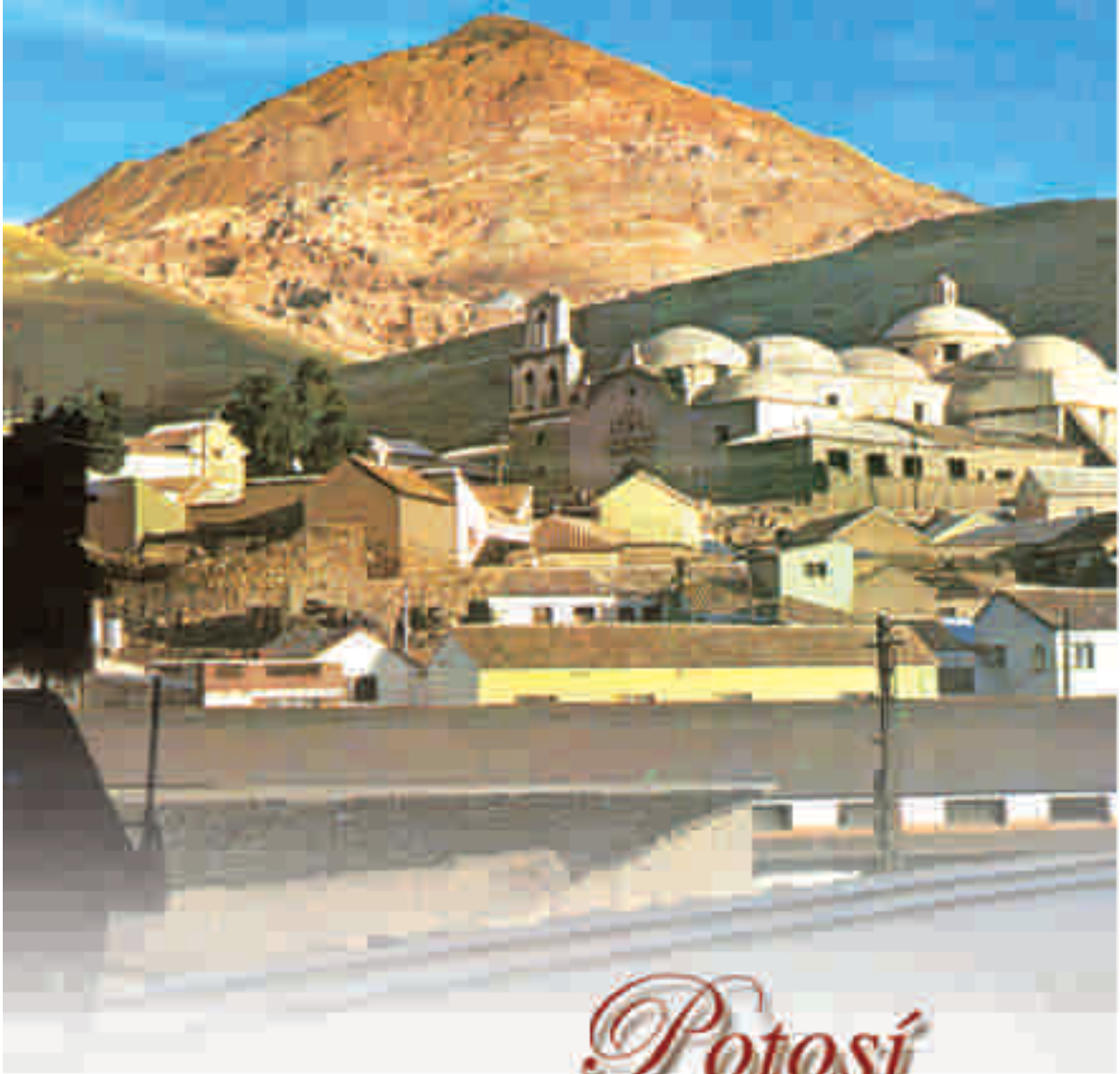
La transmisión del Mando se produjo el 7 de agosto, en Sucre, capital oficial del país (pese a que el Gobierno tiene su sede en La Paz).

Qué escena patética presenció el pueblo boliviano, al ver descender, de la nave aérea, al hombre fuerte, ahora disminuido y apoyado en un cayado, con el cual intentó justificar el considerarse a sí mismo como un sembrador. Pidió reconciliación a sus viejos opositores, pero no quiso referirse al paradero de los desaparecidos, que le reprochaba tanto la ASOFAMD (Asociación de Familiares de Detenidos, Desaparecidos y Mártires por la Liberación Nacional) constituida en Bolivia, como jueces de España y Argentina. El 27 de febrero de 2002, una junta médica diagnosticó que el cáncer se le había extendido masivamente al cerebro y que cabía esperar un desenlace fatal en cuestión de semanas o de días. Bánzer murió el 5 de mayo, en Santa Cruz de la Sierra, por un paro cardio-respiratorio.

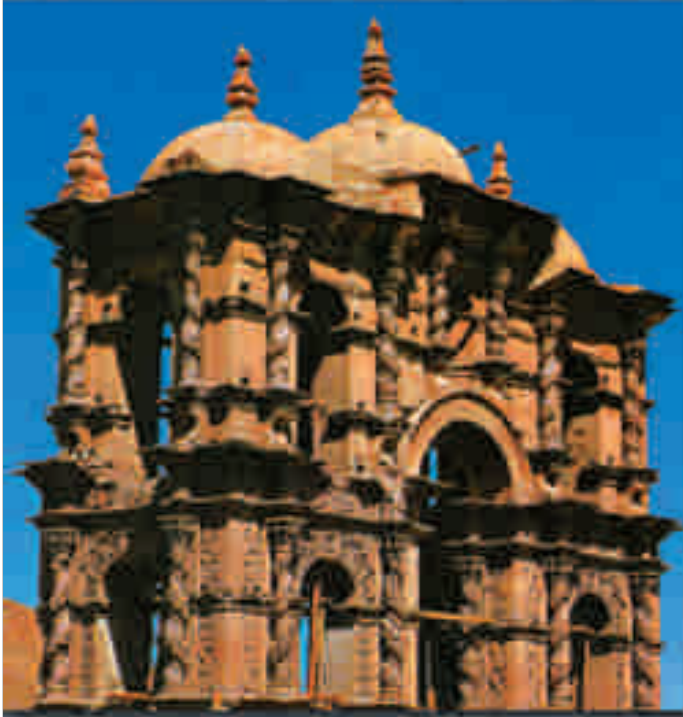
INDICE

| | |
|---|-----|
| PAGINAS LIMINARES | 183 |
| <i>Preludio al Pirai</i> | 183 |
| <i>Homenaje a Santa Cruz y su gente</i> | 185 |
| HOMENAJE AL BICENTENARIO DEL GRITO LIBERTARIO DE SANTA CRUZ | 189 |
| EL PUEBLO TRANQUILO Y HOSPITALARIO QUE DECIDIÓ BUSCAR SU LIBERTAD | 190 |
| <i>Historia</i> | 192 |
| EL FUNDADOR ÑUFLO DE CHÁVEZ | 193 |
| SAN LORENZO EL REAL | 196 |
| <i>1810 -1811</i> | 196 |
| JOSÉ EUSTAQUIO MOLDES DELEGADO DE BUENOS AIRES EN SANTA CRUZ | 197 |
| <i>1811 - 1813</i> | 199 |
| <i>1813 - 1816</i> | 200 |
| BATALLA DE LA FLORIDA | 200 |
| <i>Caída de Santa Cruz de la Sierra y muerte de Warnes (21XI-1816)</i> | 202 |
| <i>Nuevas sublevaciones en el Alto Perú: el cruceño José Manuel Mercado</i> | 206 |
| HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ | 208 |
| <i>Cristóbal de Mendoza</i> | 210 |
| SANTA CRUZ EN LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA DE LA METRÓPOLO..... | 214 |
| HUMBERTO VASQUEZ MACHIOADO (1904 - 1957)..... | 227 |
| <i>Imperialismo Personalista</i> | 228 |
| FABIÁN VACA CHAVEZ | 232 |
| MENTALIDADES CRUCEÑAS CONTEMPORÁNEAS | 234 |

| | |
|---|-----|
| ALCIDES PAREJAS MORENO..... | 234 |
| <i>Artículos destacados</i> | 237 |
| GABRIEL RENE MORENO (1836 - 1909) | 241 |
| <i>Materilismo en Bolivia</i> | 252 |
| SIRINGA DE JUAN B. COIMBRA | 261 |
| <i>Santa María Magdalena</i> | 266 |
| <i>Huacaraje</i> | 272 |
| EMILIO FINOT | 274 |
| <i>Antología Gabriel René Moreno</i> | 275 |
| EMILIO FINOT | 278 |
| ENRIQUE KEMPF MERCADO | 281 |
| <i>Tarde de Carnaval</i> | 282 |
| PRESIDENTES CRUCEÑOS | 293 |
| GENERAL JOSÉ MIGUEL DE VELASCO FRANCO | 293 |
| GENERAL GERMÁN BUSCH BECERRA | 294 |
| <i>Perfil Militar</i> | 296 |
| <i>Obra de Gobierno</i> | 298 |
| <i>La Convención de 1938</i> | 300 |
| <i>Decreto del 7 de Junio de 1939</i> | 304 |
| <i>Agresión a Arguedas</i> | 306 |
| <i>¿Mueren así los Héroes?</i> | 307 |
| GENERAL HUGO BANZER SUAREZ | 311 |
| <i>Gobierno Autoritario</i> | 316 |
| <i>La Operación Cóndor</i> | 318 |
| <i>Obra de Gobierno</i> | 319 |
| <i>Al abrazo de Charaña</i> | 321 |
| <i>Apertura Democrática</i> | 324 |
| <i>El acuerdo Patriótico</i> | 324 |
| <i>Presidencia Constitucional</i> | 325 |



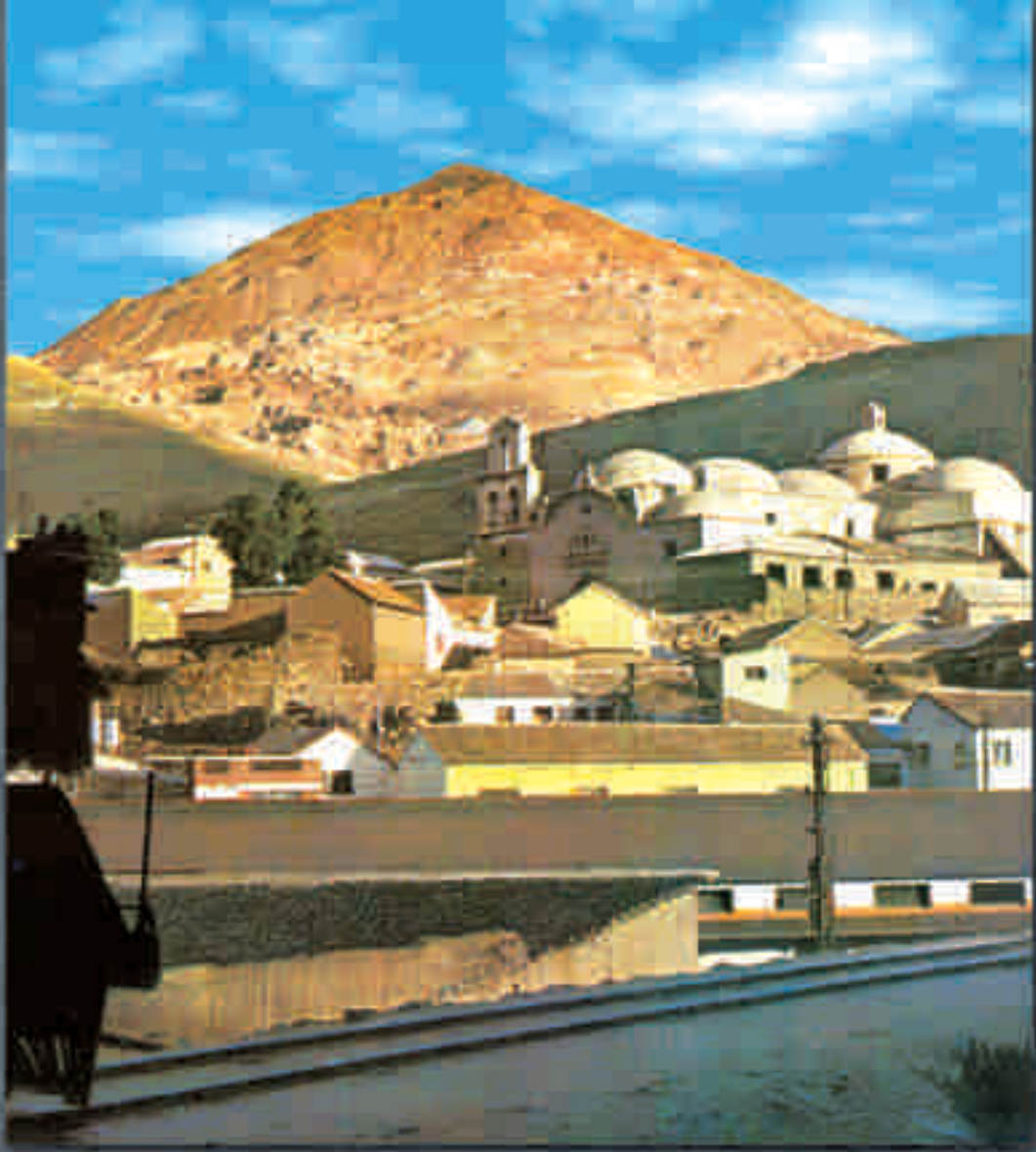
Potosí



Contribución
Histórica
a los
Bicentenarios
de Bolivia



ENRIQUE BOGHA MONROY



POTOSI

PRIMERO EN LA LUCHA EMANCIPADORA

Libertadores y Presidentes

10 de Noviembre de 1810





POTOSI Patrimonio de la Humanidad



INTRODUCCIÓN

Como un homenaje al Bicentenario del Pronunciamiento de los criollos de la Villa Imperial de Potosí, en un amanecer del 10 de noviembre de 1810, es que pergeñamos estos capítulos, donde veremos a las poblaciones potosinas alzarse en heroica y gloriosa lucha libertaria.

Así rememoramos la primera insurrección de toda la América, que protagonizaron los Vicuñas, encabezados por el Precursor, prócer don Joseph Alonzo de Ibáñez.

Vicuñas contra Vascongados de aquella ciudad, amada de Carlos I y V de Alemania y favorita de Felipe II, donde el valor demostrado por sus hombres, que en su bizarro empeño y con un temple heroico en la lucha, lograron forjar un soñado destino que, después de siglos, coronaría su valentía.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Potosí fue el poderoso sustento de la metrópoli española, con su inconmensurable riqueza argentífera, que regaló el Cerro Rico de San Agustín. El descubrimiento del primer filón de plata del Sumac Orco, por el indio Yanacóna Diego Huallpa, natural de Yamqui, sucedió el año de la Fundación de la Villa Imperial, 1545, y dio lugar a la explotación por los capitanes Juan de Villaruel y Diego de Centeno. Así nació este señuelo de ambición y exterminio.

Ciudad de leyendas y desgracias, su vida alternó entre la opulencia ciudadana, la agresividad de los vientos del Tomabi, las inundaciones de la Laguna de Caricari y la lucha inacabable de sus sentimentales e hidalgos mozos. De la historia de pretéritas edades potosinas, es la extraordinaria vida del turco Emir Sigala, que en la floreciente Villa se llamó Capitán Zapata, trabajó 17 años en las minas, descubrió la veta que llevó su nombre, sacó 2 millones de pesos de a 8 reales y, al restituirse al Asia, fue nombrado Rey de Argel; o las memorables fiestas de cañas, sortija, máscaras, etc., de 1608, celebrando la festividad del Santísimo Sacramento, en cuya ocasión se eligió Mantenedor de los Juegos a don Francisco Nicolás de Arsans Dafiter y Toledo, de la Orden de Calatrava y descendiente del Gran Duque de Alba, hombre muy poderoso y rico, con 3 millones de saneada fortuna, en justas deportivas, que cotejaron a 80 mancebos del más recio abolengo, para mayor lucimiento de su esplendor y grandeza; o la conmovedora y católica relación de doña Leonor de Guzmán que, al ver que sus seis primeros hijos habidos en alumbramiento, de extremado frío se murieron, encomendó el séptimo a la intercesión de San Nicolás Tolentino, llegando a pervivir el párvulo, bautizado con el nombre de Nicolás Flores, hasta llegar a ser Doctor de la Universidad de Lima y Regidor de su Cabildo, por lo que, en aquellos años, casi todos los niños se llamaron Nicolases; o la magnífica hazaña de don Nicolás Saulo Ponce de León, en compañía de don Bernabé Cortez, que montados en diestros corceles quitaron a lanzada limpia, de manos

de don Sancho de Mondragón, a la bella Margarita Astete de Ulloa, cercada entre cien caballeros vascongados, y que puesta en las ancas del caballo de Ponce de León, escaparon a Chuquisaca, teniendo muchas pendencias sobre los vascongados y, después de largo peregrinaje, remataron en ciudad de Lima para solicitar perdón al Virrey de Montesclaros; o la audaz y temeraria figura de doña Clara Pasquiar, hermosa doncella que, en compañía de su hermano y con hábitos masculinos, anduvo entre criollos aguerridos, dio muerte a muchos vascongados y, cayendo presa en una de sus tantas batallas, su hermano tuvo que denunciarla al padre para que fuese librada del degüello, y así, como en cuento de "mil y una noches", se podría ir refiriendo las "mil y una aventuras" de los poderosos potosinos, que yacen en el polvo de lo pasado.

A través de los siglos, Potosí, como un firme baluarte, alcanzó plena madurez para enfrentarse con trascendentales tareas, que contribuyeron -decisivamente- a la Creación de la República. Y a partir de la instalación de una vida independiente para Bolivia, los potosinos, con tranquila fe en los nuevos destinos que se vislumbraban y con el suficiente fervor ciudadano para asumir inmensas y graves responsabilidades históricas, lograron, con su trabajo, la independencia económica de la nación; dando mucho, sin pedir retribución alguna. Toda su riqueza mineral, puesta al servicio de todos los confines de la Patria, conformó el motor de desarrollo de las regiones olvidadas.

Y, en otro capítulo, rendiremos especial homenaje a los Libertadores Simón Bolívar y Antonio José de Sucre. Seguramente Bolívar, con su poderosa intuición que es atributo del genio, supo ponderar, en sus justas dimensiones, ese fervor y esa madurez que caracterizaron a los potosinos en esas difíciles jornadas de la Independencia, cuando quiso cumplir un caro deseo -largamente acariciado- y visitó las tierras de Potosí, para ascender a la cumbre del Cerro portentoso, el cual, desde entonces, se ha tornado verdadero símbolo de libertad.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Para finalizar, diremos que aquí desfilarán con su accionar positivo y, en lo humano, negativo, los tres presidentes potosinos que, en diferentes épocas de nuestra historia, pertenecieron a la clase civil, en contraposición a la mayoría de los mandatarios de Bolivia, que fueron de la clase militar y nacidos en otros departamentos de la República. Sin embargo, sólo por un mes, fue presidente de la República el Gral. Sebastián Ágreda, quién derrotó al que le usurpó su mandato al mariscal Santa Cruz, el cruceño Gral. José Miguel de Velasco.

Tomás Frías Ametller: magistrado cuya austeridad de conducta tiene relieves de una personalidad insigne, ensalzado sobre todo por la inmaculada pureza de su conducta política. Animador de la educación pública desde que fue, en su juventud, Secretario Privado del Gran Mariscal de Ayacucho don Antonio José de Sucre.

La emoción de la responsabilidad patriótica, el espíritu puritano y su figura moral, hacen de José María Linares Lizarazu un ejemplo de responsabilidad. Aunque fue un ideal de colonialistas, que hizo explosión con Melgarejo, linarista en la interpretación histórica, se entiende porque en lo biosíquico, el austero y enteco José María, contrasta con el corpulento tarateño. En contraposición a Frías, que, como Dictador, no fue un hombre de Derecho.

Gregorio Pacheco Leyes: hombre de acción creadora, de abierta lucha por la civilización moderna, en contra de la barbarie ancestral del medio y de la época. Un creador de la industria minera como personaje millonario, digno representante de la clase alta, linarista enemigo de Manuel Isidoro Belzu, el representante del pueblo humilde.



Rebelión de los Vicerreinos a la cabeza del Precursor
Joseph Alonzo de Ibáñez

POTOSÍ FUE PRIMERO EN LA LUCHA AUTONÓMICA

Desde mediados del Siglo XVII, Potosí se manifestó por la autonomía de la Patria. La guerra de Vicuñas y Vascongados fue una lucha de prepotencia económica. No otra cosa significa, en los Anales de la contienda independentista, la portentosa vida del Primer Precursor de la lucha por la Independencia Americana, el potosino Joseph Alonso de Ibáñez. La guerra, originada por los Vicuñas y Vascongados, fue, en el fondo, la lucha del hombre con el hombre, por la posesión de la tierra, pródiga tierra, de la Noble Villa Imperial que fue expoliada por la Corona española, orgullosa de un Imperio donde no se ponía el sol. De ahí nacieron todas las formas de explotación humana, impuestas por los peninsulares, determinando la justa reacción de la altiva gente nativa, que habitaba la región potosina.

El predominio de la casta vascongada, en los negocios potosinos, fue tan desproporcionado, que allá, por el año de 1609, de 100 azogueros que tenía la Villa, 80 eran vizcaínos; existían 160 mercaderes de a millón, todos vascos; de doce Veinticuatro que regían el Ayuntamiento, seis eran vascongados; todos los Alcaldes veedores del Cerro eran vizcaínos; de 38 oficiales de la Casa de la Moneda, 22 de ellos pertenecían a la Vasconía; de 10 oficiales de las Reales Cajas, 6 eran de Álava o Guipúzcoa; y así, en todo y en lo principal de los cargos de privilegio.

Contra ese andamiaje de extorsión de fuerzas vivas, contra la vil e inhumana repartija de braceros indígenas cogidos en Quito, Tucumán o el Perú, y ordenada por los virreyes -don Francisco de Toledo, Marín Henríquez, Luís de Velasco, Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete y don Juan de Mendoza y Lima, Marqués de Montecclaros-, con el oprobioso nombre de Mita, se levantó la voz y la actitud de don Joseph Alonso de Ibáñez y sus prosélitos.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Después de aquilatar la hondura del vejamen inferido a la raza criolla, Ibáñez, en gesto de altiva decisión emancipadora y en conciliábulo con sus secuaces, alzó su voz para decir:

"Bien haya tal destino, si ha de ser fecundo, Maduro está mi pensamiento; a sazón mis intenciones. No me liga a la vida otro empeño que el luchar por la causa de los desheredados, que es demanda digna de caballeros. Yo plantaré pendón de libertad".

La bizarría del nuevo caudillo popular, se hizo patente; y fama justa y legítima le dieron sus batallas, libradas contra los vascongados en Munaipata, Cebadillas y Huarina; no obstante, hecho prisionero y sometido a juzgamiento, su condena fue la del degüello. La conjura de Ibáñez y sus levantiscos compañeros, concluyó en el patíbulo. Allí, el Escribano de su Real Majestad, don Jorge Argüello, leyó la sentencia de muerte, por rebelión armada contra el Rey y sus autoridades, seccionando el verdugo las cabezas de don Joseph Alonso de Ibáñez, don Antonio Zapata, don Jorge Moreno y don Gonzalo de Mena, precursores de una emancipación política, advenida muchos años más tarde.

Prolegómenos del Pronunciamiento de 10 de Noviembre de 1810

Consumadas las revoluciones de 25 de mayo de 1809, en Chuquisaca, y de 16 de julio del mismo año, en La Paz, pronto repercutieron en las ciudades del Virreynato del Río de la Plata y del Alto Perú. Buenos Aires se había sublevado el 25 de mayo de 1810, habiendo organizado una Junta de Gobierno, presidida por el potosino don Cornelio Saavedra; ante la noticia de que las provincias altas habían caído bajo el dominio español, en Buenos Aires se dispuso liberar a las mismas y consolidar la independencia en todo el territorio de su jurisdicción,

ya que el Alto Perú pertenecía al Virreynato del Río de la Plata, aunque por los movimientos surgidos, las autoridades realistas, nuevamente habían entregado el territorio de la Real Audiencia de Charcas al Virreynato de Lima.

El primer ejército auxiliar, vino al Alto Perú al mando del abogado Juan José Castelli y de los oficiales Marcos Balcarce y Eustaquio Díaz Vélez. Ingresó a territorio potosino en octubre de 1810 y, entre tanto, las autoridades realistas tomaban las precauciones que el delicado momento exigía. El Presidente de la Real Audiencia de Charcas, Vicente Nieto, el gobernador de Potosí, don Francisco de Paula Sanz, y el general José de Córdoba, después de concentrar sus tropas en la Villa Imperial, resolvieron trasladarse hasta Cotagaita, con el propósito de detener al ejército argentino. Paula Sanz debía quedarse en Potosí, a reclutar contingentes y cuidar de los caudales de la Casa de Moneda, mientras los otros jefes partían al encuentro del enemigo. En estas circunstancias, los patriotas argentinos y los españoles avanzaban al encuentro que iba a producirse el 7 de noviembre de 1810, en Suipacha. Producido el encuentro, el triunfo fue favorable a las tropas patriotas argentinas, que recibieron oportunamente el valioso refuerzo de los chicheños potosinos. De esta manera, la acción de armas de Suipacha abría la ruta de triunfos a los rioplatenses; sin embargo, debido a muchas circunstancias, las derrotas serían sucesivas para el sector patriota.

Simultáneamente, en Potosí, se hacía conocer del triunfo patriota, por medio de los estafetas de Balcarce, que llegaron al anochecer del 9 de noviembre de 1810. Fue, entonces, que los patriotas potosinos se aprestaron para la lucha.

Avanzan los Patriotas a Potosí

Los soldados de la revolución, encarando con audacia los filosos cerros, cercanos a Potosí, y descolgándose por las quebradas en heroicos afanes, en temerarios impulsos, hacen retroceder - estratégicamente- a los realistas, desde Tupiza a Cotagaita. Balcarce llega a Yavi esperando refuerzos.

Tiempo de estéril inactividad en Yavi y los refuerzos no llegan. Al fin, se avista una densa polvareda y, no bien se incorporan 300 milicianos de Tarija continúa el avance con un efectivo total de 800 hombres, con 4 piezas de artillería.

De otra parte, los realistas, bajo el mando del coronel Córdoba, vacilantes ante la aproximación de los patriotas, resuelven fortificarse en Cotagaita, puerta de acceso al Perú, donde concentran sus efectivos, que ascienden a 2'000 hombres, con 4 piezas de artillería.

Cotagaita, el Bautismo de Sangre.- (27-X-1810)

La posición de Cotagaita cierra el camino que, desde Buenos Aires, conduce a las provincias del Alto Perú, y tiene a su frente (sud) el obstáculo que constituye una garantía contra el ataque: el río Cotagaita, que corre de este a oeste. Llegando desde Jujuy (siempre cuesta arriba), al alcanzar la margen sud de este curso de agua, se descubre, sorpresivamente, el pueblo de Santiago de Cotagaita. Desde ese momento, el atacante que pretendiera llevar una acción frontal desde el sud, se descubriría peligrosamente, pues debe bajar hasta el río y cruzarlo, para luego subir por una pendiente casi impracticable, hacia una fuerte posición formada por cuatro cerros que se levantan en el centro de la quebrada, de los cuales dos están avanzados hacia el sud y dos, hacia el norte. Sin embargo, existe hacia la izquierda de esas

alturas una senda que conduce a su retaguardia, donde el terreno ya es accesible.

Según lo deducido hasta ahora, el Comando realista habría emplazado su artillería en los dos cerros del sud, o sea, en los más avanzados en aquella dirección; viniendo a quedar esta arma en primera línea.

También se construyó una trinchera de comunicación entre ambas alturas. Para crear un segundo obstáculo, se cavaron fosos, adelante y al pie de las faldas de dichos cerros, desbordándolas de agua, merced a una inundación artificial.

El Ataque

¡Ha llegado la hora! La vanguardia, ya impaciente por entrar en acción, acecha, con ansiedad suspensa, el momento de medir sus fuerzas en el bautismo de fuego de la Revolución, con lo que se iniciaría la larga etapa de combates y batallas, donde los hijos de nuestra tierra derramarían su sangre, en aras de la libertad.

¡Ha llegado la hora! Son las 9 de la mañana del 27 de octubre de 1810, cuando el jadeo de los hombres de la vanguardia patriota, arrecia frente al enemigo. Momentos más tarde, la infantería se lanza al ataque, dispuesta en tres columnas.

Ya, a tiro de cañón de la defensa y río de por medio, la artillería abre el fuego, en apoyo de las guerrillas que fueran destacadas. Temerariamente, cruza el río la infantería, iniciando el ataque frontal; mientras que el enemigo, falto de resolución e iniciativa, se aplasta en una defensa poco menos que pasiva, no obstante su superioridad de fuego.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

A pesar de la decisión de sus hombres, que se batían de uno contra tres, el Comando patriota comprende lo imprudente de su resolución. Y, en vista de los reducidos efectivos y la escasez de munición, frente a una posición organizada, ocupada por tropas superiores y con adecuada artillería, se renuncia a las acciones sucesivas del ataque frontal y de ala, factible por la senda, que por la izquierda de la posición conduce a espaldas de la misma.

Después de cuatro horas de fuego, Balcarce es rechazado y, encontrándose ya sin municiones, se repliega en dirección al sud, hasta ponerse fuera del alcance de la artillería de la defensa. Se produce luego una tentativa de contraataque que, parece, van a llevar los realistas con sus mejores tropas (los Veteranos de Borbón y el Batallón de Voluntarios del Rey). Pero eso no tiene éxito, dado que los atacantes se desplazan más hacia la senda que conduce al ala izquierda de la posición, a la que amenazan, así, con un movimiento envolvente, que solamente puede ser un ardid, ya que no se dispone de municiones ni de efectivos suficientes para ello. Tal actitud detiene al enemigo, que vuelve a aferrarse a sus posiciones, mientras los patriotas toman el camino de Tupiza sin ser perseguidos.

El combate dura poco tiempo y ambos adversarios tienen escasas pérdidas, ya que no se llega al cuerpo a cuerpo, debiendo ser contenidos los soldados argentinos, a fin de que no se lanzaran a la bayoneta. Conseguido el desprendimiento, la retirada se hace en orden hasta Tupiza, para descansar allí algunas horas.

Suipacha, la primera batalla (7-XI-1810)

Arrastrando sueños, fatigados, silenciosos, se desplazan los patriotas por esa quebrada en la que se precipita el viento, bajo los luminosos cielos del norte, que asisten, imperturbables, a sus horas de

incertidumbre. Ellos siguen esperanzados en sus jefes, que orientan el destino de sus pasos ¡Pasos de la Patria!, zigzageantes entre abismos de derrotas y cumbres de victorias, que se avecinan.

Enterado de la próxima llegada de los refuerzos, esperados desde hace días, Balcarce continúa la marcha, costeano la margen izquierda del río Suipacha. Ya la vanguardia pasa por el pueblo del mismo nombre y cruza dicho río, siempre en dirección al sud, hasta alcanzar el caserío de Nazareno, próximo a Suipacha, donde se incorporan 100 soldados y dos piezas de artillería del grueso, y otros tantos tarijeños, llevando las cargas con la munición esperada. Dicho convoy es conducido por el Comandante de Milicias, don Martín Miguel Güemes, con los gauchos del Norte y los chapacos tarijeños. Aunque estos refuerzos no son todo lo importante que se esperaba, se resuelve poner fin a la retirada, haciendo pie en Nazareno.

El Terreno y Plan de los Patriotas

Una quebrada (más espaciosa que la que contiene a Cotagaita), limitada, al este, por las escabrosas rocosidades del Despoblado; por cerros, al norte, al oeste y al sud, y con el río Suipacha corriendo de oeste a este, vadeable en todo su curso, pero constituyendo todo un obstáculo.

Árboles ralos y buenas cubiertas, complementan la topografía del terreno, que el jefe patriota reconoce y elige para librar la primera batalla.

Llegados a Nazareno, con una fuerza de 700 hombres de infantería, 150 de caballería y 4 piezas de artillería, se establecen bien a cubierto, en la quebrada de Choroya, todos los jinetes de la vanguardia, los que a una señal convenida deben cargar, por el flanco izquierdo y retaguardia, al enemigo. Salen algunas guerrillas al frente, las que, en

Primero en la lucha Emancipadora ▶

caso de ataque, deben replegarse, procurando atraer al adversario hasta las distancias próximas.

Del Lado Enemigo

Pasan algunos días desde Cotagaita, cuando, al fin, el irresoluto Mariscal Nieto permite, al coronel Córdoba, avanzar con una división de 1'000 hombres de infantería, de los batallones de Veteranos de Borbón, de Milicias, de Provincianos de Potosí y Granaderos de Chuquisaca, con 4 piezas de artillería.

El 7 de noviembre de 1810, a las once de la mañana, se presenta la división realista sobre las alturas al norte del río Suipacha, desprendiendo fuertes guerrillas protegidas por algunas acequias y accidentes del terreno.

A pesar de la impulsividad, característica del coronel Córdoba, la que desde el primer momento lo lleva a lanzar el ataque, lo antes posible, ahora se detiene vacilante, al observar el terreno, en el que no se puede descubrir al enemigo. Pasan, así, cuatro horas y los realistas siguen manteniéndose a la expectativa, sin que se produzca movimiento alguno de tropas en ambos frentes.

La Batalla

Considerando que ha llegado la hora. Balcarce hace avanzar 200 soldados con 2 piezas de artillería, mientras el resto se mantiene a cubierto.

Los realistas, conforme a lo que alcanzan a ver, creen que no tienen, a su frente, nada más que 400 hombres. Y bajan de las alturas que

ocupaban, para luego desplegar todas sus fuerzas en la margen norte del río Suipacha, avanzando luego en una sola línea.

De acuerdo con las órdenes previas, las guerrillas patriotas retroceden, a poco de iniciarse el fuego, simulando una retirada. Y así, atraído por ellas, el enemigo cruza el río y se lanza sobre los soldados de la Revolución. Mas, cuando su flanco izquierdo llega a la altura de la quebrada de Choroya, los patriotas dan cara vuelta, iniciando un enérgico contraataque por sorpresa, con toda la potencia de sus fuegos. Y se desata un torbellino de plomo. Al tronar de los cañones, retumban los ecos del combate, desbrozando los impulsos del coraje.

La inesperada reacción, de las filas argentinas, es sincronizada con el empleo de la caballería, que, apoyada por dos piezas de artillería, irrumpe desde la quebrada de Choroya.

Desafiando la metralla, los jinetes arrecian su vigor y caen sobre el flanco izquierdo y retaguardia de la línea realista -que es desbaratada- emprendiendo la retirada en el mayor desorden y dejando abandonados, en el campo de batalla, gran parte de su artillería, con 2'000 cartuchos; 70'000 tiros de fusil; las cajas del ejército, con el dinero que el Mariscal Nieto mandara a retirar de Potosí, al verse amenazado por la revolución de Cochabamba; la bandera de La Plata y 150 prisioneros. El resto de las fuerzas enemigas se desbanda por los cerros, tirando las armas, las fornituras y todo lo que estorba en la huida. Los patriotas les persiguen, hasta una distancia de tres o cuatro leguas, no pudiendo ir más allá por falta de caballería.

Y Después de la Victoria

Repicar de campanas en tañidos de alegría, frenesí de cañonazos en festivas salvas, ebriedad de patriótica emoción en los pueblos, que engalanan las ciudades para recibir al Ejército Auxiliar del Perú, que avanza y mide, con el ritmo de sus pasos, la longitud de América. ¡Feliz exaltación del espíritu de la raza, al cabo de siglos de despotismo! Revancha, primera revancha es, para los hijos del Alto Perú, la caída de Nieto, Córdoba y Paula Sanz, prisioneros -después- de Suipacha.

¡Suipacha! Trascendental episodio que deja expedito el camino de Buenos Aires al Desaguadero, donde, pronto, el concurso de los pueblos iba a elevar, a 14'000 hombres, los efectivos a disposición del Ejército Auxiliar del Perú.

¡Suipacha! es la consigna que pone en conmoción a todo el Alto Perú, cuyos ayuntamientos citan a cabildos abiertos y reconocen al gobierno surgido de la Revolución de Mayo.

¡Suipacha!... aunque no fueron numerosos los efectivos que se midieron en tan reducido campo, sus proyecciones le dan jerarquía de batalla; y el aliento de su carga es voz vibrante del clarín de nuestra historia. Suipacha es el primer triunfo de la Revolución. Triunfo demoledor para el poder realista en Alto Perú; pues, como consecuencia de él, reaccionaron de inmediato todos los pueblos sometidos; y las cuatro Intendencias del sud del río Desaguadero, se pronunciaron por la causa de Buenos Aires; ya que desde hacía tiempo esperaban la oportunidad de sacudir la inercia a la que los condenaban las autoridades españolas. Los cochabambinos se ponen decididamente en campaña, hostilizando a los realistas. Por su parte, don Domingo Tristán cumple con sus anhelos de proclamar la anexión de toda la provincia de La

Paz al gobierno de la Junta. También, Chuquisaca se pronuncia, el 13 de noviembre. Y, mientras todo Alto Perú se somete a la autoridad de la Junta, quedando con ello asegurado el avance del ejército expedicionario -hasta el Desaguadero-, éste recibe el aporte de nuevos contingentes y recursos, de aquellos pueblos que le abren sus brazos y depositan en él toda su confianza.

Revolución del 10 de Noviembre de 1810

Antes de la entrada triunfal del Ejército Patriota a Potosí, el 10 de noviembre de 1810, los criollos de la Villa Imperial se pronuncian en un Cabildo Abierto, proclamando la emancipación de ese pueblo valeroso. Cunde el entusiasmo en toda la población, por el triunfo de las armas patriotas en la Batalla de Suipacha. Esta grata noticia, permite que el criollaje y todo el pueblo de la Villa de Carlos V, habiendo planificado la rebelión del 10 de noviembre y al repique de campanas de la iglesia Matriz -y otras-, ocuparon el edificio del Ayuntamiento, las plazas, cuarteles y calles, mientras llegaban campesinos de Puna, mineros de Porco, del Cerro y vecinos de Cantamarca, los presos de la cárcel eran liberados. Poco después, encabezados por Joaquín de la Quintana, los patriotas capturaban al gobernador De Paula Sanz y principales autoridades realistas.

Respirando ya, el aire de la libertad, el pueblo, que había pedido Cabildo Abierto, resolvió hacer llegar su reconocimiento a Castelli y, por último, se suscribió el Acta que debía ser enviada al comisionado de la Junta de Buenos Aires, Dr. Castelli, y que está redactada en los términos siguientes:

“El Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento de la Imperial Villa de Potosí, habiendo reasumido el día de hoy, el Gobierno e Intendencia de esta Villa, por la quietud pública, verificación de los anhelos en

Primero en la lucha Emancipadora ▶

que ha fluctuado todo este fidelísimo vecindario de unirse a las laudables instrucciones de su capital y disposiciones de la Excelentísima Junta provisoria de ella, desde su justa instauración, con estos motivos, logra hoy ya la libertad de poner en conocimiento de V.S. haber nombrado sus comisionados, a efecto de que le cercioren en persona, de todo lo acaecido en el particular, anticipándole por medio de este pronto expreso, para que en virtud tome todas las providencias que sean de su superior agrado, consonantes a la felicidad de estos pueblos, y satisfactorio al arribo a ellos, de la ilustre persona de V.S. y dignos subalternos de su comando. Espera este ilustre cuerpo, exija V.S. todos los necesarios convenientes a su acomodada y tranquila marcha, proveyendo todo lo que sea conveniente”.

“Nuestro Señor guarde a V.S. muchos años.

Potosí, noviembre 10 de 1810”.

Juan Crisóstomo Fernández.- Dr. Casimiro Bravo de Bobadilla.- Joaquín de la Quintana.- Pedro de Arrieta.- Pedro Antonio de Ascárate.- Agustín Amatller.- Pascual de Bolívar.- Ignacio de la Torre.- Serapio José de Arteaga.

Infinidad de gente potosina se adhirió a la Revolución. El pueblo todo, entusiasmado, manifestaba el ansia de ser de la Patria. Entre los patriotas criollos nacidos en la Villa Imperial de Potosí, que contribuyeron con su esfuerzo y se destacaron en la Revolución del 10 de noviembre de 1810, se cita a los principales, fuera de muchos otros personajes potosinos que se mantuvieron firmes en la causa emancipadora. También figuran los que, si bien no nacieron en la tierra de los Vicuñas, eran patriotas por naturaleza, como don Bernardo Monteagudo, Francisco Bulucúa.

Estos patriotas potosinos, que tuvieron destacada actuación en el pronunciamiento del 10 de noviembre son: Joaquín de la Quintana, Diego Barrenechea, Alejo y Mariano Nogales, Manuel Orozco, hermanos Millares, Fermín y Casimiro Hoyos, Melchor Daza, Manuel Molina, Mariano Subieta, Salvador Matos, Pedro Ascárate, Mariano Toro y Pedro Costas.

A partir de esta fecha memorable, Potosí se yergue, con altivez y dignidad, e ingresa en la Guerra de la independencia, con el aporte de sus contingentes de bravos y resueltos guerrilleros y soldados. Entretanto, el ejército argentino de Castelli llegaba a Potosí, el 25 de noviembre de 1810, en medio de un apoteósico recibimiento. En la más importante ciudad del Alto Perú, los ejércitos auxiliares argentinos se comportaron con mucha energía.

Entrada del Ejército Patriota a Potosí

Así llega, al corazón de Alto Perú, el Ejército Auxiliar, que, después de la victoria de Suipacha, tiene expedito el camino del norte. Al abrirse, a sangre y fuego, el portalón de Suipacha, un incierto cóndor suelta el vuelo hacia el seno del milenario Imperio de los Incas; y sobre la resignación que parecía eternizarse en la soledad del altiplano, cunde un hálito de alivio.

Hacia esas comarcas se encaminan los patriotas, en un largo repecho, alucinados por espejismos de victorias, deslumbrados por el amanecer de la libertad. Siempre cuesta arriba, la vanguardia se interna ya, en esa espesa bruma que empieza a apagar el brillo de sus armas rumbo a Potosí, donde se levanta el cerro con entrañas de plata. El 18 de noviembre, ella entra triunfalmente a esa ciudad y el grueso no demora en llegar, tras sus huellas.

Hondas revelaciones, vagos sortilegios en el aire cargado de rumores, sugiriendo antiguas leyendas. Asombra la normalidad de la vida en esa región, a 4'000 metros de altura sobre el nivel del mar. Sombras antiguas parecen regresar desde la lejanía del olvido, al mirar las cumbres circundantes, a cuyos pies se agazapa la ciudad. Y helo ahí al CERRO, cual enhiesto patriarca, sobresaliendo con sus blancos picachos en el dédalo de la montaña. Desde lejos se distinguen, cual enormes y profundas heridas, las 5'000 bocaminas por las que el hombre horadó sus entrañas, en una extensión de 300 leguas de perforaciones. Entrañas de plata que habían aglutinado, en sus inmediaciones, una población de 150'000 almas, entre las que predominan, por su número, los indígenas mitayos, míseros despojos condenados al trabajo de las minas. ¿Podría imaginar el indio Diego Huallpa las desdichas que su descubrimiento traería a la raza? Nadie parece recordar, ya, a ése humilde pastor que, a la zaga de unas llamas, subía por el cerro, hasta dar, casualmente, con la veta maravillosa, poderoso imán que pronto atrajera tantos aventureros e hidalgos.

El rumor de la ciudad se prolonga hasta las tierras áridas, en la falda oriental del Cerro, con sus solares de pétreos muros y balcones volados; con sus bien surtidas tiendas y la Casa de la Moneda, en la que se acuñan las piezas de oro y plata circulante.

Gente de alcurnia, con fabulosas riquezas, constituyen el numeroso grupo de privilegiados que rigen los destinos de Potosí, más famosa que la misma Lima y honrada, por Carlos V, con el título de VILLA IMPERIAL. Poderosa sugestión la de ella que determinó, a Felipe II, a donarle el estandarte que tremolara invicto en la batalla de Lepanto, donde don Juan de Austria se cubrió de gloria. Entusiasmado por la plata que atesoraba ese cerro, el Rey Prudente dispuso que se guardara, también en Potosí, el pendón de Castilla, llevado al Nuevo Mundo por Colón.

Y en Potosí (fin de la larga etapa que culminara en el corazón de lo que fuera un antiquísimo imperio), tiene lugar el primer eclipse de la gloria para aquella epopeya del norte. Fuerzas telúricas parecen detener a los expedicionarios. El doctor Castelli resuelve permanecer en la ciudad, sin atender a la persecución del enemigo. Y, habiéndose capturado a los jefes que huyeran de Suipacha, dispone su fusilamiento.

Primero, el mariscal Nieto, Gobernador Presidente de Charcas, a quien de nada valiera su fuga por el camino del Despoblado, pues traicionado en las cercanías de Colcha, por el baqueano que lo acompañaba, es entregado. Y el Alcalde, don Antonio Santos, lo pone (junto con su comitiva) a disposición del Cabildo de Potosí, donde ya está presente un oficial adelantado por Castelli, con la orden de prisión para Nieto y la noticia del próximo arribo del Representante.

Por su parte, el Coronel don José de Córdoba, que también huyera del campo de batalla, es capturado cerca de Potosí. El Gobernador Intendente de esta ciudad, don Francisco de Paula Sanz, demora más de lo conveniente en su fuga, preocupado por llevarse consigo los tesoros de la Casa de la Moneda, y es apresado por el Cabildo.

Encarcelados, los jefes realistas sufren prisión de 30 días en la Casa de la Moneda, a la espera del diligenciamiento del proceso, a cargo del Teniente Coronel don Eustaquio Díaz Vélez; hasta que, el 14 de diciembre, todos son condenados a muerte. A las 10 de la mañana del día siguiente, se los conduce a la Plaza Mayor.

Gran impresión, en Potosí, al tronar las descargas del piquete que los fusila, en presencia del pueblo y del ejército formado en cuadro. Pero la ciudad no vive una revolución francesa. Y la noticia mucho conmueve a los habitantes de Alto Perú, pues, aunque los ajusticiados son enemigos políticos y odiados por sus desmanes, el hecho alarma profundamente a los realistas y a los indecisos.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Luego, Castelli se dedica a organizar la administración y el gobierno local, de acuerdo a los principios del nuevo orden; y a reclutar algunos cuerpos de milicias, como los Dragones Ligeros de la Patria. Por otra parte, el Representante acepta los agasajos de Potosí, donde se le recibiera fastuosamente, sucediéndose banquetes a diario. Recién, a fines de diciembre, resuelve trasladarse a Chuquisaca, acompañado por Balcarce y 400 hombres de la vanguardia, dejando al resto del ejército, a órdenes de su Segundo Jefe, el Coronel don Juan José Viamonte.

El Ejército Auxiliar del General Manuel Belgrano

El resultado adverso de Guaqui no dejó de inquietar a las autoridades de Buenos Aires, donde se organizó una nueva expedición, esta vez, al mando del creador de la bandera argentina, don Manuel Belgrano, quien, después de varios combates en territorio argentino, llegó a Potosí, a las tres y media de la tarde del 7 de mayo de 1813. En consecuencia, el general Belgrano debe prever las proyecciones que puede llegar a tener la influencia de la clase acomodada -aun más opulenta- en la que militan españoles de largo arraigo en el país, cuyo orgullo de casta no será fácil de doblegar. Mucho le preocupa el poder del oro, en la frágil naturaleza humana, cuando piensa en las fortunas acumuladas en Potosí, gracias a su cerro inagotable, a la MITA y a otros abusos de los poderosos, que allí señorean. En buena parte de esta opinión, es de suponer, está incluido también el gran número de empleados de la Casa de la Moneda y del Banco de Rescate, burocracia predestinada a desaparecer, pero que, ahora, constituye un peligro para la Revolución.

Es verdad que la vanguardia, primero, y los escalones del grueso del Ejército, después, fueron entusiastamente recibidos, pero, habrá que verse, hasta qué punto ha sido sincera la gente rica de Potosí.

De momento, es necesario controlar la influencia de los realistas, que, seguramente, con sus exageradas críticas, tratarán de despertar el recuerdo del paso de Castelli, en la masa popular. Por eso, de inmediato, el General Belgrano hace conocer, en la ciudad, el bando que dictara sobre la marcha, uno de cuyos artículos establece: "Se respetarán los usos, costumbres y aún preocupaciones de los pueblos; el que se burle de ellos con acciones, palabras y aún con gestos, será pasado por las armas". De otra parte -es de pensarse-, confía en la buena impresión que deben haber producido sus tropas, desde la entrada a la ciudad del coronel Díaz Vélez; como así también la conducta de la vanguardia a su mando, adelantada a órdenes de Zelaya. Tal vez, fueran éstos algunos de los pensamientos que ocupan la mente de Belgrano, al aproximarse a la ciudad más populosa y rica de América del Sud.

Potosí Recibe a Manuel Belgrano Apoteóticamente

Aún faltan casi 5 kilómetros para llegar a Potosí, cuando se avista una brillante columna que viene a su encuentro. Muy próxima ya -puede comprobarse-, se trata de gente de rango, encabezada por las autoridades del municipio. La verdad, se trata de lo más rancio de la sociedad potosina, de corte netamente monárquico. Condes y marqueses, casi todos, hacen gala de su tradición. Montan briosos caballos peruanos de elegante braceo, cuyo cómodo andar sacude lujosos arreos con resplandores de plata. En traje de ceremonia, los jinetes lucen colores vistosos y ricas telas. Ostentoso despliegue del boato a que están habituados los señores de esa ciudad, que es emporio de la riqueza del Alto Perú.

Corteses saludos, maneras elegantes, cumplidas lisonjas cortesanías y, luego, la cadena de honores que deben rendirse al Representante de las Provincias Unidas del Sud, Generalísimo de un ejército triunfante, que trae, en su política revolucionaria y en la punta de las bayonetas, el verbo de Mayo.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Belgrano no puede eludir la brillante escolta de 30 hombres, que se alinea a sus órdenes y lo siguen de cerca, rígida y silenciosa, sobre magníficos caballos, equipados con elegancia y esplendor. Vistiendo sus vistosos uniformes galoneados (incluso el sombrero elástico), cada soldado tiene el aspecto de un mariscal.

Resignado a todo ese estilo cortesano, la modestia de Belgrano debe pasar por muchas pruebas todavía: Al llegar a la ciudad hay que avanzar por calles colmadas de banderas y arcos triunfales, calles desbordantes de muchedumbres que se abalanzan, gritando con frenesí. Posiblemente, sus voces son lo único que conmueve al General, cuando oye esos "¡Viva la Patria!, ¡Viva Buenos Aires!" ¿Recordaría Belgrano, en esos momentos, que se trataba del mismo pueblo que dos años atrás se desató en furias contra los restos del Ejército Patriota derrotado en Guaqui? ¿No será únicamente el temor, el que los mueve ahora, a la magnífica recepción tributada, a los obsequios y a las lisonjas? Pero si temen represalias de la Revolución, ellas no tendrán lugar y nadie despertará lo pasado.

He aquí a Belgrano, ya establecido en Potosí. Árbitro absoluto de casi todo el Alto Perú, con un ejército triunfante a sus órdenes, ¿cuál será su proceder? Tal, la pregunta que, desde antes de su arribo, se formulan todos. Varias familias han emigrado, temiendo posibles atropellos. Sin embargo, pronto se disipan las dudas.

El jefe patriota, eludiendo honores, sin la menor inquietud de notoriedad, se entrega por entero a su labor. Le preocupa la deserción de la gente reclutada últimamente, tan frecuente en la época; ella produce lamentables claros en el Ejército. Los hábiles sondeos de los realistas y el hipnótico poder de su oro, tienen éxito en las ambiciones elásticas de algunos hombres. Las primeras medidas consistirán, pues, en ajustar -más y más- la disciplina, castigándose severamente cualquier exteriorización de incultura e inmoralidad y conjurando la deserción.

Los inmediatos resultados de los recaudos, adoptados en ese sentido, son evidentes, y Potosí comprueba la subordinación de la tropa y su respeto por el pueblo. Es que, como dice Mitre: "Belgrano, infatigable y severo en esto, tiene la inflexible dureza de un general romano"; para agregar luego: "Tan prudente y moderada es la conducta de Belgrano y la disciplina de sus tropas, que los potosinos acaban por olvidar los desmanes de las tropas de Castelli, y una nueva atmósfera de simpatía y respeto se hace para el Jefe austero y los soldados con disciplina".

Lamentablemente, "no es tan ejemplar el espíritu que anima a un grupo de jefes y oficiales que, divididos por rencillas o dando rienda suelta a sus pasiones, producen algunos desórdenes, que obligan al General a dictar severas medidas, siendo una de ellas el retiro del Teniente Coronel Dorrego", cuya altivez innata es un complemento de sus excelentes dotes de soldado. Lástima grande, esta separación de Dorrego, como lo fuera la de Güemes, la del Coronel Moldes y la del Barón de HOLEMBERG. Espadas, cuya ausencia se hará sentir en los momentos cruciales para la campaña.

Normalizada, otra vez, la vida en Potosí, Belgrano se dedica a la organización de la política y a la purificación de la hacienda pública. La retirada de las fuerzas realistas, hacia Oruro, había provocado la inmediata reacción de los pueblos, entre ellos: La Plata, Chuquisaca, Charcas (16 de abril); Tarija (8 de mayo); Potosí (10 de mayo) y Cochabamba (20 de junio). De donde resulta que el Jefe del Ejército Auxiliar del Perú es, a la sazón, la máxima autoridad en casi todo el país, constituido por cuatro provincias, que él eleva a ocho, colocando a su frente gobernadores de temple: Al coronel don Juan Antonio Álvarez de Arenales le es confiada la Gobernación Intendencia de Cochabamba; al Teniente Coronel don Ignacio Warnes, la de Santa Cruz de la Sierra y los gobiernos de Mojos y Chiquitos. El Coronel

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Mayor don Francisco Antonio Ocampo (nombrado desde Buenos Aires) es puesto al frente del gobierno de Charcas. A don Francisco Pico, el General le confiere la gobernación de Salta. Y don Apolinario Figueroa, a quien ascendiera a Coronel por su valerosa conducta en la batalla del Campo de Castañares, es nombrado Gobernador de Potosí, el 9 de abril de 1813.

Algunos de dichos gobernadores harían una guerra sin cuartel al enemigo y darían días gloriosos para las armas de la Patria. Con esa autoridad, que da una conducta rectilínea, Belgrano se aboca, también, al problema económico, haciendo de administrador y juez de la hacienda pública, a la que consigue purificar. Saqueada por Goyeneche, al retirarse hacia Oruro, la Casa de la Moneda es rehabilitada, viniéndose a acuñar, por primera vez, piezas con las armas de la Patria. También habilita al Banco y los primeros fondos, que éste empieza a girar, provienen de la Comisaría del Ejército, donde los conserva Belgrano desde Salta, con este fin.

Mientras tanto, no cesan los halagos en torno al General, cuya cortesía es exquisita para con las damas patriotas, las que, deseando llevar un recuerdo de ellas, le obsequian una magnífica lámina de plata, cuyo valor es de 7.200 pesos fuertes. Él acepta agradecido, pero la regala a la Municipalidad de Buenos Aires.

Pesando sobre sus hombros toda la responsabilidad de la hora, y rodeado de elogios, "su carácter adquiere cierta tirantez", seguramente prevenido contra los que siempre medran en torno a todo gobernante, buscando prebendas.

Por encima de todas las pasiones, a pesar de la suficiencia cortesana y del inveterado orgullo de la clase privilegiada, el General despierta una nueva conciencia y un hondo sentido americano.

Su prestigio cobra relieves, llegando, con el acento de su verdad, hasta a los más apartados rincones del Alto Perú, agitado por la insurrección de indiadas militarizadas que obedecen órdenes de caudillos patriotas y se disponen a la lucha, armados solamente de palos, hondas y picas. En dolorosa espera, tal vez ellos, más que nadie, anhelan la libertad, agudo verbo que la voz vibrante que la guerrilla popular propalara, infundiéndoles esperanzas para un futuro libre de sujeciones. Con ese ánimo, siguen, desde lejos, el curso de los acontecimientos. Hasta su corazón, exaltado por la chispa que vuelve a crepitar en el ramaje de la sangre, llega elocuente la palabra de Belgrano, el prestigio de su honestidad, de su espíritu de justicia y de su política, que es breviario de civismo. De ahí que "la popularidad que adquiere entre los indios es inmensa", y que ellos "siempre fueran fieles a su recuerdo". De ahí, también, que estallan nuevas fuerzas en aquel clima de apatía, entre los naturales que se agostan en lenta consunción. La actividad crece y sus caras torvas y sombrías acechan desde el áspero corazón de los cerros, en alerta vigilancia. Sus partes deben llegarle al gran hombre de Potosí, a su propio cuartel general, establecido en la provincia de Chayanta, enclavada allá, en la montaña más abrupta, entre Oruro, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca.

Como en anterior oportunidad, el ejército argentino recibió refuerzos altoperuanos, entre tanto que un nuevo comandante se hacía cargo del ejército realista. En efecto, Joaquín de la Pezuela se presentó en Oruro con 6'000 efectivos, forzando a Belgrano a salir de la ciudad de Potosí, para luego derrotarlo en el combate de Vilcapugio, el 1º de octubre de 1813. Belgrano y Díaz Vélez, resolvieron ocupar nuevamente la ciudad de Potosí y, entonces, el general de la Pezuela lo obligó, otra vez, a salir de la ciudad para derrotarlo nuevamente en la planicie de Ayohuma, el 14 de noviembre de 1813.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Esta vez, Belgrano, totalmente derrotado, volvió a la ciudad de Potosí, donde el pueblo le brindó un buen recibimiento y, reorganizando en parte sus tropas, los argentinos resolvieron abandonar la ciudad, el 18 de noviembre de 1813. Empero, cuando a las dos de la tarde todo estaba preparado, de pronto ocurrió un hecho insólito. El pueblo que se había congregado en la plaza, para ver partir a este ejército, fue invitado a retirarse y, los vecinos que vivían en las inmediaciones, a replegarse, por lo menos veinte cuadras, ya que sus vidas estaban en peligro ante la inminente voladura de la Casa de Moneda con fuertes cargas de pólvora, que en actitud hostil, insólita en aquel hombre que quizá por la desesperación de su derrota ordenó ese accionar ominoso.

Como quiera que la noticia cundiera, al instante el pueblo se levantó en masa para defender su patrimonio y, con su decidida participación y la del Capitán Anglada, pudo evitar semejante desastre. El plan de Belgrano, de destruir una ciudad, era sencillamente monstruoso y, de tal manera, se despertaba nuevamente el odio hacia los porteños.



SIMÓN BOLÍVAR, EL LIBERTADOR EN POTOSÍ

SIMÓN BOLÍVAR, EL LIBERTADOR

12-08-1825 / 29-12-1825

Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios, el Libertador, nació en Caracas, el 24 de julio de 1783, en el seno de una familia mantuana -como se llamaba a los nobles criollos en Venezuela- que tenía una fortuna inmensa en posesiones, fincas de caña de azúcar, cacao y añil; establecimientos de melaza de ron y cientos de esclavos. Sus padres, Juan Vicente Bolívar y María de la Concepción Palacios, murieron cuando él no había cumplido los 10 años. Desde recién nacido, había sido criado por una esclava negra, Hipólita, de quien el Libertador se acordaba, como de una madre, hasta el día de su muerte.

Un encuentro venturoso se produjo en su vida cuando tenía 10 años, pues conoció a un joven maestro, de ideas renovadas, también venezolano, de nombre Simón Rodríguez, que había viajado por Europa y conocía los cambios ocurridos después de la Revolución Francesa. Era un ferviente lector de una de las obras máximas de pedagogía, el “Emilio o de la Educación”, del pensador francés Juan Jacobo Rousseau. Rodríguez tomó a su cargo la formación del muchacho, supo canalizar sus iniciativas e impulsos naturales para formarle un carácter fuerte, capaz de hacer pleno uso de sus libertades y de sobreponerse a los peores contratiempos. Lo educó al aire libre, cabalgando en prados y llanuras, sin dejar que se apoltronara o encerrara en una habitación, cumpliendo una máxima de Rousseau: “sufrir es lo primero que debe aprender y lo que más necesitará saber”. Así se fue tallando el carácter de Bolívar.

El segundo encuentro importante, con su maestro, se produjo años después, cuando Bolívar ya había enviudado, a los pocos meses de

Primero en la lucha Emancipadora ▶

casarse con Teresa Rodríguez del Toro. Era un joven que vivía, a la moda, en París, conforme a las posibilidades que le daba su inmensa fortuna, para olvidar a su esposa difunta. El maestro Rodríguez lo observaba, le criticaba el ritmo de su vida sin grandes ambiciones y, por fin, en 1805, mientras viajaban por Italia, pudo arrancarle tanta emoción, hablándole de la libertad mientras subían el Monte Aventino y contemplaban los restos de la Roma antigua, que Bolívar juró solemnemente consagrar su vida a la independencia de América.

Le Tocó una Época de Cambios

Simón Bolívar vivió, apenas, 47 años, pero en una época muy intensa y de grandes cambios: la Revolución Francesa, la Revolución Norteamericana, la Revolución de Haití, la coronación de Napoleón -como amo de Europa-, su caída y la restauración de las monarquías absolutas, así como las rebeliones indígenas en América, en especial la de Túpac Amaru, en el Perú, y de Túpac Catari, en Alto Perú, hoy Bolivia. Esos acontecimientos eran paralelos a un cambio en la mentalidad europea: la Ilustración, la Enciclopedia, el pensamiento de Montesquieu y de Rousseau, eran enemigos de la monarquía absoluta, sólo confiaban en el ciudadano, en su razón y en el pleno uso de sus libertades, como fundamento del poder político. Los reyes no eran tales por la voluntad de Dios. El Estado y el poder político, nacían de un contrato social pactado por hombres libres. En ese ambiente propicio, Bolívar viajó a Londres y, con el patriota venezolano Francisco de Miranda, fundó la Gran Reunión Americana, asociación masónica para la independencia de las colonias americanas de España.

Comienza la Guerra Patria

Cuando, en 1807, regresó a Caracas para incorporarse al ejército libertario, Bolívar no imaginaba las tremendas dificultades, los

momentos de amargura y las derrotas continuas que sufriría, que otro hombre, sin su poderoso carácter, no hubiera soportado. La declaratoria de la independencia fue conseguida en sólo cuatro años, el 5 de julio de 1811, con Francisco de Miranda como Presidente.

Pero esta primera experiencia terminaría con el terremoto de Caracas, en 1812, y la derrota de Miranda, capturado y luego muerto en presidio. Bolívar huyó a Cartagena de Indias, Nueva Granada, hoy Colombia, en 1812, y el gobierno granadino le confió la dirección del ejército.

Un año después, tomó Caracas, venció sólo una vez, en 1814, a un peligroso llanero realista de nombre José Tomás Boves, en San Mateo, pero este mismo Boves lo derrotó en la batalla de La Puerta, y Bolívar tuvo que dejar Caracas, el 6 de julio, otra vez en manos españolas.

Quizá el error más importante, de esta primera campaña, fue el de organizar un ejército de criollos, mientras los realistas seducían a los llaneros, que eran de extracción humilde, mulatos, negros o indígenas, a quienes se les prometía repartirles las posesiones de los ricos criollos.

Por eso, el caudillo realista de los llanos, José Tomás Boves, fue un factor de continuas derrotas para el ejército patriota, hasta que, afortunadamente, murió de un lanzazo, en pleno combate. Hasta entonces, los realistas habían obligado a Bolívar a cumplir las siguientes maniobras:

- El 8 de septiembre de 1814 huyó otra vez a Nueva Granada, logró liberar a Santa Fe de Bogotá, y fue nombrado Capitán General de los Ejércitos Granadinos.
- Volvió sobre Caracas, pero fue nuevamente derrotado y huyó a Jamaica, donde, en 1815, escribe su famosa proclama a los americanos.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

- Se traslado a Haití, donde logró el apoyo del patriota haitiano Alexandre Pétion. Organizó una nueva expedición, no tuvo éxito y regresó a Haití, en octubre del mismo año.
- Por fin, en 1817, después de su segundo desembarco en Isla Margarita, pacta con Manuel Carlos Piar, caudillo de los llanos; asume el poder como Jefe Supremo y se alía con el caudillo, sucesor de José Tomás Boves, José Antonio Páez, con quien inicia la campaña del Centro.
- A principios de 1818, llega el General español Pablo Morillo, hombre experimentado y astuto, que comandaba una expedición de castigo de 10'500 soldados, en 42 barcos.
- Frente a semejante poder del enemigo, Bolívar asume una decisión histórica, que no esperaban los realistas: inicia la Campaña de 1819, atravesando los Andes por el páramo de Pisba, donde pierde gran número de hombres, pero, con el resto del bravo ejército llanero, de victoria en victoria, consolida, en la Batalla de Boyacá, la independencia de Nueva Granada, tomando definitivamente Santa Fe de Bogotá.
- Esta victoria le permite convocar al Congreso de Angostura, a fines del mismo 1819, donde se sientan las bases de una inmensa república, que integraba los territorios de Nueva Granada, Quito y Caracas (Colombia, Ecuador y Venezuela), conocida como la “República de la Gran Colombia”, en homenaje al descubridor Cristóbal Colón. Y, dos años después, el 24 de junio de 1821, vence, en Carabobo, al temible ejército del General Morillo, terminando la guerra de Independencia de Venezuela y asumiendo la Presidencia de la Gran Colombia.

Una Guerra Demasiado Costosa

Otro espíritu menos grande, menos ambicioso que el de Bolívar, se hubiera conformado con la hazaña de libertar un territorio tan vasto como era el de la Gran Colombia. Pero el Libertador sabía que su lucha no podía terminar sino el día en que derrotara al último de los soldados realistas, que dominaban todavía el extenso territorio del Perú y del Alto Perú. En julio de 1822, se produjo el célebre encuentro de Bolívar con el General José de San Martín, que transcurrió en la mayor reserva y concluyó con el retiro del héroe argentino, que acabó muriendo, años después, en Europa. Bolívar había asumido el compromiso de iniciar una nueva campaña en el Sur. Campaña que lo conduciría a la cúspide de su gloria, pero, también, al inicio de su caída en manos de los propios miembros del Ejército Libertador, a quienes había hecho Generales y grandes políticos. Entre ellos, el General José Antonio Páez, que virtualmente gobernaba Venezuela, y Francisco de Paula Santander, que gobernaba Bogotá y Quito.

La guerra de la independencia exigía, cada vez, más hombres y recursos, y los subalternos de Bolívar no medían la enorme dimensión de su espíritu, pues, cada uno defendía su patriecita, sin apreciar la dimensión de unir a las cinco naciones en una gran República Americana, que hoy hubiera sido una gran potencia.

A pesar de todo, Bolívar consiguió la aprobación del Congreso colombiano y partió al Sur, en su nueva campaña. Entre abril y mayo de 1822, libera territorio ecuatoriano, gracias a la batalla de Pichincha, con el ejército bajo el mando de Sucre. El 6 de agosto de 1824, vence en la Batalla de Junín y, luego, delega el mando en el hombre que gozó de su mayor confianza, el general Antonio José de Sucre, quien derrota, el 9 de diciembre del mismo año, al ejército del Virrey Laserna y de los bravos generales realistas Canterac y Jerónimo Valdés, en un

Primero en la lucha Emancipadora ▶

sitio denominado Ayacucho, que en quechua significa el Rincón de los Muertos. En homenaje a ese triunfo, el Congreso del Perú le otorga el título de Gran Mariscal, a Sucre.

La Creación de Bolivia - Bolívar en Potosí

A pocas semanas del triunfo de Ayacucho, Antonio José de Sucre recibió la orden de cruzar el río Desaguadero, que era el antiguo límite entre los Virreinos de Lima y de Buenos Aires, lo que hoy es Bolivia, territorio de la Audiencia de Charcas. El 9 de febrero de 1825, dos días después de ingresar a La Paz, convocó a elecciones para que los diputados altoperuanos decidieran su destino. Entretanto, caía, en Tumusla, el último jefe realista, Pedro Antonio de Olañeta.

En abril, Simón Bolívar ingresó al Alto Perú e hizo un viaje triunfal, de La Paz a Potosí, donde subió hasta la cumbre del Cerro Rico, para sellar una vida dedicada a la independencia de América. La idea, de crear una nueva república, no estaba en sus planes de unión de las naciones que había liberado, pero acabó por convencerse del sentimiento autonomista de los altoperuanos.

Simón Bolívar Proclama la Libertad de América desde la Cumbre del Cerro Rico

Al salir de La Paz, viajó hacia el Sur, en dirección a Potosí, ciudad que su viva imaginación había pintado en brillantes colores. El 5 de octubre, entraba en la famosa ciudad, cuyas minas de plata habían servido de apoyo al gobierno español durante tres siglos. Todavía, en la actualidad, la Casa de la Moneda de Potosí provoca nuestra admiración. Detrás de la ciudad, se levanta la desértica cumbre de Potosí, que dio su nombre al municipio. Bolívar y su séquito, treparon por sus desoladas lomas, llevando consigo las banderas de Colombia,

Chile, Perú y Argentina. Su acto, que era simbólico, casi ritual, anunciaba la completa libertad de las naciones de América del Sur. En la remota altura, se erguía un soñador, pero un soñador cuyos sueños se habían hecho realidad. Con mirada retrospectiva, Bolívar recorría las sangrientas luchas de quince años, que allí habían llegado a su término. Mientras los estandartes de las cuatro naciones flotaban al viento, conjuró ese recuerdo: "Venimos victoriosos de la costa atlántica. En quince años de continua y horrenda lucha, hemos destruido el edificio que la tiranía erigió durante tres siglos de usurpación e ininterrumpida violencia... De pie sobre esta montaña de plata de Potosí, cuyas ricas venas fueron el tesoro de España durante trescientos años, debo declarar mi creencia de que esta riqueza material no es nada, comparada con la gloria de haber traído la enseña de la libertad desde las ardientes costas del Orinoco, para plantarla en la cumbre de una montaña que es admiración y envidia del mundo." El teatral despliegue de elocuencia de Bolívar, encubría, como de costumbre, una finalidad diplomática concreta. Quería hacer una manifestación, destacada y potente, de la unidad del pueblo americano, no tanto para que impresionara al mundo exterior como a la propia América del Sur.

El general Alvear y el doctor Díaz, a título de delegados de Argentina, visitaron a Bolívar en Potosí. Tenían la misión oficial de felicitar al Libertador por los servicios que había prestado al Nuevo Mundo.

También, estaban autorizados a negociar con Bolívar sobre cualesquiera dificultades que surgieran con respecto a los límites de Bolivia. Sin embargo, esa fachada diplomática escondía una finalidad más profunda. Argentina quería obtener, de Bolívar, ayuda, en su lucha con Brasil, para el dominio del Río de la Plata. En 1822, Pedro I, miembro de la casa de Braganza, había dirigido una revolución que separó Brasil de la Corona portuguesa. El joven emperador extendió las pretensiones

de Brasil a la margen oriental del Río de la Plata e incorporó Montevideo a su nuevo imperio. La gran mayoría de los moradores de Montevideo no era partidaria de aceptar su nuevo dueño, y expresó el deseo de pertenecer a las Provincias Unidas del Plata, nombre que entonces se daba a Argentina. Esas circunstancias colocaban a Argentina en posición difícil, pues, si escuchaba las súplicas de los montevidianos, tenía la seguridad de verse envuelta en guerra con Brasil; en cambio, si no asistía a Montevideo, era seguro que su poderoso vecino se extendería al Río de la Plata. Ante ese problema, los gobernantes argentinos concibieron la idea de utilizar a Bolívar y su ejército como medio para intimidar al Brasil y obligarlo a restituir Montevideo. Confiaban en los instintos guerreros de Bolívar y en su insaciable deseo de gloria. La idea no dejaba de tener cierta lógica. Sin duda, Bolívar no fue insensible a la fama mayor que podría adquirir al convertirse en protector de Argentina. Además, tenía no pocas razones para mirar con aversión al Brasil.

Brasil, en primer lugar, era un imperio; además, había violado recientemente los derechos de Bolivia. Estos hechos inclinaron a Bolívar a escuchar con simpatía las propuestas de alianza que le ofrecían los argentinos. En consecuencia, recibió a los embajadores -de inicio- en reuniones secretas, para averiguar la extensión de sus aspiraciones. Los argentinos expresaron que su país deseaba tener relaciones más íntimas con Colombia, hasta el punto de declararse dispuestos a colocar Argentina bajo el protectorado del Libertador.

Su plan era que Bolívar se dirigiera al Río de la Plata con su flota y su ejército, siendo todos los gastos de la expedición, sufragados por el gobierno argentino.

Bolívar se había arriesgado a esas negociaciones porque necesitaba la buena voluntad de Argentina para dos proyectos importantes. El

primero, consistía en el establecimiento de una Bolivia independiente, y, el segundo, en la fundación de una Liga de Naciones de América del Sur.

Preocupación de Bolívar por la Joven República

Argentina dio plenos poderes a Bolívar para zanjar cuestiones de límites entre ese país y Bolivia. Bolívar interpretó ese gesto como reconocimiento de la independencia de Bolivia por el Gobierno de Buenos Aires, y, por el momento, se dio por satisfecho con ese éxito. Durante esas semanas, su primera preocupación fue el joven Estado que había de inmortalizar su nombre.

Su primer empeño fue la administración de justicia, vergonzosamente descuidada durante el período colonial. Se establecieron tribunales locales y de apelación. Se prometió un nuevo cuerpo de leyes que incorporaran las ideas liberales. Se instituyó una política económica sana. En tiempo de paz, era ése un país de considerables ingresos a causa de la abundancia de metales preciosos, pero, la falta de una política sistemática, había provocado una confusión en los ingresos y gastos. Bolívar introdujo un equilibrio financiero. El Estado confiscó las minas abandonadas, abolió el tributo indio y suprimió los impuestos de consumos, que los españoles habían introducido en ese país .

Los indios tenían una ignorancia absoluta, aun de los rudimentos de higiene. Enterraban a sus difuntos en las iglesias y sus templos estaban llenos de hedor de putrefacción. Bolívar ordenó que se crearan cementerios. Se construyeron nuevas carreteras y se hizo un estudio de los derechos de aduanas; se prestó atención a las posibilidades de la agricultura y minería. Más importante aun, era la cuestión de la educación. La población de Bolivia, todavía hoy, es india o mestiza en un 85 por ciento. Hace un siglo, Bolívar encontró que la gente del

país estaba más atrasada que todas las demás que él había visto. El llanero de Venezuela era un bárbaro, pero el indio de Bolivia era un esclavo que, en todos los aspectos de la vida práctica, seguía llevando una existencia neolítica. Bajo el régimen español, había perdido todo afán de progreso o de alcanzar un nivel de vida más elevado. El uso continuo de la coca, planta cuyas hojas -mezcladas con cal- masticaba el indio, había agotado a una raza potencialmente vigorosa y había provocado su pronta decadencia.

Bolívar decidió usar parte de las rentas del clero para la educación. El gran número de huérfanos que, sin cuidado de ninguna clase, vagaban por todas partes, fue recogido en asilos. Bolívar estaba obsesionado con el problema de la instrucción, como lo demuestra el hecho de que llamara a su propio maestro, Simón Rodríguez, para ponerlo al frente del departamento de Educación. Ese personaje había vuelto a América del Sur, después de veinticinco años de viajar a la ventura, y Bolívar se enteró de su presencia en el país, cuando se hallaba enfermo en Pativilca. Le escribió: "¡Oh, mi maestro, mi amigo, mi Robinson, estáis en Colombia, estáis en Bogotá, y no me lo habíais dicho!" Rogó a Rodríguez que viniera a verlo. "En vez de una amante, necesito un filósofo. Por el momento prefiero Sócrates a Aspasia." Dio instrucciones a Santander para que facilitara dinero a su antiguo maestro, y añadió: "Este hombre puede serme muy útil." El excéntrico Rodríguez, que había perdido todo contacto con el Nuevo Mundo, vino efectivamente y emprendió la tarea de instruir a los indios del Alto Perú. Cuando Sucre heredó la posición política de Bolívar, en el Lago Titicaca, al año siguiente, también se sintió heredero de los muchos casos de locura que caracterizaron las actividades de Rodríguez.

Más de una vez, Sucre se vio en graves apuros para decidir qué podía hacer con tan rara criatura. Por último se vio obligado a sacrificarlo ante la protesta pública contra sus insanos actos.

Así, la nueva República Bolívar, hoy Bolivia, fue creada el 6 de agosto de 1825. El Libertador redactó su primera Constitución, en la cual figuraba la necesidad de tener un Presidente vitalicio, para combatir la anarquía. De abril a diciembre de 1825, Bolívar expidió varios decretos para reformar la economía, la educación y para crear nuestras instituciones republicanas. A Antonio José de Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, le tocaría implementarlas en una fecunda obra de gobierno, que duró hasta 1828.

El Mal Año de 1830

A su retorno al norte, Bolívar pudo percibir que la unidad de las naciones, que había liberado del yugo español, estaba en grave peligro. El Perú reclamaría el puerto de Guayaquil, como parte de su territorio.

El General José Antonio Páez había desconocido su autoridad en Venezuela. El General Francisco de Paula Santander había hecho lo mismo en Bogotá y, por esos motivos, el Congreso de Panamá, que quería lograr la unidad de las cinco naciones, no tuvo un buen resultado.

Bolívar comienza a tener enemigos en todos los bandos, los cuales coinciden, de modo malicioso, en calificarlo como dictador y acusarlo de tener la secreta intención de proclamarse emperador de las cinco naciones, al igual que Iturbide en México y Napoleón, después de la Revolución Francesa.

Si 1824 había sido un año de gloria, 1830, el año de su muerte, fue el período más triste en la vida de Bolívar.

La crisis se agravó, desde los primeros meses de 1828. En abril, el Presidente Sucre fue herido en el brazo derecho por una asonada

Primero en la lucha Emancipadora ▶

militar y, dos meses después, tuvo que dejar la Presidencia y abandonar territorio de Bolivia.

En 1829, fuerzas peruanas invaden territorio ecuatoriano para posesionarse de Guayaquil, pero son derrotadas por el Mariscal Sucre, que ya se encontraba de retorno. A principios de 1830, en Bogotá, para decidir el destino de la Gran Colombia, es convocado el llamado Congreso Admirable, que termina en fracaso, porque no sólo se constituyen en repúblicas independientes Venezuela y Colombia, sino porque, poco después, se independizaría la nueva República del Ecuador, con el General Juan José Flores a la cabeza.

¡VICTORIA! ¡VICTORIA! ¡VICTORIA!

¿Por qué el Libertador no comandó la batalla de Ayacucho? Por el odio y la envidia que, en el corazón del General Francisco de Paula Santander -Vicepresidente de la Gran Colombia-, se incubaban contra Simón Bolívar.

En la batalla de Junín, el 6 de agosto de 1824, la gloria de Bolívar alcanzó las cotas más altas. Derrotado, el ejército español emprendió la retirada. Sin embargo, Bolívar continuó con su plan para derrotar definitivamente al enemigo.

La campaña se había convertido, ahora, en una guerra de posiciones. Había escaramuzas, retiradas y avances. El sufrimiento, en ambos campos, era horrible; pero los patriotas sufrían más, porque estaban en tierra hostil. El Virrey había sido dueño de esta región montañosa, durante cinco años, y los indios, que tenían en las tropas godas un mercado continuo para sus productos, favorecían a los realistas y eran la base de su ejército.

En una ocasión, una compañía de patriotas, a la busca del enemigo, quedó atrapada en un paso cubierto de nieve; al poco tiempo, todos sus componentes estaban sufriendo la ceguera de la nieve, el surumpi.

Se les formaban unos tuberculillos en el globo del ojo y sólo podían bajar los párpados con un dolor agudísimo; a los dos días, estaban completamente ciegos. Los indios los encontraron apretujados, a un lado del precipicio, y se ofrecieron a llevarlos a un lugar seguro. En fila, siguieron al guía, cada hombre agarrado al poncho del que tenía delante. De este modo, bajaron por las resbaladizas laderas heladas hasta el llano. Cuando recobraron la vista, estaban ante los fusiles de los godos, en cuyas manos los indios los habían entregado. Una descarga, a quemarropa, los dejó de nuevo ciegos. Así se desarrollaba la guerra.

Se les formaban unos tuberculillos en el globo del ojo y sólo podían bajar los párpados con un dolor agudísimo; a los dos días, estaban completamente ciegos. Los indios los encontraron apretujados, a un lado del precipicio, y se ofrecieron a llevarlos a un lugar seguro. En fila, siguieron al guía, cada hombre agarrado al poncho del que tenía delante. De este modo, bajaron por las resbaladizas laderas heladas hasta el llano. Cuando recobraron la vista, estaban ante los fusiles de los godos, en cuyas manos los habían entregado. Una descarga, a quemarropa, los dejó de nuevo ciegos. Así se desarrollaba la guerra.

Como Simón Bolívar había supuesto, la victoria de Junín, aquella cruenta escaramuza entre dos cuerpos de caballería, había tenido efectos electrizantes en el Perú. Los que habían cambiado de campo se preguntaban, ahora, si los realistas iban efectivamente a triunfar. Y las consecuencias de la victoria de Junín se sentían en lugar tan al norte como la capital de la Gran Colombia.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Santander había recibido noticias de la victoria. Significaba, para él, algo muy distinto que para los demás. Por ello, cuando la noche tendía sus velos azules sobre las estrechas calles de Bogotá, permanecía desvelado... y meditando.

Al sentirse derrotado, en sus pretensiones, de inmediato logró que el Congreso colombiano revocara la Ley de Autorización. ¿Qué significaba esto? Significaba que Santander -porque él era el verdadero “Congreso”- se había asustado con la victoria de Junín. Cuando el Libertador llevó sus tropas a Perú, juzgó que Bolívar caería en un cenagal político y volvería con su reputación disminuida, con lo que él, Santander, obtendría el poder para establecer la República que había imaginado. Pero no había contado con la fuerza interior de Bolívar. La organización y el adiestramiento de un ejército, en medio del caos de la ascensión a los Andes, y la derrota de las legiones de España, en la primera batalla, eran malos augurios para los planes de Santander. Si Bolívar llevaba personalmente a las tropas aliadas a la victoria final, su prestigio sería tan enorme que no habría modo de contener sus ambiciones. Por ello, el “Congreso” había decretado que, “por razones políticas”, el General debía abandonar el mando activo del ejército. No se le permitiría que llevara las fuerzas al combate.

Si Simón Bolívar pasaba por alto al Congreso, por muy justificado que estuviera el hacerlo, todos sus planes para América podían venirse abajo. Finalmente cedería; aunque todo el asunto le daba náuseas. Informó al General Sucre de su decisión. En un principio, todos los mandos amenazaron con sus renunciaciones. Sucre, a punto de llorar, se negó a tomar el mando del ejército, a menos que Bolívar los condujera a todos a la victoria final. Pero acabaron por prevalecer, los puntos de vista de Bolívar. La suerte de Perú y el resultado final de los largos años de lucha, quedaban al mando de Sucre. Sólo faltaban dos instrucciones: Sucre debía encontrar, en este conglomerado de

montañas, el campo adecuado para la batalla final y debía cuidar de no cansar, con marchas excesivas, a las tropas. “Los pies salvaron al Perú y los pies pueden causar su pérdida... Ya no podemos huir como nuestros enemigos, debemos conservar nuestras energías...

Tarde o temprano se detendrán, y los derrotaremos”.

Luego, con sólo un escuadrón de caballería como escolta, Simón Bolívar se fue.

Semanas después, Manuela Sáenz estaba ya a la espera, en la villa de las afueras de Lima, cuando llegó Bolívar. Éste había tomado un camino indirecto, describiendo un vasto arco por el norte, con el fin de reclutar más soldados para el general Sucre. Al acercarse a la ciudad, el mero anuncio de su llegada asustó de tal modo, a las escasas tropas realistas, que estaban detrás de las murallas, que abrieron apresuradamente las puertas y huyeron, acompañadas por cientos de tráfugas, a la fortaleza del Callao. El 7 de diciembre de 1824, llegó a Lima Bolívar. “Tengo el honor de informarle -dice un despacho- que el general Bolívar entró hoy en esta ciudad sin más tropas que un cuerpo de caballería”.

El 8 de diciembre amaneció despejado y frío. Durante toda la noche precedente, en la meseta, a más de tres mil metros de altitud, que domina la vieja ciudad de Ayacucho, las fogatas de las tropas patriotas habían ardido sin interrupción. Se había dormido poco, los grupos de soldados, envueltos en sus ponchos de lana, habían permanecido alrededor de los fuegos que titilaban en la fría noche como miríadas de estrellas. Algunos habían estado afilando sus bayonetas, otros vertiendo plomo fundido en los moldes de bala, otros más, sin hacer nada, sentados y en contemplación de las llamas. Se oían disparos lejanos y, de cuando en cuando, un cañonazo; era la única pieza de

artillería que quedaba en el campamento de los patriotas. Hacía fuego contra las sombras. A menos de dos kilómetros de distancia, en la cumbre de una elevación del terreno (llamada Condorcanqui, el “Cuello del Cóndor”), estaba el enemigo.

Durante dos meses, los ejércitos se habían perseguido mutuamente, tratando, cada uno, de llevar al otro a una zona adecuada. Las marchas habían desorganizado al ejército patriota. Había perdido a la mitad de sus hombres, por enfermedades y desertiones, y habían desaparecido todas sus piezas de artillería, salvo un cañón de proyectiles de veinticuatro libras, con la cureña rota. Había sido izado a los altos de Quinua. Sólo quedaban víveres para dos días y no había posibilidad de retirada. Al norte y al sur, se abrían profundas barrancas y, a su espalda, cientos de indios, esperando el momento de la retirada para caer sobre ellos. Enfrente, estaba todo el ejército realista, más de nueve mil hombres, de los que mil estaban montados: los famosos regimientos españoles de Burgos, Guías, Victoria, Gerona y Fernandinas. También, estaban allí el Virrey y sus dieciséis generales.

Los patriotas no tenían más opción que la victoria o la muerte.

A pesar de verse superados, en proporción de dos a uno, los ejércitos aliados habían decidido, aquella noche, en consejo de guerra, dar la batalla. En una choza india, de ahí que el humo de un fuego se abría paso por las pajas del techo como mejor podía, se hallaba el estado mayor del General Sucre. Mientras deliberaban, comían queso, pan duro y trozos de azúcar morena. “No moriremos de indigestión” - dijo el General La Mar, cortando un trozo del pan de azúcar-.

La Mar estaba al mando de las legiones peruanas. El general de más edad en el campamento, había nacido en el Ecuador, en 1777; se había educado en España, donde había luchado contra Napoleón.

Ascendido a general por el rey de España, había venido al Perú como asesor militar del Virrey; pero, después de las primeras luchas de la revolución, presentó su renuncia y ofreció su persona a la tierra natal. Córdoba, el apuesto joven colombiano de los ojos endrinos, un general de veinticuatro años, mandaba el contingente colombiano. Jacinto Lara, reservado y muy tieso, está al frente de las reservas.

Al amanecer, los realistas se estaban ya desplegando. Cabía ver cómo las largas filas de uniformes azules bajaban de las alturas hacia el campo de batalla. El grueso de sus fuerzas se desplegó al pie de los farallones, pero una sección se desplazó a la barranca del flanco izquierdo, con varias piezas de artillería. Los exploradores acudieron presurosos para comunicar, al general Sucre, que esas tropas estaban mandadas por el general Valdés.

Sucre conocía muy bien a Valdés, que violento, brusco y altivo, era temido por sus oficiales e idolatrado por sus hombres; aunque general, llevaba un curioso uniforme de su propio diseño: un sombrero de copa de anchas alas, un levitón gris de tosco paño y altas sobrecalzas.

Cumplía su tarea de matador con dignidad. Sucre estaba muy seguro de esto. En una ocasión, en que huía a caballo perseguido muy de cerca por Valdés, fue golpeado por una soga que le arrojó desde una ventana una fervorosa realista.

“¡Eh, Sucre, mestizo indecente, ahí tienes una soga para ahorcarte!” gritó la dama e incitó a su esclavo para que arrojara un pedrusco al fugitivo.

Cuando el General Valdés entró en la ciudad, la dama se jactó de lo que había hecho. Valdés se apresuró a poner un nudo corredizo en torno al cuello del esclavo. “Señora -dijo- Sucre es tan General como

yo, aunque combatamos en campos distintos. Lo que su esclavo hizo a Sucre ayer, me lo haría a mí mañana. ¡Sargento! ¡Ahorquen a este hombre!

Mientras el enemigo se organizaba en sus posiciones de ataque, un grupo de jinetes se destacó de la masa y galopó hacia las líneas patriotas, con una bandera blanca de parlamento. El general Monet, esplendoroso con su uniforme de gala lleno de condecoraciones, saludó a los oficiales:

“Señores, hay en vuestro ejército, como en el nuestro, oficiales que luchan en bandos opuestos y están ligados por lazos de familia o íntima amistad. ¿No sería posible, antes de que nos descalabremos mutuamente, charlar un poco y despedirnos?”

Mientras se desarrollaban estas ceremonias caballerescas, las tropas realistas tomaban lentamente sus posiciones. A las ocho, los oficiales volvieron a sus propias líneas y los patriotas se dispusieron al ataque.

Los realistas habían ya abierto el fuego con su artillería y las balas de cañón rodaban campo abajo. Sucre, que llevaba una apretada casaca azul con una hilera de botones dorados, sin cinto ni medallas, se quitó el tricornio, adornado con plumas blancas, y pronunció una breve alocución. Fueron unas cuantas palabras, pero inolvidables: “Soldados, la suerte de América del Sur depende de cómo luchéis en esta jornada”.

Las tropas comenzaron a cruzar el kilómetro que las separaba del enemigo, cuyo fuego pronto comenzó a causarles daño. Córdoba, al frente de los colombianos, ordenó el alto; sacó un largo cuchillo, desmontó, se acercó a la cabeza del animal y lo mató de un golpe bien dirigido: “No quiero caballo que me permita huir de esta batalla” -dijo-.

Luego, levantando su panamá de anchas alas, en la punta de su sable, gritó: “¡Adelante! ¡Armas a discreción!”

Un capitán, ya herido por una bala perdida, preguntó:

- “¿Qué paso, mi general?”

- “¿Qué paso? ¡Paso de vencedores!”, contestó Córdoba.

Los patriotas se lanzaron hacia adelante, sin detenerse siquiera para apuntar. Desde sus posiciones fijas, el enemigo hacía un fuego mortífero. Las balas de cañón se llevaban cabezas, piernas y fusiles, y, disparando a corta distancia, abrían claros en las filas. Éstas vacilaron, se replegaron un instante y avanzaron de nuevo. Los muertos eran ya muchos. Pero continuó el avance y, pronto, se introdujo una cuña en el centro realista. En seguida, entró en acción la caballería del General Miller. Por aquel hueco, abierto por la infantería, se lanzaron los guerrilleros montados, sableando a diestro y siniestro, abatiendo a los alabarderos que defendían los cañones, convirtiéndolos en masa informe bajo los cascos de los caballos. Los infantes patriotas se lanzaron sobre las piezas y las volvieron contra las filas realistas.

La batalla entró, entonces, en una nueva fase: la retirada realista se convirtió en derrota. Los soldados abandonaron sus fusiles y corrieron hacia los farallones, tratando de escalarlos y de ponerse a salvo. Las balas de cañón se estrellaban contra la roca y mataban, más con fragmentos de piedra que directamente o con trozos de metralla. Los jinetes no daban paz a sus sables, y la infantería, apuntando cómodamente desde abajo, hacía caer a los fugitivos como muñecos de una barraca de tiro. Ya no era una batalla sino una mañana en un matadero de la montaña. Los realistas dejaron, en el campo, mil cuatrocientos muertos y setecientos heridos. Los que escaparon a la matanza y llegaron a la altura, fueron reunidos en algo que parecía

Primero en la lucha Emancipadora ▶

una formación, pero estaban totalmente desfallecidos. Los que sobrevivieron en el llano, pronto cayeron prisioneros, incluso el propio Virrey La Serna, con su cabello cano manchado de sangre y sus fuerzas agotadas por una herida en la cabeza. En el mismo momento en que La Serna ponía su firma a los artículos de la capitulación, su Rey, en la lejana España, le recompensaba, por sus pasadas victorias, con el sonoro título de Conde de los Andes.

La batalla terminó en una hora. Fue uno de los más decisivos encuentros de la historia: había sido derrotado el último de los ejércitos imperiales que pisaba suelo de América.

Fueron llegando prisioneros durante toda la tarde: dieciséis generales, dieciséis coroneles, todos los restos del ejército destruido. El general Sucre fue, en seguida, a su ínfimo puesto de mando, y sobre una caja de botellas de coñac, vuelta hacia abajo, dio cuenta a Bolívar de la victoria de Ayacucho. Rehicieron dos ejemplares idénticos del despacho.

Uno fue entregado a un amigo de Manuela, el coronel Medina, y el otro al capitán Alarcón; sus órdenes eran galopar como Pegazos por aquellas imponentes distancias y llegar a Lima cuanto antes. Medina fue el primero en partir. Apenas había alcanzado la primera altura cuando un pedrusco bien dirigido le dio en la cabeza; cayó del caballo y fue destrozado instantáneamente por merodeadores indios. Esta distracción permitió a Alarcón pasar sin daño y allá fue cuesta abajo, llevando la noticia a Lima.

Estaban solos, aquella noche en la villa. Simón Bolívar se había sentido mal durante todo el día; no había cesado de toser en su pañuelo de cambray. Envuelto en una larga capa azul con alto cuello rojo, lleno de bordados, tenía los pies al calor de un brasero de bronce. Con los ojos entornados, escuchaba lo que le leía Manuela con su suave ceceo quiteño. Desde afuera, llegó el rumor de pasos, un ruido creciente,

gritos de centinelas; luego llamaron a la puerta. Entró Juan Santana, sin botas, abotonándose su casaca roja. Había noticias, importantes noticias: se había librado una batalla... Y el capitán Alarcón irrumpió en la habitación como a punto de caerse. Había salvado la distancia desde el campo de batalla de Ayacucho, en ocho días. Entregó el despacho al General.

Bolívar lo leyó con expresión de incredulidad. Durante unos instantes miró hacia delante, como a una visión; luego, agitando el despacho en su mano, como embriagado, subió a unas sillas, saltó a la mesa y comenzó a bailar gritando: “¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!”

Atentado de Septiembre de 1828. La Magnanimidad de Bolívar

¡Qué desmesurada el alma de Bolívar! Y qué mezquina el alma de sus enemigos. José Antonio Páez, en Venezuela, soñaba con fundar una dinastía real y tentaba con esta idea a Bolívar; pero el Libertador temía el avance de lo que llamaba la “pardocracia”.

Francisco de Paula Santander, en Bogotá, recibía peligrosas confidencias en las cartas de Bolívar, que no adivinaba el enemigo solapado que las recibía, pues, en septiembre de 1828 comandó la rebelión que trató de asesinar al Libertador. Entonces, se hizo famosa Manuelita Sáenz, porque le salvó la vida, y desde ese hecho se la conoce con el título de “Libertadora del Libertador”. Antes del 25 de septiembre, Bolívar suspiraba por su presencia. Surgió el espíritu de poeta que había en él: “El hielo de mis años -le escribió- se funde bajo tu amabilidad y gracia. Tu amor resucita una vida que está desfalleciendo. No puedo estar sin ti. No puedo renunciar voluntariamente a Manuela... ¡Ven, ven, ven amor mío!”.

Ella vivió con Bolívar en su quinta o en su palacio presidencial de San Carlos. La quinta es todavía un sitio de sensacional belleza.

Quienes han caminado bajo sus viejos árboles o se han sentado en los bancos de piedra, mientras el sol se pone y la luna asciende lentamente tras las montañas, se han sentido en contacto con la vida de Bolívar, la vida de un aristócrata que se movió incansablemente por el continente y cuyo sentido de la belleza surge en tantos sitios. Manuela encontró a su amante, delgado. Ya no era más el brillante conquistador. Su cabello era ralo. Sus ojos, antes tan llenos de emoción, estaban sombríos. Manuela no guardó en secreto su amor por el Libertador, apareciendo con él en público. La sociedad de Bogotá estaba todavía constreñida a sus horizontes provinciales y se consideraba un escándalo que el Presidente viviese, abiertamente, con su amante. Fue el escenario propicio para que los conspiradores intentaran asesinar a Bolívar.

En la noche, cercaron el Palacio de San Carlos, habían dominado a los guardias y, antorchas en mano, subieron vitoreando. Ibarra, sobrino y edecán de Bolívar, fue encontrado y dejado atrás, herido. Llegaron al dormitorio de Bolívar. Manuela escuchó el ruido inusitado y despertó a su amado, que empuñó la espada, preparándose para hacer frente a los invasores. ¿Pretendía luchar por su vida en camisón? Manuela apresuradamente abrió la ventana. “Tienes razón” -dijo Bolívar- y calzándose las botas de Manuela, con ayuda de ella, saltó de la ventana mientras se aseguraba de que las calles estuvieran desiertas. El grupo del exterior estaba golpeando fuertemente, amenazando con hacer saltar el pestillo. Manuela lo vio huir “¡Ve a los cuarteles!”, le gritó. Después se volvió y abrió la puerta. Los conspiradores se precipitaron a gritos, preguntando por Bolívar. Para ganar tiempo, les dijo que Bolívar estaba en el salón de conferencias. “¿Y la ventana?” “La abrí para ver qué era ese ruido”. No le creyeron. Los hombres estaban furiosos y, en su agitación, corrían de un lado al otro del cuarto. Si Bolívar escapaba, estaban perdidos. Un conspirador, enloquecido, quiso matar a Manuela, pero Horment, el joven teniente,

la salvó diciendo: “No estamos aquí para asesinar mujeres”. Los conjurados tuvieron, entonces, la clara noción de su fracaso, pero cuando el edecán de Bolívar, Fergusson, corrió por el pasillo en apoyo de Bolívar, el Mayor Pedro Carujo, un ex realista, ahora inspirado liberal partidario de Santander, lo mató de un tiro.

Simón Bolívar temblaba de frío, a su lado el fiel servidor José Palacios, debajo del arco del puente de San Agustín, donde, sumergido en el agua, permaneció a la espera de lo que pudiese pasar. Finalmente, encontraron a un grupo de soldados que vitoreaban al Libertador. Esto le dio, a Bolívar, la confianza para abandonar el puente, cubierto de barro y calado hasta los huesos. Llegado al cuartel, pidió un uniforme. Con voz ronca y sepulcral, les agradeció su lealtad y ordenó la persecución de los traidores. Al regresar al Palacio, besó y abrazó a su amor y le dijo: “Esta noche has sido la Libertadora del Libertador”.

¿Cuál fue la reacción de Bolívar ante el atentado contra su vida? Expresó su decisión de perdonar a los criminales y renunciar después. Urdaneta y otros generales alegaron que el ejército había demostrado su lealtad y que no podía renunciar. Bolívar cedió.

El juicio siguió y Urdaneta los condenó a muerte. El Almirante Padilla fue ejecutado y, en seguida, siguieron otros fusilamientos. ¿Por qué Piar y Padilla habían pagado, con sus vidas, su insurrección y Santander iba a escapar a la pena? Bolívar tuvo que perdonar a Santander y fue condenado al exilio. Magnánimo, como era, sacrificó la oportunidad de desembarazarse de su mayor enemigo, ante su ambición mayor de preservar la República de Colombia.

El General Manuel Piar

El genio de Bolívar produjo resultados de gran utilidad a la historia americana. Otro, con no menos categoría que él, hubiera pretendido resolver el problema, llevando al patíbulo a los jefes de los posibles revolucionarios -y de hecho, él comenzó a actuar así cuando fusiló a Piar-. A su claro juicio político, pues, hay que atribuir la desviación de la guerra social venezolana a la guerra libertadora americana.

Sin embargo, por las circunstancias en que ejecutó a Piar, Bolívar no fue infalible. Piar fue el jefe republicano que agrupó a los hombres de Boves, dispersados por la falta de su caudillo. Fue apoyo de las masas, en que abundaban negros, zambos, mulatos e indios, (sin duda, el factor racial fue un ingrediente de mucha importancia en la lucha). Boves había tenido el propósito de igualar a los de abajo con los de arriba. Para hacer iguales al llanero, sin más amparo que su lanza y su caballo, y al mantuano, dueño de tierras y esclavos, el camino más corto era hacer desaparecer a los mantuanos. La igualación se buscó mediante la destrucción del mantuanismo.

En cambio, Piar ofrecía una salida creadora a los destructores bajo su caudillaje. La muerte de Piar se debió a que Bolívar no quiso admitir más tropas destructoras, creía que el general Manuel Piar sería una amenaza, la misma que -pensaba Bolívar- existía bajo el mando de Boves. Su padre venezolano tuvo relaciones con una negra oriunda de Curazao. Oficial que, talentoso, era ingobernable, salvaje y díscolo. Odiaba a la raza blanca. El 16 de octubre de 1817, culpado de rebelión, Piar saludó a la bandera, pidió a los soldados que apuntaran bien y murió como un hombre. Bolívar se conmovió. Piar fue uno de los patriotas más valientes y sus hazañas fueron grandes e importantes. Lo único que anhelaba era comandar su propia empresa revolucionaria, sin interferencias.

Bolívar, con su sabiduría, hubiera podido hacer entrar en razón a Piar, pero quiso cortar, “por lo sano”, el brote de indisciplina que afectaba a la unidad de propósitos que tenía en mente. El fusilamiento de Piar impresionó a Bolívar, en tal forma que, en los años que le quedaron a partir del luctuoso acontecimiento, en todo momento actuó con su portentosa energía, para evitar el resurgimiento de una guerra destructiva. A cambio, buscó la igualdad mediante la creación de Estados que garantizaron su vigencia, manteniéndolos con la autoridad de la ley.

Sueño de América, Inmortalizado en Bolivia

El sueño de Bolívar se sintetiza en la profundidad y en su sublime pensamiento: “No he logrado otro bien que la independencia. Ésa fue mi misión. Las naciones que he fundado sufrirán un eclipse, pero después surgirán como Estados de una gran República: AMÉRICA”.

El último viaje de Bolívar, hacia el fin, fue agotador. Escribió estas palabras mientras descansaba en un pueblecito: “No necesito nada para mí, o cuando más muy poco, pues estoy acostumbrado a la vida militar. Sin embargo, el honor de mi país a la vez que mi posición, me obligan a presentarme decentemente, en especial porque es sabido que he conocido la riqueza”.

Su situación material era rayana en la indigencia, si la comparamos con su opulencia anterior. El Parlamento le había concedido una pensión anual, en forma vitalicia, y viajaba acompañado por sus ayudantes y sirvientes.

La noticia de la muerte -a traición- del Mariscal de Ayacucho, en las montañas de Berruecos, llegó a oídos de Bolívar la noche del primero de julio, mientras estaba solo, sentado, meditando sobre la frustración

de sus esperanzas. Fue el correo, el que le trajo la infausta revelación. “¡Dios mío, han derramado la sangre de Abel!” Y así era: Caín mató a traición a su buen hermano. Bolívar estuvo paseando, como un orate, en el patio de su casa, hasta el alba del día siguiente. El rocío de la noche cartagenera y el aura destemplada de la madrugada, le causaron una gripe extrema y una fiebre que no lo abandonó jamás y aceleraron su fin.

Ignorando la culpa de Flores, Bolívar le escribió a Quito: “Es imposible vivir en un país donde los generales más famosos son asesinados cruel y bárbaramente; los mismos hombres a quienes América debe la libertad... Creo que el propósito del crimen fue privar a la Patria de mi sucesor... No puedo seguir sirviendo en un país así...”.

Miranda había muerto en una prisión española; San Martín estaba en el exilio; Antonio José de Sucre yacía asesinado, su cuerpo quedó sobre el barro; luego fue enterrado clandestinamente, oculto hasta que, recién en 1900, se hicieron las exequias después de setenta años de su desaparición, en el gobierno de Eloy Alfaro del Ecuador. Él mismo, en esta costa ardiente y estéril, estaba proscrito y a la espera de la muerte. ¿De qué habían servido veinte años de guerra y revolución? “Hemos arado en el mar”, fue su triste conclusión.

Por ironía del destino, Bolívar halló su último refugio en la casa de un español, Joaquín de Mier, admirador del Libertador, quien le ofreció, como residencia, su hacienda, San Pedro Alejandrino, en las cercanías de Santa Marta. A principios de diciembre, Bolívar se embarcó rumbo a este último santuario. Casi parece que el mismo destino se encargó del arreglo de la última escena de la vida de Bolívar, con mano de gran artista. La escenografía de Santa Marta era perfecta. Había una pequeña bahía, de aguas de azul zafiro, protegida por las montañas; y, a lo largo de la playa, las altas palmeras se doblaban ante

la voluntad de la brisa de diciembre. Los viejos fuertes españoles seguían mirando hacia el puerto y, a lo alto, entre la capa de nubes, en ocasiones podían verse los picos blancos y brillantes de la Sierra Nevada.

El 1° de diciembre, Bolívar llegó a este refugio y, allí, conoció a un médico francés, el doctor Reverend, que lo atendió hasta el fin. El 7 de diciembre, Bolívar viajó a San Pedro Alejandrino, que distaba unas cuantas leguas de Santa Marta. Bolívar le preguntó, al médico, por qué había venido a América. “Por amor a la libertad”, respondió el francés. “¿Y la ha encontrado aquí?” “Ciertamente, excelencia”.

“Oh, entonces ha tenido más suerte que yo. Debe regresar a su hermosa Francia, donde flamea de nuevo la gloriosa tricolor. En este país no se puede vivir; hay demasiados granujas”.

El 10 de diciembre, el Obispo de Santa Marta lo visitó para que pusiese todo en orden. Bolívar comprendió que estaba perdido y redactó su testamento. Fue pródigo con su mayordomo; la espada de Sucre, regalo del Mariscal, le fue devuelta a sus herederos; la medalla, recibida en Bolivia, devolvió a su República, tan adorada por él, su hija predilecta, a la cual le dio todo, la Constitución, causa de su gloria y de su caída. Expresó el deseo de ser enterrado en Caracas. Por último se confesó y recibió la Extremaunción.

En su habitación, estaban los generales Montilla y Silva, el español de Mier, su sobrino Fernando y el doctor Reverend. Incorporado en la cama, Bolívar pidió a su secretario que leyese su último mensaje a los colombianos. En este mensaje se completa el retrato del héroe.

La proclama de San Pedro Alejandrino resuena como los acordes finales de la sinfonía de su vida.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

A cada instante, su mente inmortalizó la obra de su creación: Bolivia. Idea plena: su revolución fue un constante acto de amor, entrega a su causa como hizo entrega de amor a Manuela Sáenz, muy a pesar de su debilidad, pasar por alto sus faltas implicaría disminuir su grandeza.

Honor y Gloria

La Guerra de la Independencia se epilogó, para nosotros, en Tumusla, a fines de marzo de 1825. Allí fue disparado el último tiro de la epopeya libertadora. En Chuquisaca, resonó el primero, el 25 de mayo de 1809. Esos dos balazos -dice Montenegro-, delimitan los largos años de combates, reñidos por nuestros antepasados contra el dominio extranjero. La clase popular afrontó aquella lucha, de manera exclusiva. La acaudillaron los indomables guerrilleros altoperuanos, mestizos casi todos.

La independencia del Alto Perú fue sellada en Ayacucho y, desde Paucartambo, fue el Gran Mariscal de Zepita, Andrés de Santa Cruz y Calahumana, el que dio el aviso, al Libertador Simón Bolívar, del triunfo definitivo del Ejército del Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, sobre el ejército español. La noticia cundió en todo el continente, porque aquella batalla daba fin a la Guerra de la Independencia, para que todas las ex-colonias se organicen en repúblicas autónomas. Y, aquí, hay que rendir homenaje a Santa Cruz, representante del alma bolivariana. Hizo una alta escuela de patriotismo con esta práctica perenne de conservar la integridad territorial y fortalecer la soberanía de la República. Mucho se ha escrito sobre Bolívar. Conductor de una insurgencia radical -dice el historiador Jacobo Libermann-. Arrastró, detrás de sí, a criollos, mestizos, indios, mulatos y negros, y emancipó a naciones americanas del sistema colonial ibérico en el siglo XIX.

Para juzgar a Bolívar, no caeremos en la glorificación exagerada, pero tampoco desmereceremos lo excelso de su figura y la justeza de nuestro pueblo, al haber nombrado a nuestra república con el nombre de Bolívar.

Don Luis Subieta y Sagárnaga interpreta lo que él llama el "alumbramiento laborioso" e indica que la historia de la humanidad nos muestra, a menudo, que en épocas de transición y de lucha, los destinos de los pueblos dependen, casi siempre, de la voluntad de un solo hombre o de un reducido grupo de personajes dirigentes, tal ocurrió en Alto Perú, a raíz del triunfo de las armas independientes, con la formación de Bolivia.

En efecto, Bolívar soñaba con crear una nación poderosa en Sud América, sin embargo, no pudo cumplir su sueño, porque en cada país había una voluntad de independencia, expresada por los caudillos que dominaban en ese instante histórico. En el caso altoperuano, sucedió que los doctores de Chuquisaca, liderados por Casimiro Olañeta, tenían la convicción de crear su patria, porque representaban a los dueños de las tierras y, además, cuando España ya no tenía posibilidades de seguir dominando en Sud América, rápidamente abrazaron la causa de la independencia en contra del colonialismo que, hasta ayer nomás, defendían. Montenegro da una muestra de que la Asamblea, cuyo Presidente era Don Casimiro Olañeta, defendía los intereses de la burguesía, ya que, al tratar el tema de una ley que dejó Bolívar en favor de los peones de la explotación de los metales, dice: "La reacción de los asambleístas antes monárquicos frente a esa medida tuvo una vivacidad impresionante. Siendo como eran, grandes hacendados, temían que esta exención de impuestos concedida al obrero de minas, provocase el abandono del agro por parte de la indiada".

Mientras tanto, los luchadores guerrilleros estaban olvidados, como es el caso de la heroína Juana Azurduy de Padilla, Santa Juana de América, como la denominó un escritor argentino, y, en el caso de don José Miguel Lanza, su muerte trágica por defender al guerrero de la independencia, Sucre. Montenegro dice al respecto: "El motín fue sofocado sangrientamente por los guerrilleros Lanza, Galindo y López. Lanza, el gran guerrillero y caudillo de los quince años de lucha armada por la libertad, perdió allí la vida. Balas realistas póstumas lo mataron. Así encarnó con su persona, hasta en el último trance, el destino de la nacionalidad vencedora del coloniaje y, sin embargo, su víctima".

Convencido por los doctores salidos de la Universidad Carolina de Chuquisaca, el Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, vio la necesidad de declarar autónomo e independiente al Alto Perú por razones convincentes y de gran peso.

Dieron encuentro al lugarteniente del Libertador en el Desaguadero y, después de dos días de su llegada a La Paz, el 7 de febrero de 1825, dictó, el 9 de febrero de 1825, el decreto que puede considerarse como el primer documento trascendental de la creación de nuestra Patria.

Por este Decreto, Sucre disponía que el Alto Perú quedase dependiente de él, como primera autoridad del ejército libertador, hasta que una Asamblea delibere sobre su suerte. Y daba las instrucciones a los diputados. También indicaba que el ejército libertador respetaba las deliberaciones de la Asamblea, con tal de que ellas conserven el orden y la unión, concentren el poder y eviten la anarquía. Sucre explicó a Bolívar los motivos para la autonomía altoperuvana. El Libertador, al principio, desaprobó la decisión de Sucre; temía complicaciones, con peruanos y argentinos, y consideraba que la independencia del Alto

Perú le daría un mal ejemplo al Ecuador. Sólo se conformó después de haberse informado del estado de ánimo de la población local, que reclamaba la independencia. Sin embargo, Bolívar expidió, en Arequipa, el Decreto del 16 de mayo de 1825, por el cual indicaba que las provincias altoperuanas, antes españolas, se reunirán, conforme al Decreto de Sucre, en una Asamblea para expresar libremente su voluntad sobre sus intereses y gobierno, conforme al deseo del poder ejecutivo de las provincias unidas del Río de la Plata y de las mismas dichas provincias.

Los argentinos reconocieron el derecho de la población del Alto Perú a la autodeterminación, en los siguientes términos: "Aunque las provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a este Estado, es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y felicidad".

Después de larga deliberación, la Asamblea, compuesta por 39 diputados, resolvió la total y definitiva autonomía e independencia del Alto Perú, mediante acta firmada el 6 de agosto de 1825, aniversario de la batalla de Junín; creando la República, bajo la forma democrática representativa, y reconociendo a Bolívar como a Libertador, Padre de la Patria y Presidente Vitalicio.

El 11 de agosto de 1825, la Asamblea decretó: "La denominación del nuevo Estado es, y será para lo sucesivo, República Bolívar". Igualmente, en otro artículo se manifestaba que "la ciudad capital de la República y su departamento, se denominarán en lo sucesivo, Sucre". Luego, se distinguía a Bolívar y Sucre con premios y honores.

Cuando Simón Bolívar se despide de su hija predilecta, lo hace en los siguientes términos: "Un deber sagrado para un republicano me

impone la agradable necesidad de dar cuenta a los Representantes del pueblo, de mi administración. El congreso peruano va a reunirse; y yo debo devolverle el mando de la República que me había confiado. Así, parto para la capital de Lima; pero lleno de un profundo dolor, pues me aparto momentáneamente de vuestra Patria, que es la Patria de mi corazón y de mi nombre. Ciudadanos: Vuestros representantes me han hecho confianzas inmensas, y yo me glorio con la idea de poder cumplirlas, en cuanto dependa de mis facultades. Seréis reconocidos como nación independiente; recibiréis la constitución más liberal del mundo; vuestras leyes orgánicas serán dignas de la más completa civilización. El Gran Mariscal de Ayacucho está a la cabeza de vuestros negocios, y el 25 de mayo próximo será el día en que Bolivia sea".

Y Bolivia fue, y fue como la consumación del Sacramento de la Confirmación de nuestra Patria. Y Bolívar quedó enamorado de su creación: "Pronto moriré -escribía el Libertador-, pero la República de Bolivia durará hasta el fin de los tiempos. Rómulo fundó una ciudad, y esta ciudad dio su nombre al imperio. Yo no he fundado ciudad alguna, y, sin embargo, mi nombre lo lleva un Estado que tiene en su seno hombres amantes de la libertad, y entrañas de oro y plata". "Bo, suena mejor que Co, li es más dulce que lom, y via más armonioso que bia". Pues, a Bolívar le gustó más Bolivia que Colombia... Bolívar, omnipotente y voluntarioso, pero superior en ilustración, talento y fuerza, concibe la idea de una gran confederación en Sud América, para poner, en la balanza política del continente, un contrapeso que establezca el equilibrio y evite los peligros que entraña, para las pequeñas nacionalidades, la vecindad de una nación poderosa y fuerte, como lo era Estados Unidos de Norte América. Con tal objeto, pone el cimiento de la gran confederación hispanoamericana con la fundación de la Gran Colombia y el Congreso Latinoamericano de Panamá.

Pero no fue comprendido. El General Santander desfiguró el pensamiento de Bolívar, transformando en Panamericano el Congreso de Panamá, concediendo, así, facultad para que concurra Estados Unidos.

El sueño de Bolívar, de la unidad de los Estados en una gran Confederación Sudamericana, queda trunco por voluntad de los doctores altoperuanos. Y esto lo confirma Montenegro en "Nacionalismo y Coloniaje". Don Gabriel René Moreno retrata a los doctores altoperuanos con esta cita: "Urcullo y Olañeta habían sido compadres enérgicos en el servicio del rey durante la guerra de la independencia. De la noche a la mañana -Junín y Ayacucho-, se hicieron compadrisimos en el servicio misterioso de la Patria". Anduvieron, a las veces, en bandos opuestos al servicio de la República, más fieles a aquellos compadrajés que les habían constituido en ínclitos padres de la Patria en el país altoperuano.

Si bien es cierto que la creación de la nueva república, benefició más a los ex-realistas, cuyo concepto es la independencia era usufructuar ellos solos de la nación que todavía consideran su feudo, según Montenegro, no es menos cierto que Sucre se conmovió más con el clamor del pueblo para constituir una nación autónoma. Pues, la Asamblea no sólo estaba constituida por doctores, hacendados, mineros, comerciantes y antiguos funcionarios de la corona.

Montenegro dice: "Estaba José Miguel Lanza, el caudillo de la legendaria Ayopaya, que peleó 15 años desde aquella tierra abrupta y bravía. Vagaba entre las grietas azules de los ventisqueros y sobre el felpudo blanco de los nevados. Acompañábale en la Asamblea aquel bello y terrible adolescente que había sido su segundo en las correrías heroicas, aquel José Ballivián y Seguro. Diríase, los dos, -y unos cuantos más que aún parecen llevar sobre los hombros el poncho de los montoneros-

Primero en la lucha Emancipadora ▶

acorralados por la impetuosidad retórica y el afán exclusivista con que los otros montan el nuevo régimen".

Lanza y Ballivián, personeros de la tradición revolucionaria, parecen allí un símbolo de la epopeya trunca. Afuera, les aguarda el mismo destino que aguarda a la nacionalidad, como si ésta se hubiese encarnado, efectivamente, sólo en aquellos que lucharon por hacerla posible.

En San Pedro Alejandrino, Bolívar sucumbía con dignidad, impasible y consciente. Parecía adquirir nuevamente el equilibrio, pues, por fin había encontrado un asunto de su agrado y acorde a sus fuerzas, su designación en esta vida: morir digna e imperturbablemente. Aún, pensando que no había cumplido su tarea de consagrar la unidad de la gran nación latinoamericana, dejando su epopeya trunca.

Cronología de la Vida de Bolívar

1783: 24 de julio, nace en Caracas.

1786: 19 de enero, fallece su padre, Juan Vicente de Bolívar y Ponte.

1792: 6 de julio, muere su madre, María de la Concepción Palacios y Blanco.

1798: 4 de julio, Simón Bolívar es designado por el Rey, Subteniente de la Sexta Compañía del Batallón de Milicias de Blancos de los Valles de Aragua.

1799: 19 de enero, embarca en La Guaira para España en el navío San Ildefonso.

2 de febrero, llega a Veracruz y va hasta la ciudad de México. Parte de nuevo rumbo a España y toca en La Habana.

30 de mayo, desembarca en Santoña, cerca de San Sebastián.

A primeros de junio, llega a Madrid, acompañado de su amigo Esteban Escobar.

1800: 30 de septiembre, desde Madrid, escribe a su tío Pedro, anunciándole su proyecto de casarse.

1802: 13 de enero, se hallaba en Bayona camino de París, va luego a Amiens para ver las fiestas de la paz. Regresa a España. 26 de mayo, matrimonio en la iglesia de San José, en Madrid, con María Teresa Rodríguez del Toro.

1803: 22 de enero, muere la esposa en Caracas.

23 de octubre, otorga poder a su hermano Juan Vicente. Se embarca luego para España y desembarca en Cádiz, a fines de diciembre.

1804: A principios de febrero, se dirige a Madrid.

En abril, parte de Madrid para París, donde llega a principios de mayo. Presencia la proclamación de Napoleón como Emperador, en Saint Cloud, el 18 de mayo y la coronación por el Papa, en Notre Dame de París, el 2 de diciembre.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Septiembre, en París, trata al Barón de Humboldt y a Bonpland, de quienes se hace muy amigo.

1805: 6 de abril, parte de París para Italia, en compañía de Simón Rodríguez y de Fernando Toro.

26 de mayo, presencia la coronación de Napoleón en Milán. (Napoleón ciñó la “Corona de Hierro” de los reyes lombardos).
15 de agosto, juramento en el Monte Sacro, Roma. (Juró dedicar su vida a la causa de la libertad de su Patria.)

Noviembre, sube al Vesubio con el barón de Humboldt y el físico francés Gay-Lussac.

1806: Noviembre, parte de París hacia Hamburgo. Se embarca para América.

1807: 1° de enero, desembarca en Charleston. Visita Washington, Filadelfia, Nueva York y Boston. Se embarca para La Guaira. Junio, llega a Caracas.

1808: 27 de julio, proceso de Matos, en Caracas. (Instruido a requerimiento de las autoridades coloniales españolas, con motivo de actividades desarrolladas por elementos prominentes de la sociedad caraqueña, a raíz de recibirse las noticias de la invasión de España por Napoleón).

1810: 18 de abril, partidario de la independencia, no interviene en el movimiento del 19 de abril (por hallarse confinado en una de sus haciendas, por disposición del Capitán General, debido a sus actividades conspiratorias).

6 de junio, sale en misión diplomática hacia Londres, con López Méndez y Andrés Bello.

10 de julio, llega a Portsmouth. Encuentro con Miranda en Londres.

5 de diciembre, regresa a Caracas con el objetivo de la Independencia.

1811: 6 de julio, pronuncia su famoso discurso en la Sociedad Patriótica (pronunciado al día siguiente de la declaración formal de independencia, resume el pensamiento político de Bolívar y de sus amigos en relación con el momento histórico).

13 de agosto, interviene en la toma de Valencia, bajo las órdenes de Miranda.

1812: 26 de marzo, arenga en la plaza de San Jacinto de Caracas, después del terremoto (interrumpió el sermón de un fraile, que afirmaba que el terremoto era un castigo de Dios, por haberse rebelado, la población, contra la corona española), con la frase "si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la venceremos".

4 de mayo, se encarga del mando de Puerto Cabello, como Comandante político y militar de su partido.

30 de junio, se subleva la plaza. El 6 de julio abandona Puerto Cabello con los últimos defensores.

30 de julio, tragedia de Miranda (Miranda, Jefe Supremo de los Ejércitos Patriotas, capitula y trata de salir de Venezuela).

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Es detenido y entregado a las autoridades españolas, por un grupo de oficiales revolucionarios, entre los cuales se encuentra Bolívar, por considerarlo traidor a la causa de la independencia.

27 de agosto, se embarca en La Guaira rumbo a Curazao (perseguido por las autoridades coloniales, después del fracaso inicial del movimiento independentista). Se refugia en el extranjero.

2 de septiembre, desembarca en Curazao.

A fines de octubre, sale de Curazao para Cartagena.

27 de noviembre, se dirige al Soberano Congreso de la Nueva Granada.

15 de diciembre, escribe la "Memoria de Cartagena" (documento político dirigido al pueblo de Nueva Granada, después de ponerse a las órdenes del Congreso).

21 de diciembre, recibe el nombramiento de Comandante de Barranca.

24 de diciembre, ocupación de Tenerife.

1813: 28 de febrero, se da el Combate de Cúcuta.

1º de marzo, se ocupa San Antonio de Táchira.

7 de mayo, se le autoriza para invadir a Venezuela.

14 de mayo, parte de Cúcuta para Venezuela, en la Campaña

Admirable (llamada así porque liberó, en corto tiempo, la mayor parte de Venezuela del dominio español).

23 de mayo, entra en Mérida donde es aclamado Libertador.

15 de junio, Decreto de Guerra a Muerte, en Trujillo.

6 de julio, entrada en Barinas.

31 de julio, Batalla de Taguanes.

2 de agosto, entrada en Valencia.

7 de agosto, entrada en Caracas.

23 de agosto, sale para Valencia.

25 de agosto, parte de Valencia para Puerto Cabello.

27 de agosto, empezó el Sitio de Puerto Cabello.

30 de septiembre, Combate de Bárbula.

14 de octubre, la municipalidad de Caracas lo aclama Capitán General de los Ejércitos de Venezuela, con el sobrenombre de Libertador.

11 de noviembre, derrota en Barquisimeto.

24 a 26 de noviembre, Batalla de Vigirima.

5 de diciembre, Batalla de Araure.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

29 de diciembre, regresa a Caracas.

1814: 2 de enero, Asamblea popular en Caracas.

28 de enero, se suspende la Guerra a Muerte, pero, a poco, los acontecimientos lo forzaron a reiniciarla.

28 de febrero a 25 de marzo, suceden batallas y combates en San Mateo.

3 de abril, se logra la Liberación de Valencia.

28 de mayo, primera batalla de Carabobo.

15 de junio, ocurre la derrota de Bolívar en la segunda Batalla de la Puerta.

18 de junio, Asamblea popular en Caracas.

7 de julio, emigración a Oriente.

2 de agosto, llegada a Barcelona.

17 de agosto, Batalla de la Villa de Aragua de Barcelona.

25 de agosto, sucede la tragedia en Cumaná (las tropas patriotas abandonan la ciudad y la ocupa el general realista Francisco Tomás de Morales).

3 de septiembre, llegada a Carúpano.

8 de septiembre, sale de Campano para Cartagena.

19 de septiembre, llegada a Cartagena.

27 de octubre, está en Ocaña.

22 de noviembre, llegada a Tunja. El 24 se presenta al Congreso de la Nueva Granada.

12 de diciembre, toma de Bogotá.

1815: 25 de enero, sale de Bogotá. Se dirige por Honda y Ocaña a Mompox.

24 de marzo, empieza el asedio de Cartagena y el 27 pone sitio a la ciudad.

8 de mayo, se aleja de Cartagena en dirección a Jamaica (fracasada la campaña, viaja en solicitud de recursos para iniciar otra).

14 de mayo, llegada a Kingston.

6 de septiembre, escribe la "Carta de Jamaica".

25 de diciembre, desembarca en Los Cayos de San Luis (Haití).

1816: 2 de enero, conferencia con Alejandro Petión (Presidente de Haití, quien le facilita recursos para la nueva campaña).

7 de febrero, Asamblea en el Arrabal de La Sabana, preparatoria de la Expedición de Los Cayos.

21 de marzo, sale la Expedición a Margarita.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

2 de mayo, combate heroico en la isla de Los Frailes.

3 de mayo, desembarca en Juan Griego.

7 de mayo, se realiza la Asamblea en la iglesia de la Villa del Norte (se reconoce a Bolívar como Jefe Supremo).

1° de junio, ocurre la Toma de Carúpano.

6 de julio, desembarca en Ocumare de la Costa.

14 de julio, derrota de Los Aguacates.

15 de julio, se reembarcó en Ocumare y va a dar a Güiría, después de tocar en la isla de Bieque, el 5 de agosto.

16 de agosto, llegada a Güiría.

22 de agosto, se reembarca para Los Cayos.

3 de septiembre, llega a Jacmel, en Haití.

21 de diciembre, se embarca rumbo a Margarita.

28 de diciembre, llega a Margarita, al puerto de Juan Griego.

31 de diciembre, llega a Barcelona.

1817: 9 de enero, combate en Clarines.

8 de febrero, batalla en el campo atrincherado de Barcelona.

25 de marzo, parte de Barcelona para Guayana.

3 de abril, llega al Orinoco.

25 al 27 de abril, Después de un viaje hacia los Llanos de Barcelona, regresa al Orinoco y lo pasa con sus fuerzas. Se instala en El Juncal, en la mesa de Angostura, el 2 de mayo.

24 al 30 de mayo, instala su Cuartel General en San Miguel y en San Félix.

17 de julio, sucede la toma de Angostura.

24 de julio, con motivo de la rebelión de Piar, es aclamado de nuevo Jefe Supremo en San Miguel.

3 de agosto, ocupa Guayana la Vieja. Batalla de Cabrián.

16 de octubre, fusilamiento de Piar, que se había rebelado en julio.

30 de octubre, creación del Consejo de Estado.

31 de diciembre, marcha para el Apure con el ejército.

1818: 12 de febrero, sorpresa de Calabozo.

16 de febrero, combate en El Sombrero.

16 de marzo, batalla de La Puerta.

26 de marzo, batalla de Ortiz.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

17 de abril, sorpresa del Rincón de los Toros.

5 de junio, regresa a Angostura, desde San Fernando, a organizar el Estado.

1° de octubre, Proyecto de Convocatoria del Congreso de Venezuela.

22 de octubre, convoca al Congreso.

1819: 15 de febrero, discurso de instalación del Congreso de Angostura.

27 de febrero, parte para el Apure.

27 de marzo, Combate de la Gamarra.

27 de mayo, sale del Mantecal a la Campaña de la Nueva Granada.

5 de julio, paso de los Andes por el Páramo de Pisba.

11 de julio, Batalla de Gámeza.

25 de julio, Batalla del Pantano de Vargas.

7 de agosto, Batalla de Boyacá.

10 de agosto, Liberación de Bogotá.

11 de diciembre, llega a Angosturas.

17 de diciembre, se crea Colombia en el Congreso de Angostura. Es elegido Presidente.

24 de diciembre, parte de Angostura para la Nueva Granada.

1820: 5 de marzo, entra en Bogotá.

22 de marzo, parte de Bogotá, para la liberación total de Venezuela.

12 de abril, llega a San Cristóbal. Reside en San Cristóbal y en Rosario de Cúcuta, durante unos meses.

27 de agosto, llega a Turbaco, con el fin de estrechar el asedio de Cartagena.

21 de septiembre, llega de regreso a San Cristóbal.

27 de septiembre, parte de San Cristóbal para Mérida y Trujillo.

1° de octubre, llega a Mérida.

7 de octubre, entra en Trujillo.

26 de noviembre, Tratados de Armisticio y de Regularización de la Guerra. (Tentativa del General Pablo Morillo, llamado "El Pacificador", Jefe Supremo de las Fuerzas de España en Venezuela, para poner fin a la guerra).

27 de noviembre, Entrevista de Santa Ana (Bolívar con el General Pablo Morillo).

2 de diciembre, llega a Barinas. Parte de esta ciudad hacia San Cristóbal, a donde llega el 21 de diciembre.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

1821: 10 de enero, regresa a Bogotá.

31 de enero, parte para Venezuela.

1° de marzo, llega a Trujillo. De allí sale para Barinas y el Apure.

12 de abril, regresa a Barinas y, de allí, va a Boconó y a Guanare.

3 de junio, en San Carlos concentra todo el ejército y el 20 de junio emprende marcha sobre el ejército español.

24 de junio, Batalla de Carabobo.

29 de junio, entra en Caracas.

23 de agosto, ofrece a San Martín y a Cochrane llevar su ejército de Trujillo al Perú.

31 de agosto, llega a Maracaibo.

29 de septiembre, acude al Congreso de Rosario de Cúcuta.

9 de octubre, el Congreso concede facultades extraordinarias a Bolívar, para dirigir la guerra y obtener recursos a fin de libertar el resto del territorio, todavía en poder de los españoles. Parte para Bogotá, en la campaña hacia el Sur.

1822: 7 de abril, Batalla de Bomboná.

24 de mayo, Batalla de Pichincha.

9 de junio, Capitulación de Pasto.

15 de junio, llega a Quito.

11 de julio, llega a Guayaquil.

13 de julio, la provincia de Guayaquil se incorpora a la República de Colombia.

26 a 27 de julio, conferencia con San Martín.

1823: 3 de enero, Bolívar en Pasto.

7 de febrero, llega a Guayaquil, vía Quito.

18 de marzo, manda la primera expedición, de 3'000 soldados, en socorro del Gobierno del Perú.

12 de abril, envía otra expedición, también de 3'000 hombres, al Perú.

7 de agosto, se embarca para el Perú.

2 de septiembre, llega a Lima.

16 de noviembre, marcha a someter a Riva Agüero.

1824: 10 de febrero, el Congreso del Perú, antes de disolverse, nombra a Bolívar Dictador.

8 de marzo, establece su Gobierno en Trujillo, después de una estada en Pativilca. Entre sus actos de Gobierno, decreta el reparto de tierras a los indígenas, la supresión de cacicazgos

Primero en la lucha Emancipadora ▶

y crea la Universidad de Trujillo. Nombra Ministro General de Negocios a José Sánchez Carrión.

14-15 de junio, atraviesa la Cordillera Blanca con su ejército.

29 de julio, dirige una elocuente proclama al Ejército, en Pasco (en vísperas de la campaña decisiva para la causa de la libertad del Perú).

6 de agosto, Batalla de Junín.

Fines de noviembre, liberación de Lima.

7 de diciembre, invitación para concurrir al Congreso de Panamá.

9 de diciembre, Batalla de Ayacucho.

25 de diciembre, proclama a los vencedores en Ayacucho.

1825: 10 de febrero, reunión del Congreso Peruano en Lima.

12 de febrero, el Congreso decreta honores extraordinarios y recompensa pecuniaria a Bolívar, quien no acepta esta última.

11 de abril, parte para Arequipa, en visita a los Departamentos del Sur.

16 de mayo, en su carácter de Jefe Supremo del Perú, dispone la creación de una república independiente (formada por las provincias del Alto Perú) y lanza un decreto en relación a ello.

10 de junio, parte de Arequipa para el Cuzco.

25 de junio, llega al Cuzco.

4 de julio, manda a repartir tierras de la comunidad a los indígenas. Suprime los cacicazgos.

6 de julio, lanza decretos de fundación de un Colegio de Ciencias y Artes y otros establecimientos de enseñanza.

6 de agosto, llega a Puno, en viaje hacia la Paz. Decreto de la Asamblea del Alto Perú, en Chuquisaca, de creación de Bolivia.

11 de agosto, la Asamblea deliberante acuerda dar el nombre de Bolívar a las cuatro provincias del Alto Perú.

18 de septiembre, entra en La Paz.

20 de septiembre, parte de La Paz hacia Potosí.

24 de septiembre, llega a Oruro.

5 de octubre, entra en Potosí.

8 de octubre, recibe a los enviados de la Argentina, General Carlos de Alvear y Dr. José Miguel Díaz Vélez.

26 de octubre, ascenso al cerro de Potosí.

1° de noviembre, parte para Chuquisaca.

3 de noviembre, llega a Chuquisaca, donde promulga numerosos decretos de organización del Estado.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

29 de diciembre, delega todos sus poderes en el Mariscal de Ayacucho, para gobernar a Bolivia.

1826: 6 de enero, sale de Chuquisaca. Visita Misque y Cochabamba.

2 de febrero, se embarca en Arica para Lima.

10 de febrero, llega a Lima.

25 de mayo, manda, desde Lima, la Constitución de Bolivia.

22 de junio, instálase el Congreso de Panamá.

15 de julio, termina sus sesiones el Congreso de Panamá.

Agosto, adopción de la Constitución Boliviana. Bolívar es elegido presidente vitalicio. El 30 de noviembre es declarado, por el Consejo de Gobierno, Presidente Vitalicio de la República.

3 de septiembre, parte de Lima y se embarca, en El Callao, para Guayaquil.

12 de septiembre, llega a Guayaquil.

28 de septiembre, entra en Guayaquil.

5 de octubre, parte de Quito para Bogotá.

26 de octubre, carta a Santa Cruz, desde Popayán, relevando a los amigos del Perú de todo compromiso respecto a la Confederación Boliviana.

14 de noviembre, entra en Bogotá.

25 de noviembre, parte de Bogotá para Venezuela.

16 de diciembre, llega a Maracaibo.

23 de diciembre, en Coro.

31 de diciembre, llega a Puerto Cabello.

1827: 5 de enero, llega a Valencia.

12 de enero, entra en Caracas. Dicta numerosos decretos de organización del Departamento de Venezuela.

5 de julio, se embarca en La Guaira para Cartagena, en compañía de Sir Alejandro Cockburn, Ministro de Inglaterra.

9 de julio, llega a Cartagena.

10 de septiembre, llega a Bogotá.

1828: 16 de marzo, parte de Bogotá en viaje a Venezuela.

30 de marzo, llega a Bucaramanga donde se detiene mientras se celebra la Convención de Ocaña (durante el período de sesiones Bolívar permaneció en Bucaramanga, en un esfuerzo para evitar se le acusara de influir en el ánimo de los diputados).

11 de junio, está en El Socorro.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

13 de junio, llega de Bogotá, enviada por el Intendente de Cundinamarca, General Herrán, el Acta por la cual se proclama a Bolívar Dictador de la Gran Colombia.

17 de junio, parte para Bogotá.

24 de junio, llega a Bogotá.

27 de agosto, decreta el Estatuto Orgánico de la nueva autoridad y anuncia elecciones para el 2 de enero de 1830.

25 de septiembre, conjuración contra la vida de Bolívar.
28 de diciembre, parte para el Sur a hacer frente a la invasión de las tropas peruanas.

1829: 28 de enero, en Popayán.

8 de marzo, llega a Pasto.

18 de marzo, llega a Quito, donde establece su Cuartel General. De ahí, emprende la Campaña de Guayaquil (Riobamba, 1° de junio; Baba, 13 de junio; Buijo, 26 de junio).

27 de junio, Armisticio celebrado con el Perú.

22 de julio, en Guayaquil.

10 de agosto, cae gravemente enfermo en Guayaquil.

31 de agosto, residencia en la isla de Santay, frente a Guayaquil.

22 de septiembre, Tratado de paz con el Perú, firmado en Guayaquil.

20 de octubre, regresa a Quito.

29 de octubre, parte para Bogotá.

21 de noviembre, está en Popayán.

1830: 15 de enero, llega a Bogotá.

20 de enero, se instala el Congreso Admirable.

27 de abril, renuncia al poder con un mensaje al Congreso Admirable.

5 de mayo, entrega el poder a Joaquín Mosquera.

8 de mayo, parte de Bogotá para Cartagena.

1° de julio, recibe la noticia de la muerte de Sucre, al pie del cerro de La Popa, cerca de Cartagena.

1° de diciembre, llega a Santa Marta.

6 de diciembre, parte para la Quinta de San Pedro Alejandrino.

10 de diciembre, pronuncia su última proclama (en la cual exhorta a mantener la unidad de la Gran Colombia.)

17 de diciembre, fallece a las 01:07 pm.



ANTONIO JOSÉ DE SUCRE, FUNDADOR DE BOLIVIA

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Fundador de Bolivia
29-12-1825 / 18-04-1828

Una consigna unía a los enemigos de Bolívar: la crítica a la Constitución que redactó para Bolivia, debido a que concedía dos muy discutibles facultades al Presidente: el mando vitalicio y la inviolabilidad por sus actos de gobierno. Ambos motivos fueron detonantes, en las cinco naciones que libertó la espada de Bolívar. Nadie, al parecer, quería un presidente vitalicio e intangible. El propio Sucre manifestó sus dudas, abiertamente, después de jurar posando la mano en la Constitución Bolivariana.

Sin embargo, igual que al Libertador, los adulones embajadores argentinos -Alvear y Díaz Vélez- le decían que su poder y mandato debía extenderse de las riberas del Orinoco a las del Río de la Plata. Con Bolívar, a la cabeza, podían recuperar la Banda Oriental (hoy Uruguay), en poder del Emperador del Brasil. Desde Chile, Blanco Encalada y otros adictos manifestaban su adhesión a cualquier proyecto generativo. Sudamérica se reduciría a dos grandes repúblicas: la Gran Colombia, hasta la frontera con el Perú, y la República Bolívar o Bolivia, desde las riberas del Apurímac hasta el Río de la Plata. Así, se manifestaría el amor de estos pueblos por el Descubridor y por el Libertador del Continente Americano. Pero, qué lejos estaban -esos consejeros- del ánimo autonomista de las naciones americanas y del juego de poder entre los antiguos virreinos. Los patriotas charquinos (pues no les gustaba llamarse altoperuanos) habían roto vínculos con Lima y tenían un profundo resentimiento con Buenos Aires, porque el presidente Rivadavia los había abandonado a su suerte en 1816. Por otra parte, Buenos Aires no podía admitir como vecina una república peruano-boliviana, porque afectaría el equilibrio continental.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Del Orinoco al Río de la Plata, la mayoría soñaba con crear repúblicas independientes. Repúblicas que, hasta hoy, no han restañado las heridas y conflictos que tuvieron a partir de la independencia.

Hoy es unánime el culto al Libertador y su fama es reconocida por todas las naciones. Como decía Simón Rodríguez, los tres grandes hombres del siglo XIX fueron Napoleón, Washington y Bolívar. Pero hay un sueño bolivariano que continúa, porque no ha logrado ser realidad: la unidad de América Latina.

El General Sucre es el Padre de Ayacucho, es el redentor de los Hijos del Sol, es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro al Imperio Inca. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando, en sus manos, el báculo de Manco Cápac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada".

Simón Bolívar y Antonio José de Sucre: Maestro y Discípulo

Cumaná, capital del actual Estado Sucre, es la puerta oriental de Venezuela y la más próxima a las islas del Mar Caribe, situación geográfica que determinó el importante papel que jugaron los cumaneses en la Guerra de la Independencia. Allí nació Antonio José de Sucre y Alcalá, Mariscal de Ayacucho, el 3 de febrero de 1795, hijo de Vicente de Sucre y Urbaneja y de María Manuela de Alcalá.

Desde los 13 años, desarrolló su vocación por la exactitud y la disciplina, estudiando Ingeniería Militar en Caracas. El 19 de abril de 1810, desde Caracas, la Junta Suprema de Gobierno, que fue la que dio el paso inicial hacia la Independencia, lo nombró Subteniente del Cuerpo de Ingenieros Militares. Así, se inició su carrera militar, a la cual se dedicaría con especial vocación, pues se consideraba un soldado de la independencia, antes que un político. Sucre luchó en las provincias

de oriente, bajo el mando de los generales Francisco de Miranda, Santiago Mariño y José Francisco Bermúdez, distinguiéndose hasta ser designado edecán de Mariño. Pero, al fin, Bolívar le cautivó el alma con su genio y figura, y, entonces, se inauguró una de las amistades más ejemplares de la historia universal, por la extrema lealtad y devoción que ambos se guardaron, a tal punto que Sucre respetaba a Bolívar “más que a su padre” y Bolívar fue el primer biógrafo de su discípulo, en un folleto famoso, escrito con entusiasmo por la victoria de Ayacucho, “Resumen Sucinto de la Vida del General Sucre”, publicado en Lima a principios de 1825.

En 1820, Bolívar lo nombró Ministro Interino de Guerra y Marina, mientras duró la enfermedad del Coronel Briceño Méndez, y, luego, Jefe del Estado Mayor Libertador, en lugar del general Soublette, que había sido nombrado Vicepresidente del Departamento de Venezuela.

Es muy ilustrativo el comentario que hizo Bolívar a sus edecanes, todos militares de mérito y veteranos de una década de Guerra Patria:

“Es uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará”. Ellos eran mantuanos de Caracas, y Sucre, un joven de 25 años, venido de oriente. Sucre era un soldado aguerrido en la acción y magnánimo al negociar con el enemigo. Uno de los grandes pasos que dio, para humanizar la llamada “guerra a muerte” que asolaba a la población civil de -lo que sería- la Gran Colombia, fue la firma del Tratado de Regularización con el General en Jefe del Ejército Expedicionario de Costa Firme, don Pablo Morillo, Conde de Cartagena. “La guerra entre España y Colombia se hará como la hacen los pueblos civilizados, siempre que

no se opongan las prácticas de ellos a algunos de los artículos del presente Tratado, que debe ser la primera y más inviolable regla de ambos gobiernos”. El espíritu de ese tratado, así como las generosas capitulaciones que concedió después de ganar las batallas de Pichincha y Ayacucho, influyeron poderosamente en la desarticulación del ejército del General Pedro Antonio de Olañeta, que no aceptó la derrota de Ayacucho y prolongó la agonía del ejército español en América, hasta abril de 1825, año en que fue derrotado en la batalla de Tumusla (verdaderamente la última acción libertaria en América) que consolidó la autonomía del Alto Perú y la creación de la República de Bolivia.

Sucre luchó en innumerables batallas, pero se destacó, ante todo, por su actuación en Pichincha (24 de mayo de 1822) -que decidió la Independencia del Ecuador y consolidó la Gran Colombia- y en Ayacucho (9 de diciembre de 1824), que acabó con el dominio español. En esta última, actuó, como Jefe de Estado Mayor, nuestro Andrés de Santa Cruz, quien cumplió las mismas funciones en la Batalla de Junín.

Pichincha

En 1820, cuando ocurrió la Sublevación de Guayaquil, después de los reveses que sufrió el Ejército Libertador el año anterior, Bolívar le instruyó a Sucre que levantara una división, cuando éste era Comandante del Ejército del Cauca. Del valle de Juanambú, ubicado en el actual territorio de Ecuador, embarcó en el Puerto de Buenaventura con pocos hombres y se dirigió a Guayaquil, a cumplir la comisión. Era propósito de Bolívar que ese ejército, reforzado con veteranos que él enviaría, libertara a Quito y a Pasto, pero una escuadrilla realista frustró el auxilio. Sucre decidió internarse a Cuenca y esperar allí a los peruanos que pudieran reforzarle desde Piura. El

enemigo se dividió en dos ejércitos; uno partió de Quito y otro de Cuenca. Sucre quedó entre ambas fuerzas, pero actuó con audacia e inteligencia para abatir, primero, a las tropas venidas de Cuenca, mientras las de Quito no se movieron, por temor de que les tomara la retaguardia y al final les cortaran la comunicación con la provincia de Pasto, ubicada al sur de Colombia y, tradicionalmente, adicta al dominio realista. Luego de algunas maniobras y de un armisticio negociado de tres meses, que le permitió rehacer sus fuerzas, Sucre recibió el auxilio de las tropas del General Santa Cruz, que llegó desde el Perú y tomó Riobamba, mientras Bolívar ganaba la batalla de Bomboná (21 de abril), donde los argentinos Granaderos de los Andes -comandados por Lavalle- y los llaneros venezolanos y granadinos, a órdenes de Diego Ibarra, batieron la caballería realista junto al Chimborazo. ¡Fue la primera vez que se unieron fuerzas patriotas del norte y del sur!

Como el enemigo se replegó a Quito, Sucre, con el mayor sigilo, desplazó sus tropas por las faldas del Pichincha, ubicadas en el ejido norte de Quito, con el fin de interrumpir las comunicaciones con Pasto. Los españoles se vieron obligados a subir al cerro y la batalla se dio a la vista de Quito, en un campo tan estrecho que sólo había espacio para desplegar un solo batallón por vez. La victoria se decidió con una carga a bayoneta del bravo General Córdoba. El héroe de la jornada fue el joven teniente ecuatoriano Abdón Calderón, quien perdió (una a una) sus extremidades, pero no el valor y el coraje para seguir alentando a las tropas del Ejército Libertador. Los realistas, al mando del General Aymerich, abandonaron el fuerte del Panecillo y capitularon al día siguiente, el 25. Poco después, Sucre se dirigió a la provincia de Pasto y logró pacificarla.

La Batalla de Ayacucho

Al amanecer del 9 de diciembre, Sucre avistó al enemigo en las alturas del Condorconca, mientras situaba a sus tropas en el llano de Ayacucho, El Rincón de los Muertos, teniendo entre ambas fuerzas una honda quebrada como protección al centro y en ambos flancos. El ala derecha, al mando del General Córdoba; el ala izquierda, al mando del General La Mar; el centro con el General Miller; y el General Lara a cargo de la reserva. A golpe de vista, el enemigo era más numeroso y estaba muy bien situado. Por la mañana, hubo un intenso duelo de artillería y fuego de cazadores. Como a las diez, el enemigo situó cinco piezas de artillería en la altura. Sucre dio orden, a sus tiradores, para que impidieran la maniobra realista. Las columnas enemigas cruzaron la quebrada y concentraron, en esa ofensiva, demasiadas fuerzas en su ala derecha, no obstante que las tropas del centro no habían tornado orden. Allí, cargó el General Córdoba con la caballería, mientras que el General Miller protegía su retaguardia.

Los batallones “Vencedor” y “Vargas” reforzaban el flanco de La Mar, mientras que el General Lara permanecía en reserva con “Vargas” y “Rifles”.

Ocho escuadrones españoles fueron despedazados por el fuego de los cazadores y, luego, cayó sobre ellos el General Córdoba, con la caballería. El General Lara corrió a reforzar a las tropas de La Mar, que soportaban heroicamente el asedio español en el ala izquierda.

Lara dirigió el batallón “Vargas” hacia ese punto y complementó el ataque con los Húsares de Junín, que cargaron al mando del argentino Coronel Suárez. Poco después, los batallones “Vencedor”, 1°, 2°, 3° y la “Legión Peruana” cargaron sobre el ala derecha de las tropas del Virrey, las echaron a las barrancas y luego las expulsaron a la otra orilla.

Córdoba trepó la cuesta del Condorcunca y tomó prisionero al Virrey La Serna. La Mar se precipitó barranca abajo y cruzó a la orilla opuesta, en pos del enemigo. Lara, por el centro, con las tropas de reserva, aseguró el triunfo relevando a las tropas agotadas de Córdoba. Cayeron 1'000 prisioneros, 60 jefes y oficiales, 14 piezas de artillería, 2'500 fusiles, parque y vituallas. El General Canterac, que conducía las tropas del Virrey, fue conducido por el General La Mar a rendir sus tropas, frente a la superioridad del Ejército Libertador.

Sucre podía haber exigido una rendición incondicional, pero aceptó la mayor parte de los términos de la capitulación, propuestos por los realistas. “Habían sido nuestros vencedores durante 14 años. No podíamos tratarlos como a una tropa de bandoleros”, comentó, luego, en una carta al Libertador, que escribió en el campo de Ayacucho sobre una piedra, y que contenía el primer parte de la batalla. Allí, se rindieron los jefes y oficiales más aguerridos del ejército realista. Ellos eran: el Virrey La Serna, Canterac, Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos; Bedoya, Feraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur; coroneles, tenientes coroneles, mayores y oficiales, armas y municiones, con un costo de 1'800 cadáveres y 700 heridos, mientras que el Ejército Libertador había sufrido 609 heridos y la pérdida de 310 hombres.

“Seis mil bravos del Ejército Libertador han destruido en Ayacucho a diez mil soldados realistas. Los últimos restos del poder español en América han expirado el 9 de diciembre en este campo afortunado.

Tres horas de un obstinado combate han asegurado para siempre los sagrados intereses que Vuestra Excelencia se dignó confiar al Ejército Unido”. En esos términos, escribió Sucre el primer parte de la batalla de Ayacucho.

Más tarde, Sucre comentó cuál fue el momento decisivo de la batalla.

Las tropas del general realista Monet no lograban reordenarse en el barranco, y el ala izquierda del general patriota La Mar estaba a punto de perderse. ¡Ese fue el momento de las grandes decisiones! De allí, del ala derecha, vino Córdoba, con todos sus hombres, contra Monet, mientras que la caballería de Miller impedía que el enemigo abandonara el barranco; al mismo tiempo, bajo el mando de Lara, las tropas de reserva corrían a reforzar el flanco de La Mar.

En un gesto que recogió la historia, el General José María Córdoba echó pie a tierra y mató a su caballo, para cortarse toda posibilidad de huida y, sable en mano, gritó: “¡Colombianos! ¡Armas a discreción! ¡De frente! ¡Paso de vencedores!” Eran los veteranos de Pichincha y de Junín que caían sobre el segundo batallón del “Imperial Alejandro”, comandado por Morales. El propio Monet recibió un balazo, pero no dejó de dar ánimo a sus hombres. Los españoles doblaban en número al ejército de Sucre, pero fueron derrotados. El Ejército Libertador pudo ocupar la antigua capital de los Incas, el Cuzco, donde recibió, como trofeo, la bandera que había traído Pizarro en la Conquista, que de inmediato se envió como regalo al Libertador, “es una porción de tiras deshechas, pero tiene el mérito de ser la conquistadora del Perú”.

Sucre en Alto Perú

Con su fina sensibilidad democrática y tino político, Sucre había medido el profundo sentido autonomista de los altoperuanos, que no reconocían lazos ni con Lima ni con Buenos Aires. Por eso convocó, por decreto del 9 de febrero, a la Asamblea de Diputados de las provincias del Alto Perú, para que decidieran la suerte de la Patria. Bolívar criticó duramente su decisión, pero, al paso del tiempo,

comprendió que era la única posible. De ese modo, nació la República de Bolívar -luego Bolivia- el 6 de agosto de 1825, la Hija Predilecta del Libertador. La capital recibió el nombre de Sucre.

Antonio José de Sucre en Potosí

La Batalla de Tumusla

A su paso por las poblaciones altiplánicas, y habiéndose interiorizado con mayor detalle acerca de la realidad de estas extensas regiones, Sucre lanzó una proclama, dirigida a los soldados y oficiales del ejército de Pedro Olañeta, incitándoles a la desertión, con lo que provocó marcada confusión en las filas enemigas.

Al anochecer del 28 de marzo, las tropas del Ejército Unido se encontraban en las puertas de la ciudad de Potosí, ya que se había convertido en una verdadera fortaleza realista. Una fracción, al mando del coronel Arraya, penetró con toda cautela en el centro de la ciudad, comprobando, empero, que Pedro Olañeta había evacuado la plaza, a las once de ese mismo día, para dirigirse hacia el sud con la intención de reunirse con el Coronel Carlos Medinacelli.

En el momento de la partida, Pedro Olañeta se había llevado 60.000 pesos de oro de la Casa de Moneda.

La fracción del coronel Arraya, al no haber encontrado ninguna resistencia y ante lo avanzado de la hora, acampó en la plaza principal, de tal manera que se produjo, al día siguiente, el ingreso del Mariscal de Ayacucho, para gran sorpresa y alborozo del pueblo potosino.

En tanto que Medinacelli había acampado en Cotagaita, Pedro Olañeta lo hacía en Vitichi y, sorprendido ante la defección de su ex comandante

Primero en la lucha Emancipadora ▶

(Medinacelli) que, ahora, luchaba por la causa de los patriotas, decidió castigar al traidor, para cuyo efecto salió a su encuentro, con 700 hombres. Simultáneamente, otro era el pensamiento de Medinacelli, que tenía la misión de capturar al último jefe realista, por lo que se movilizó al encuentro de éste, contando sólo con un efectivo de 300 hombres (casi todos soldados chicheños muy aguerridos con una moral muy elevada). De esta suerte, las armas patriotas lograron un rápido triunfo en la batalla de Tumusla, que se libró -según varios historiadores- al atardecer del 1° de abril de 1825. El General Pedro Olañeta cayó gravemente herido y murió al día siguiente.

En Tumusla, del departamento de Potosí, Sucre selló definitivamente la independencia de la Patria, adelantándose así, en esa memorable batalla, al nacimiento de la joven república, a fundarse por el Gran Mariscal de Ayacucho con el nombre de BOLIVIA.

Así, en nuestra Patria, concluyó la Guerra de la Independencia. Sólo con el esfuerzo y el sacrificio de sus propios hijos, se consiguió la libertad de las provincias mártires del sud de la república y, particularmente, de Potosí, las que sólo entonces comenzaron a organizarse, para concurrir con sus representantes a la Asamblea, convocada por Sucre mediante Decreto de 9 de febrero de 1825.

La Construcción de Bolivia

Bolívar dictó decretos para crear las instituciones de la nueva República, pero fue Sucre a quien le tocó la tarea de hacerlos cumplir, en dos años de gobierno, fecundos pero sumamente difíciles.

No obstante de que los diputados altoperuanos se lo exigían, mantener al Ejército colombiano, para la seguridad de la nueva República, era demasiado caro para un país con una economía en parte destruida y

en parte paralizada, por 15 años de Guerra Patria. Entre 1826 y 1828, la recaudación de las rentas del Estado era en cifras redondas de 740'000 pesos de plata, de los cuales 700'000 se iban al mantenimiento del Ejército, y 40'000, apenas, quedaban para pagar al personal del Estado, hecho que acabaría por generar un gran disgusto en la población civil. Para colmo, el Congreso de la nueva República sancionó una ley que recompensaba a los soldados del Ejército Libertador con un millón de pesos de plata. El Ministro Facundo Infante aconsejó emitir bonos en papel moneda, negociables en el mercado e instrumento de pago para comprar propiedades del Estado, que generarían intereses cada cuatro meses, destinados a los soldados colombianos. El gobierno pagó intereses a satisfacción de todos, pero con un enorme sacrificio del Tesoro Público. Cuatro meses después, ya no los pudo pagar.

Algunos oficiales colombianos adquirieron quintas y predios urbanos, se casaron con bolivianas y fundaron familia. El caso más célebre fue el del General León Galindo, Prefecto de Potosí, personaje de estrecha confianza de Sucre, que se casó con una dama boliviana y se acercó en Cochabamba, en una casa del barrio de Mayorazgo (que todavía se conserva, pues es patrimonio histórico de esta ciudad), dejando ilustre descendencia.

No fue nada fácil instalar los nuevos organismos del Estado. Sucre ordenó la expropiación de conventos, para edificios públicos, escuelas, hospitales, asilos y orfanatos. Tan sólo como ejemplos: en Cochabamba, la manzana de la Prefectura, contigua a la Plaza 14 de septiembre, era el Convento jesuita de San Agustín. El área ocupada por la Alcaldía y el Mercado 25 de mayo, era el Convento de La Merced. La Recoleta, de entonces, era un predio muy grande, pero fue drásticamente reducido. Del mismo modo, ocurrió con las instalaciones del actual Colegio Bolívar, donde funcionó inicialmente la Universidad de San Simón.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

Un decreto conflictivo pero justo, del Libertador, fue el que abolió el tributo que pagaban los indios e instauró la contribución directa de todos los ciudadanos por igual. Ni los indios volvieron a pagar tributos, ni los criollos y mestizos aceptaron pagar el nuevo impuesto, colocando en apreturas al gobierno. Por otra parte, el Libertador envió el proyecto de Constitución que, aunque fue aprobado, desató una serie de quejas, porque instituía la Presidencia Vitalicia.

Se encargó la educación de la República, por instrucciones del Libertador, al maestro Simón Rodríguez, que intentó una reforma educativa audaz, pero poco comprendida.

Sucre hizo una notable obra de gobierno, pero ansiaba dejar el pesado protocolo que era herencia de la vieja Audiencia de Charcas y retirarse a vivir tranquilo con su esposa, Mariana Carcelén, Marquesa de Solanda y de Villa Rocha, con quien se había comprometido en Quito y casado mediante poder.

Hay que entender sus angustias, porque el correo, que tardaba en llegar (hasta 80 días desde Caracas) pese a los esfuerzos que hizo por acelerar las postas en Bolivia, traía malas noticias: los españoles habían desembarcado (10'000 hombres en Cuba) y se temía una invasión; la República de Colombia le exigía el retorno de las tropas, y Sucre no sabía como reemplazar a esos veteranos aguerridos, de cien combates, con las milicias de la nueva República; desconfiaba de la ambición de los argentinos, que enviaban conspiradores para desestabilizar su gobierno, y de la codicia de los peruanos, que aprovecharían la ausencia del Ejército Libertador para invadirnos. Era muy celoso del trato a sus soldados, exigía -personalmente- los mejores paños y vituallas, para vestirlos, y recursos para pagarles al día. En su desvelo, dejó una correspondencia (que escribía las más de las veces de puño y letra), recogida por la prestigiosa Fundación venezolana Vicente Lecuna, en diez tomos.

Es fama que jamás cobró sueldos y, al contrario, firmó letras y libranzas a los pocos comerciantes de la época, para atender las obligaciones del Estado boliviano. En esa dimensión hay que medir su desengaño, cuando -el 18 de abril de 1828- amaneció con la noticia de que el Regimiento acantonado en San Francisco, de Chuquisaca, se había levantado en armas, por instigación de un oficial argentino de apellido Caínzo. Se lanzó de inmediato a controlar la asonada golpista, pero lo esperaron con una descarga de fusilería, que mató a su edecán y le inutilizó el brazo derecho, el mismo que había salido ileso en tantos combates por la libertad del Continente. Para colmo, el general peruano Agustín Gamarra invadió de inmediato nuestro territorio, con el pretexto de contribuir a la pacificación de la hermana República. Sus ambiciones, apenas se sosegarían en 1841, cuando el bravo Presidente José Ballivián lo derrotó en Ingavi, a las puertas de La Paz, y dio fin con su vida.

Sucre dejó el mando en manos del General boliviano José María Pérez de Urdininea y, con su habitual decencia, pronunció un mensaje conmovedor, en el cual exteriorizó su célebre pensamiento: “Aún pediré otro premio a la nación entera y a sus administradores: el de no destruir la obra de mi creación; de conservar, por entre todos los peligros, la independencia de Bolivia; y de preferir todas las desgracias, y la muerte misma de sus hijos, antes que perder la soberanía de la República que proclamaron los pueblos, y que obtuvieron en recompensa de sus sacrificios en la revolución”. Ese fue su legado: defender la integridad de la Nación boliviana de la ambición de sus enemigos externos y de la estupidez de sus enemigos internos que, a estas alturas, parece eterna.

A su retorno, vivió un tiempo breve con su esposa, y asistió al nacimiento de su hija Teresita. Pero el Libertador lo reclamaba para sosegar la ambición del general La Mar, quien, al mando del ejército

Primero en la lucha Emancipadora ▶

peruano, y secundado por nuestro inveterado enemigo, Agustín Gamarra, declaró la guerra a Colombia. Sucre recuperó, entonces, su energía militar y salió victorioso en la batalla de Tarqui.

Se vivían tiempos difíciles. En 1830, el Libertador convocó a los diputados de la Gran Colombia a reunirse en Bogotá, en el llamado Congreso Admirable, para decidir el futuro de la unión de naciones.

Sucre fue designado Presidente del Congreso, pero llegó la noticia del levantamiento del General José Antonio Páez en Venezuela y, entonces, fue comisionado para buscar una solución, sin resultado alguno, pues no se le permitió ingresar siquiera al territorio de su país de origen. Regresó a Bogotá y lo esperaba la noticia del levantamiento de Quito, que también se independizaba de la Gran Colombia. El Libertador estaba muy enfermo y disminuido, Sucre era su única esperanza, pues todos sabían que sería elegido Presidente de la nueva República del Ecuador con su prestigio ganado en Pichincha y Tarqui, e intentaría, al menos, organizar una federación con las naciones liberadas por Bolívar.

Con esa misión, en mayo, partió por la ruta de Popayán y Pasto. En la selva de Berruecos, a traición, fue asesinado el 4 de junio de 1830.

El Crimen de Berruecos

Cinco fueron los autores materiales del asesinato de Sucre: el Coronel Apolinar Morillo; el Coronel Juan Gregorio Sarría, que fabricó los proyectiles; Juan Gregorio Rodríguez, Andrés Rodríguez y Juan Cuzco, con la complicidad de José Erazo. Los había contratado el Coronel José María Obando, enemigo acérrimo de Bolívar y de Sucre. El Mariscal viajaba con una pequeña escolta. Gritó: “¡Ay, balazo!”, y cayó fulminado. Morillo envió al jefe de la conspiración, José María

Obando, la consigna luctuosa: “La mula de su encargo ya está cogida”.

Esas crueles palabras fueron el epitafio del Gran Mariscal de Ayacucho.

Sucre viajaba con su fiel asistente, el sargento Lorenzo Caicedo, el primero en ver su cadáver y enterrarlo -precariamente- en un sitio próximo a Berruecos, denominado La Capilla. Luego huyó a la hacienda “El Deán”, en busca de la esposa del Mariscal, quien dispuso el rescate de los restos y su depósito en el oratorio de la hacienda, donde estuvo un buen tiempo, hasta que fueron trasladados, con la mayor reserva, a la iglesia del Carmen Bajo, en Quito. 70 años tuvieron que pasar para que los identificaran y trasladaran a la Catedral de Quito, donde actualmente reposan. Obando llegaría a Presidente en 1853, sería derrocado un año después y asesinado en el sitio de Cruz Verde, en 1861. Todos los victimadores acabaron trágicamente sus vidas. Morillo fue el único ajusticiado y, antes de morir, confesó el crimen y pidió perdón por la muerte del Mariscal.

¿Cómo reaccionó Bolívar? Estaba en una Casa de campo, al pie del Cerro de la Popa, en Cartagena; le quedaban 5 meses y medio de vida.

Recibió la noticia, por correo, la noche del 1° de julio. Se llevó las manos a la cabeza y exclamó: “¡Santo Dios! ¡Se ha derramado la sangre de Abel!” Luego escribió: “... Yo temo por todos los beneméritos capaces de redimir la Patria. El inmaculado Sucre no ha podido escaparse de las asechanzas de estos monstruos. Yo no sé qué causa ha dado este General para que atentasen contra su vida cuando ha sido liberal y más generoso que cuantos héroes han figurado en los anales de la fortuna”. Durante la Guerra Patria, la familia Sucre perdió 31 miembros en vida del Gran Mariscal, y con él, 32. Todos muertos en circunstancias trágicas: fusilados, acribillados y vejados, incluyendo a algunos de sus hermanos.

70 Años Oculto Después de Muerto

Aún después de muerto, Sucre era peligroso, y Mariana Carcelén, la viuda, acaso con exceso de celo, temía la profanación de sus restos, a tal punto que los ocultó. En principio, reposaron en el oratorio de la hacienda El Deán y Mariana pensó en desorientar a sus captores llevando un ataúd con adobes a San Francisco. Luego, los trasladó a la iglesia de Carmen Bajo, en Quito, donde fueron enterrados delante del altar.

70 años después y por orden del Presidente Eloy Alfaro, el 7 de mayo de 1900, los restos fueron identificados. El anciano mayordomo de la Hacienda El Deán reveló el paradero. De inmediato fueron trasladados, solemnemente, a la Catedral de Quito, donde actualmente reposan, si es que pueden reposar almas como las de Bolívar, Sucre o Simón Rodríguez, cuyos sueños no pudieron cumplirse a plenitud.

Descendencia de Sucre

Sucre fue hombre fino y galante. En Bolivia, se enamoró de Rosalía Cortés, paceña con quien procreó a José María, tronco de ilustre descendencia; de María Manuela Rojas, tarijeña, que engendró otro hijo del Gran Mariscal, de nombre Pedro César, cuyo tataranieto, don Atilio de Sucre, vivía hasta septiembre del 2008, en Punata, donde falleció a la edad de 90 años (sus restos están en el cementerio de ese pueblo); y de Mariana Carcelén y Larrea, Marquesa de Solanda, quiteña, con quien tuvo a Teresita, fallecida trágicamente cuando sólo tenía dos años.

La Familia y sus Ascendientes

Antonio José era el quinto de 18 hijos en dos tongadas de a 9: José María, José Joaquín, Vicente, Pedro, Antonio José, Aguasanta, María Josefa, Magdalena y Francisco; Carlos, Ana María, Jerónimo, Margarita, José Manuel, Juan Manuel, María Manuela, María Magdalena y María Rosario. Don Vicente había quedado viudo a sus cuarenta años y volvió a casarse, esta vez con Narcisa Márquez Alcalá, pariente sin duda alguna de la madre de Antonio José, María Manuela de Alcalá y Sánchez Ballenilla, que lo dejó cuando Antonio José apenas tenía siete años. Pero uno conjetura que no debió resentir el impacto, en medio de una familia tan numerosa y en ese seno endogámico donde tías y primas se extendían hasta los confines de la memoria familiar. Don Vicente y doña María Manuela eran cumaneses. Pero vaya que tenían parientes en España, en Caracas y La Habana. El abuelo, Antonio de Sucre Estelles, nació en La Habana y se casó en Cumaná, engendrando a Vicente. El padre de aquel Antonio, bisabuelo de Antonio José, se llamaba Carlos de Sucre y Pardo, y había nacido en Flandes. La familia flamenca Sucre se remontaba a Juan de Sucre, que sirvió a la Casa Soberana de Borgoña, en el siglo XV, señor de Bellaing, Wadeigne, Luccron, Villers-Burel, La Mothe y otras tierras en el Cambressy. Los Alcalá venían de Málaga. El primero de ellos, Juan Alcalá, pionero en la colonización de Cumaná, había llegado, como autoridad, ochenta años antes que arribaran los Sucre. Los Alcalá eran parientes de los Palacios; eran por tanto de la familia Bolívar: el capitán Francisco Infante desposó a Francisca de Rojas y tuvo dos hijos; de la hija Francisca desciende Bolívar y del hijo Francisco, Antonio José.

El espíritu de Bolivia es Sucre.

Bolivia -Patria de su espíritu-, más que Venezuela -patria de su cuerpo- recuerda postrada ante su memoria, el advenimiento de su inmortalidad. Sucre nació para Bolivia, como Bolivia nació de Sucre. Antes de Ayacucho, el destino del Alto Perú estaba ligado a la economía y el fatalismo biológico del Plata. Fue precisa esta hazaña, digna de los héroes griegos, para que de una espada pura naciera el Benjamín de los pueblos americanos, como de la cabeza de Júpiter lo hiciera Phalax Atenea. Nuestra existencia y nuestra autonomía estaban regidas -es verdad- por nuestra naturaleza, pero lo que requiere un cuerpo para vivir con su propio gobierno solamente puede emanar del espíritu.

Como él siempre se comportó con osada pureza, y hasta de su propia desgracia engendró siempre hechos de generoso renunciamento, en pro de los intereses de la colectividad de las naciones americanas. Las desmembraciones de su territorio, resultantes del zarpazo o de las elucubraciones ergotistas, fueron soluciones que ella ofreció a la paz de América. Y es que así fue su padre: el hombre que lo dio todo, hasta la vida, por la armonía y la pureza de los pueblos de América.

Aquel Simón Bolívar nos dio su nombre. Que es su gloria en la historia, pero éste nos dio su espíritu, que es la marca indeleble de la raza y de la perennidad. Por eso, es preciso decir que hasta hoy no se ha rendido, a la memoria del Justo, la exaltación boliviana que merece, ya que no solamente le debemos canciones sino que está esperando, aún, ese ciclo de cultura boliviana que lleve el sello sucruino de su noble estatura moral.

Nos preguntamos si Sucre no fue demasiado joven para gobernar Bolivia, país niño. No lo fue. A no ser que en la edad madura se conserve la flexibilidad juvenil, es el caso de repetir aquí el apotegma

de Demóstenes, que después repitió un maestro suramericano: “los viejos a la tumba y los jóvenes a la obra”. La declinación de la vida no puede constituir un ápice vital, es, cuando más, un hito en el regreso, hasta la anulación total, si ésta existiera. La obra de creación es obra de plenitud viril, y la virilidad el atributo de los jóvenes. Sucre, a la falta de otro ejemplo, lo demuestra. Él procedió siempre con la cautela del viejo nauta, sorteando los arrecifes. Pero, hasta para morir en olor de santidad se necesita de la juventud.

Por eso, el ejercicio del poder, que es una inmediata manifestación de la plenitud vital para poseer serenidad, desprendimiento, idealismo, fuerza y bondad, es preciso que sea ejercitado por manos vigorosas y plenas.

Se nos ocurre que en pocas oportunidades, como los actuales momentos, puede Bolivia fijar la mirada con mayor esperanza que en el ejemplo de Sucre: Un símbolo -que seguramente tendrá valor histórico a poco que pasen los años- ha movido la vida con una oleada de juventud, y ésta también de pronto se ha visto batida en el arenal de la playa y abatida en la hornalla de los acantilados.

Ahora se verá si los jóvenes pueden triunfar. Confesemos que en Sucre fracasó la soledad de la juventud, porque los hombres de esos tiempos vivían como vivían los hombres de todos los tiempos, el equívoco de que la cosa pública es negocio para viejos, resabidos y puercos. No. La facultad política del gobierno es para un pueblo como la hermosura para la mujer: atributo de un relámpago de primavera y de su juventud.

Breve Biografía

En aquel ambiente, adormecido por la canícula de Cumaná y las frecuentes sequías, Antonio José de Sucre hubiera acabado como un próspero vecino y rico terrateniente. Se hubiera llenado de hijos, al igual que su padre, don Vicente de Sucre y Urbaneja, pero la primera ruptura, que signó su vida, vino cuando siguió el camino de todos los jóvenes ricos en la Colonia: continuar estudios en la capital.

En la Escuela Militar de Matemáticas aprendió geometría, álgebra, trigonometría, agrimensura, fortificación, artillería y topografía. Este bagaje, más las ideas que fue cazando al vuelo de las enseñanzas de su tío José Manuel, del General don Francisco de Miranda, de Mariño y de Simón Bolívar, constituyó el mundo que se echó a la espalda para recorrer, desde 1814, territorios desconocidos: después de Caracas vendrían La Victoria, Barcelona, Maturín, Angostura, la Isla Margarita, Trinidad, Martinica, Saint Thomas, Haití, los llanos venezolanos, el Apure, el cruce de Los Andes, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Bolivia y el enrevesado camino de retorno que lo llevó al beso postrero de la Muerte en la cuesta de La Jacoba, allá en Berruecos, provincia de Pasto, territorio granadino, a sus 35 años de edad. Al final, dígame lo que se quiera, si Bolívar es el maestro bajo cuya didascalia crece nuestra democracia, Sucre es el padre de BOLIVIA. Y no digamos que “la Patria de su creación” fue obra del gran argumentista Olañeta -quien pudo decir a Sucre en Puno: “tengo la boca llena de argumentos y razones”- sino que este hijo político nace de su entraña, para que se cumpla su destino clásico de haber libertado pueblos con su espada y su genio, y de haber fundado una república. Obsérvese que, ya tocando tierra altoperuana, Sucre se siente ligado a esa tierra. Y es más que seguro que no se habría ido nunca de ella, de no haber sobrevenido -inevitable necesidad de su biología moral- el terrible atentado contra su vida, que después lo condujo a la muerte de manos de asesinos enemigos de la libertad.

El célebre Decreto de 9 de febrero de 1825 es el Certificado de Nacimiento de Bolivia, por el Padre de la Patria Antonio José de Sucre.

LA PAZ, 9 DE FEBRERO DE 1825.-

" ANTONIO JOSÉ DE SUCRE GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO LIBERTADOR "

CONSIDERANDO:

1º Que al pasar el Desaguadero el Ejército Libertador ha tenido el solo objeto de redimir las Provincias del Alto Perú de la opresión española, dejándolas en la posesión de sus derechos.

2º Que no correspondiendo al Ejército intervenir en los negocios domésticos de estos pueblos, es necesario que las provincias organicen un gobierno que provea a su conservación, puesto que el Ejército ni quiere, ni debe regirlas por sus leyes militares, ni tampoco puede abandonarlas a la anarquía y al desorden.

3º Que el antiguo Virreynato de Buenos Aires, a quien ellas pertenecían a tiempo de la revolución de América, carece de un gobierno general que represente completa, legal y legítimamente la autoridad de todas las Provincias, y que no hay, por consiguiente, con quien entenderse para el arreglo de ellas.

4º Que este arreglo debe ser el resultado de la deliberación de las Provincias, y de un convenio entre los Congresos del Perú, y el que se forme en el Río de la Plata.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

5º Que siendo la mayor parte del Ejército Libertador compuesto de tropas Colombianas, no es otra su incumbencia que liberar el país y dejar al Pueblo en la plenitud de su soberanía, dando este testimonio de justicia, de generosidad, y de nuestros principios.

HE VENIDO EN DECRETAR Y DECRETO:

1º Las Provincias que se han conocido con el nombre de Alto Perú, quedarán dependientes de la primera autoridad del Ejército Libertador, mientras una asamblea de Diputados de ellas mismas, delibere de su suerte.

2º Esta Asamblea se compondrá de los diputados que se eligieren en juntas de Parroquia y de Provincia.

3º El doce de Marzo próximo se reunirán indispensablemente los ciudadanos de cada parroquia en el lugar más público y, presididos del Alcalde del pueblo y Cura párroco, elegirán nominalmente cuatro electores, antecediendo a esta diligencia el nombramiento de dos Escrutadores y un Secretario.

4º Los votos se escribirán en un libro por el Secretario públicamente y serán firmados por el votante; concluido el acto serán firmadas las relaciones por el Presidente, el Secretario y los Escrutadores.

5º Para ser Elector se requiere ser ciudadano en ejercicio, natural o vecino del partido, con un año de residencia y con reputación de honradez y buena conducta.

6º Concluidas las votaciones, que serán en un solo día, se remitirán las listas de cada parroquia a la cabecera del partido, dirigidas, cerradas y selladas, a la Municipalidad o al juez civil.

7º El veinte de Marzo se reunirán en la cabeza del partido la Municipalidad, el juez, el cura y todo ciudadano que guste asistir, al acto de abrir las listas de elecciones. Para ello se nombrarán por la Municipalidad, o en su defecto por el juez, dos Escrutadores y un Secretario.

8º Abiertas públicamente las listas de votaciones, y hecho el escrutinio, de todas las elecciones de las parroquias, resultarán legítimamente nombrados por el Partido, los cuatro Electores que tengan mayor número de votos. Habiendo igualdad de sufragios decidirá la suerte.

El jefe civil avisará a los que salgan elegidos y se les entregarán, como credenciales, las listas originales o libros de las votaciones de las parroquias.

9º Los cuatro electores de cada partido se reunirán el treinta y uno de marzo en la capital del departamento para el nombramiento de Diputados.

10º Sobre un cálculo aproximativo de la población, habrá un Diputado por cada veinte o veinticinco mil almas; así, el departamento de La Paz, nombrará dos Diputados por el partido o cantón de Yungas; dos por el de Caupolicán; dos por Pacajes; dos por Sicasica; dos por el de Omasuyos; por el de Larecaja y dos por el de La Paz. El departamento de Cochabamba tendría dos Diputados por cada uno de los cantones de Cochabamba, Arque, Cliza, Sacaba, Quillacollo, Mizque y Palca. El departamento de Chuquisaca dará un Diputado por cada uno de los cantones de Chuquisaca: Oruro, Carangas, Paria, Yamparáez, Laguna y Cinti. El departamento de Potosí nombrará tres Diputados por Potosí, tres por Chayanta, tres por Porco, tres por Chichas, uno por Atacama y otro por Lípez. El departamento de Santa Cruz tendrá un Diputado por cada uno de los partidos de Santa Cruz, Mojos, Chiquitos, Cordillera y Valle Grande.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

11º Para ser Diputado se necesita ser mayor de veinticinco años, hijo del Departamento o vecino de él, con residencia de cuatro años, adicto a la causa de la Independencia, de concepto público y moralidad probada.

12º Verificada la reunión de los electores de los partidos el 31 de marzo, y presididos por el jefe civil, se procederá a nombrar un Presidente del seno de la junta, dos escrutadores y un secretario, y verificado se retirará el jefe civil. En el acto mismo dará cada elector su voto por tantos Diputados, cuantos corresponden al departamento, escribiéndose públicamente. En el mismo día se hará el escrutinio, y resultarán Diputados los que obtengan la pluralidad absoluta de votos. Habiendo igualdad, decide la suerte. Ningún ciudadano puede excusarse de desempeñar el encargo de Diputado.

13º La junta evitará todo cohecho, soborno, o seducción y expulsará de su seno a los que por estas faltas se hiciesen indignos de la confianza del pueblo; todo ciudadano tiene derecho a decir de nulidad; por consiguiente puede usar de él ante la junta, debiendo decidirse el juicio antes de disolverse. Disuelta la Junta no ha lugar a instancia alguna.

14º Las credenciales de los Diputados serán firmadas por todos los electores, y sus poderes no tendrán otra condición que conformarse al voto libre de los pueblos, por medio de la representación general de los Diputados.

15º Los partidos cuyas capitales no estén libres, harán la reunión de sus electores en la cabecera del cantón el mismo 31 de marzo, y nombrarán los Diputados que correspondan al partido bajo las mismas formalidades que en la Junta del Departamento; pero si hubiese dos o más partidos libres, se reunirán los electores de ellos en el punto

central que elija el Presidente del Departamento para hacer las elecciones. Los partidos que vayan libertándose nombrarán sus Diputados en esta misma forma.

16º Los Diputados estarán reunidos en Oruro el quince de abril para que sean examinadas sus credenciales, y si se hallan presentes las dos terceras partes, es decir, treinta y seis Diputados, se celebrará la instalación de la Asamblea General del Alto Perú, el 19 de abril.

17º El objeto de la Asamblea General será sancionar un régimen de gobierno provisorio, y decidir sobre la suerte y los destinos de estas provincias como sea más conveniente a sus intereses y felicidad; y mientras una resolución final, legítima, legal y uniforme.

18º Toda intervención de la fuerza armada en las decisiones y resoluciones de esta Asamblea, hará nulos los actos en que se mezcle el poder militar; con este fin se procurará que los cuerpos del ejército estén distantes de Oruro.

19º El Ejército Libertador respetará las deliberaciones de esta Asamblea, con tal que ellas conserven el orden, la unión, concentren el poder, y eviten la anarquía.

20º Una copia de este decreto se remitirá al gobierno del Perú y a los gobiernos que existen en las provincias del Río de la Plata, protestándoles que no teniendo el Ejército Libertador miras ni aspiraciones sobre los pueblos del Alto Perú, el presente decreto ha sido una medida necesaria, para salvar su difícil posición respecto de los mismos pueblos.

Presidentes de Bolivia nacidos en Potosí



Gral. Sebastián Agreda



Abogado José María Linares



Abogado Tomás Frías



Industrial Gregorio Pacheco

PRESIDENTES DE LA NACIÓN NACIDOS EN POTOSÍ

7º Presidente

Gral. Sebastián Ágreda
10-06-1841 / 09-07-1841

El Gral. Sebastián Ágreda nació en Potosí, en 1795, y murió en La Paz, el 18 de diciembre de 1875. Fue un distinguido soldado de la independencia de nuestra Patria. Combatió en Chacabuco y Maipú bajo el mando del Gral. Argentino, don José de San Martín, así también en Junín, al mando del Libertador Simón Bolívar, y en Ayacucho en el ala que correspondió el mando del Gral. Miller, principal comandante de Antonio José de Sucre. El Presidente Sucre lo designó, en 1826, Segundo Comandante del Colegio Militar de Ejército. Más tarde, en 1830, secundó los planes confederativos del Presidente don Andrés de Santa Cruz y Calahumana, Mariscal de Zepita. Fue Ministro de Guerra en su gobierno, y combatió, junto a Santa Cruz, en las campañas de la Confederación Perú-Boliviana, destacándose, en la batalla de Montenegro, junto con el gran Mariscal Otto Braun, contra las fuerzas invasoras argentinas. Con la derrota en la Batalla de Yungay, Santa Cruz vio frustrado su sueño dorado de la unidad americana de las dos naciones: Perú y Bolivia. Sin embargo del fin de Santa Cruz, el Gral. Ágreda continuó fiel al Protector y, luego, se dedicó a conspirar para el retorno de Santa Cruz. De ese modo, encabezó el levantamiento de 1841 donde derrotó al gobierno de José Miguel de Velasco, asumiendo la presidencia de la República durante un mes, sentando plaza fuerte en la ciudad de Cochabamba. Sus últimas actuaciones públicas fueron, como Prefecto del departamento de La Paz, en 1848, y, como Prefecto del departamento de Chuquisaca, en 1862; muriendo a los 80 años de edad.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

13º Presidente

José María Linares Lizarazu
09-09-1857/14-01-1861

El Dr. José María Linares Lizarazu nació en Ticala-Potosí, el 10 de julio de 1808 y murió en Valparaíso-Chile, el 6 de octubre de 1861. Por Lizarazu era heredero de los condes de Casa Real y Señores de Rodrigo en Navarra, así como del marquesado de la Casa de la Moneda de Potosí. Estudió Derecho en la universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Xavier y cultivó las ciencias sociales.

Unió su vocación política a una extremada corrección y una inflexibilidad ética que lo hizo célebre como opositor y luego como Presidente. Sacrificó, así, su fortuna personal y es fama que murió en medio de agudas privaciones. Fue diputado, Prefecto de Potosí, ministro, en el tercer gobierno de Velasco, y diplomático en España, donde firmó el Tratado de Reconocimiento Oficial de la Independencia de Bolivia. A su retorno, fue Presidente del Legislativo y ganó, por su prestigio, un liderazgo indiscutible en la vida nacional. Su intransigencia lo llevó al exilio en Perú, Argentina y Chile, pero en 1857 logró derrocar al Presidente Córdova y asumió la Presidencia.

Su gesto más notorio fue proclamarse dictador, para establecer un gobierno de fuerza, al servicio de la ética, e implacable con quienes desobedecían la ley. Redujo, asimismo, el presupuesto del Ejército y el número de sus efectivos, así como los sueldos de la administración pública, controlando el déficit del Erario Nacional. En la pugna entre políticos proteccionistas y librecambistas, Linares optó por esta última corriente.

◀ Enrique Rocha Monroy

Sus biógrafos destacan la soledad de Linares en el poder y la figura trágica de su hermana loca, que irrumpía en las sesiones de gabinete para enrostrar a quienes conspiraban ocultamente contra el dictador. No se equivocaba, porque Linares fue derrocado, el 14 de enero de 1861, por sus hombres de confianza: los generales Ruperto Fernández, Manuel Antonio Sánchez y José María Achá.

Marchó al exilio en Valparaíso, donde murió seis meses después.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

17º Presidente

Tomás Frías Ametller

1.- 28-11-1872 / 09-05-1873

2.- 31-01-1874 / 04-05-1876

El Dr. TOMÁS FRÍAS AMETLLER nació en Potosí, el 21 de diciembre de 1804, y murió en Florencia, Italia, el 1º de marzo de 1884. Hijo de José María Frías y de Alejandra Ametller, se casó con Raimunda Ballivián. Muy joven, colaboró con el célebre ministro del Mariscal Sucre, el español Facundo Infante, y rescató, para la posteridad, la colección del periódico “El Cóndor de Bolivia”, fundado por Sucre e Infante, que le enviaría muchos años después a Gabriel René Moreno.

Ocupó la presidencia tras la muerte de Agustín Morales; en ese primer interinato declinó concluir el período constitucional de Morales y convocó a elecciones, que tuvieron fama de haber sido las más limpias del siglo XIX, y efectuó la transmisión pacífica del mando a Adolfo Ballivián. Enfermo éste, Frías asumió nuevamente el Mando interino. Y, a la muerte del mandatario electo, fue nombrado Presidente Constitucional por la Asamblea Nacional.

Adolfo Ballivián no había ganado por mayoría absoluta, siendo investido como Jefe del Poder Ejecutivo por la Asamblea Nacional. Su contendiente, Casimiro Corral, se sublevó contra el gobierno de Frías e incendió la Casa de Gobierno, el 20 de marzo de 1875, por lo cual hasta ahora se la conoce como Palacio Quemado. Mientras duró la reparación, gobernó desde el Palacio Chico, hoy sede del Ministerio de Culturas y Turismo. Su paso por el Ejecutivo tuvo las características de los interinatos, en los cuales poca obra administrativa pudo hacer, salvo gobernar con honradez. Convocó a elecciones, en

◀ Enrique Rocha Monroy

1875, y designó candidato oficial a Belisario Salinas, despertando los celos del caudillo militar más poderoso de la época, Hilarión Daza. Éste se rebeló antes de los comicios y se proclamó Presidente el 4 de mayo de 1876.

Frías vivió su retiro en Europa y murió en Florencia, Italia.

Primero en la lucha Emancipadora ▶

21º Presidente

Gregorio Pacheco Leyes
04-09-1884/15-08-1888

Gregorio Pacheco Leyes nació en Libi Libi-Potosí, el 4 de Julio de 1823, y murió en su hacienda de Tatasi-Potosí, el 20 de agosto de 1899.

Las limitaciones económicas de su familia determinaron que trabajara desde muy joven y estudiara contabilidad, aunque luego fue acaudalado industrial minero. Viajó a Europa con su primo Narciso Campero Leyes, aunque más tarde los separaran diferencias políticas. Se inició en la minería como rescatista y exportador de pasta de plata, de modo que, para 1860, ya poseía ricos yacimientos del preciado mineral.

Fue un destacado filántropo, de cuya generosidad todavía es elocuente testimonio el edificio del Manicomio de Sucre, que lleva su nombre. Hizo sus primeras armas, en política, en las filas de Linares y como opositor a Belzu.

Elegido Presidente Constitucional, inició una época de estabilidad, pues pudo completar su período sin contratiempos y administrar el país en todos sus rubros. Fue el primer rico industrial minero en ejercer no sólo el poder económico sino también el poder político, inaugurando una tendencia que seguirían, más tarde, Aniceto Arce y Severo Fernández Alonso. El auge de la plata y la goma le permitió enfrentar el déficit fiscal. Instaló la energía eléctrica y el telégrafo, entre Huanchaca y La Paz. Ordenó la exploración del Chaco, en busca de una salida al Atlántico y le tocó firmar el pacto de tregua con Chile. Inició, asimismo, la vinculación del occidente con el oriente del país.

Murió en el retiro de su hacienda de Tatasi, a los 76 años.

INDICE

| | |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN..... | 337 |
| POTOSÍ FUE EL PRIMERO EN LA LUCHA AUTONÓMICA | 343 |
| PROLEGÓMENOS DEL PRONUNCIAMIENTO DE 10 DE NOVIEMBRE DE 1810 | 344 |
| AVANZAN LOS PATRIOTAS A POTOSÍ | 346 |
| COTAGAITA, EL BAUTIZO DE SANGRE.- (27-X-1810) | 346 |
| SUIPACHA, LA PRIMERA BATALLA.- (7-XI-1810)..... | 348 |
| <i>El terreno y plan de los patriotas</i> | 349 |
| <i>Del lado del enemigo</i> | 350 |
| <i>La batalla</i> | 350 |
| <i>Y después de la victoria</i> | 352 |
| REVOLUCIÓN DEL 10 DE NOVIEMBRE DE 1810 | 353 |
| <i>Entrada del ejército patriota a Potosí</i> | 355 |
| EL EJERCITO AUXILIAR DEL GENERAL MANUEL BELGRANO... 358 | |
| <i>Potosí recibe a Manuel Belgrano apoteósicamente</i> | 359 |
| SIMÓN BOLÍVAR EL LIBERTADOR | 367 |
| <i>Le tocó una época de cambios</i> | 368 |
| <i>Comienza la guerra patria</i> | 368 |
| <i>Una guerra demasiado costosa</i> | 371 |
| <i>La Creación de Bolivia</i> | 372 |
| <i>Simón Bolívar proclama la libertad de América desde la</i> <i>Cumbre del Cerro Rico</i> | 372 |
| <i>Preocupación de Bolívar por la joven república</i> | 375 |
| <i>El mal año de 1830</i> | 377 |
| <i>¡Victoria, victoria, victoria!</i> | 378 |
| <i>Atentado de septiembre de 1829</i> | 387 |

| | |
|---|-----|
| <i>Magnanimidad de Bolívar</i> | 387 |
| <i>El general Manuel Piar</i> | 390 |
| <i>Sueño de América inmortalizado en Bolivia</i> | 391 |
| <i>Honor y Gloria</i> | 394 |
| <i>Cronología de la Vida del Libertador</i> | 400 |
| | |
| ANTONIO JOSÉ DE SUCRE FUNDADOR DE BOLIVIA | 423 |
| | |
| <i>Pichincha</i> | 426 |
| <i>La Batalla de Ayacucho</i> | 428 |
| <i>Sucre en el Alto Perú</i> | 430 |
| <i>Sucre en Potosí Batalla de Tumusla</i> | 431 |
| <i>La construcción de Bolivia</i> | 432 |
| <i>El Crimen de Berruecos</i> | 436 |
| <i>70 años oculto después de muerto</i> | 438 |
| <i>Descendencia de Sucre</i> | 438 |
| <i>La Familia y sus ascendientes</i> | 439 |
| <i>El espíritu de Bolivia es Sucre</i> | 440 |
| <i>Breve biografía</i> | 442 |
| <i>El Decreto del 9 de Febrero de 1825</i> | 444 |
| | |
| PRESIDENTES POTOSINOS | 451 |
| | |
| 7º Presidente GRAL SEBASTIÁN ÁGREDA 10-06-1841 / 09-07-1841 | 451 |
| | |
| 13º Presidente JOSÉ MARÍA LINARES LIZARAZU 09-09-1871 / 09-05-1873 31-01-1874 / 04-05-1876 | 452 |
| | |
| 17º Presidente TOMÁS FRÍAS AMETLLER 28-11-1872/09-05-1873 31-01-1874/04-05-1876 | 454 |
| | |
| 21º Presidente GREGORIO PACHECO LEYES 04-09-1884 / 15-08-1888 | 456 |

La presente edición del libro 200 AÑOS DE HISTORIA REPUBLICANA
Charcas y Murillo - Tomo II, del escritor Enrique Rocha Monroy, se terminó
de imprimir el día 1º de Enero de 2.011 en los talleres Gráficos de la
Empresa Editora xxxx. de la ciudad de La Paz - Bolivia.